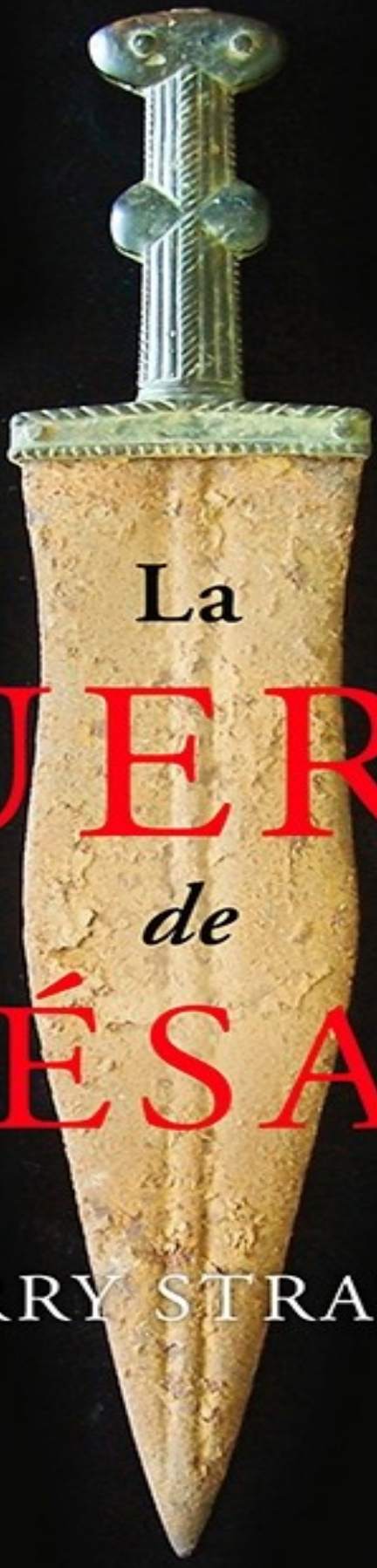
El asesinato más célebre de la historia



# La MUERTE *de* CÉSAR

BARRY STRAUSS

BARRY STRAUSS

# La MUERTE *de* CÉSAR

El asesinato
más célebre de la historia

AYER Y HOY
DE LA HISTORIA

Título original: *The Death of Caesar. The Story of History's Most Famous Assassination*

© Simon & Schuster, 2015
Copyright © 2015 by Barry Strauss
© Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es
© Traducción: Diego Pereda

Mapas: Jeffrey L. Ward
Fotografía de portada: cortesía de la colección privada de David Xavier Kenney
Imagen de portada: © Album
Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-458-7

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

# ÍNDICE GENERAL

Nota del autor
Cronología
Lista de personajes

Parte I. Regreso a Roma
- Capítulo 1. Cabalgando con César
- Capítulo 2. Los optimates
- Capítulo 3. Veredicto en la villa
- Capítulo 4. La última marcha triunfal de César

Parte II. Sangre entre las piedras
- Capítulo 5. El nacimiento de una conjura
- Capítulo 6. Se necesitan asesinos
- Capítulo 7. César sale de casa
- Capítulo 8. Asesinato
- Capítulo 9. Una república en la cuerda floja
- Capítulo 10. Un funeral para el recuerdo

Parte III. El camino de vuelta
- Capítulo 11. La lucha por Italia
- Capítulo 12. Venganza
- Capítulo 13. Augusto

Agradecimientos
Nota sobre las fuentes
Álbum de imágenes

*A Marcia.*

# NOTA DEL AUTOR

Para los nombres antiguos se han seguido fundamentalmente las pautas de la obra de referencia en inglés, *The Oxford Classical Dictionary*, 3ª ed., Oxford University Press, Oxford 1999. A no ser que se indique lo contrario, las traducciones del griego y el latín son del autor.

# CRONOLOGÍA

| | |
|---|---|
| 13 de julio del 100 a. C. | Nacimiento de Julio César |
| 3 de octubre del 86 a. C. | Nacimiento de Casio |
| Hacia el 85 a. C. | Nacimiento de Bruto |
| 14 de enero del 83 a. C.? | Nacimiento de Marco Antonio |
| 82-84 a. C. | Dictadura de Sila |
| 82-84 a. C. | Dictadura de Sila |
| 21 de abril del 81 a. C. | Nacimiento de Décimo |
| Año 61 a. C. | César en Hispania Ulterior |
| Año 60 a. C. | Primer triunvirato |
| Año 59 a. C. | Primer consulado de César |
| 58-50 a. C. | César conquista la Galia |
| Verano del año del 57 a. C. | Batalla del río Sabre |
| 55 a. C. | Dedicación de las obras de Pompeyo |
| 53 a. C. | Batalla de Carras |
| Verano del 52 a. C. | Sitio de Alesia |
| 10 de enero del 49 a. C. | César cruza el Rubicón |
| Verano-otoño del 49 a. C. | Sitio de Masilia |
| 9 de agosto del 48 a. C. | Batalla de Farsalia |
| 28 de septiembre del 48 a. C. | Muerte de Pompeyo |
| Otoño del 48 a. C, | César conoce a Cleopatra |
| Abril del 46 a. C. | Muerte de Catón |
| 21 sept.-2 oct. del 46 a. C. | César obtiene cuatro victorias consecutivas |

| | |
|---|---|
| 26 de septiembre del 46 a. C. | Dedicación del templo de la Madre Venus |
| 17 de marzo del 45 a. C. | Batalla de Munda |
| Agosto del 45 a. C. | Viaje de César, Antonio, Décimo y Octavio |
| 13 de septiembre del 45 a. C. | César cambia su testamento a favor de Octavio |
| Octubre del 45 a. C. | 50 victoria de César |
| 31 de diciembre del 45 a. C. | César establece el cónsul por un día |
| 26 de enero del 44 a. C. | «Soy el César, no el rey» |
| Enero-febrero del 44 a. C. | César se convierte en dictador perpetuo |
| 15 de febrero del 44 a. C. | Lupercalia: César rechaza la diadema de laureles |
| 15 de marzo del 44 a. C. | César es asesinado |
| 17 de marzo del 44 a. C. | Los asesinos son amnistiados<br>Se refrendan los actos de César |
| 20 de marzo del 44 a. C. | Funeral de César |
| 20 de marzo del 44 a. C. | Funeral de César |
| 7 de junio del 44 a. C. | Conferencia de Antium |
| Agosto del 44 a. C. | Bruto y Casio abandonan Italia |
| 14 de abril del 43 a. C. | Batalla de Forum Gallorum |
| 21 de abril del 43 a. C. | Batalla de Mutina |
| 19 de agosto del 43 a. C. | Primer consulado de Octavio |
| Septiembre del 43 a. C. | Muerte de Décimo |
| 27 de noviembre del 43 a. C. | Se establece el segundo triunvirato |
| 7 de diciembre del 43 a. C. | Muerte de Cicerón |
| 3 de octubre del 42 a. C. | Primera batalla de Filipos<br>Muerte de Casio |
| 23 de octubre del 42 a. C. | Segunda batalla de Filipos<br>Muerte de Bruto |

| | |
|---|---|
| Año 35 a. C. | Muerte de Sexto Pompeyo |
| 2 de septiembre del 31 a. C. | Batalla de Actium |
| 1 de agosto del 30 a. C. | Antonio se suicida |
| 12 de agosto del 30 a. C. | Cleopatra se suicida |
| Año 30 a. C. | Egipto, provincia romana |
| 18 de agosto del 29 a. C. | Dedicación del tempo a Julio César, deificado |
| 16 de enero del 27 a. C. | Octavio recibe el nombre de Augusto |

# LISTA DE PERSONAJES

PARTIDARIOS DE CÉSAR

CÉSAR (Gaius Julius Caesar), 100-44 a. C. Político, general y escritor brillante, acabó siendo dictador perpetuo. Polarizó como ningún otro a sus contemporáneos, y provocó que numerosos romanos temiesen que acabase proclamándose rey, lesionando sus intereses, por lo que decidieron asesinarle. En el 44 a. C. tenía 55 años.[*]

OCTAVIO (Gaius Julius Caesar Octavianus, nacido Gaius Octavius, más tarde Imperator Caesar divi Filius y, finalmente, Augustus), 63 a. C.-14 d. C. Despiadado y brillante sobrino y heredero de César, se abrió paso por las peligrosas aguas políticas de su época hasta convertirse en Augusto, primer emperador de Roma. En el 44 a. C. cumplió 18 años, en los Idus de marzo.

MARCO ANTONIO (Marcus Antonius), ca. 83-80 a. C. Uno de los mejores generales de César, fue un político cauto que logró derrotar a los conjurados, convertirse en amante de Cleopatra y llegar a ser uno de los dos hombres más poderosos del Imperio Romano, hasta su derrota a manos de Octavio. En el 44 a. C. tenía 39 años.

LÉPIDO (Marcus Aemilius Lepidus), ca. 89-12 a. C. General de César, fiel al régimen, comandaba una legión en Roma cuando César fue asesinado. Pontífice Máximo y uno de los tres triunviros hasta que Antonio y Octavio le exoneraron. En el 44 a. C. tenía 45 años.

CONSPIRADORES

BRUTO (Marcus Junius Brutus), ca. 85-42 a. C. Su nombre, elocuencia y reputación ética le hicieron el más famoso de los asesinos, y su representante. En el aspecto menos positivo, padecía una cierta inclinación por la traición y saqueó económicamente a las provincias. Trató de matar a César sin provocar una revolución ni perturbar la paz, ambición inalcanzable. En el 44 a. C. tenía 40 años.

CASIO (Gaius Cassius Longinus), ca. 86-42 a. C. Tal vez el instigador de la conspiración, Casio fue un militar y partidario de Pompeyo, que aceptó a César con reticencias, hasta que se volvió contra él. Clamó por medidas más severas que su cuñado, Bruto. En el 44 a. C. tenía 41 años.

DÉCIMO (Decimus Junius Brutus Albinus), ca. 81-43 a. C. A menudo olvidado, Décimo fue el tercer líder en la conspiración contra César. Brillante y joven general, de familia noble, afamado en la Galia con César, acabó por traicionarle, por sus principios republicanos, por su ambición frustrada o por ambas. Combatió a Antonio en Italia y la Galia y fue traicionado y ejecutado. En el 44 a. C. tenía 37 años.

TREBONIO (Gaius Trebonius), ca. 90-43 a. C. Uno de los principales generales de César, jugó un papel destacado en la conspiración en su contra, y más tarde fue asesinado a traición. En el 44 a. C. tenía 46 años.

CASCA (Publius Servilius Casca), ¿muerto en el 42 a. C.? Asestó el primer golpe a César en los Idus de marzo. Ejerció de tribuno del pueblo en el 43 a. C. para marchar después hacia el este y luchar con Bruto en Filipos, donde falleció en combate, o tal vez suicidándose después.

CAYO CASCA (Gaius Servilius Casca). Hermano de Publio, apuñaló a César en las costillas, puede que causándole la herida mortal.

CIMBER (Lucius Tillius Cimber), ¿muerto en el 42 a. C.? César apreciaba a Cimber, a pesar de su fama de pendenciero y bebedor. Sin embargo este le traicionó, señalando el inicio del ataque en los Idus de marzo al quitarle la toga de los hombros. Apoyó a Bruto, y a Casio como gobernador de Bitinia. Combatió en Filipos, donde probablemente murió.

PONCIO ÁGUILA (Pontius Aquila), muerto en el 43 a. C. Tribuno del pueblo que se negó a ponerse en pie durante el triunfo de César en el 45 a. C., ofendiendo al dictador. Puede que fuese el mismo Poncio Águila al que César confiscó sus posesiones. Luchó a las órdenes de Décimo en los combates del 43 a. C. y murió en batalla.

MUJERES

SERVILIA (Servilia Caepio), nacida ca. 100 a. C., muerta después del 42 a. C. Madre de Bruto, suegra de Casio y de Lépido, hermanastra de Catón y amante de César, la noble Servilia fue una de las mujeres más poderosas e influyentes en Roma. A nadie podría haberle resultado más conflictiva la conjura para matar a César. En el 44 a. C. tenía unos 55 años.

CLEOPATRA (Cleopatra VII Philopator, Reina de Egipto), 69-30 a. C. Esta legendaria reina fue amante de dos de los romanos más poderosos de la época, primero Julio César y después Marco Antonio. En el 44 a. C. tenía 25 años.

JUNIA TERTIA, muerta en el 22 d. C. Hija de Servilia, mujer de Casio y, según algunos, amante de César.

CALPURNIA (Calpurnia Pisonis). Tercera y última esposa de César, descendiente de una familia política noble. Trató en vano de impedir a César ir al Senado en los Idus de marzo. En el 44 a. C. tenía 33 años.

FULVIA (Fulvia Flacca), ca. 75-40 a. C. Casada con los políticos Clodio, Curio y finalmente Marco Antonio, fue una de las mujeres más capacitadas de su época. Pudo orquestar el papel de Antonio en el funeral de César, y reunió un ejército en el 41 a. C. En el 44 a. C. tenía unos 30 años.

PORCIA (o Portia; Porcia Catonis), muerta en el 42 a. C. Hija de Catón, se casó con su primo Bruto tras el fallecimiento de su primer marido, el acérrimo conservador Bíbulo, y puede que contribuyese a posicionar a Bruto contra César. En todo caso le puso al corriente de la conspiración. En el 44 a. C. tenía unos 25 años.

ATIA, fallecida en el 43-42 a. C., sobrina de César y madre de Octavio, futuro Augusto, informó a su hijo, en el extranjero, de los terribles sucesos de los Idus de marzo.

SEMPRONIA (Sempronia Tuditana). Madre de Décimo, era conocida por su inteligencia, su belleza, su adulterio y su política revolucionaria. Respaldó a Catilina en el 63 a. C. y hospedó a sus aliados galos en su casa.

PAULA (Paula Valeria), esposa de Décimo. Desató rumores cuando, en el 50 a. C., se divorció de su anterior esposo el mismo día en que este se ausentó del hogar para prestar servicio militar en el extranjero, casándose con Décimo, al que fue fiel hasta su muerte.

AMIGOS DE LOS CONSPIRADORES

CICERÓN (Marcus Tullius Cicero), 106-42 a. C. El más brillante orador y teórico político de la época, apoyó a Pompeyo en la Guerra Civil, pero mantuvo la amistad con César. Más tarde respaldó a los asesinos, movió cielo y tierra contra Antonio, apostó por la alianza con Octavio y perdió. Fue ejecutado en el 42 a. C. En el 44 a. C. tenía 62 años.

DOLABELA (Publius Cornelius Dolabella), 70-43 a. C. Muy desleal, apoyó a Pompeyo, se pasó a César, favoreció después a los conspiradores y finalmente se acercó a Antonio a cambio de un puesto militar importante en el Este. Tras asesinar a traición a Trebonio fue derrotado por las tropas de Casio y se suicidó.

CINA (Lucius Cornelius Cina). Pretor en el 44 a. C., antiguo cuñado de César, apoyó manifiestamente a los conspiradores en público, provocando la ira de muchos.

OTROS

*(Neutrales, participantes sin adscripción o de otra generación)*

CATÓN EL JOVEN (Marcus Pocius Cato), 95-46 a. C. Senador destacado y seguidor de la filosofía estoica, fue el gran enemigo de César. Se suicidó para no rendirse ante él, fomentando la oposición al dictador.

POMPEYO (Cnaeus Pomepius Magnus), 106-48 a. C. Superado solo por César como estadista y general romano en la primera mitad del siglo I a. C., pasó de ser su aliado y yerno a encabezar a sus opositores, dando como resultado una guerra civil.

CNAEUS POMPEYO (Cnaeus Pompeius), ca. 75-45 a. C. Hijo mayor de Pompeyo, derrotado por César en la batalla de Munda.

SEXTO POMPEYO (Sextus Pompeius Magnus Pius), 67-35 a. C. Hijo menor de Pompeyo, lideró la oposición por mar a Octavio y a Antonio.

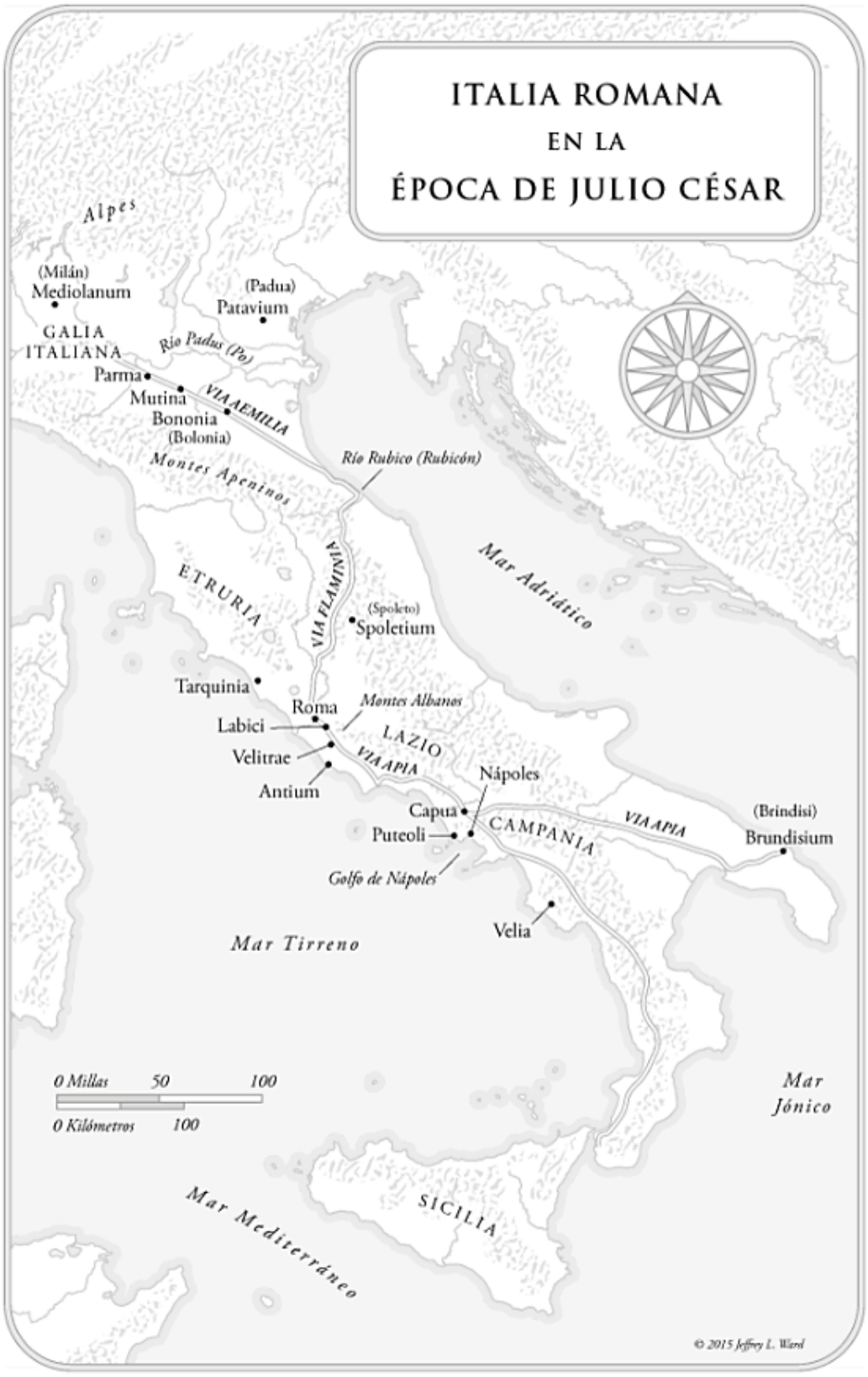
LABIENUS (Titus Labienus), muerto en el 45 a. C. Mano derecha de César en la Galia, respaldó a Pompeyo en la Guerra Civil y luchó contra César hasta su aciago final.

ÁTICO (Titus Pomponius Atticus), 110-32 a. C. Banquero, caballero romano, amigo y receptor de las cartas de Cicerón, políticamente bien conectado. En el 44 a. C. tenía 66 años.

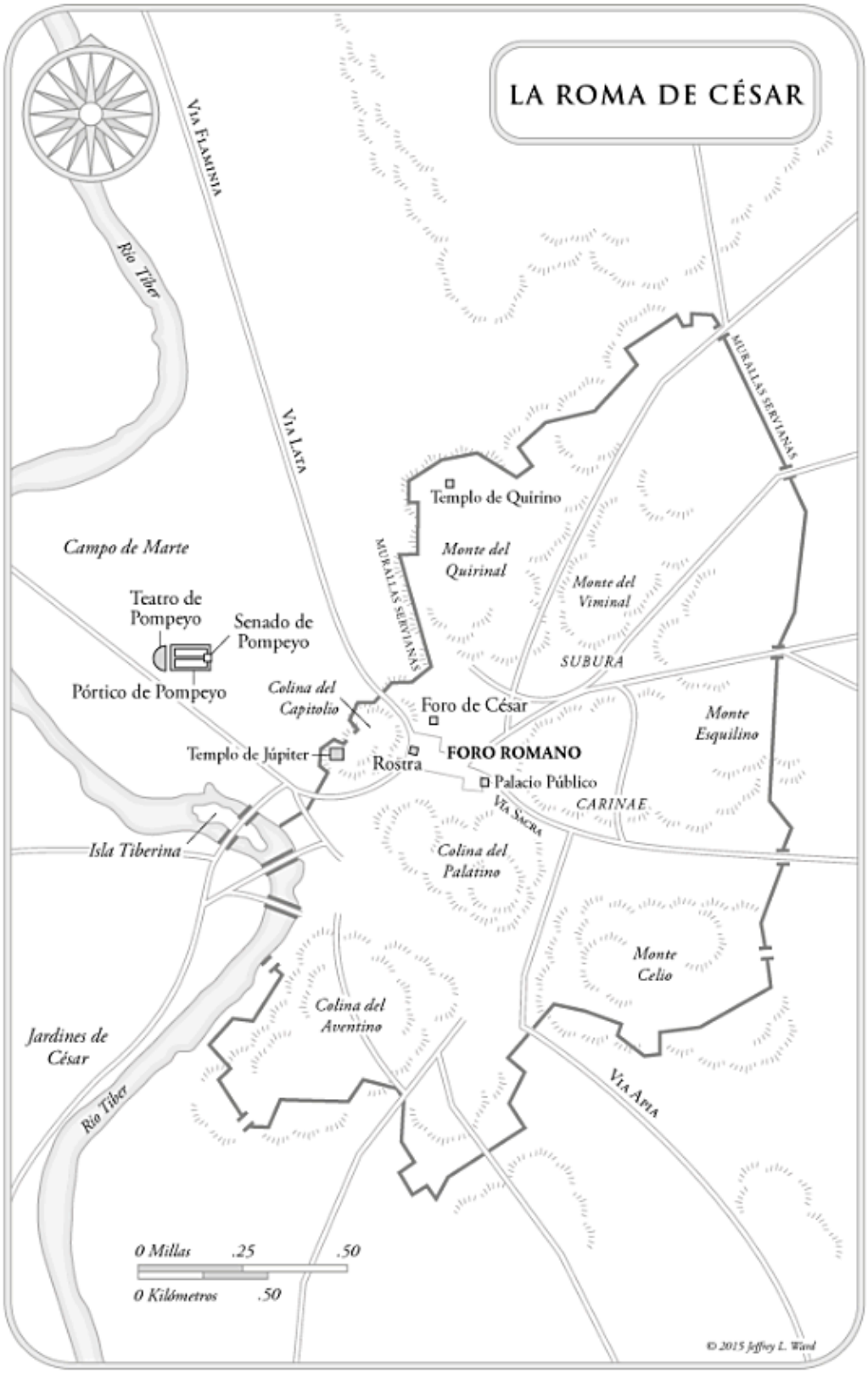
DEYÓTARO (Rey de Galacia), ca. 107-ca. 40 a. C. Superviviente político artero y violento, cambió su lealtad entre las facciones romanas numerosas veces. Se le acusó de conspirar para asesinar a César en el 47 a. C. En el 44 a. C. tenía unos 63 años.

---

[*] Esta edad se conoce, al menos aproximadamente.


ITALIA ROMANA
EN LA
ÉPOCA DE JULIO CÉSAR
Alpes
(Milán)
Mediolanum
(Padua)
Patavium
GALIA
ITALIANA
Río Padus (Po)
Parma
Mutina
Bononia
(Bolonia)
VIA AEMILIA
Montes Apeninos
Río Rubico (Rubicón)
Mar Adriático
ETRURIA
VIA FLAMINIA
(Spoleto)
Spoletium
Tarquinia
Roma
Montes Albanos
Labici
LAZIO
Velitrae
VIA APIA
Antium
Nápoles
Capua
(Brindisi)
Puteoli
CAMPANIA
VIA APIA
Brundisium
Golfo de Nápoles
Velia
Mar Tirreno
0 Millas 50 100
0 Kilómetros 100
Mar
Jónico
Mar Mediterráneo
SICILIA
© 2015 Jeffrey L. Ward


EL MUNDO ROMANO
EN LA
ÉPOCA DE JULIO CÉSAR
★ Lugares de batallas
IRLANDA
BRITANIA
GERMANIA
ESCITIA
Océano
Atlántico
BRETAÑA
Veneti
Alesia
Sabis
Vesontio
Avaricum
GALIA
GALIA ITALIANA
Milán
Cularo
Padus (Po) R.
Mutina
LIGURIA
Narbona
Manulla
ETRURIA
Roma
ITALIA
Nápoles
Brindisi
ILLYRICUM
Mar Adriático
DACIA
Danuvius (Danubio) R.
CRIMEA
Mar Negro
MACEDONIA
TRACIA
Filipos
Apolonia
Farsalia
Actium
GRECIA
Mar Egeo
Troya
Esmirna
Éfeso
Atenas
Creta
RODA
CHIPRES
BITINIA
GALACIA
PONTO
Zela
ARMENIA
ASIA
ANATOLIA
Tarso
Carrhae
CILICIA
SIRIA
Damasco
IMPERIO PARTO
JUDEA
Jerusalén
Alejandría
EGIPTO
ARABIA
Mar Rojo
LUSITANIA
HISPANIA
Pirineos
Mar Balear
Córdoba
Munda
CERDEÑA
Mar Mediterráneo
Tierra de Hércules
Útica
SICILIA
NUMIDIA
Cartago
MAURITANIA
ÁFRICA
LIBIA
0 Millas 200 400
0 Kilómetros 400
© 2015 Jeffrey L. Ward


LA ROMA DE CÉSAR
Vía Flaminia
Río Tíber
Vía Lata
Murallas Servianas
Templo de Quirino
Campo de Marte
Monte del Quirinal
Monte del Viminal
Teatro de Pompeyo
Senado de Pompeyo
Pórtico de Pompeyo
SUBURA
Colina del Capitolio
Foro de César
Monte Esquilino
Templo de Júpiter
Rostra
FORO ROMANO
Palacio Público
CARINAE
Vía Sacra
Isla Tiberina
Colina del Palatino
Monte Celio
Colina del Aventino
Jardines de César
Río Tíber
Vía Apia
0 Millas .25 .50
0 Kilómetros .50
© 2015 Jeffrey L. Ward

# PARTE I
# **REGRESO A ROMA**

# Capítulo 1
# CABALGANDO CON CÉSAR

En agosto del 45 a. C., siete meses antes de los Idus de marzo, una procesión entró en la ciudad de Mediolanum, actual Milán, en la húmeda y caliente planicie del norte de Italia. Dos cuadrigas abrían la marcha; en la primera se alzaba el dictador Gaius Julius Caesar, radiante tras su victoria contra las fuerzas rebeldes de Hispania.

Después de César, en el puesto de honor, viajaba Marcus Antonius, más conocido hoy como Marco Antonio. Era el candidato de César para ejercer como uno de los dos cónsules de Roma al año siguiente. A continuación venía el protegido de César, Decimus, recién llegado tras un mandato como gobernador de la Galia –básicamente la actual Francia–. Junto a él, Gaius Octavius, más conocido como Octavio, sobrino nieto de César y, a sus 17 años, alguien con el que había que contar.

Estos cuatro hombres se habían reunido en el sur de la Galia, y habían viajado juntos a través de los Alpes tomando la Vía Domitia, vieja carretera cargada de presagios y maldiciones; fue la ruta de invasión de Aníbal y, según el mito, el camino de Hércules hacia España.

César se dirigía a Roma y, por segunda vez en poco más de un año, planeaba entrar triunfante en la capital, proclamar la victoria militar y poner punto y final a la guerra civil que había estallado cuatro años antes, a comienzos del 49 a. C. Pero las raíces de la lucha eran demasiado profundas como para terminar tan fácilmente, y era la segunda vez, durante la vida de César, que Roma se partía en una guerra civil. Cada una de ellas había mostrado los acuciantes problemas que asediaban a Roma, desde la pobreza en Italia hasta la opresión contra las provincias, desde el egoísmo rampante y la

política reaccionaria de la vieja nobleza hasta el clamor por un dictador carismático que resolviese todo. Y bajo estas realidades descansaba la incipiente y desazonadora realidad de que el poder real en Roma no se encontraba ni en el Senado ni en el pueblo, sino en el ejército.

De ojos oscuros y lengua argéntea, sensual y violento, César poseía un espíritu práctico más que sobresaliente, que empleó para cambiar el mundo, empujado por su amor a Roma y sus ansias de dominio. Sus ejércitos habían matado o esclavizado a millones de personas, muchos de ellos mujeres y niños, pero incluso tras esos baños de sangre solía perdonar a sus enemigos, en casa y en el extranjero. Estas manifestaciones de buena voluntad en ocasiones levantaban suspicacias –¿cómo podía el conquistador ser a la vez conciliador?–, pero en general acababan siendo aceptadas.

De todos los romanos de su séquito, César eligió a estos tres –Antonio, Décimo y Octavio– para ocupar los puestos de honor en su regreso a Italia. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué uno de ellos le traicionaría siete meses después? ¿Y por qué, después de su muerte, los tres reunieron ejércitos con los que se enfrentaron entre sí, desandando los pasos dados desde el norte de Italia hasta el sur de la Galia?

Veamos cómo llegó hasta César cada uno de ellos antes del 45 a. C.

*El auge de Décimo*

Decimus Junius Brutus Albinus, por su nombre completo, era un amigo íntimo de César y habían trabajado juntos durante más de una década, desde el 56 a. C. Ese año, cuando Décimo tenía unos 25, causó sensación como almirante de César en la Galia, y venció en la batalla del Atlántico, que sirvió para conquistar Bretaña y abrir la puerta a la invasión de Inglaterra.

La primera impresión manda, y en este caso fue acertada: la guerra, la Galia y César fueron las señas de identidad de Décimo. Desplegaba todos sus recursos y era rápido, vigoroso y apasionado por el combate. También era orgulloso, competitivo y ansiaba la fama. Como otros hombres de su género, logró un puesto electo en Roma, pero la capital y las luchas por el poder no le cautivaron tanto como la frontera gala.

Había nacido el 21 de abril de un año cercano al 81 a. C. y procedía de una familia noble que afirmaba descender del fundador de la República romana, Lucius Junius Brutus. Su abuelo fue un general y estadista importante, pero su padre no siguió la carrera de las armas, y su madre, algo casquivana, coqueteó con la revolución y el adulterio, y tal vez con César, que sedujo a muchas de las esposas nobles de Roma. Un notable historiador ha sugerido que Décimo fue hijo ilegítimo de César. A pesar de ser una teoría interesante, no hay pruebas que la demuestren.

En todo caso, el joven Décimo logró alcanzar el entorno de César. El mundo militar le fascinó; al incorporar su carruaje a la brillante estela de César restauró el prestigio de su familia como facción armada y era tan partidario de César como cualquier otro romano.

Su aspecto no se conoce; puede que fuese tan atractivo como su madre, famosa por su belleza, y tan alto como uno de los galos a los que suplantó en una ocasión. La docena de cartas que le han sobrevivido aúnan la atmósfera recia del campamento con la educación formal y el aplomo de un noble romano. Su prosa, en ocasiones elegante, también incluye algunas expresiones desmañadas: «quítate el bocado de entre los dientes y habla». Tal vez se le adhiriese algo de la rudeza de los gladiadores –de los que poseía una compañía–, pero eso no le impidió intercambiar cumplidos con el mayor orador de Roma, Marcus Tullius Cicero.

En la Galia, Décimo se incorporó a la aventura militar más destacada de su generación. César tardó solo ocho años (58-50 a. C.) en conquistar la belicosa, extensa y populosa región llamada «la

Galia de largos cabellos» por la abundante cabellera que lucían sus habitantes. Esta zona incluía casi toda Francia, Bélgica al completo, parte de los Países Bajos y una estrecha franja de Alemania, mientras que la región de Provenza era ya una provincia de Roma (también invadió Bretaña en esos años). La Galia, gracias a su oro, su producción agrícola y su capacidad de proporcionar esclavos, convirtió a César en el hombre más rico de Roma, aunque compartió las ganancias con altos mandos, como Décimo.

Tras su victoria naval en Bretaña en el 56 a. C., Décimo aparece de nuevo el 52 a. C., cuando una extensa revuelta gala estuvo a punto de acabar con la dominación romana; en concreto participó en la jornada más dramática de la guerra, en el asedio de Alesia –en la actual Borgoña–. Según la narración de César, Décimo emprendió una contracarga frente a la ofensiva gala, y él mismo le siguió, flamante con su capa púrpura. El enemigo sucumbió y la guerra fue historia, excepto por algunas operaciones de limpieza al año siguiente.

En el 50 a. C. Décimo se encontraba en Roma ocupando su primer cargo electo –*quaestor*, funcionario de finanzas–. Ese mismo año, en abril, se casó con Paula Valeria, descendiente también de una familia noble. Hubo ocasión para el escándalo, porque para poder celebrar el matrimonio su mujer se divorció antes de su anterior esposo, un hombre muy conocido, el mismo día en el que estaba previsto su regreso desde una provincia extranjera.

Un año después del matrimonio de Décimo y Paula, en el 49 a. C., estalló la guerra entre César y sus oponentes de la oligarquía, que le consideraban un demagogo y populista ávido de poder, capaz de poner en riesgo su nivel de vida. Por su parte, César les tildó de reaccionarios de mente estrecha, que atentaban contra su honor, y nadie valoraba más el honor que un noble romano.

Los principales oponentes de César eran Pompeyo y Catón. Pompeyo el Grande –Cnaeus Pompeius Magnus– no tenía ninguna ideología; de hecho había sido antes un aliado político de César,

además de su yerno. Hasta la llegada de César, Pompeyo fue el mayor general vivo de Roma y un consumado conquistador, cuya carrera militar le había llevado a Hispania, al Asia Romana (Turquía) y al Levante. Marcus Porcius Cato, también llamado Catón el Joven, era un senador destacado, leal a los antiguos principios de un estado libre guiado por una élite sabia y pudiente. Rígido y doctrinario, provocaba las burlas al creer que Roma era la República de Platón, mientras muchos otros la consideraban más bien la sentina de Rómulo. Fue el enemigo número uno de César.

Gran parte de la familia de Décimo se inclinó por apoyar a Pompeyo y Catón, y los hermanos de su esposa lucharon junto a ellos. A Décimo le había adoptado, siendo adulto, la familia de Postumius Albinus, un clan patricio que proclamaba su ancestral oposición a los reyes de Roma, adscribiéndose también, por lo tanto, a las posturas más conservadoras. Aun así, Décimo permaneció junto a César. Cabe pensar que fue a principios del 49 a. C. cuando hizo acuñar monedas para conmemorar sus victorias en la Galia, su lealtad, su sentido del deber y su espíritu de unidad: todos ellos motivos propagandísticos de César en la Guerra Civil.

Ese mismo año César le nombró almirante para el asedio de la ciudad de Masilia (Marsella), importante puerto y base naval que servía a los enemigos de César en las costas mediterráneas. En la lucha posterior, que se prolongó durante seis meses, Décimo acabó con la flota de Masilia y se ganó el elogio de César por su vigor, ímpetu, capacidad de oratoria, perspicacia y rapidez en el combate. Por su parte, Décimo proporcionó a la causa de César un impulso propagandístico, dado que hasta entonces la gloria naval había estado monopolizada por Pompeyo.

César volvía a Italia, y se desvió hacia el este para entablar la confrontación decisiva con Pompeyo, mientras Décimo se quedaba en Masilia para ejercer las funciones de gobernador de la Galia –durante el 45 a. C.– en su nombre. Allí incrementó su gloria militar al

derrotar a los rebeldes belóvacos *(bellovaci)*, considerados los mejores guerreros de la Galia.

Décimo parecía tan fuerte como el país en el que pasó gran parte de su vida adulta. Fue uno de aquellos romanos –escasos, pero tal vez no tanto como sostienen muchas fuentes– que asimiló los usos y costumbres de los bárbaros a los que combatía. Hablaba la lengua de los galos, algo que muy pocos romanos podían hacer, y conocía el territorio tan bien como para disfrazarse con ropajes galos y pasar por uno de sus habitantes.

En torno a julio del 45 a. C., Décimo se unió a César en el sur galo a su regreso desde Hispania. Sin duda fue allí donde rindió cuentas por su gobierno de la provincia en ausencia del dictador. La posición de honor que le concedió César manifestaba su satisfacción con el resultado.

Con más de una década de servicio a César, Décimo regresó a casa siendo rico, heroico y en pleno auge. Estaba a punto de tomar posesión como *praetor* (alto magistrado) en Roma durante lo que restaba del 45 a. C. César le había designado gobernador de la Galia Italiana (básicamente, el norte de Italia) en el 44 a. C., y cónsul en el 42 a. C.

En resumen, Décimo iba camino de recuperar el prestigio para su familia. Pero había un obstáculo; su padre y su abuelo habían sido elegidos por el pueblo de Roma, y comandados por el Senado. Todo lo que había obtenido Décimo había sido por designio de César, y esa situación casaba mal con el ansiado ideal de todo noble romano, la *dignitas.* Es una palabra de difícil traducción; además de «dignidad», significa «valor», «prestigio» y «honor». Tal vez «rango» sea la palabra más precisa. Para Décimo la cuestión a partir de entonces sería si sentirse satisfecho con permanecer a la sombra de César o insistir en hacerse un nombre por su propia cuenta.

*Marco Antonio*

Cuando César entró en Mediolanum a su regreso a casa, Marco Antonio permaneció junto a él en la cuadriga, en el papel de héroe. Nacido el 14 de enero ca. 83 a. C., estaba en la flor de la vida. Era atractivo, fuerte y atlético. Lucía una barba a imagen de Hércules, el semidiós del que su familia proclamaba descender. Los romanos unían a Hércules con Hispania, por lo que su presencia revestía un carácter simbólico. Todo en su personalidad transmitía vigor. Era dócil, inteligente y rebosaba aplomo. Solía beber en abundancia –y en público– y se ganó el cariño de sus soldados juntándose con ellos para comer. Si la salud de César había decaído en aquella época, como se ha afirmado, la robusta presencia de Antonio resultaría reconfortante.

Procedía de una familia senatorial; por parte de su padre, los Antonii, eran conservadores moderados, pero su madre, Julia, era prima tercera de Julio César. Puede que esa fuese la puerta de entrada al entorno de César en la Galia, al que Antonio se incorporó en el 54 a. C.

Su juventud había sido marcada por su paso por Roma, donde llegó a ser famoso por sus juergas, aventuras, deudas sin pagar y malas compañías. Pero pasados los veinte años los días salvajes habían quedado atrás. Estudió oratoria en Grecia y destacó como comandante de caballería en el Este entre el 58 y el 55 a. C. Ya en su primer choque armado, durante un asedio, fue el primero en colocarse en las murallas, y participó en numerosas batallas para mostrar su valor y acumular victorias.

No ha quedado constancia de los primeros años de servicio a César en la Galia, pero es probable que le impresionase, porque le envió de vuelta a Roma en el 53 a. C. para que concurriese al puesto electo de *quaestor*, que ganó. Volvió entonces a la Galia como general de César y, al igual que Décimo, la abandonó con un currículum prometedor.

También como Décimo, ocupó un cargo electo en Roma, en el 50 a. C. Siendo uno de los diez tribunos del pueblo, elegidos

anualmente para defender los intereses del ciudadano ordinario, jugó un papel importante en la ominosa confrontación de César con sus oponentes en el Senado. Empujado por Catón, este órgano había despojado a César del gobierno de la Galia, impidiéndole además presentar su candidatura para un segundo consulado. En caso de regresar a Roma, César temía que sus enemigos le juzgasen y le condenasen injustamente. Antonio había tratado de interrumpir las maniobras del Senado sin éxito, para cambiar después Roma por el campamento de César.

Durante la Guerra Civil su figura emergió como el mejor general de César, junto con Pompeyo, y como agente político indispensable. Entre otras misiones de importancia, se encargó de organizar la defensa de Italia, guiar a las legiones de César a través de un mar Adriático infestado de enemigos y unirse a él en la Macedonia romana. Su participación más destacada en esta contienda se produjo en la batalla de Farsalia, en el centro de Grecia, el 9 de agosto del 48 a. C., en la que encabezó el flanco izquierdo en este choque decisivo contra Pompeyo. Cuando los veteranos quebraron las filas enemigas, la caballería de Antonio se lanzó a la persecución del enemigo que huía.

La derrota fue repentina y fatal para los enemigos de César. Aún guardaban algún as en la manga –sus centenares de navíos de guerra, sus miles de soldados, sus aliados importantes y su mucho dinero–, pero a la vista de la multitud de soldados de Pompeyo muertos o desperdigados al terminar la batalla de Farsalia, casi podía oírse el viraje de la marea política en la sentina de Rómulo.

Mientras dedicaba el siguiente año en el este a sumar aliados, recaudar dinero, aplastar a los rebeldes y cortejar a una nueva amante, César envió a Antonio de vuelta a Roma. Allí maniobró para que fuese nombrado dictador anual, mientra él se reservaba el puesto de Magister Equitum (maestro de caballería), título que recibía la mano derecha del dictador. Esta sería la segunda dictadura de César, para consternación de los amantes de la libertad. Por su

parte, los tradicionalistas se escandalizaban por la vida pendenciera y degenerada de Antonio, que había retomado con frenesí. Las fuentes citan sus noches en blanco, resacas en público, vómitos en el Foro y cuadrigas tiradas por leones. Resultaba difícil no estar al tanto de su aventura con una actriz, antigua esclava, cuyo nombre artístico era Cytheris, «Hija de Venus», porque ambos paseaban en público en litera.

Tanto los asuntos políticos como los militares se le estaban yendo a Antonio de las manos; cuando los partidarios de la reducción de la deuda y el control de los alquileres empezaron a volverse violentos, desplegó a sus tropas en el Foro, y la sangre corrió: mataron a 800 hombres. Mientras tanto, algunas de las legiones de veteranos de César, de vuelta a Italia, se amotinaron a causa de la paga y la desmovilización.

Esta situación clamaba por la mano dura de César, y en otoño regresó a Roma. Acabó con el motín y acordó bajar los alquileres, aunque se negó a condonar las deudas. En el caso de Antonio, César siempre había sabido cómo transformar la debilidad de los demás en una ventaja. Tras acusarle en el Senado, cambió de opinión y le asignó un nuevo puesto.

Casi todos los romanos habrían rechazado el trabajo, pero no Antonio. Carecía de sutileza política, pero no le importaba mancharse las manos y era leal. César le encargó vender al mejor postor todos los bienes confiscados a Pompeyo, que había sido el hombre más acaudalado de Roma, superado solo por César. Antonio era un *sector*, literalmente un «cortador», que compraba en subasta pública propiedades confiscadas para revenderlas luego por partes a mayor precio. Para los romanos era un oficio deshonroso, inapropiado para alguien con sus orígenes. Y no solo era poco digno; también peligroso, porque en el 47 a. C. los aliados de Pompeyo y sus hijos estaban armados y eran numerosos. Un soldado como Antonio habría preferido, seguramente, alcanzar la gloria en las campañas de África y España, pero en lugar de hacerlo permaneció

en Roma a principios del año 45 a. C. para reunir con esas ventas el dinero que necesitaba César para pagar a sus tropas. Además Antonio solía andar escaso de fondos, y sin duda esta actividad le permitiría escamotear algo para su propio bolsillo.

Una vez más Antonio trató de enderezar el rumbo, esta vez casándose de nuevo, después de divorciarse, con una noble dos veces viuda. Fulvia, de todas las aristócratas romanas, era una especie en sí misma. Solo ella había sido capaz de tomar la espada y reunir a un ejército, ganándose el dudoso honor de ver su nombre escrito en los guijarros de las hondas del enemigo junto a algunas groseras alusiones a su cuerpo. Pero su principal campo de batalla fue verbal. Populista de los pies a la cabeza, Fulvia se casó con tres políticos consecutivamente; el demagogo callejero Clodio, Curio –tribuno del pueblo partidario de César– y finalmente, y con peor suerte, Antonio. Sus enemigos afirmaban que era ella la que le dominaba, algo falso, pero es probable que esta mujer fuerte espolease su voluntad, y muy posible que compartiese con él las habilidades políticas que había aprendido de sus dos anteriores maridos.

Al incorporarse al séquito de César a su regreso desde Italia en agosto del 45 a. C., Antonio recuperó el favor del dictador. Erguido junto a César mientras entraban en Mediolanum, disfrutando de la aclamación popular, pudo imaginarse un futuro glorioso. Sin embargo, el camino que se le abría por delante no carecía de obstáculos.

*Octavio*

El tercer hombre en el séquito de César era Octavio. Había nacido el 23 de septiembre del 63 a. C., más de veinte años después que Antonio o Décimo, y proyectaba una autoridad que aún sobrepasaba esta diferencia. Si Antonio era Hércules, él era un Apolo corto de estatura; muy atractivo y de ojos refulgentes, lucía un pelo

rubio ondulado y solo su mala dentadura y la falta de cuidado del cabello revelaban a un hombre que desdeñaba las apariencias y se centraba siempre en lo esencial. Su fuerza interior compensaba un físico no demasiado hercúleo.

A diferencia de Octavio, ni Antonio ni Décimo habían estado con César en Hispania, pero también era cierto que había llegado demasiado tarde para luchar, porque una enfermedad severa le había obligado a viajar postrado; nunca gozó de buena salud. Una vez restablecido se unió con los suyos a César en Hispania, después de un naufragio y un arriesgado trayecto por territorio hostil, lo que le granjeó la admiración del dictador, que se vería incrementada durante el tiempo que pasó junto a este joven inteligente y con talento. En este momento, César otorgó a su sobrino nieto el honor de compartir cuadriga en Hispania; no era la primera vez que le mostraba su estima, y una vez más el futuro del joven se revelaba prometedor.

En el 51 a. C., con solo 12 años, Octavio pronunció la oración funeraria por su abuela Julia –hermana de César– en la tribuna de oradores de Roma. Poco después de cumplir los 15, en el 48 a. C., fue elegido para uno de los puestos sacerdotales más importantes de la ciudad. Entre sus responsabilidades estaba la de ejercer temporalmente como primer magistrado, y a su edad resultaba un espectáculo verle sentado en el tribunal del Foro impartiendo justicia. En el 46 a. C. Julio César regresó a Roma, y celebró triunfalmente sus victorias en las Galias y la Guerra Civil. En una de estas ocasiones permitió a Octavio seguir a su cuadriga triunfal –se supone que a caballo–, luciendo una insignia de oficial, a pesar de que no había participado en la campaña. Este honor solía estar reservado para los hijos de un general vencedor, por lo que la distinción sugiere que para César su sobrino nieto de 17 años era prácticamente un vástago. Interesante elección.

Al contrario que Antonio, Décimo, o el mismo César, Octavio no era el mero producto de la antigua nobleza romana. Su ascendencia

era noble solo por parte de madre –Atia, hija de la hermana de César, Julia–. Su padre, Gaius Octavius, procedía de un medio adinerado, pero no en la cumbre; la familia pertenecía a los caballeros romanos, orden social rica pero sin senadores, y Gaius Octavius fue el primero en serlo de entre los suyos. Los Octavii eran originarios de Velitrae (actual Velletri), un emplazamiento pequeño e insignificante en los montes Albanos a las afueras de Roma, que daba numerosas ocasiones a los clasistas de mirar hacia sus orígenes con desprecio. La carrera política y militar de Gaius Octavius fue triunfal, pero se vio interrumpida por su muerte en el 59 a. C., con unos 40 años.

Ya en su juventud Octavio poseía un aura especial. Pertenecía por su sangre a la familia de César, pero otras cualidades añadidas hablaron a su favor ante él. Sus primos Quintus Pedius y Lucius Pinarius, que también descendían de su hermana Julia, no contaron con semejante estima. Desde la juventud Octavio exhibió los signos de inteligencia, ambición, sensibilidad para la política, visión estratégica y crueldad –en resumen, el genio– que le acabarían llevando a las cumbres del poder.

*Cuatro hombres a caballo*

Los cuatro hombres que entraron en cuadriga a Mediolanum no estaban unidos; tres de ellos anhelaban el favor de César, pero solo uno sería el elegido. Antonio estaba a punto de convertirse en cónsul auspiciado por el dictador y Décimo sería pretor en Roma, además de contar con la aquiescencia de César para ocupar otro puesto importante de gobierno y, dos años después, el consulado. Pero en breve Octavio obtendría un cargo igual de relevante, y un acceso aún mayor al núcleo del poder.

¿Cuál fue la reacción de Antonio y Décimo al súbito ascenso de este joven rival? Solo caben las conjeturas. Los romanos albergaban escaso respeto por la juventud, y aún menos por los orígenes

relativamente modestos, por lo que puede que le subestimasen. Pero alguien con la experiencia de Antonio y Décimo no pasaría por alto el lugar que ocupaba Octavio en el séquito de César; aunque se mostrase encantador, Décimo pudo reconocer la fría ambición de su compañero de carruaje. A pesar de que sostuviese que descendía del fundador de la República, el nieto de un político local de Velitrae le estaba apartando a empujones de la mirada del hombre que mandaba en Roma. Tal vez hablar de celos sea exagerado, pero Décimo era romano, y el honor le concernía.

Cicerón sostuvo que Antonio había instigado un intento de asesinato contra César en el 46 a. C. y, aunque parezca una de las habituales calumnias del orador romano, la atribución de lo ocurrido en el 45 a. C. sí que parece más creíble. Según Cicerón, cuando Antonio se dirigía a la Galia para encontrarse con César ese verano, prestó oídos a las insinuaciones cautelosas de un compañero que sugirió asesinar al dictador. Antonio no mostró interés, pero tampoco informó a César del peligro que corría, como habría hecho un amigo leal, y se guardó el secreto.

Mientras la marcha triunfal accedía a Mediolanum los tres hombres simulaban unidad, pero bajo esa apariencia se atropellaban entre sí buscando el poder y el dictador, que no podía permitirse ignorarlo, lo hizo. De momento debía atender a las decenas de hombres, romanos prominentes, que habían corrido hacia el norte para darle la bienvenida. Entre ellos ninguno tan importante –ni paradójico– como Marcus Junius Brutus (que no debe ser confundido con Decimus Brutus). En pocos años había pasado de ser enemigo de César a ser su amigo y lugarteniente. Siempre entre bambalinas se encontraba además la figura que los unió: Servilia, madre de Bruto y antigua amante de César.

---

NOTAS

— *En agosto del 45 a. C.* Sobre la cronología del regreso de César de Hispania, véase Lily Ross Taylor, «On the Chronology of Cicero's Letters to Atticus, Book XIII», *Classical Philology* 32.3 (1937): 238-40.

— *una procesión entró en la ciudad de Mediolanum.* (Plutarco, *Antonio,* 11.2). Plutarco se refiere únicamente a cuatro hombres que viajaban «por Italia», sin especificar la ciudad, pero Mediolanum resulta verosímil, porque era una de las ciudades más importantes de la Galia Italiana.

— *Estos cuatro hombres se habían reunido en el sur de la Galia, y habían viajado juntos*. Véase Matthias Gelzer, *Caesar, Politician and Statesman*, trad. Peter Needham, Harvard University Press, Cambridge, EE. UU. 1968, 299; Bernard Camillus Bondurant, *Decimus Brutus Albinus: A Historical Study,* University of Chicago Press, Chicago, EE. UU. 1907, 36.

— *un amigo íntimo de César,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto,* 23.84; Velleius Paterculus, *Historia de Roma* 2.64.2; Plutarco, *Bruto,* 13; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111; Dion Casio, *Historia de Roma,* 44.18.1.

— *el joven Décimo logró alcanzar el entorno de César.* Aunque se le menciona por primera vez en la Galia en el 56 a. C., hay razones para pensar que ya había servido a las órdenes de César en Hispania en el 61 a. C. Véase R. Schulz, «Caesar und das Meer», *Historische Zeitschrift,* 271.2 (2000): 288-90.

— *En el 50 a. C. Décimo se encontraba en Roma,* G. V. Sumner, «The Lex Annalis Under Caesar (Continued)», *Phoenix,* 24.4 (1971): 358-59.

— *se divorció antes de su anterior esposo.* Se desconoce el nombre. Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 8.7.2.

— *más bien la sentina de Rómulo, faex Romuli,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 2.1.8.

— *acuñar monedas.* Estas monedas conmemoraban también a su familia adoptiva, Postumii Albini. Véase M. H. Crawford, *Roman*

*Republican Coinage,* Cambridge University Press, Londres y Nueva York 2001, vol. 1: 92, 466, 547, 711; vol. 2: 736.

— *proporcionó a la causa de César un impulso propagandístico.* Como escribiría más tarde un poeta romano, Décimo fue el primer hombre en añadir una victoria naval a los honores de César en la Guerra Civil. Lucano (39-65 d. C.), *Farsalia*, 3.761-62.

— *rebeldes belóvacos,* Livio, *Periocas,* 114.9; César, *La guerra de las Galias,* 2.4.5; Estrabón, *Geografía,* 4.4.3. Vivían en la Picardía, al norte de Francia.

— *la Galia Italiana,* o Galia Cisalpina.

— «*Hija de Venus»,* Plutarco, *Antonio,* 9; Cicerón, *Cartas a Ático,* 10.10.5, Cicerón, *Filípicas,* 2.58.

— *tomar la espada y reunir a un ejército,* en la Guerra Perusina en el 41 a. C.

— *su nombre escrito en los guijarros.* Sobre el asedio de Perusia (actual Perugia) en el 40 a. C., véase Corey Brennan, «Perceptions of Women's Power in the Late Republic: Terentia, Fulvia, and the Generation of 63 BCE», en Sharon L. James y Sheila Dillon James, eds., *A Companion to Women in the Ancient World,* WileyBlackwell, Malden, EE. UU. 2012, 358; Judith P. Hallett, «Perusinae Glandes and the Changing Image of Augustus», *American Journal of Ancient History,* 2 (1977): 151-71.

— *era un Apolo de corta estatura,* Suetonio, *Augusto,* 79.

— *el honor de compartir cuadriga,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.59.3.

— *luciendo una insignia de oficial,* Nicolás de Damasco, *Vida de César,* 18.17.

— *un intento de asesinato contra César,* Cicerón, *Filípicas,* 2.74.

— *Según Cicerón,* Cicerón, *Filípicas,* 2.34; Plutarco, *Antonio,* 13.

## Capítulo 2
## LOS *OPTIMATES*

### *Bruto*

En agosto del año 45 a. C., en Mediolanum, César se reunió con Marcus Junius Brutus, al que había elegido como gobernador de la Galia Italiana durante el año anterior. Pasado ese año la provincia había recaído en otras manos y Bruto había regresado a Roma, para emprender después la travesía de vuelta al norte de Italia y rendir cuentas.

A pesar de que a los 55 años César empezase a mostrar los signos propios de su edad, someterse a la inspección del dictador seguía siendo sobrecogedor; en ocasiones hablaba de forma atropellada, posible síntoma de la epilepsia que padecía aunque raras veces sufriese ataques. Se estaba quedando calvo, y, tras casi quince años de guerrear, su rostro estaba arrugado y sus mejillas, hundidas. Sin embargo, todavía era astuto y peligroso, y personificaba el talento, la estrategia, la memoria, el saber literario, la prudencia, la meticulosidad, la capacidad de raciocinio y el trabajo duro, como afirmó un contemporáneo.

Aun así, Bruto no se acobardaba fácilmente; a los cuarenta años vivía su mejor momento. Tenía talento y era orgulloso, sobrio, noble y tal vez algo vanidoso. En último extremo, poseía la apariencia de un líder. Un busto de mármol y una medalla, identificadas como su retrato, muestran su inteligencia, su poderosa personalidad y sus rasgos equilibrados y clásicos, a través de un aspecto vigoroso, determinado y maduro; pelo denso y ondulado, frente pronunciada, ojos hundidos, nariz recta, labios finos, mentón sobresaliente y cuello musculoso. Puede que César le hiciese pasar algún mal rato

porque, a diferencia de Antonio, Décimo u Octavio, no era uno de sus partidarios longevos, sino un enemigo rehabilitado. Bruto ejemplificó la política clemente de César, por la que perdonó a sus oponentes, otorgándoles en algunos casos cargos importantes.

Asignarle la Galia Italiana había sido una muestra de su confianza. Era una provincia estratégica y el mismo lugar en el que el año 49 a. C. César había comenzado su marcha contra Roma en la Guerra Civil, y el puesto de gobernador llevaba unido el mando de dos legiones. El gobierno debía recaer en alguien sin excesivas ambiciones, pero tampoco podía ser un incompetente, ni rapaz. Los habitantes de esta provincia eran leales a César porque les había otorgado la ciudadanía romana –que ya disfrutaban muchos otros italianos–, y por tanto debían recibir un buen trato. Se necesitaba un administrador capaz pero no amenazador, y Bruto fue la solución elegida.

No era un general como Antonio, Décimo u Octavio; siendo un civil de pies a cabeza, se debía al derecho constitucional romano. Roma carecía de esta norma escrita, pero había quedado plasmada en su forma de gobierno, que para un hombre como Bruto podía significarlo todo, pero no para los que permanecían alejados de la afortunada esfera de los privilegiados. Aunque Bruto era un pensador, también era un hombre de mundo; creía en la República, en la libertad, en conceder favores a sus amigos y en encontrar su espacio. César se entendía bien con alguien así, y Bruto resultó ser un gobernador excelente y uno de los escasos romanos que no esquilmaban a los locales que, en su honor y como signo de gratitud, levantaron una estatua suya en Mediolanum.

El nombramiento como gobernador no debió alegrarle demasiado; siendo *quaestor* –lugarteniente– en Cilicia (sur de Turquía) en el 53 a. C. había obtenido notables ingresos de sus habitantes, hasta acumular una pequeña fortuna. En la Galia Italiana tenía las alas cortadas; desde que César había emprendido la política de forjar alianzas con las élites locales era más difícil robarles, y el

dictador contaba con espías para vigilar a los gobernadores, sobre todo en lugares de la importancia de la Galia. Para Bruto se acabó el saqueo. César tenía otras vías para recompensar a los que le servían bien, pero dependían de su voluntad, y no de la independencia que tanto ansiaba un noble romano.

César y Bruto viajaron juntos por la Galia Italiana, seguramente comentando qué tierras de esa próspera provincia otorgarían a los veteranos. El dictador alabó el buen trabajo de Bruto, y le prometió un futuro brillante. Afirmó que le haría pretor de la urbe –principal magistrado de Roma– en el 44 a. C., y cónsul en el 41 a. C. Después del dictador, los cónsules eran los mandatarios más destacados. Dado su carácter político, es probable que esgrimiese más promesas. Durante los años de la Guerra Civil había asumido muchos poderes, y una vez alcanzada la paz los optimistas confiaban en que los devolvería al Senado y al pueblo romano. Para César era fácil fomentar esa aspiración, que explicaría por qué Bruto afirmó más tarde que creía que César se había pasado a su bando, el de la élite que había gobernado Roma tradicionalmente, con una estrecha visión conservadora del bien público, a la que le gustaba denominarse *optimates*, los hombres excelentes.

Roma carecía de partidos, pero los políticos solían dividirse en dos grupos. La alternativa a los *optimates* eran los *populares*, o partidarios de la plebe. Ambos bandos estaban dirigidos por las élites, que trataban de obtener el voto ordinario, generalmente a cambio de determinadas prestaciones.

Los *optimates* representaban los privilegios heredados; asumían que una minúscula casta de entre la nobleza romana debía gobernar el imperio y sus 50 millones de habitantes, tal y como había hecho durante siglos en la ciudad de Roma. Según su visión, solo unos pocos hombres poseían la cuna, la educación, la riqueza y la virtud necesarias para mantener la grandeza y libertad de Roma. No tenían ningún interés en compartir sus privilegios, ni siquiera con las clases altas de Italia o del imperio, y mucho menos con las masas.

Los populistas abogaban por el cambio, y lideraban a los pobres, los que no disponían de tierras, los extranjeros, los que no eran ciudadanos, los nobles acuciados por las deudas, y todos aquellos en Italia que eran ricos pero no nobles –grupo conocido como caballeros romanos o équites–, y que trataban de acceder al Senado.

Esta cámara era un club exclusivo, en el que sus miembros lo eran de por vida y custodiaban con celo sus privilegios. Procedían principalmente de unas pocas familias prominentes, y habían desempeñado alguno de los cargos fundamentales en la ciudad, casi siempre por mandatos anuales, para servir después en el extranjero y regresar al Senado de forma vitalicia. Aunque los *optimates* dominaban esta asamblea, también los populares tenían representación.

César no formó parte de los *optimates:* casi ocurrió lo contrario, porque fue el mayor partidario de la plebe de Roma, y consiguió aunar una nueva coalición, que se hizo con el poder sustentada en el consentimiento popular y las espadas legionarias.

Los romanos denominaban República –del latín *res publica,* lo público, los asuntos del pueblo– a su sistema y, para los *optimates*, la pregunta era si lo seguiría siendo cuando llegase César.

*Cicerón*

Si la República tenía una voz en el año 45 a. C., esta era la de Cicerón. Pero era una voz silenciada porque pocos se atrevían a oponerse a César en público. Antiguo cónsul y líder de los *optimates*, en el 49 a. C. apoyó a Pompeyo en la Guerra Civil, pero selló la paz más tarde con César. A los sesenta años se había retirado de la vida política y se había entregado por entero a la filosofía. Los retratos clásicos le muestran anciano pero vigoroso, con arrugas, mandíbula prominente, nariz aquilina y excaso pelo.

Cicerón no confiaba en César, y en privado le tildaba de rey; el optimismo de Bruto y los suyos le parecía ridículo. «¿Dónde les

hallará? –se preguntaba retóricamente–. Debería ahorcarse», porque tras el baño de sangre de la Guerra Civil pocos habían sobrevivido. Bruto fue uno de ellos, o al menos así lo había considerado, hasta que le decepcionó. «En lo que respecta a Bruto, no tirará piedras contra su tejado».

Para Cicerón resultaba fácil mostrarse escéptico con César cuando estaba a cientos de kilómetros, pero hacerlo mientras estaba sentado en la misma habitación que él, como Bruto, era muy difícil. Cicerón lo sabía, y mientras le menospreciaba en privado, le alababa en público. César era uno de los mejores oradores de Roma, y además resultaba encantador. Cuando Cicerón dijo de él que «habla latín con más elocuencia que cualquier otro orador», este le devolvió el cumplido afirmando que era «casi el pionero e inventor» de este arte, y fue incluso más allá, diciendo que era «más admirable hacer avanzar las fronteras del genio romano que hacerlo con las del imperio». De haberse referido a sus ideas políticas, tan queridas por Cicerón, César no habría sido tan amistoso.

En un torrente de escritos filosóficos, redactados entre el 46 y el 44 a. C., Cicerón describió con brillantez los ideales republicanos. A pesar de añorar la República, reconoció que su supervivencia era difícil, porque al fin y al cabo los romanos eran prácticos. En el 46 a. C. dijo a un remitente que la República estaba en ruinas, sometida a la fuerza y no a la justicia. «La libertad», escribió, «se ha perdido». Pero ese mismo año, esperanzado, confesó a un amigo que veía signos de que César trataba de establecer «un cierto sistema constitucional» en Roma. Y empatizó con la actitud de Bruto, que rendía pleitesía a César. «¿Qué otra cosa puede hacer?».

Le fuese o no simpático, reconocía el talento y la relevancia de Bruto. En *Brutus* (46 a. C.), le elogió del modo, a su ver, más elevado, afirmando que había progresado tanto en su incipiente carrera que podría llegar a ser un gran orador en el Foro. En otras palabras, podría alcanzar a ser como él mismo en su apogeo. Aunque en privado expresase sus dudas con respecto a la oratoria

de Bruto, se excedió en el elogio. La respuesta a por qué no alcanzó las altas cumbres de la elocuencia es sencilla; el efecto de César sobre la libertad de expresión fue devastador. En un discurso del propio Cicerón en el 46 a. C., por ejemplo, la adulación reemplazó a la franqueza, y el orador se afanó en ensalzar a César y su «fama inmortal», fruto de su «coraje divino»; más tarde escribió a un amigo afirmando que aquel día le pareció tan hermoso que había creído captar un destello de la República renacida.

Costaba mantener el optimismo en la nueva Roma; Cicerón balbucía funestamente acerca de la historia griega y los numerosos ejemplos de cómo los sabios habían resistido ante los *regna* (singular *regnum,* la monarquía) y el *rex*. Estos términos en Roma eran insultantes, porque sugerían arbitrariedad del poder, tiranía e incluso esclavitud. El rey era el enemigo del gobierno libre y constitucional.

Sus antepasados eran famosos por haber expulsado al último rey de Roma, pero, en lugar de oponerse a César, Bruto parecía creerse sus despropósitos. Cicerón protestaba, pero para entonces debería saber que Bruto solía inclinarse por creer en aquello que le favorecía y, en una vida plagada de cambios de rumbo, mostró una flexibilidad sorprendente; tal vez su educación explique su inconsistencia.

*Servilia*

Su madre, Servilia, fue una de las mujeres más poderosas de Roma. De gran talento, era la atractiva y ambiciosa descendiente de un destacado clan patricio. Ya desde su nacimiento estuvo bien relacionada, y se esforzó para incorporar más contactos aún. Nada le importó más que la suerte de su hijo y la de su amante.

En el 77 a. C., a los 8 años, Bruto perdió a su padre, también llamado Marcus Junius Brutus, que encabezó una revuelta contra Pompeyo. Tras resistir a un asedio acabó por rendirse y fue

asesinado a traición, por orden de Pompeyo –o al menos con su beneplácito–, al que la familia culpó y despreció.

La educación del joven Bruto recayó entonces en manos de su madre. Las mujeres en Roma se casaban muy jóvenes, y ella había dado a luz a su hijo (*circa* 85 a. C.) siendo adolescente. Apenas cumplidos los veinte años, al morir su marido, volvió a casarse con un político destacado que nunca se ganó su corazón. Con una gran habilidad para atraer a hombres poderosos, se reservó para sí al más poderoso de todos: César. Como afirma un escritor:

Por encima de todas las demás mujeres, César amó a Servilia, la madre de Marco Bruto, para la que durante su primer consulado [59 a. C.] compró una perla que le costó seis millones de sestercios [unas 7.000 veces el salario anual de uno de sus legionarios, cientos de millones de dólares al cambio actual].

Servilia, además de confidente de César, fue su agente en algunas negociaciones políticas delicadas, y sus ojos y oídos cuando estaba fuera de Roma. Más tarde César se procuró otros amores. En cuanto a Servilia, que tenía un talento especial para involucrarse en los asuntos importantes, también supo cumplir su papel, y acabó cultivando buenas relaciones con importantes financieros y políticos destacados. Mujer extraordinaria en una época de mujeres extraordinarias, manejó el poder político entre bastidores. Esta «mujer muy astuta y cauta», como la describió Cicerón, vio cómo se arremolinaban en su hogar, en ocasiones, numerosos hombres eminentes buscando su consejo, ejerciendo así su influencia en la redacción de las leyes, algo que jamás ha sorprendido a nadie.

Sin embargo su principal interés fue su propio hijo, para el que buscó tres esposas, hijas de políticos emergentes. Para ella «toda preocupación empieza y termina contigo», como le escribió un amigo a Bruto siendo ya adulto, y seguramente esto se cumpliría también en su niñez. Servilia se entregó por entero a su carrera, y empezó por hacer que le adoptase su familia; el principal modelo

masculino durante su juventud fue su tío Catón, hermanastro de su madre y archienemigo de César.

En apariencia Bruto se pasó media vida fomentando las inextinguibles expectativas de Catón, y la otra media apaciguándolas. Justo un año antes de que se encontrase con César, en el 45 a. C., Catón murió, pero su fantasma pareció volverse a partir de entonces cada vez más sólido, extendiendo su mirada de reproche sobre toda Roma, y dejándola caer sobre el sensible corazón de Bruto, como un pariente silencioso que hablase con más fuerza a su pupilo estando muerto de lo que lo hizo en vida.

*Catón*

Brillante, elocuente, ambicioso, patriótico y extravagante, Catón fue sobre todo original. Era un elitista que miraba por la plebe, pero que también defendió la libertad de expresión, los procedimientos constitucionales, el deber y el servicio civiles, la administración honesta y la búsqueda ilustrada del interés público.

Como César, impresionó a sus contemporáneos por su persuasión e ideales. A diferencia de César, también lo hizo por su austeridad. Catón, seguidor de los estoicos, despreció el lujo mientras viajaba a pie, en lugar de hacerlo en las literas que solían emplear los de su misma clase. En ocasiones recorría las empedradas calles de Roma descalzo, y un retrato le muestra con aspecto serio, pensativo y distante. Creía en una república severa, virtuosa y libre, en la que los mandatarios buscarían la guía del Senado, lugar abierto al debate entre los más nobles, sabios y experimentados hombres de Roma.

César se movía, según sus criterios, empujado solo por el poder y la gloria, y terminaría por destruir la libertad y el orden republicanos en su avance. Aunque en una ocasión le tildó de bebedor, luego rectificó. «César es el único hombre que intenta destruir la República estando sobrio». En una ocasión sus críticas al

dictador le valieron el bochorno público en una tensa sesión en el Senado, en la que el tiro le salió por la culata. Alguien entregó una carta a su enemigo y Catón, sospechando que conspiraban, reclamó que la leyese en voz alta. Resultó ser una apasionada carta de su hermanastra Servilia.

Bruto compartía con Catón la hostilidad por todo aquel que monopolizase el poder político. Para ambos la libertad exigía compartirlo; al igual que su primo lejano Décimo, afirmaba descender de Lucius Junius Brutus, que había expulsado al último rey de Roma en el 509 a. C. y había fundado la República. Por parte de su madre tenía como antecesor a Gaius Servilius Ahala, que en el 439 a. C. había acabado con la vida de un aspirante a tirano. Para exhibir su linaje Bruto hizo colocar en la entrada de su casa (el *tablinum*) un árbol genealógico, al que complementaban las máscaras de cera de los antepasados que toda familia noble romana emplazaba en un lugar privilegiado del hogar.

Bruto, a diferencia de los escasamente intelectuales Antonio y Décimo, compartía la pasión de su tío Catón por la filosofía, y tal vez también parte de su desconfianza hacia el amante de Servilia, César, del que con toda probabilidad estaba al tanto del rumor que afirmaba que era hijo ilegítimo. En el año 85 a. C., cuando nació Bruto, César tenía 15 años, por lo que esta habladuría es muy posiblemente falsa. Sin embargo, y de forma irónica, el bulo pudo serle de gran ayuda en su carrera, aunque el mismo concepto de ilegitimidad le hiciese montar en cólera.

Tras aprender de Catón y Servilia el arte de manejar los hilos, Bruto adquirió también cierta afición por las fórmulas de compromiso y –tal y como acabaría por desvelarse– un gran talento para la traición.

*Cambio de bando*

Los primeros pasos en la carrera de Bruto fueron acertados. Siendo gobernador en el 53 a. C., realizó un préstamo a una ciudad de Chipre a un exorbitante interés anual del 48%. Cuando se negaron a pagar, un esbirro de Bruto, acompañado por hombres armados a caballo, encerró a las autoridades locales en el ayuntamiento y esperó hasta que cinco de ellos murieron de hambre. Cuando Cicerón conoció la noticia se quedó estupefacto.

Tras el estallido de la Guerra Civil cuatro años después, en el 49 a. C., Cicerón encabezó la sección más intransigente, para la que César era una amenaza tal contra la República que imposibilitaba cualquier pacto. A pesar de que Bruto acusaba a Pompeyo de la muerte de su padre, se puso de su parte, siguiendo tanto sus principios republicanos como a su tío Catón. Durante la campaña militar participó en la batalla de Farsalia en el 48 a. C., momento decisivo en la lucha contra César. Pompeyo consiguió escapar de Farsalia y Bruto, en cierto modo, también. Según una fuente, se escabulló del campamento de Pompeyo, asediado tras la derrota, y llegó a una ciudad cercana atravesando un terreno pantanoso. Desde allí escribió a César.

Es posible que estuviese al tanto de su proclamada política de clemencia; había perdonado a sus enemigos dando un giro inesperado a la política del anterior dictador de Roma, Lucius Cornelius Sila. Bajo el brutal régimen de Sila (82-80 a. C.) los enemigos del dictador fueron ejecutados y sus propiedades, confiscadas. César demostró que él no era Sila. Pero Bruto quería algo más que el perdón; deseaba prosperar, y lo logró.

Circularon historias que afirmaban que César ordenó perdonar a Bruto en Farsalia por deferencia hacia Servilia. El dictador no era un sentimental y, si esta narración es cierta, se trataría más bien de un movimiento político. Como amiga, la poderosa Servilia era excelente, pero como enemiga era peligrosa. También se aludió al supuesto temor de César a que Bruto fuese su hijo y, aunque fuese falso,

César debía conocerlo, por lo que no desearía que existiese la más mínima sospecha de que había asesinado a su propio hijo.

Además de todo esto, entraba también la consideración que Bruto le merecía. Cicerón escuchó años después a uno de sus mejores amigos afirmar que César solía decir de él que «lo que desea es un gran interrogante, pero sea lo que sea lo desea mucho». Con esta frase César plasmaba la personalidad de alguien importante y con determinación, pero difícil de doblegar.

Para César, Bruto tenía valor sobre todo como símbolo; sobrino de Catón y muy popular en Roma, donde su honestidad era reputada, fue el primer nombre de la nobleza romana en unirse a él. Tal vez siguió el razonamiento de que al luchar en Farsalia había cumplido con su deber y, una vez clara la victoria de César, era el momento de aceptar la realidad. Desde luego, no era demasiado intransigente.

La acogida fue cálida; según Plutarco, ambos pasearon juntos. Estando solos, César le preguntó hacia dónde se dirigía Pompeyo. Bruto respondió que lo ignoraba, pero que era probable que marchase hacia Egipto, porque tenía aliados allí. La respuesta convenció al dictador, que lo dejó todo y se encaminó a esa región.

La versión que da César en sus *Comentarios sobre la Guerra Civil*, su clásica versión de los hechos que mezcla historia y propaganda, es bien distinta, ya que debía pasar de puntillas sobre la desagradable realidad de que había provocado un conflicto que le llevó a acabar con la vida de compatriotas suyos. En esta obra afirma que se dirigió hacia Éfeso, en la moderna Turquía, al este, antes de averiguar que Pompeyo había sido visto en Chipre, lo que le llevó a concluir que el destino de su enemigo debía ser Egipto, y solo entonces se encaminó hacia allí. Sin embargo en los *Comentarios* no cita a Bruto, tal vez para ocultar su traición a Pompeyo, o tal vez porque consideró que la información que le dio era demasiado imprecisa como para lanzarse directamente hacia Egipto.

También Cicerón selló la paz con César, pero numerosos miembros del Senado prosiguieron la lucha. Aún disponían de dinero y de soldados, además de contar con la flota más poderosa del Mediterráneo. Los cabecillas de esta facción se dirigieron a la provincia romana de África (Túnez), donde conservaban algunos aliados. Pompeyo llegó hasta Egipto, pero fue asesinado al desembarcar.

César tardó un año más en derrotar a sus enemigos en el África romana, pero, cuando lo consiguió, en el 46 a. C., les barrió del campo de batalla. A continuación se dirigió hacia el oeste, a Útica –actual oeste de Túnez–, ciudad portuaria y capital de la provincia. Catón era el último guardián del norte de África, y César se deleitó con el valor simbólico de su rendición, ansiando que aceptase su clemencia.

Pero Catón la rechazó; consideraba a César un tirano y sería más insoportable aceptar su clemencia que la muerte. Decidió suicidarse, y confesó a su hijo que le habían educado en la libertad, física y de expresión, y que era demasiado viejo para asimilar la esclavitud. De noche, y sin compañía, Catón tomó un puñal y se desgarró el vientre. Cuando sus seguidores le descubrieron, llamaron a un médico para que le cosiese la herida, pero más tarde Catón se abrió los puntos y murió.

Se cuenta que, cuando César lo supo, exclamó: «¡Oh, Catón, envidio tu muerte, igual que tú me envidiabas la posibilidad de perdonarte!». Su suicidio le había privado del final feliz que deseaba, pero todavía disponía de un recurso para controlar los daños: el silencio. Hoy se suele considerar que los romanos admiraban el suicidio noble, pero eso empezó a ocurrir más tarde. En el 46 a. C. acabar con la propia vida no estaba bien visto y hasta Bruto consideró que su tío había actuado de forma blasfema y poco viril.

César cometió después un gran error. Al regresar a Roma durante el verano del 46 a. C., recibió permiso del Senado para celebrar sus cuatro victorias consecutivas, con lo que había aventajado a

Pompeyo por una, puesto que este había adquirido fama al festejar tres victorias en tres años. La última celebración, en el 61 a. C. tras sus victorias en el este, fue especialmente sonada. César, por supuesto, le superó en generosidad.

Dado que habría resultado impropio festejar la muerte de ciudadanos romanos, César tuvo que soslayar la Guerra Civil en sus celebraciones. A cambio puso el acento en los triunfos contra los galos y otros enemigos bárbaros, y la multitud pudo disfrutar también de los improvisados cánticos de los soldados, que en tono burlón coreaban: «Romanos, guardad a vuestras mujeres, que el calvo adúltero ha vuelto».

Aunque en las marchas triunfales se solían portar letreros, César se guardó mucho de que apareciesen escritos nombres de ciudadanos romanos. Sin embargo sí que permitió que se mostrasen cuadros en los que se reflejaba el suicidio de tres generales romanos tras su derrota en África. En uno de ellos se veía a Catón «desgarrándose a sí mismo, como un animal salvaje». La multitud protestó al verlo y César, al criticar la muerte de Catón, le dio a su memoria una nueva vida.

Aquello fue solo el principio; durante los meses siguientes se vivió una guerra de publicaciones acerca de Catón. Bruto encargó a Cicerón que redactase una breve obra en memoria de su tío y este, a pesar de saber que seguramente ofendería a César y a sus amigos, aceptó. Consideraba a Catón un gran hombre que había predicho el futuro con una claridad llamativa. Aunque la obra no ha sobrevivido, es evidente que fue una exaltación de la figura de Catón, al que Cicerón denominaba de continuo «el primero entre todos por su coraje». La élite suscribió su opinión, pero por algún motivo a Bruto no le agradó el resultado, y él mismo escribió otra obra en tributo titulada *Catón*. César replicó con su *Anti-Catón*, en el que le acusaba de ser codicioso, bebedor y libertino.

Aun con todo, a pesar de que su tío y mentor se hubiese quitado la vida con un puñal en el norte de África antes que rendirse ante

César, Bruto disfrutó de los beneficios de la piedad del dictador en las ciudades de la meseta norte de Italia. Llegaría el momento en el que tuviese que encarar las contradicciones de su conducta.

El verano del año 45 a. C. fue un momento de prueba para Servilia, a pesar de que pudiese disfrutar de una nueva posesión cerca de Nápoles. Había sido confiscada a un partidario de Pompeyo, y acabó recayendo en sus manos como un regalo, o comprada a un precio muy asequible. Evidentemente la madre de Bruto todavía tenía un hueco en el corazón de César, o en sus cálculos políticos. En todo caso no parecía que obtener un beneficio a costa de sus enemigos le causase remordimientos.

Bruto se había divorciado de su esposa Claudia para casarse con Porcia, así que Servilia debía aclimatarse a su nueva nuera, que era prima de su hijo, e hija a su vez de Catón, además de viuda de Bibulus, un acérrimo enemigo de César, que había muerto dos años antes.

Porcia era una mujer dada a la confrontación; en su juventud, un famoso orador quiso arrebatársela a Bibulus para que le diese un heredero. Este hombre, anciano y admirador de Catón, buscaba perpetuarse con el mejor linaje, y se ofreció incluso a devolver a Porcia a su esposo una vez nacido su heredero, si es que él seguía queriéndola. Pero Catón, que tenía autoridad sobre este particular, se negó y, en su lugar, ¡le entregó a su propia esposa!

Pero Porcia, además de deseable, también era una mujer imponente. Si la leyenda es cierta, en una ocasión se apuñaló a sí misma para demostrar a Bruto su valor. Al parecer, era en realidad hija de Catón, y la clase de mujer que podía atraer al hijo de la recia Servilia.

Es fácil entender la angustia de Servilia; en el verano del 45 a. C. la relación con Porcia no funcionaba, a pesar de que Bruto trataba de contentar a ambas. No queda constancia de por qué la relación fue tan complicada, pero está claro que la lealtad de Bruto a César fue motivo de disputa. Aunque no hay pruebas de que el matrimonio

con Porcia se produjese por amor, entre los romanos muchos pudieron considerarlo como una afrenta a César. Lo que está claro es que, si al hijo de Servilia le convenció la labia de César, con la hija de Catón no iba a suceder igual.

---

NOTAS

— *en Mediolanum, César se reunió con Marcus Junius Brutus,* las fuentes afirman únicamente que se encontraron en la Galia Italiana, sin citar la ciudad (Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.40.1; Plutarco, *Bruto,* 6.12), pero Mediolanum resulta verosímil, porque era un centro de importancia en la región, en el que más tarde se levantó una estatua a Bruto *(vid. supra)*. Aunque Plutarco, *Bruto*, 6.12, parece datar el encuentro en el 46 a. C., en ocasiones condensa la cronología, y el 45 a. C. es más probable. Véase Taylor, «On the Chronology of Cicero's Letters», 239 n. 24.

— *como gobernador de la Galia Italiana,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 6.6.10.

— *posible síntoma de la epilepsia,* Plutarco, *César,* 17.2, 53.5-6, 60.7; Suetonio, *Julio César,* 45.2; Apiano, *Las guerras civiles,* 2.110; Dion Casio, *Historia de Roma,* 43.32.6. Como tanto los enemigos de César como sus amigos emplearon la información sobre su salud en beneficio propio, las citas clásicas deben tratarse con cautela.

— *personificaba el talento, la estrategia, la memoria,* Cicerón, *Segunda Filípica,* 2.116.

— *poseía la apariencia de un líder,* Sheldon Nodelman, «The Portrait of Brutus the Tyrannicide», *Occasional Papers on Antiquities* 4: *Ancient Portraits in the J. Paul Getty Museum* 1 (1987): 41-86.

— *levantaron una estatua suya en Mediolanum,* Plutarco, *Bruto* 6.11, *Comparación entre Dion y Bruto,* 5.

— *César y Bruto viajaron juntos por la Galia Italiana,* Plutarco, *Bruto,* 6.12; cfr. Taylor, «On the Chronology of Cicero's Letters», 238-39.

— *La alternativa a los* optimates *eran los populares.* Dichos términos eran imprecisos y fluidos. Véase W. K. Lacey, «Boni atque Improbi», *Greece & Rome*, 2ª ser., 17.1 (1970): 3-16.

— *en privado le tildaba de rey,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.37.2.

— «*¿Dónde les hallará?»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.40.1.

— *no tirará piedras contra su tejado*, Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.40.1. La traducción de esta difícil frase la sugiere como posibilidad D. R. Shackleton Bailey, ed. y trad., *Cicero, Letters to Atticus,* Cambridge University Press, Cambridge 1996, vol. 5: 241, y notas *ad loc*., 388 (con una controversia por otro comentario relevante de Cicerón sobre Bruto en 13.41.2).

— *«habla latín con más elocuencia que cualquier otro orador»,* lo afirma el amigo de Cicerón, Ático, en Cicerón, *Bruto,* 252.

— *«casi el pionero e inventor»,* Cicerón, *Bruto,* 253, traducción de G. L. Hendrickson en *Brutus / Cicero; Orator / Cicero*, con traducción inglesa de H. M. Hubbell, rev. ed., Harvard University Press, Cambridge, MA 1962, 219.

— *«más admirable hacer avanzar»,* Plinio, *Historia Natural,* 7.117, traducción de Elizabeth Rawson, *Cicero: A Portrait*, ed. rev., Cornell University Press, Ithaca, EE. UU. 1983, 254.

— *«La libertad», escribió, «se ha perdido»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 9.16.3.

— «un *cierto sistema constitucional*» –aliquam rem publicam–, Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 13.68.2, puede que de octubre del 46 a. C.; cfr. 6.10b.2.

— «*¿Qué otra cosa puede hacer?»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.40.4.

— *«fama inmortal», fruto de su «coraje divino»,* Cicerón, *A Marcelo*, 26, 28.

— *captar un destello de la república renacida,* Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 4.4.3.

— *cómo los sabios habían resistido los* regna, Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 9.16.6.

— *Estos términos en Roma eran insultantes,* Andrew Erskine, «Hellenistic Monarchy and Roman Political Invective», *Classical Quarterly,* n.s. 41.1 (1991): 106-20.

— *Cicerón protestaba,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.10.1.

— *Por encima de todas las demás mujeres,* Suetonio, *Julio César,* 50.2.

— *cientos de millones de dólares al cambio actual.* Hoy, un miembro del ejército americano en activo recibe de media, entre el salario y los beneficios asociados, unos 99.000 $, http://www.goarmy.com/benefits/total-compensation.html. El diamante Hope, uno de los más caros del mundo, tiene un valor aproximado de unos 250 millones de dólares, http://en.wikipedia.org/wiki/Hope_Diamond, consultado el 25 de junio de 2014.

— *importantes financieros y políticos destacados,* como Tito Pomponio Ático (110-32 a. C.), caballero romano rico, influyente y poderoso.

— *«mujer muy astuta y cauta»,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.18.1.

— *vio cómo se arremolinaban en su hogar,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.11.1-3. Sobre Servilia como confidente y agente de César, véase Richard A. Bauman, *Women and Politics in Ancient Rome,* Routledge, Londres y Nueva York 1992, 73.

— *«toda preocupación empieza y termina contigo»,* Cicerón, *Cartas a Bruto,* 1.18, en D. R. Shackleton Bailey, ed. y trad., *Cicero: Letters to Quintus and Brutus,* Harvard University Press, Cambridge, EE. UU. 2002, 283.

— *serio, pensativo y distante,* véase el busto de Catón el Joven en el Museo Arqueológico de Rabat (Marruecos), hallado en el templo de Venus, Volubilis. Frederick Poulsen, «Caton et le Jeune Prince», *Acta Archaeologica* 18 (1947) 117-139.

— *intenta destruir la República estando sobrio,* Suetonio, *Julio César,* 53.1; Plutarco, *Catón el Joven*, 24.1, *Bruto,* 5.2, *César*, 17.9-10; Veleyo Patérculo, *Historia romana*, 41.2.

— *apasionada carta de su hermanastra Servilia,* Plutarco, *Catón el Joven,* 24.1-2, *Bruto,* 5.2.

— *por deferencia hacia Servilia.* Plutarco, *Bruto,* 5.1.

— *supuesto temor de César a que Bruto fuese su hijo,* Apiano, *La guerra civil*, 2.112.

— *lo que desea es un gran interrogante,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.1.2, trad. A. W. Lintott, en *Cicero as Evidence: A Historian's Companion,* Oxford University Press, Oxford 2008, 341.

— *lo dejó todo y se encaminó a esa región,* Plutarco, *Bruto*, 6.3-5.

— *La versión que da César,* César, *La Guerra Civil*, 3.105-6.

— *consideraba a César un tirano,* Plutarco, *Catón el Joven,* 66.2.

— *le habían educado en la libertad,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.10.4-5.

— *Catón tomó un puñal,* Plutarco, *Catón el Joven*, 70.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.98; Dion Casio, *Historia romana*, 43.11.4.

— *envidio tu muerte,* Plutarco, *Catón el Joven,* 72.2; cfr. Apiano, *Las guerras civiles,* 2.99.

— *Bruto consideró que su tío había actuado,* Plutarco, *Bruto*, 40.7.

— *«Romanos, guardad a vuestras mujeres, que el calvo adúltero ha vuelto»,* Suetonio, *Julio César,* 51, trad. Mary Beard, en *The Roman Triumph,* Belknap Press of Harvard University, Cambridge, EE. UU. 2007, 247.

— *«desgarrándose a sí mismo, como un animal salvaje»,* Apiano, *Las guerras civiles,* 2.101.

— *Consideraba a Catón un gran hombre,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 12.4.2.

— *«el primero entre todos por su coraje»,* Cicerón, *Filípicas*, 13.30.

— *La élite suscribió su opinión,* por ejemplo, Papiro Paeto en Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 9.18.2.

— *una nueva posesión cerca de Nápoles,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.21.3; Suetonio, *Julio César,* 50.2.

— *se apuñaló a sí misma,* Plutarco, *Bruto,* 13.

— *la relación con Porcia no funcionaba,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.22.4.

## Capítulo 3
## VEREDICTO EN LA VILLA

César volvió a Roma desde Hispania en agosto del 45 a. C., pero se demoró por el camino. No entró en la ciudad hasta octubre, cuando celebró una marcha triunfal. Mientras tanto se retiró a su villa –residencia en el campo–, a unos 30 kilómetros al sur, cerca de Labici. Allí se despertaba por la mañana en un dormitorio pavimentado con un delicado mosaico a modo de alfombra formado por azulejos de cristal opaco con motivos florales, que mostraban un jarrón con flores enmarcado en una especie de cenefa zigzagueante. Para urdir sus planes podía deambular entre los sombreados pórticos a través de un lujoso mármol amarillo.

Labici, en una región de fértil suelo volcánico, era famosa en la antigüedad por sus frutas y hortalizas y por sus viñas añejas. César disfrutaba de la fresca tranquilidad de los montes Albanos, en el mismo lugar al que huyen hoy del ardiente calor del verano los romanos. Cabe comprender también que la irritante política de la capital le ofreciese un motivo añadido para posponer su retorno.

La ciudad hervía de gente que clamaba a César por que restaurase el sistema político previo a la Guerra Civil, pero sus ideas eran otras. Donde unos pensaban en términos de ciudad, él lo hacía en términos imperiales. Como escribió en una ocasión, finalizada la Guerra Civil, los ciudadanos podían esperar tranquilidad en Italia, paz en las provincias y seguridad en el imperio. Pero César miraba más allá de las paredes del Senado o los rincones del Foro; de hecho, estaba edificando un nuevo Senado y un nuevo Foro. La República, sagrada para tantos contemporáneos, provocaba su desdén. En resumen, César quería poder. El Senado ya le había nombrado en el 46 a. C. dictador por diez años, y ostentaba muchos

otros honores. Resulta imposible conjeturar qué tenía en mente para el futuro; nunca lo expresó con claridad, y puede que sus planes aún no estuviesen definidos. Sin embargo, algo es evidente; su visión del futuro de Roma era incompatible con el pasado republicano. Podía sobrevivir César, o podía sobrevivir la República, pero no los dos.

*Choque de visiones*

Una vez terminada la Guerra Civil, los senadores romanos estaban listos para tomar de nuevo un poder que consideraban suyo de pleno derecho. Según su concepción, tras cinco años de guerra, decenas de miles de muertos, ciudades saqueadas, bibliotecas incendiadas, y grandes sumas dedicadas a provocar matanzas, era la hora de los hombres togados. Ya se las habían visto antes con generales sulfurosos, en pos de la primacía o de la dictadura y que, en ocasiones, habían hecho rodar algunas cabezas. Lo habían visto todo, y confiaban en que no significase nada.

Los nobles romanos estaban tan abrumados por su autoridad colectiva que no podían imaginar que nadie les pasase por encima. Confiaban en su habilidad para integrar incluso a la oposición más severa, reconduciéndola de nuevo a la República. Habían domesticado a Pompeyo, y creían poder hacer lo mismo con César. Incluso después de ver lo que habían visto, se dijeron que César no quería otra cosa que la República. En las cartas que dictaban a sus esclavos, en las borracheras, en los paseos por sus jardines, rodeados por el murmullo de las fuentes, todos llegaban a esta misma conclusión confiada. Pero César les engañó.

No tenía ninguna intención de participar en su juego. Catón lo entendió, en ocasiones Cicerón también, pero la mayoría de la gente se negó a verlo y el encanto de César enmascaró la verdad. Perdonaba a sus enemigos, e incluso les asignaba los puestos más relevantes de Roma, guardaba una sonrisa para casi todo el mundo, escribía cartas de su puño y letra durante las campañas militares,

otorgaba regalos espléndidos. La actuación era buena, pero solo era una actuación.

César había sobrepasado a la ciudad de Roma y sus pequeñas disputas. Si podía permitirse nombrar pretores y cónsules a sus enemigos, era porque esos cargos habían dejado de tener importancia. El poder real recaía solo en él y en su círculo de amigos. El Senado ya no le importaba, y el reto consistía en que esto no fuese evidente.

Un año antes, en el 46 a. C., al regresar a Roma desde el norte de África, César se mostró cauteloso. En el 45 a. C., después de una dura contienda en Hispania, se sentía menos inclinado a las componendas. La guerra había alcanzado un punto en el que todo se jugaba a una batalla a vida o muerte; el 17 de marzo del 45 a. C. en Munda (cerca de la actual Sevilla) el enemigo acarició la victoria. César hubo de implorar a sus hombres que cumpliesen su deber, y en un momento dado vio peligrar su vida. Finalmente su ejército convirtió la derrota en victoria, pero por la mínima.

Puede que esta experiencia le removiese, o tal vez sirvió para confirmar sus pensamientos más sombríos. En cualquier caso, parece que Hispania contribuyó a impulsar su ambición y mermar su paciencia, haciéndole más consciente de la fragilidad de la vida y menos dispuesto a contar con extraños en la toma de decisiones.

Aunque la Guerra Civil hubiese concluido aparentemente, los límites del Imperio todavía sufrían el rumor bélico, y la situación política en Roma era inquietante. Además en Siria había estallado una revuelta.

Sucintamente, Sexto Pompeyo –el menor de los dos hijos de Pompeyo, que había sobrevivido a la derrota– bajó de las montañas y emergió de nuevo como una amenaza militar en Hispania. Mientras tanto, en Roma, tanto los senadores como los ciudadanos de a pie rechazaban la idea de una dictadura prolongada y confiaban aún en que César les devolviese la República, aunque conservase para sí una posición dominante. La mayoría de las élites romanas adoraban

su República; Cicerón afirmó que nada en el mundo se le podía comparar. Salustio, gran historiador, advirtió a César hacia el 46 a. C.: «fortalece la República para el futuro, no solo militarmente y contra el enemigo, sino también en el amable arte de la paz, una tarea mucho, mucho más espinosa».

La República gozaba del aprecio incluso de la plebe urbana, como denominaban los romanos a la gente corriente de la ciudad. Los pobres no ostentaban cargos públicos, pero sí tenían derecho a voto. Las elecciones hacían recaer sobre ellos las atenciones de los candidatos, habitualmente adinerados, y también sus regalos. Una disputa ajustada podía suponer grandes beneficios para los menos afortunados.

César no compartía este sentimiento. El mismo César que poseía suficiente ingenio y atractivo para hacer volver la cabeza a tantas casadas en Roma, el dandy al que Cicerón no se tomó en serio en cierta ocasión porque dedicaba demasiado tiempo al aspecto de su cabello, ese mismo César podía ser a veces tan directo como una estocada. Se dice que llegó a afirmar que la República no era «nada, un simple nombre sin forma ni sustancia». Un panfleto, obra de un enemigo suyo, recogió este supuesto comentario. Puede que fuese ficticio, pero en cualquier caso poseía el tono del hiriente humor del dictador.

La vieja guardia proclamó que deseaban que Roma fuese gobernada por las leyes, y no por los hombres. César rechazaba ambas ideas, y tildaba a esta vieja guardia de mentirosa, de ingenua, o de ambas. Para él, solo su genio podía ofrecer a los pobladores del Imperio paz y prosperidad; si se quiere averiguar qué le hizo llegar a esa conclusión, es necesario saber quién era César.

### *Llegar a ser Julio César*

El camino de César había sido largo. Partió de una niñez en los suburbios de Subura en Roma para llegar a la residencia imperial

junto al Foro, en la que vivió como Sumo Pontífice tras imponerse en la elección para ese puesto siendo joven; de correr y esconderse en las colinas de la Italia central, luchando contra la malaria y contra una sentencia de muerte dictada por Sila, hasta encabezar la campaña contra los enemigos hereditarios de Roma y alcanzar en la batalla de Anatolia una victoria tan fulgurante que solo la pudo describir con su conocida frase *Veni, vidi, vici,* «Vine, vi, vencí»; de obtener a los 20 años el segundo mayor honor militar de Roma, junto con el derecho a recibir una ovación de los senadores en pie cada vez que entraba en la estancia, a hacerlo valer sobre el derrotado jefe rebelde de la Galia, postrado a sus pies; de casarse tres veces y visitar incontables alcobas de las esposas de los principales líderes políticos romanos a vivir una aventura con una reina, descendiente de uno de los generales de Alejandro Magno. Años antes César había sido un cónsul reformador, que se enfrentó al Senado y venció, un actor político que solo consideró su igual al mejor general de la Roma de entonces, Pompeyo, y a su hombre más rico, Marco Licinio Craso. Para el 45 a. C. ya había sobrepasado a ambos, se había convertido en un conquistador en tres continentes y había escrito unos *Comentarios* destinados a perdurar en el canon literario durante dos mil años. César fue un genio y un *daemon*, brillante en la política, las armas y las letras, la triple corona que nadie desde entonces ha portado.

En la sociedad en la que vivió, la modestia no era una virtud. Fue lo que Aristóteles denominaría un hombre de alma sublime, de elevada ambición y una no menos elevada opinión de sí mismo; confiaba en su inteligencia, versatilidad y eficacia. No le faltaban ni valor ni arrojo, y su ansia por ascender no conocía límites. Tal y como se veía, era un virtuoso de la política con un deje ordinario, aquel que resolvía todo en la crisis de una batalla, y salvaba una y otra vez a su ejército. Con el enemigo era severo, prudente y justo, y con el pueblo de Roma, infinitamente misericordioso. Asentía ante

la opinión de que «el comandante Cayo César merecía ser bien tratado por la república, después de todos sus logros».

Todo lo que había vivido, desde que su madre le tuvo en su regazo, le había mostrado que se merecía ser el primer hombre de Roma. Confiaba en guiar al pueblo y no veía utilidad en el Senado; era un obstáculo para su concepción de una nueva Roma más grande. Una ciudad reconstruida, digna de un imperio recreado, que tratase a sus habitantes más como ciudadanos que como súbditos, y un estado reformado en el que las masas contribuyesen al bien común, en lugar de estorbar la senda de la élite noble.

Siendo cónsul en el año 59 a. C., César eludió las objeciones del Senado y aprobó dos leyes sobre la propiedad que aliviaron la situación de los más pobres. También hizo proclamar una de las primeras normas que protegía a los habitantes del Imperio de los abusos de los gobernadores de las provincias. Ante la oposición del Senado, César se limitó a ignorarles, e hizo que la plebe ratificase las leyes en sus asambleas legislativas, que era algo legal pero contravenía las costumbres.

César no tenía paciencia, ni con las costumbres ni con el Senado. Amparaba a los pobres y se enorgullecía de hacerlo, repudiando la cerrada negativa de los senadores a realizar la más mínima concesión a sus necesidades. Algunos de los hombres a los que promocionó hicieron que los clasistas se estremecieran: caballeros romanos, italianos, nuevos ciudadanos galos o hispanos, incluso hijos de libertos, por no hablar de los miembros más jóvenes de la nobleza que habían contraído deudas o cometido crímenes. No se disculpó por hacerlo; de hecho, cierta vez afirmó que, si contaba con rufianes y asesinos para defender su *dignitas* –su honor–, estaría encantado de premiarles con puestos relevantes. Tampoco dudó a la hora de emplear la fuerza contra sus enemigos de la élite. Hizo expulsar del Senado y encarcelar a Catón tras una fuerte disputa y ordenó que atacasen en público a otro cónsul, un *optimate*, después

de que tratase de impedir la promulgación de una de sus leyes agrarias.

A César le atrajo el riesgo durante toda su vida y nunca rechazó la violencia. En una ocasión realizó una peligrosa travesía por el Adriático a bordo de una pequeña embarcación, rodeado por unos pocos amigos y sus esclavos, armado solo con un puñal atado al muslo bajo la túnica, por si sufrían un ataque de los piratas, y todo porque el joven tenía prisa por volver a Roma. En otra ocasión condujo a su ejército a una emboscada en el río Sambre y estuvo a punto de ver perecer a sus hombres a manos de un enemigo mejor preparado. Se alzó con la victoria arengando a los suyos en el campo de batalla y luchando él mismo muy cerca de la primera línea, además de confiar en su segundo de a bordo, el sobresaliente Tito Labieno. En los *Comentarios* esta batalla, que estuvo cerca de ser una catástrofe, aparece como una gran victoria, y la contribución de su comandante no recibe demasiada atención.

El mayor riesgo al que se enfrentó César fue en el año 49 a. C., con el famoso paso del Rubicón. Este pequeño río marcaba el límite entre la Galia Italiana e Italia, y un general no podía atravesarlo sin permiso del Senado, pero aun así César lo hizo una noche de enero del 49 a. C. (noviembre del 50 a. C. según el calendario contemporáneo).

Hoy en día «cruzar el Rubicón» significa tomar una decisión difícil que no admite vuelta atrás. Para César también fue así; desafió al Senado y quebrantó la ley, dando comienzo a cinco años de guerra civil. Encabezados por Catón y Pompeyo, sus enemigos en el Senado le habían exigido que abandonase el mando y regresase a Roma como un ciudadano más. César, sabiendo que eso significaría el fin de su carrera política, si no el de su vida, se negó. Dirigiéndose a sus soldados afirmó que sus enemigos, al frente del Senado, amenazaban tanto la libertad como la dignidad del pueblo romano. Las tropas juraron seguir a su comandante y César decidió

arriesgarlo todo en una guerra civil. Cruzó el Rubicón y marchó contra Roma.

Ningún político podía detenerle, y ningún ejército podía vencerle. Durante más de una década los galos le habían tratado como a un rey; por poner un ejemplo, Vercingetorix en Alesia se había postrado a sus pies con su mejor armadura, después de que César trazase un círculo a caballo alrededor de este cabecilla galo. Una vez saboreado este dominio, tan costoso, no quería cederlo a los mezquinos y resentidos políticos romanos que, en su opinión, le habían empujado a la guerra civil, a pesar del servicio que había prestado a la patria.

Aun así, todo aquel que posea una mínima inclinación romántica no puede dejar de pensar que la influencia primordial que recibió César para alcanzar una cota todavía mayor de poder fue su amante, la reina de Egipto.

*Cleopatra*

César conoció a Cleopatra en el 48 a. C. mientras perseguía hasta Egipto a Pompeyo, al que habían asesinado nada más desembarcar, después de ser traicionado por el rey Ptolomeo XIII, su supuesto amigo. César no consideraba necesario al rey de Egipto, que además le había privado de la rendición de Pompeyo, y además se negaba a sufragar los gastos de sus tropas. Sin embargo encontró una aliada en su hermana, Cleopatra, que se ofreció amablemente a pagarles, a cambio de recabar el apoyo del romano en sus aspiraciones al trono.

Cleopatra entró de forma subrepticia en el palacio de Alejandría, escondida –según una leyenda– entre sábanas, de entre las que salió en presencia de César. La hermana del rey poseía una imponente presencia física; era baja y fornida, capaz de montar a caballo y cazar. Si el retrato que muestran las monedas es fiable, no poseía una belleza convencional; tenía una barbilla prominente, una boca amplia y una nariz irregular. También puede ser que las

monedas exagerasen sus rasgos masculinos para otorgarle un aspecto más regio.

En cualquier caso era lista, artera y seductora. Poseía el encanto de Egipto, tierra clásica y elegante. Debía su renombre a su antecesor Ptolomeo I, mariscal de Alejandro Magno. También era joven; 21 años, por los 52 de César. Un mes después de conocerse, estaba embarazada.

Cuando César y Cleopatra estaban juntos, las fiestas duraban con frecuencia hasta el amanecer. Recorrieron el Nilo en una embarcación oficial, acompañados por más de 400 barcos, bajando hacia el sur casi hasta Etiopía, mientras veían al pasar templos majestuosos y una flora y fauna exóticas. Fue un viaje de exploración y aventuras, pero también romántico.

En la primavera del año 47 a. C., tras una enconada lucha en Alejandría y el delta del Nilo, César dominaba Egipto y Cleopatra era su amante, o al menos así lo cuenta la leyenda. Sin embargo, eran dos políticos poderosos, y no dos locos enamorados. Un razonamiento sensato llevó a César a preferir a Cleopatra antes que a Ptolomeo, porque ella era más débil. El apoyo popular que tenía Ptolomeo en Alejandría era fuerte, mientra Cleopatra necesitaba a Roma. Como gobernante de Egipto sería una clienta leal.

Pero incluso con esta premisa, el impacto de la joven y brillante reina en César debió de ser significativo. ¿Qué pensaría cuando le preguntase, por ejemplo, por qué no era un dios? Al fin y al cabo ella lo era, y todos los reyes y reinas de Egipto, divinos. Alejandro Magno también lo fue, al igual que, en ese sentido, otros regentes de la órbita griega. ¿Por qué César no? Al ensalzar su violenta conducta en Alejandría, Cleopatra pudo reforzar el deseo del dictador de poner cerco a los tediosos potentados del Senado, y a las trivialidades constitucionales tras las que se ocultaban para proteger sus privilegios. La conexión con Alejandro, además, le recordaría a César que hacia el este había nuevos mundos por conquistar.

En el verano del 47 a. C., tras la marcha de César de Egipto, Cleopatra tuvo un hijo, al que llamó Ptolomeo XV César, conocido como «Cesarión», o «pequeño César». Afirmó que era hijo del dictador, pero resulta difícil conocer su reacción, si la hubo, porque este particular acabaría incluido en una batalla propagandística posterior. Una fuente romana sostiene que «algunos escritores griegos» aducían que Cesarión se parecía a César, y caminaba como él.

Es poco probable que fuese un padre atento, pero sin duda este niño le alentó en espíritu. Veinte años antes, a los treinta y tres, César había lamentado que Alejandro Magno ya hubiese muerto a esa edad, mientras él aún no había logrado nada. En el momento en el que había llegado a ser un conquistador, Cesarión le vinculaba genéticamente con uno de los generales de Alejandro. Aun así, incluso si aceptó que el niño era suyo, jamás pensó en hacer de un medio egipcio, nacido fuera del matrimonio, su heredero en Roma.

Sí que se puede afirmar con mayor rotundidad que Alejandría impresionó a César; lo habría hecho con cualquiera. Estaba casi tan poblada como Roma y era inmensamente mayor. Fundada por Alejandro Magno, era el lugar emblemático de la dinastía ptolemaica. Su arquitectura, comenzando por aquel famoso faro que se elevaba más de 100 metros en una isla al norte, era deslumbrante. El distrito palaciego, los puertos, las columnatas, el museo, la gran biblioteca, las sepulturas de los ptolomeos y de Alejandro, las amplias avenidas en cuadrícula, la conjunción de mármol y granito, cautivaban a los visitantes. Alejandría eclipsaba a Roma, y se comprende que César pusiese después tanto énfasis en la construcción de una capital mayor y mejor.

Al abandonar la ciudad en el 47 a. C., César no se olvidó de Cleopatra. Al año siguiente, ya en Roma, hizo erigir una estatua bañada en oro de la reina en el nuevo foro, que fue como una bofetada en la cara de los tradicionalistas romanos.

César había dejado de preocuparse por ellos; sabía que casi todo el Senado y la mayoría de los anteriores cónsules –denominados consulares– se le habían opuesto en la Guerra Civil. A estas alturas solo le importaban unos pocos leales de su confianza, sus aliados de entre las nuevas élites en Italia y las provincias, la plebe urbana y, por encima de todos, el ejército. Los *optimates* podían quejarse a placer, después de todo lo que había hecho para reconciliarse con ellos. Los hombres de César le darían el trato que se merecía, porque era aquel en el que el país tenía puestas sus esperanzas.

*Los hombres de César*

La guerra en la Galia no hizo de César solo uno de los mayores conquistadores de la historia; también le permitió erigir un estado dentro del estado, constituido, por encima de todo, por su ejército.

Antes que él otros generales romanos ya habían empleado la lealtad de sus hombres como herramienta política, pero ninguno con tanto provecho. Ya en su época este uso fue manifiesto, y aún hoy reluce entre las páginas de sus *Comentarios*. En el corazón emocional de esta obra no están los altos mandos del ejército, sino sus centuriones, equivalentes a los actuales capitanes. César describió su bravura, capacidad de sacrificio y profesionalidad, que compensó en Roma teniéndoles como aliados políticos. Ellos habían sido los que le habían prestado dinero antes de cruzar el Rubicón y empezar la Guerra Civil en el 49 a. C.

Los centuriones no eran un colectivo poco pudiente; o procedían de la clase media alta o, en caso contrario, recibían un salario suficiente como para alcanzarla. Por el contrario, los soldados rasos eran muy pobres, aunque también adoraban a su comandante. La respuesta de César era menos sentimental; el poder –afirmó en una ocasión– solo depende de dos cosas: las tropas y el dinero. César retribuyó bien a los suyos, y así obró el milagro. Además, fomentó la reputación que tenía de ser un hombre resistente, que compartía

tanto los sacrificios de sus soldados como los riesgos a los que se exponían. Cierta vez, estando a punto de entrar en combate, espantó a los caballos de los oficiales, empezando por su propia montura, para dejar patente que era una batalla a vida o muerte.

Tanto en los pequeños detalles –como dejarse crecer la barba y el pelo en señal de duelo tras sufrir grandes bajas– como en los grandes –en forma de salarios, tierras y porciones del botín–, César siempre estuvo pendiente de sus hombres. El resultado fue que sus tropas «estaban absolutamente unidas a él, y absolutamente resueltas». Lo que se dijo del legendario fundador de Roma, Rómulo, también podía afirmarse de César:

Le apreciaban más las masas que el Senado, pero era en el corazón de sus soldados, con gran diferencia, donde era más popular.

En el año 46 a. C., durante las marchas triunfales de César, sus hombres, ataviados con los uniformes militares y adornados orgullosamente con las condecoraciones que habían obtenido, gritaban regocijados mientras entonaban canciones obscenas acerca de las conquistas amorosas de César. También coreaban un lema: «si te comportas bien, te castigarán, pero, si lo haces mal, serás rey». Evidentemente se estaban refiriendo al quebrantamiento de las leyes que había ejercido César como cónsul, dando pie a una guerra civil, cuya penalización había evitado, y que había terminado con el dictador en la cúspide. Se suele afirmar que a César le agradaba saber que sus hombres y él se entendían mutuamente, pero también es cierto que la simpatía no se limitó a las buenas palabras.

Con sus victorias, César entregó a sus hombres grandes sumas de dinero; cada veterano recibió un total aproximado de 6.000 denarios, más de 25 veces la paga anual de un legionario, de 225 denarios. Para los centuriones dobló esta cantidad, y los tribunos militares (coroneles) y comandantes de caballería percibieron cuatro veces más; estas abultadas recompensas fueron posibles por la enorme fortuna de César, adquirida entre los despojos de la guerra.

Estas circunstancias presagiaban lo que ocurriría más tarde. Los soldados suponían el verdadero poder de Roma; en menos de tres años esta realidad sería evidente. Por el momento, cabía esperar que las tropas se siguiesen plegando ante la autoridad política.

César contaba asimismo con el respaldo de la plebe, y también repartió dinero entre ellos. Los soldados se negaron a compartir sus riquezas, provocando un tumulto, y su comandante mandó reprimirlo. Finalmente más de 250.000 ciudadanos –hombres– pudieron acceder a un pago de 100 denarios; también se rebajaron los alquileres, tanto en Roma como en el resto de Italia, como una concesión a los más pobres. César aún no estaba en condiciones de compartir lo que diría siglos después el emperador romano Séptimo Severo a su hijo en el lecho de muerte; «Haz ricos a los soldados y no te preocupes por nadie más». El dictador sabía que, sin el respaldo de sus legiones, no podría gobernar, y que, sin el apoyo del pueblo, no podría hacerlo en paz. Por tanto mandó ejecutar a tres de los soldados amotinados, a dos de ellos ritualmente, y colocó las cabezas a la entrada de su residencia.

Junto con los soldados y la plebe urbana, César configuró una nueva élite. Desde su época en la Galia había ido arremolinando en su entorno a un equipo de consejeros, entre los que había políticos, administradores, abogados, propagandistas, esbirros y banqueros, que ejercían de escoltas, apagafuegos, espías y calumniadores. Casi ninguno procedía de la nobleza romana, algunos no eran ni siquiera ciudadanos de nacimiento, y casi todos venían de las clases altas italianas que, aunque poseyesen la ciudadanía, estaban en general excluidos de los altos cargos.

Los dos hombres más poderosos de la nueva élite de César fueron Gaius Oppius, équite romano, y Lucius Cornelius Balbus, nuevo ciudadano de Hispania. Sabían y callaban, trabajaban entre bastidores y fueron los ojos y oídos de César. Balbus y Oppius ejercían, a la vez, de jefes de gabinete, portavoces y ministros de Hacienda, y manejaban los hilos de Roma. Cicerón acusó a Balbus

de redactar decretos y firmarlos con su nombre, sin dignarse a consultarle. Antaño, se lamentaba, había sido prácticamente el timonel del barco de la República, y ahora apenas tenía sitio en cubierta.

Era imposible entrevistarse con César si antes no se pasaba ante ellos, como descubrió con desagrado el orador. El procedimiento no solo era engorroso, sino que atentaba contra la *dignitas:* ¡tener que pasar la mano por la espalda a un inferior social! Puede que hasta el propio César comprendiese la escasa popularidad que le granjeaban sus porteros; se dice que afirmó que, si un hombre como Cicerón tenía que esperar para verle, entonces todo el mundo –Cicerón incluido– acabaría por detestarle. Por supuesto sabía que, aunque fuese desagradable, no había alternativa.

*Reformas*

Mientras hacía tiempo en su villa de Labici antes de entrar en Roma, César podría haber sopesado cuántas reformas había acometido ya. El año anterior había hecho aprobar una serie de leyes que hicieron avanzar al país bajo cualquier punto de vista; desde los subsidios al cereal hasta el calendario, desde el campo hasta las nuevas colonias en el extranjero.

La plebe había recibido gratificaciones, entretenimiento y condonación de las deudas, pero no tanto como para perjudicar a los más acaudalados. A sus partidarios en las provincias les había concedido la ciudadanía romana y a los principales équites les había abierto las puertas de los altos cargos y los puestos en el Senado, que ascendieron de 600 a 900. Algunos de sus nuevos senadores procedían de la Galia Italiana, e incluso puede que de la Galia trasalpina. A los antiguos partidarios de Pompeyo les concedió el perdón, y también el ascenso. Con su gran fortuna compró nuevos amigos, incluidos algunos senadores, a los que otorgó préstamos a

un interés muy bajo, o nulo, y libertos, e incluso esclavos con ascendiente sobre sus propietarios.

También repartió tierras entre sus veteranos y grano entre los necesitados de la ciudad, aunque en este caso con una artimaña, porque redujo el número de los que recibían el subsidio para adquirir cereales, y esbozó un plan para trasladar masivamente a la población empobrecida a las nuevas colonias en el extranjero. Cuando murió ya se habían asentado 8.000 colonos. Auxilió a los deudores, decretando que se evaluase el precio de la tierra según los índices anteriores a la Guerra Civil, pero se negó a perdonar las deudas por completo, tranquilizando a los prestamistas. Al mismo tiempo fomentó la inmigración de médicos y profesores hacia Roma.

El mandato de los gobernadores provinciales se limitó a dos años, evitando así que se sirviesen de la provincia como trampolín hacia el poder supremo, como había hecho él mismo con la Galia. Incrementó el número de altos funcionarios, atajando la presión que causaban los asuntos públicos y repartiendo empleos entre sus amigos. Pero entre todas sus reformas administrativas la más importante, con diferencia, fue la del calendario. El que regía en Roma era el lunar, basado en un año de unos 354 días, que no estaba sincronizado con las estaciones; el nuevo sistema marcó una época. El calendario solar de 365 días, con un año bisiesto se utiliza todavía hoy en casi todo el mundo (con algunos ajustes introducidos en el 1700 d. C.). El nuevo cómputo comenzó el 1 de enero del 45 a. C.

*La ciudad de mármol*

En septiembre del 46 a. C. en Roma, tras las marchas triunfales de César, se sucedieron los espectaculares banquetes públicos y los juegos, incluidos los gladiatorios en honor de Julia, fallecida nueve años antes, y que supusieron la primera ocasión en la que se celebraban en honor a una hija. De forma aún más inusual, estos

juegos se unieron a los de la inauguración de un nuevo templo, el de Venus Genetrix –la madre Venus–, dedicado el 26 de septiembre, mayor que el anterior; de hecho, marcó el inicio de la monumental reconstrucción del centro de Roma. Como en otros aspectos, César seguía los pasos de Pompeyo.

El anterior cónsul había construido un nuevo complejo, espectacular, en conmemoración de su triunfo en el 61 a. C. y su éxito en Oriente; el mar estaba libre de piratas, y el temible rey rebelde Mitríades del Ponto había sido derrotado, ganando además para la república un buen número de provincias y protectorados. El complejo de Pompeyo incluía dos partes interconectadas, el Pórtico y el Teatro, y los romanos aludían a veces al conjunto como a las Obras de Pompeyo; hoy se puede percibir su estructura en el trazado urbano actual, e incluso en alguna edificación, pero no ha llegado casi nada hasta nuestros días. Este complejo fue, punto por punto, tan icónico en su época como lo sería más tarde el Coliseo.

Entre las obras de Pompeyo se encontraba el primer teatro permanente de la ciudad, su primer parque público, un templo dedicado a Venus Victoriosa –la diosa particular de la victoria de Pompeyo–, galerías de arte, tiendas, edificios gubernamentales y una nueva sede para el Senado, con una estatua del cónsul. En conjunto, era un mastodóntico monumento al autoritario general que trató de sofocar la libertad de la República con su ego y ambición.

Desde su dedicación, en el 55 a. C., las obras de Pompeyo gozaron de gran popularidad; un año después, César emprendió su propio proyecto, el Forum Julium, o Foro de César. Como el Pórtico de Pompeyo, se trataba de un espacio rectangular circundado de columnatas con un templo dedicado a Venus, aunque en el caso de César bajo la advocación de madre, porque había engendrado tanto el linaje del propio César como el del pueblo romano; de este modo, el cambio de la Venus victoriosa a la maternal cumplió una doble función.

Frente al templo de la Madre Venus se alzaba una estatua ecuestre de César, en la pose conquistadora que había hecho famosa Alejandro Magno. Junto al Foro se emplazaría una nueva cámara para el Senado, la Curia Julia, que recibía el nombre de la familia de César, los Julii.

A diferencia del complejo de Pompeyo, en el nuevo no había teatro, pero César planeó construir uno relativamente cerca, que acabaría siendo el de Marcelo, completado por Augusto, y que aún subsiste en parte. Tampoco había parque, pero también en este punto César, como se verá más adelante, tenía pensado sobrepasar a Pompeyo. Lo más destacado, en cualquier caso, es que, a diferencia de las obras de su predecesor, el Foro de César se situaba en una zona céntrica de la ciudad cercana al Foro Romano. En el caso de Pompeyo, las obras se habían levantado en el Campo de Marte, a casi un kilómetro de Roma, en una planicie baja entre las republicanas murallas de la ciudad y un meandro del Tíber. César plantó su bandera casi en el centro del poder de la ciudad; solo los terrenos ya costaron una fortuna, con la que se habrían podido sufragar los ejércitos durante toda una generación.

La estatua de Venus que albergaba el templo era obra de Arcesilao, destacado escultor griego residente en Roma. La decoración –compuesta por ofrendas a la diosa– incluía también cuadros de valor incalculable, joyas grabadas y un peto tachonado de perlas de Britania. El colofón era la estatua dorada de Cleopatra.

El nuevo Foro y el Senado eran solo el comienzo. César ordenó también restaurar a fondo el edificio de uso político más destacado de la ciudad, la Asamblea, situada frente al Senado. Este recinto contaría con un nuevo espacio, la plataforma de oradores, y a su izquierda el nuevo complejo judicial, la Curia Julia, en honor de la familia de César. También planeó la construcción en el Campo de Marte de una enorme plaza rodeada por pórticos de mármol para las elecciones. El conjunto representaba una toma hostil del terreno más sagrado de la República a manos de una sola familia.

Irónicamente, a pesar de que César expandió los recintos dedicados a expresar las opiniones con libertad y a las elecciones, también hizo que estas resultasen irrelevantes. Entre bastidores, el dictador manejaba los hilos y decidía quién mandaba.

Aún hubo más; César planeó construir un nuevo Templo de Marte, el dios de la guerra, y una biblioteca que rivalizaría con la tan famosa de Alejandría. Para acabar con las frecuentes inundaciones de la ciudad ordenó desviar el curso del Tíber del centro de Roma y también pensó en construir un gran puerto en la desembocadura del río en Ostia, a unos 30 kilómetros al suroeste de la ciudad.

Resulta tentador imaginarse a César y a Cleopatra dando forma juntos a todos estos proyectos, tratando de reflejar en Roma la grandeza de Alejandría, convirtiéndola en una ciudad digna de César. Una vez más, estas obras públicas suponían una forma de repartir puestos de trabajo entre los pobres, y contratos que se distribuían estratégicamente; con ambos mecanismos, César incrementaba el número de sus partidarios.

*Los deseos de César*

A pesar de ser dictador por diez años, expandir el Senado, rediseñar el Foro, silenciar mediante el miedo la voz pública, y lograr un enorme incremento de la población, César seguía careciendo de legitimidad. La mayoría de los romanos deseaban que la República continuase siendo como hasta entonces, y las acciones del dictador hablaban en un tono más alto que sus palabras, dando a entender que ansiaba que el poder fluyera hacia él mismo y hacia sus amigos, lejos de las tradicionales instituciones del Senado y el pueblo.

César podía justificar sus acciones señalando la necesidad de las reformas y la rigidez incansable de la vieja guardia, pero su esfuerzo caería en saco roto. Ni el Senado ni el pueblo estaban preparados para ceder sus libertades clásicas. César no les convencería, y acabaría por limitarse a dejar que se acostumbrasen a los cambios

según se iban produciendo. Como Roma seguía siendo una república, no obtendría jamás la apreciación de la que se consideraba acreedor, por su *dignitas* y por sus logros. Se tardaría más en cambiar Roma de lo que dura una vida, y César habría hecho bien en preguntarse cuánto tiempo le quedaba a la suya.

Algunos piensan que estaba deprimido: «He vivido suficiente, ya sea desde el punto de vista de la naturaleza o para alcanzar la gloria», repetía en el 46 a. C. Entre sus amigos, algunos opinaban que no deseaba prolongar sus días porque ya no gozaba de la buena salud de antaño, y constan referencias a algunos desmayos y terrores nocturnos hacia el final de su vida, tal vez síntomas de su epilepsia.

Además de epiléptico, César era un político, por lo que dosificó con cuidado la información con respecto a su salud. Aunque sufriese ocasionales ataques, seguramente unidos a desmayos y desorientación, algunos de los incidentes que se mencionan en las fuentes parecen sospechosas excusas para cubrir sus pasos en falso en el Foro y sus errores en el campo de batalla. En general tenía buena salud, y de hecho planeaba una nueva campaña militar de gran magnitud.

Pero incluso César sabía que era mortal y que carecía de un heredero legítimo, un hijo que prosiguiese con su legado en Roma.

*Octavio*

En su villa de Labici César modificó su testamento en los Idus de septiembre, el 13 de ese mes del año 45 a. C. La clave fundamental del documento residía en que, tras su muerte, Gaius Octavius –Octavio– sería adoptado y recibiría su nombre, César, heredando además tres cuartas partes de su fortuna.

Ese mismo verano había otorgado a Antonio una posición privilegiada en el regreso a Italia, y había situado a Décimo a la altura de Octavio. Puede que sea cierto el rumor que afirmaba que

Antonio esperaba que le adoptase, algo que ya había ocurrido con Décimo –por otro hombre–, pero sentado en el segundo carruaje también puede que confiase en que la voluntad se abriese paso, y fuese él el elegido. Sin embargo César optó por Octavio.

La acusación de Antonio de que Octavio vendió su cuerpo a César no pasa de ser una calumnia, pero deja en el aire la cuestión de por qué le eligió. Puede que el viejo zorro intuyese que el temperamento de Octavio era más frío que el de Antonio, algo de su agrado. Como demostrarían los acontecimientos posteriores, el joven Octavio era brillante, astuto, ambicioso, audaz y de una crueldad absoluta, cualidades todas propias de un hombre a ojos de César. Octavio era capaz también de desplegar su encanto impresionando a César, que tal vez cayó bajo su influjo. Por otra parte Antonio, al que César eligió para los turbios manejos financieros, no cumplía con el perfil de magno heredero. También pesaría la sangre; Antonio era un primo lejano y Octavio era su sobrino nieto.

En cuanto a Décimo, no encajaba con el estilo de César. Era un heroico comandante en el campo de batalla, pero falto de visión estratégica. Tanto él como Antonio estaban más cerca de la antigua nobleza que Octavio, pero carecían de su astucia. Ambos habían alcanzado la madurez, casi los 40 años, y a Octavio le faltaba un mes para cumplir los 18, pero para César les igualaba, e incluso les superaba.

Puede que después de Hispania la cuestión de la descendencia empezase a rondar al dictador; Pompeyo llevaba tres años muerto, pero seguía guerreando contra él a través de sus hijos. César no tenía ninguno, excepto tal vez el ilegítimo habido con Cleopatra, Cesarión, por lo que adoptar a Octavio era una posible solución, aunque complicada desde el punto de vista legal y político. En Roma la adopción de un adulto era una práctica habitual, pero no mediante testamento. No era necesario que Octavio aceptase, y de hecho César dejó abierta la posibilidad de que se negase, nombrando herederos alternativos. Por otra parte, el dictador solo

tenía unos 55 años, por lo que aún podía vivir otras dos décadas, y para entonces Octavio ya sería un hombre maduro. El testamento también contemplaba qué ocurriría en el caso de que le naciese un hijo legítimo, que tendría precedencia sobre Octavio. Aun así, el documento exhibía un llamativo voto de confianza hacia su joven sobrino nieto.

El documento fue entregado a la Suma Vestal para su custodia; en Roma, donde casi nada era sagrado, en apariencia esto suponía que debía mantenerse en secreto. Sin embargo cabe preguntarse si alguno de los tres hombres que compartieron carruaje en su regreso a Italia en el 45 a. C. –Antonio, Décimo o el propio Octavio– sospechaba la trascendental decisión de César.

---

NOTAS

— *No entró en la ciudad hasta octubre,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.56.3.

— *Labici,* los restos de una villa republicana, hallados en la moderna San Cesáreo, a unos 25 kilómetros al sureste de Roma, pertenecieron posiblemente a la residencia de César. Es verosímil, pero no seguro, que viviese allí. Véase «San Cesareo (RM). Scavi in località Colle Noci (c.d. Villa di Massenzio)», http://www.archeologia.beniculturali.it/index.php?it/142/scavi_/scaviarcheologici_4e048966cfa3a/356, consultado el 28 de julio del 2014; Carlo Alberto Bucci, «Vandali e incuria salviamo la villa di Cesare», *La Repubblica*, Roma, 10 de junio de 2011, http://roma.repubblica.it/cronaca/2011/06/10/news/vandali_e_incuria_salviamo_la_villa_di_cesare17479575/, consultado el 28 de julio de 2014.

— *tranquilidad en Italia,* César, *La Guerra Civil*, 3.57.

— *nada en el mundo se le podía comparar,* Cicerón, *La República*, 1.70.

— *«fortalece la República para el futuro»,* Pseudo Salustio, traducción modificada de John C. Rolfe, *Sallust,* Harvard University Press, Cambridge, EE. UU. 1985, p. 447, 1.8.

— *demasiado tiempo al aspecto de su cabello,* Plutarco, *Vida de César,* 4.9. Sobre la fecha, véase Pelling, *Plutarch Caesar* 148-49. Sobre la broma, véase Anthony Corbeill, *Nature Embodied: Gesture in Ancient Rome,* Princeton University Press, Princeton, EE. UU. 2004, 134-35.

— *«nada, un simple nombre sin forma ni sustancia»,* Suetonio, *Julio César,* 77.

— *Un panfleto, obra de un enemigo de César,* Suetonio, *Julio César*, 77.

— *veni, vidi, vinci, «vine, vi, vencí»,* Suetonio, *Julio César,* 37.2; Plutarco, *César*, 50.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.91.

— *lo que Aristóteles denominaría un hombre de alma sublime,* Ética a Nicómaco, 4.3.

— «el *comandante Gayo Caesar merecía ser bien tratado por la república»,* César, *La Guerra Civil*, 1.13.

— *su madre le tuvo en su regazo,* Aurelia Cota, la madre de César, pasó después por modelo de maternidad, Tácito, *Diálogo sobre la oratoria,* 28.

— *el primer hombre de Roma,* Plutarco, *César,* 11.3-4.

— *la situación de los más pobres,* Salustio, *Guerra contra Catilina,* 54.3.

— *si contaba con rufianes y asesinos,* Suetonio, *Julio César,* 72.

— *una peligrosa travesía por el Adriático a bordo de una pequeña embarcación,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.43.2. Esto ocurrió en el 73 a. C.

— *emboscada en el río Sambre,* César, *La guerra de las Galias*, 2.15-28; Plutarco, *César,* 20.4-10; Apiano, *Las guerras galas*, Epítome 4; Dion Casio, *Historia romana*, 39.3.1-2. La batalla del río Sambre se produjo en el 57 a. C.

— *sus enemigos, al frente del Senado,* César, *La Guerra Civil*, 1.7.

— *Vercingetorix en Alesia se había postrado a sus pies,* César, *La guerra de las Galias*, 7.89.5; Floro, *Epítome* 1.45.26; Plutarco, *César*, 27.9-10; Dion Casio, *Historia romana*, 40.41.

— *poseía una imponente presencia física,* Duane Roller, *Cleopatra: A Biography,* Oxford University Press, Oxford 2010, 3; Plutarco, *Antonio,* 27.2.

— *«algunos escritores griegos»,* Suetonio, *Julio César,* 52.2.

— *había lamentado que Alejandro Magno,* Suetonio, *Julio César,* 7.1; Dion Casio, *Historia romana*, 37.52.2; Plutarco, *César*, 11.5-6.

— *el poder –afirmó en una ocasión– solo depende de dos cosas,* Dion Casio, *Historia romana*, 42.29.4.

— *espantó a los caballos de los oficiales,* César, *La guerra de las Galias*, 1.25.

— *dejarse crecer la barba y el pelo,* César, *La guerra de las Galias,* 7.88.1.

— *«estaban absolutamente unidas a él, y absolutamente resueltas»,* Suetonio, *Julio César,* 68.1.

— «*Le apreciaban más las masas que el Senado»,* Tito Livio, *Historia de Roma*, 1.15.8; Zvi Yavetz, *Plebs and Princeps*, Clarendon Press, Oxford 1969, 58, n. 4.

— *«si te comportas bien, te castigarán»,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.20.3.

— *«Haz ricos a los soldados»,* Dion Casio, *Historia romana*, Epítome 77.15.2.

— *trabajaban entre bastidores,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.21.2.

— *acusó a Balbus de redactar decretos,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 9.15.4.

— *el timonel del barco de la República,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 9.15.4.

— *si un hombre como Cicerón tenía que esperar para verle,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.1.2.

— *solo los terrenos ya costaron una fortuna,* estimada en más de 100 millones de sestercios (25 millones de denarios). Suetonio, *Julio*

*César,* 26.2. El salario anual de un legionario era de 225 denarios.

— *«He vivido suficiente…», «satis diu vel naturae vixi vel gloriae»,* Cicerón, *A Marcelo*, 25.

— *Entre sus amigos, algunos opinaban,* Suetonio, *Julio César,* 86.1.

— *desmayos y terrores nocturnos,* Suetonio, *Julio César,* 45.1.

— *síntomas de su epilepsia,* Plutarco, *César,* 17.2, 53.5-6, 60.7; Suetonio, *Julio César*, 45.2; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.110; Dion Casio, *Historia romana*, 43.32.6. Dado que tanto sus amigos como sus enemigos empleaban la información sobre su salud en beneficio propio, debe tratarse con cautela.

— *los Idus de septiembre, el 13 de septiembre del 45 a. C.,* Suetonio, *Julio César,* 83.1. Según el calendario romano tradicional, los Idus eran el día 13 de cada mes, excepto en marzo, mayo, julio y octubre, que eran el 15.

— *La clave fundamental del documento,* Suetonio, *Julio César,* 83.1; Nicolás, *Vida de César Augusto*, 17.48; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143; Dion Casio, *Historia romana*, 44.35.2-3.

— *el rumor que afirmaba que Antonio esperaba que le adoptase,* Cicerón, *Filípicas*, 2.71; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.74.

— *La acusación de Antonio de que Octavio vendió su cuerpo a César,* Suetonio, *Augusto,* 68.

## Capítulo 4
## LA ÚLTIMA MARCHA TRIUNFAL DE CÉSAR

A comienzos de octubre del 45 a. C., tras una prolongada estancia en su villa de Labici, César entró en Roma, en su quinta marcha triunfal. En este caso celebraba su victoria en Hispania, y el motivo recurrente era la plata, símbolo de la conocida riqueza mineral de ese territorio. Suponía un esfuerzo mayor aún que en el 46 a. C. ocultar el hecho de que esta guerra había sido civil –contra otros romanos, en lugar de contra enemigos extranjeros–, por lo que una marcha así era ofensiva, e incluso ilegal. No obstante, César estaba decidido a celebrarla, aunque no lo haría sin incidentes.

Cuando el dictador pasó cabalgando frente a los asientos de los tribunos del pueblo, nueve se pusieron en pie en su honor, pero uno de ellos permaneció sentado. Cada año se elegían diez para representar, en principio, los intereses de la plebe, pero en ocasiones formaban parte de los *optimates*. El tribuno que no se levantó fue Lucius Pontius Aquila, Poncio Águila, que había apoyado a Pompeyo en la Guerra Civil y que tal vez era amigo de Cicerón. También puede que fuese el mismo Poncio que perdió sus posesiones cerca de Nápoles, que habían pasado a manos de Servilia, por lo que albergaría un resentimiento personal contra César.

El dictador se enfureció: «Vuelve a preguntarme por la república, tribuno Aquila», gritó. No quedó ahí la cosa; durante varios días, cada vez que prometía algo en público, añadía con sarcasmo: «Siempre y cuando Poncio Águila me lo permita». Desde luego, no todos apreciarían la broma; para los romanos de a pie los tribunos eran sus paladines.

El culmen de la celebración de la victoria española fue un banquete público para el pueblo de Roma y, cuatro días después,

una segunda fiesta, algo sin precedentes. Afirmó que lo hizo para compensar la escasez del primer banquete, pero siendo un político puede que percibiese el descontento por el suceso con el tribuno, y tratase de remediarlo. Tras matar a otros romanos en Hispania, ahora alimentaba a sus compatriotas.

Para la celebración abrió al público sus nuevas propiedades; era un lugar distinto de su villa en Labici, a unos 30 kilómetros al sur de Roma, llamado *horti Caesaris* –jardines de César–. Se encontraban a poco más de un kilómetro al sureste de la isla del Tíber, en las colinas sobre la orilla oeste del río, cerca de Roma pero fuera de la ciudad. Era uno de esos lugares de recreo que se hacían construir los nobles de Roma, sobre las colinas y en torno a la capital, acariciados por la brisa en verano y lejos de los pantanos infestados de mosquitos. Los salones, los amplios pórticos y el parque estaban adornados con hermosas esculturas y cuadros, tal vez en honor de Dionisios, el dios de moda en aquella época en Egipto. Estos jardines contaban también con un puerto para el acceso privado, y las vistas de la ciudad sobre el río eran sobrecogedoras.

Sin embargo este recinto era algo más que una posesión señorial; para César sus pórticos debían servir de telón de fondo del teatro político. Cumplieron esa función durante una de las celebraciones posteriores a la entrada triunfal, pero no en el sentido que había previsto. El dictador se situó en un espacio entre dos columnas para recibir el saludo de la multitud; por desgracia, otro hombre, conocido como Herófilo o Amatius, se colocó cerca, en el siguiente espacio, y recibió una acogida casi igual de entusiasta. Amatius sostenía que era nieto del gran Mario, granjeándose así el favor de los pobres. Gaius Marius (ca. 157-86 a. C.), máximo rival de Sila, fue un brillante general populista, casado con la tía de César, Julia, hermana de su padre. En Roma aparecían de continuo personas que proclamaban ser Mario, o sus descendientes.

No ha llegado hasta nosotros ningún resto de los Jardines de César, y su localización es imprecisa. En Roma se encontraron dos

estatuas que pudieron proceder de allí, ambas copias romanas de originales griegos, que ilustraban los temas clásicos del poder de los dioses y la veleidad de la fortuna. Están esculpidas en el mejor mármol, el del monte Pentélico, a las afueras de Atenas, y la del dios Apolo le muestra sentado en una roca en el santuario de Delfos, en el lugar en el que los griegos pensaban que estaba el centro del mundo. El fragmento que ha perdurado muestra el imponente cuerpo del dios girado hacia el espectador; puede que originalmente portase un cetro en la mano derecha. La segunda estatua es de un hijo de Níobe, tendido en el suelo en pose dramática, con el cuerpo encarado hacia el espectador y la cabeza inclinada hacia lo alto y hacia un lado, con expresión de miedo y emoción. Según el mito, Níobe tuvo 14 hijos, todos sanos, de los que alardeaba ofendiendo a los dioses. Para castigarla enviaron a Apolo y a su hermana Artemisa, que acabaron en un instante con todos ellos. Poco después Níobe y su esposo murieron también, de pena y de ira.

¿Servían estas estatuas para recordar a César que también él era humano, a pesar de los aduladores? ¿O eran tan solo dos bellos motivos más?

*De dictador a dios*

César pasó en Roma seis meses, desde principios de octubre del 45 a. C. hasta mediados de marzo del 44. Fue su estancia más prolongada en la ciudad en quince años, pero fue más una pausa que un regreso. Ya había decidido dirigirse al este a comienzos de la primavera para encabezar la lucha contra los partos, como había hecho un año antes, encaminándose hacia el oeste para hacer lo mismo en Hispania. ¿Por qué se detuvo entonces en Roma? Según Cicerón, para resolver sus asuntos. «Dicen que [César] no marchará contra los partos hasta que las cosas no estén resueltas en Roma». No está claro qué significaba «resolver», pero a finales del año 45 a. C. nadie tomaba a César por un amigo de la República.

Si ya era bastante irregular que fuese el único cónsul, en lugar de los dos habituales, en septiembre fue un paso más allá. Siguió siendo dictador por diez años y, en la práctica, el Senado le confirmó en el puesto, pero César todavía pretendió que se nombrase a dos de sus generales más leales, Gayo Trebonio y Gayo Fabio, cónsules *suffectus* (sustitutos) durante el resto del año, sin molestarse siquiera en someterlo a votación. Más tarde el pueblo abuchearía a Fabio al entrar al teatro, porque carecía de la legitimidad de un cargo electo, mostrando el resentimiento por la pérdida de poder como votantes.

La gota que colmó el vaso cayó el 31 de diciembre del 45 a. C., en Año Nuevo. Fabio murió repentinamente y César nombró a su antiguo compañero de armas, Cayo Caninio Rébilo, cónsul *suffectus* para el resto del año, o lo que es lo mismo, para menos de un día. Repartía así las condecoraciones por la Guerra Civil, como escribiría el historiador Tácito años después. Cicerón bromeó esos días afirmando que Caninio estuvo tan atento que, siendo cónsul, jamás cerró los ojos, un chiste amargo en boca de un conservador, que también afirmó que le costaba aguantar las lágrimas. En aquella época, afirmó, se darían innumerables situaciones como esa.

Fue solo el prólogo; el acto principal tuvo lugar a finales de enero, o principios de febrero del año 44 a. C., cuando el Senado nombró a César *dictator in perpetuo*, dictador perpetuo, un título importante tanto por lo que era como por lo que no era.

Lo que estaba en juego no era el poder, porque César lo tenía a espuertas. Nadie podía ocupar un alto cargo sin su aprobación, aunque careciese técnicamente del poder de veto, y controlaba tanto al ejército como a la hacienda pública. Si quería, podía ser cónsul.

Tampoco se trataba de una monarquía formal; César seguía proclamando que no era un rey. Cabe creer que no aspirase al título de *rex*, como afirmó, porque le habría traído más inconvenientes que ventajas. Pero un dictador vitalicio era prácticamente un rey, y así se

entendió en la antigüedad. Poco después de los Idus de marzo, Cicerón escribió: «Deberíamos llamar rey a aquel que de hecho tuvimos como rey». Asinio Polión, partidario de César y más tarde historiador de renombre, escribió en el 43 a. C. que él le quería, pero sabiendo a la vez que con su presencia Roma sufrió un gobierno sin restricciones, en el que todo el poder recaía en un solo hombre.

Lo que estaba en juego era el futuro. Una vez nombrado César dictador perpetuo, no había vuelta atrás. Ni siquiera Sila ostentó ese cargo. Al contrario; había dado un paso atrás y se había retirado. César no ocultó lo que pensaba al respecto, y lo hizo saber con una frase ingeniosa: «el Sila que renunció a la dictadura era un analfabeto», refiriéndose al desconocimiento de Sila de las reglas básicas de la política. Es cierto que la fuente de la cita procede de un enemigo de César, por lo que pudo ser una invención, pero poseía la señal distintiva de la inteligencia del dictador.

Otro signo de que la dictadura de César había llegado para quedarse fue el juramento que el Senado aprobó. Todos los senadores se comprometieron a mantener la seguridad del César, considerándolo sacrosanto, lo que significaba que sobre el que le causase daño pendía una condena a muerte.

Los reyes tienen herederos. No era público que César había elegido a su sobrino nieto Octavio, pero sí que lo era que le había nombrado *magister equitum*, formalmente segundo en el mando, para lo que quedaba de año. El mandato comenzaría el 18 de marzo del 44 a. C., cuando tanto César como Marco Emilio Lépido, su general y actual maestro de caballería, debían partir para sus respectivas campañas militares, que durarían el resto del año. El honor para un muchacho de 18 años era abrumador, sobre todo teniendo en cuenta la desconfianza romana hacia la juventud. Unido a las estipulaciones del testamento de César, queda claro que el dictador perpetuo estaba preparando a su sucesor. Ya podían repicar todas las campanas de Roma por la muerte de la República.

Esta avalancha de recientes honores, aunque fuesen simbólicos, mostraban hasta qué punto estaban dispuestos a inclinarse reverentemente algunos romanos ante el nuevo aspecto del poder. El Senado corrió a halagar a César en cuanto se conoció la victoria de Munda, el 20 de abril del 45 a. C. Los senadores convocaron cincuenta días de acción de gracias, diez más de los previstos el año anterior por la victoria en el norte de África. El 21 de abril se convirtió en una fecha festiva, con carreras en el circo. Bautizaron a César como *Pater Patriae*, le concedieron el título de libertador y autorizaron la construcción de un Templo de la Libertad. También consintieron en que emplease el título de *imperator* siempre, cuando otros generales lo habían hecho de forma temporal. *Imperator,* o «comandante», era un sobrenombre que concedían las tropas a un general, especialmente después de una gran victoria. El Senado permitió también a César vestir de púrpura y oro, colores triunfales, en los actos solemnes, así como portar la corona de laureles, símbolo del primero entre los dioses, Júpiter. Entre el pueblo circuló la broma de que este fue su honor preferido, porque le permitía ocultar la decreciente cabellera. La calvicie siempre le había preocupado.

El Senado de Catón y los hombres de su género jamás se habría abajado tanto, pero ya no estaban. La Guerra Civil había acabado con su vida; Cicerón fue el último león del Senado, y se encontraba en un semirretiro, poco proclive además a rugir contra César. Por lo que se ve, no quedaban muchas fieras en el Senado.

La escalada de adulación continuó con el encargo de nuevas estatuas; entre ellas, por ejemplo, la de Quirino. Era uno de los oscuros dioses a los que adoraban los romanos; tal vez en origen fuese solo una deidad local, pero en la época de César se tomó como representación del héroe Rómulo, legendario fundador de Roma, después de que este se convirtiese en un dios. Así pues, se decidió erigir una estatua de César en el Templo de Quirino, en el monte homónimo, con la inscripción «Al dios invencible»,

convirtiendo a César, simbólicamente, casi en el segundo fundador de Roma. Cicerón protestó en privado, y envió una aguda carta a un amigo en la que sostenía que era mejor que César compartiese templo con el dios Quirino que con la diosa Salvación. ¿El motivo? Si César era como Quirino, cabía la esperanza de librarse de él, porque según la tradición los senadores habían asesinado al Quirino original –Rómulo– para evitar que se convirtiese en un tirano.

En la colina Capitolina se levantó otra estatua de César, cerca de las de los siete reyes de Roma, y de la octava, dedicada al hombre que expulsó al último rey y estableció la república en la fecha tradicional de su fundación, el año 509 a. C.: Lucio Junio Bruto, del que tanto Bruto como Décimo decían descender. En la procesión de apertura de los juegos celebrados en Munda en julio del año 45 a. C. desfiló otra estatua de César, tras la dedicada a la Victoria; en este caso estaba hecha de marfil, material reservado habitualmente a los dioses.

Además del empleo de este material, el emplazamiento y su uso procesional estaban cerca de proclamar que César era un dios. La inscripción en el templo de Quirino era meridiana, y cabe preguntarse si la habría borrado, como borró un año antes la que le tildaba de semidiós. Se produjeron protestas; según Cicerón, nadie aplaudió cuando la estatua pasó en procesión –la «odiosa» procesión, para el orador– en verano.

No importaba. A principios del 44 a. C. el Senado dio los últimos pasos, convirtiendo a César en un dios oficial del estado romano, con su propio templo, sacerdotes, sede sagrada para su imagen, y nombre; Divus Julius, Julio deificado, aunque no se haría efectivo mientras viviese.

No se sabe cuáles de estos honores surgieron a iniciativa de César, si es que hubo alguno. Al convertirle en un dios, el Senado podría estar tratando de ganarse el favor de los numerosos habitantes de Roma que procedían de Grecia, y que apreciarían la medida.

*Cleopatra en Roma*

Poco después de abrir sus jardines junto al Tíber al público, César los cerró para uso exclusivo de Cleopatra, en su segunda visita a Roma, tras la previa el año anterior. Era habitual que los regentes extranjeros acudiesen a la ciudad para mantener encuentros diplomáticos. El padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, ya lo había hecho, pero Cleopatra, fuese o no parte del cuerpo diplomático, era la amante de César, y viajó con un incentivo añadido: tener otro hijo con él.

Como atareada jefa de estado, Cleopatra debió de dedicar mucho tiempo en Roma a las actividades tradicionales de visitar a otros reyes y reinas, y a establecer contactos con gente importante. Para los intercambios de regalos llevó brazaletes de Egipto, a cambio de los cuales los romanos le abrieron sus puertas y le suministraron información.

Marco Antonio fue uno de sus interlocutores, y tal vez allí prendió la llama del que más tare sería uno de los romances más apasionados de la historia. También Cicerón se presentó, pero con una motivación muy alejada de la amorosa. A cambio se le prometieron algunos volúmenes escogidos entre la afamada colección real de Egipto, aunque nunca llegó a recibirlos.

«Odio a la reina», escribió en la primavera del año 44 a. C., y puede que fuese un sentimiento compartido por muchos. Los romanos, especialmente los griegos y las mujeres influyentes, desconfiaban de los extranjeros. La presencia real contribuyó a propagar el rumor de que César quería ser rey, y de que planeaba trasladarse desde Roma a Alejandría, la ciudad de su amada, o a Troya, la de su mítico ancestro, Eneas. También afirmaban que se llevaría con él las riquezas del imperio, que vaciaría a Italia de su mano de obra y dejaría la ciudad de Roma en manos de sus amigos.

*César mira hacia el este*

Antes de embarcarse hacia Partia César deseaba despejar el camino en Roma. Afirmó que temía que con su ausencia dejasen de acatarse las leyes, aunque el escaso tiempo que pasó en la ciudad hace dudar de que su preocupación fuese sincera. Es más probable que la política romana le pareciese frustrante y vana en comparación con su escenario favorito: la guerra. También puede que pensase que dejando un tiempo a los romanos sin su presencia se acostumbrasen a su gobierno. De hecho, en caso de que los hombres que se quedaban al mando en su ausencia no cumpliesen con las expectativas, tal vez el pueblo empezase a añorarle.

El ejército que estaba congregando era tan grande que debió de empezar a reunirlo, como muy tarde, en otoño del año 45 a. C. Sería el mayor comandado por César; 16 legiones, unos 80.000 soldados de infantería como máximo, y 10.000 de caballería. Seis de las legiones, con sus tropas auxiliares, pasarían el invierno cerca de Apolonia (en la moderna Albania), en el extremo más oriental de la Vía Egnatia, la carretera que enfilaba desde el este hacia el Helesponto. Según sus planes, César dejaría Roma el 18 de marzo del 44 a. C., en la época habitual de primavera para el comienzo de una campaña, un año y un día después de su victoria en Munda.

A primera vista la expedición parta de César guardaba el aspecto de un asunto de seguridad nacional, pero más de cerca albergaba consecuencias explosivas para la política interna. El argumento de la política exterior se centraba en la defensa de la frontera oriental contra un imperio rival que ya había invadido la Siria romana. La poderosa Partia se extendía desde Irán hasta el este de la actual Turquía y el Kurdistán, y suponía la única amenaza fronteriza. La conquista de Partia significaría el fin de este peligro, pero los romanos estaban divididos con respecto a la guerra. Los populistas eran los halcones, y los *optimates,* las palomas. Craso, con el estímulo de César, había atacado Partia en el 53 a. C., y había perdido. Para el dictador, ese imperio representaba otra gran campaña militar, como la gala, contra una potencia extranjera, y no

contra sus conciudadanos, como en la contienda civil. La victoria en la Galia había hecho de él dictador perpetuo; el triunfo en Partia podía convertirle en rey. Los que todavía creían en la República miraban este nuevo enfrentamiento con inquietud.

Sin embargo, entre los jóvenes romanos ambiciosos, tanto entre las élites como entre las masas, la guerra era popular, aunque por razones opuestas. La lucha en la Galia había vuelto ricos y poderosos a decenas de miles de ellos. La Guerra Parta ofrecía a los ambiciosos una nueva oportunidad para obtener ese mismo éxito, y es probable que corriesen a buscarlo. Entre ellos, había uno que tenía más que ganar con esta campaña que ningún otro: Octavio. En diciembre del 45 a. C. César le envió a Apolonia, sede de una gran base bélica romana, para pasar el invierno junto con las legiones, acompañado por un tutor militar. La función de este tutor era mostrarle el arte de la guerra, y las legiones le servirían para practicar sus habilidades políticas. Era una forma de presentar a su heredero a sus soldados. Visto de cerca, era un motivo más para temer la Guerra Parta.

Durante la República la oposición al conflicto habría sacudido el Senado; debates sin fin, discursos ensayados, acusaciones, proclamas, división, votaciones, repercusiones. En el momento presente, el dictador decidía.

César proclamó que ya tenía suficiente gloria, pero tal vez no fuera así. Puede que quisiese poner fin a su carrera militar luchando contra extranjeros, y no con una guerra civil. Habiendo empujado a Craso a atacar Partia en el 55 a. C., cabía pensar que ahora su *dignitas* le obligaba a vengar la derrota. También debía resarcirse por los caídos en la decisiva batalla de Carras: Publio, hijo de Craso, comandante de César en la Galia, y una unidad de caballeros galos. También podía desear acabar con el posible respaldo parto al hijo de Pompeyo, Sexto, todavía mayoritario.

De camino a Partia también debía afrontar la situación de la provincia romana de Siria. Quinto Cecilio Baso, hombre capaz y

peligroso, se había hecho con el control en el año 46. Partidario de Pompeyo, preparó rápidamente el asesinato del primo de César, Sexto. Cuando el dictador envió a un nuevo gobernador, Baso acabó también con él. Era el momento de enfrentarse en persona.

*Comedia en la villa*

Todo aquel que se preciase en Roma disponía de una villa. De hecho, con frecuencia tenía varias. Cicerón, por ejemplo, poseía tres en la bahía de Nápoles, y una más en Tusculum, en los montes Albanos; eran dos de las zonas más queridas por los romanos. La hermosa villa napolitana de Cicerón a las afueras de Puteoli (la actual ciudad de Puzzuoli, cercana a la capital de la Campania) se alzaba sobre una elevación en la orilla izquierda del lago Lucrino, con vistas al mar. Su vecino, el rico y apático Lucio Marcio Filipo, le causaba molestias; su enorme propiedad incluía estanques, que para Cicerón simbolizaban la riqueza ociosa e irresponsable. Filipo, antiguo cónsul, era un conspirador que, a pesar de ser familiar de César, había logrado superar la Guerra Civil sin elegir bando, y al final de esta contienda había contado con el apoyo del dictador. Estaba casado con una sobrina de César, Atia, y era el padrastro de su hijo Octavio. En resumen, tenía contactos.

Así pues, resultaba normal que Filipo recibiese la visita de César, la noche del 18 de diciembre del 45, segunda de Saturnalia, la festividad de invierno de los romanos. El dictador era un invitado incómodo, porque no viajaba precisamente ligero de equipaje; le acompañaban, además de su cohorte, 2.000 soldados, según Cicerón. Aunque el orador exagerase, el séquito de César sería numeroso, y el ejército abarrotaba la hacienda. Cicerón tomó nota, porque al día siguiente sería él quien recibiría al dictador. Para prepararse, pidió a un amigo que le cediese a sus guardias, y dispuso un campo para los soldados. Ese mismo día envió una apresurada carta a su amigo Ático, plagada de abreviaturas y

términos en griego, como si tuviese prisa por contar lo que estaba ocurriendo, pero quisiese hacerlo de forma elegante.

Después de un largo año, Cicerón estaría contento de recibir las atenciones de César: en febrero su amada hija Tulia había muerto al dar a luz. El hijo sobrevivió, y el padre –su ex marido, Publio Cornelio Dolabela, del que se había divorciado tras un matrimonio desgraciado– también estaba vivo. Cicerón estaba desolado, a pesar de los muchos amigos y compañeros que le habían hecho llegar sus condolencias; César le había escrito desde Hispania, y otro amigo, con malicia, afirmó que Tulia no había vivido más que la República.

En mayo Cicerón había esbozado una carta para César, pero se la envió primero a Balbo y a Opio, y le sugirieron tantos cambios que decidió aparcarla. Ahora podría hablar en persona con el gran hombre.

El 19 de diciembre del 44 a. C., después de trabajar y pasear por la playa, César se presentó en casa de Cicerón. Tras el baño, con masaje y fricción incluidos, vendría la unción con una fina capa de aceite perfumado. Para terminar, César se sentaría ante una mesa suntuosa y comería con voracidad, antes de vomitar. Como muchos otros romanos de la élite, César tomaba eméticos con frecuencia para no engordar mientras se entregaba a los placeres gastronómicos.

El encuentro fue jovial, pero contenido; Cicerón se alegró de haber causado una buena impresión, después de un esfuerzo notable pero no agotador. César parecía complacido, pero el orador también se dio cuenta de que no cambió el semblante después de recibir una mala noticia de uno de sus colaboradores. Tras la sonrisa del dictador se ocultaba el hombre que había despojado a Cicerón de su poder político y de su influencia. Tras la adulación y la gratitud de Cicerón, estaba el hombre profundamente resentido.

No se habló, en palabras del filósofo, de nada serio, pero sí, y mucho, de literatura. ¿Qué impresión se llevó el antiguo cónsul? «No fue un invitado al que dirías: "Me encantaría recibirte de nuevo". Con

una vez ha sido suficiente». Tras abandonar la villa de Cicerón, la próxima parada fue la de Dolabela, el demagogo que en una ocasión había tratado de arrebatar a César el apoyo popular, pero que también había luchado a su lado en África y en Hispania, y del que el dictador pensaba hacer uso en el futuro. El séquito accedió a la villa y, mientras César permanecía montado, sus hombres se desplegaron a ambos lados para saludar a Dolabela.

Cicerón termina su carta con esta imagen, casi cinematográfica, de la realidad del poder en Roma. El orador que un día condujo el destino de las naciones desde su escaño en el Senado, reducido a mero informante acerca de un hombre a caballo. Ahora la cuestión residía en saber si habría alguien que le pudiese hacer bajar de allí.

*Las tres últimas gotas*

Titus Livius era un adolescente cuando tuvieron lugar los Idus de marzo. Ciudadano de Patavium (moderna Padua) en el norte de Italia, se vio arrastrado por las guerras civiles de la época, pero Livio –como es más conocido– sobrevivió, y escribió después una de las obras más importantes para la historia de la Roma clásica. Por desgracia, aunque nos ha llegado casi íntegra, los capítulos dedicados a Julio César suponen apenas un esbozo, escrito durante la época del Imperio. Aun así, este resumen incluye una destacada parte analítica, que muestra el reto que supondría para César su nuevo papel en lo que respecta a las relaciones públicas. Durante toda su vida había sido un genio de la manipulación y de la puesta en escena, pero el papel de dictador perpetuo le exigía un nuevo guión. Ningún corrector de estilo en Roma, por mucho talento que tuviese, podría reescribirlo sin levantar las protestas de parte de la audiencia.

El Senado otorgó a César el honor más grande, pero a cambio desató la peor pesadilla de un político romano; la envidia. Como afirma Livio, tres incidentes en diciembre del 45, enero del 44 y

febrero del mismo año inclinaron la balanza en contra de César, en un sector crucial de la opinión pública. En lo que respectaba a algunos romanos, fueron las tres gotas que colmaron el vaso.

El primer incidente ocurrió, probablemente, en diciembre del año 45 a. C. o a principios del 44. El Senado aprobaba una distinción tras otra para el dictador, y se ha llegado a afirmar que algunos de sus enemigos se subieron al carro para que tal abundancia acabase por ponerle en ridículo, y fueron pocos los senadores que se opusieron. Finalmente el Senado acordó concederle estos honores formalmente, y marcharon como un solo hombre hacia el Foro de César. El grupo estaba encabezado por cónsules y pretores, a los que seguían otros dignatarios y el resto de senadores. En general la asistencia a esta asamblea era escasa, y en esta ocasión estaban presentes unos 100 o 200 de sus 800 o 900 miembros. Vestidos con las togas ofrecían un espectáculo impresionante, y la multitud les acompañaba.

César permanecía sentado frente al templo de la madre Venus. La etiqueta exigía que se levantase para recibir a los senadores, pero no lo hizo. Es más, bromeó diciendo que deberían reducir el número de distinciones, y no aumentarlo. Al rechazar en la práctica un presente, y al negarse a reconocer el rango de los senadores, no solo les ofendía a ellos, sino también, en opinión de algunos, al pueblo de Roma. Los motivos que llevaron a alguien tan astuto a hacerlo no están claros; tal vez quería probar hasta dónde llegaba su poder.

Las fuentes abundan en interpretaciones del incidente; se explican diversos motivos por los que César pudo insultar a los senadores, pero no queda claro si esta ofensa fue intencionada. Algunas sostienen que este fue el principal motivo de envidia contra César, pero otras afirman que sirvió simplemente como excusa a los futuros conspiradores, dando a sus enemigos la oportunidad de proclamar que deseaba que se le diese tratamiento de rey.

Para los romanos su gobierno era «el Senado y el pueblo romano», el famoso SPQR de «Senatus populusque romanus». Este

incidente en el Foro Julio causó la impresión, considerable, de que a César ya no le importaba el Senado. Poco después, le ocurriría lo mismo con el pueblo.

El segundo encontronazo enfrentó a César con dos de los tribunos del pueblo del año 44 a. C., Gayo Epidio Marulo y Lucio Cesenio Flavio. Un día de enero del 44 descubrieron una diadema sobre la cabeza de la estatua de César en la tribuna de oradores del Foro, que alguien había colocado allí. La diadema era un antiguo símbolo griego, equivalente a la corona: aunque más simple, seguía siendo un signo de realeza, formado por una banda de seda blanca cerrada por un nudo con dos flecos. Marulo y Cesenio la retiraron y afirmaron que, a su juicio, César no la necesitaba, lo que provocó su ira. Sospechó que se trataba de un montaje, en el que los tribunos habían hecho colocar la cinta para luego quitarla sin levantar suspicacias, pero haciendo creer al pueblo que César quería ser rey. Poco después, el 26 de enero, el asunto se complicaría.

César y su séquito recorrían la Vía Apia tras atravesar el estrecho sendero que partía del santuario de Júpiter Latarius (del Lacio) en el monte Albano (hoy monte Cavo), sobre las cristalinas aguas del lago homónimo, al sureste de Roma. Allí habían celebrado la *Feriae Latinae,* la tradicional festividad anual de los que hablaban latín. Aunque solía conmemorarse en primavera, el dictador había trasladado la fecha a causa de sus planes para la Guerra Parta. De camino pasaron junto al pueblo de Bovillae, al que la familia de César, los Julii, adscribían sus raíces, anteriores incluso a la fundación de Roma.

El Senado había otorgado a César el privilegio de entrar en Roma a caballo, como si estuviese celebrando una victoria menor, por lo que las multitudes se agolpaban en torno al dictador cuando llegó a la ciudad a través de la puerta Apia. De pronto alguien le saludó como a un rey, y otros le siguieron. César respondió: «Soy César, no *Rex*», con gran astucia, porque en latín, como en otros idiomas, Rex era un apellido además de un título. Entre los antepasados de César

había algún «rey», en la familia de Marcio Rex. El juego de palabras sugería que se había tratado de un malentendido con su nombre, pero algunos cínicos quisieron ver un intento orquestado de jactarse de sus supuestos sentimientos republicanos.

A los tribunos Marulo y Cesenio no les hizo tanta gracia, e hicieron arrestar al que había gritado «rex» primero. Entonces César montó en cólera y les acusó de agitar la oposición contra él, a lo que respondieron afirmando que se sentían amenazados en el ejercicio de su cargo. César pidió que se reuniese el Senado.

Se pidió la pena de muerte para los tribunos, pero lo rechazó; le movía más, afirmó, la pena que la ira. Aunque deseaba mostrar su habitual clemencia, estaba en juego su dignidad, así que pidió que se separase de su puesto a los tribunos y se les retirase su pertenencia al Senado. Así ocurrió. En la alocución final pidió que el padre del tribuno Cesenio desheredase a su hijo, pero este se negó y César no insistió.

La expulsión de los tribunos debería haber puesto final al incidente, pero se acusó a César de matar al mensajero, en lugar de ofenderse con aquellos que le habían llamado rey. Poco después, en las elecciones para designar cónsules, Marulo y Cesenio obtuvieron algunos votos, lo que sugiere que el asunto generó resentimientos, y muestra además que para César las votaciones eran poco más que una formalidad.

Entre la plebe romana los tribunos gozaban de alta consideración, y se les veía como paladines de la gente común, como a César en su día. En el 49 a. C. había proclamado que una de las razones por las que había cruzado el Rubicón era para proteger a los tribunos de la plebe de los abusos del Senado. Ahora se situaba en el centro de la diana de la opinión pública, y suscitaba las envidias de aquellos que sospechaban que quería ser rey, mientras él mismo se complacía ataviándose con el vestuario propio de los antiguos monarcas de Roma, las calzas rojas y la corona dorada.

Y esto nos lleva al tercero de los acontecimientos narrados por Livio, durante la celebración de las fiestas lupercales, el 15 de febrero del 44 a. C. El del Foro no estuvo planificado, y el de la puerta Apia tampoco, o, si lo estuvo, se descontroló. El de las lupercales fue una puesta en escena clara, aunque el autor y el contenido del libreto sean desconocidos.

Esto fue lo que ocurrió. Las lupercales eran una festividad anual asociada a la fertilidad. Tras un sacrificio los sacerdotes, desnudos excepto por unas tiras de cuero, corrían por el centro de Roma golpeando a los asistentes, sobre todo a las mujeres, con tiras de cuero de cabra. Esta fiesta estaba dedicada a Rómulo, fundador mítico de Roma, sin duda con resonancias para César y para todos aquellos que le veían como un segundo fundador de la ciudad. Antes del 15 de febrero el Senado había creado un cuerpo especial de sacerdotes en honor del dictador y su vinculación con el festival. El principal era Marco Antonio, que encabezaba a los que corrían.

A pesar de su carácter anual, la cita del 44 a. C. no se pareció a ninguna anterior. La principal ceremonia, que dejó a todos con la boca abierta, fue la ofrenda a César de una diadema, que este rechazó ampulosamente sentado en la tribuna de oradores del Foro, los *rostra*.

La tribuna ya era de por sí un magnifico monumento, renovado tras el rediseño del centro de Roma de César; la antigua había subsistido durante siglos antes de su demolición. *Rostra* significaba «los espolones de las naves», y hacía referencia al recubrimiento de bronce procedente de los espolones de los navíos de guerra capturados con los que se adornaban. La tribuna era el lugar principal para dirigirse al pueblo romano, y por eso la antigua ocupaba una posición central. Cuando César edificó de nuevo el centro cívico de Roma, la relegó a un rincón del Foro, ofreciendo un signo de la consideración que le merecían los oradores públicos.

La nueva tribuna medía más de 3 metros de alto y 12 de largo; el frente curvo descansaba, posiblemente, sobre una plataforma

rectangular. Se accedía por detrás subiendo siete escalones, y la parte frontal miraba al espacio abierto del Foro. La decoración estaba compuesta por una franja de mármol y cuatro estatuas; César había mandado restaurar las de Sila y Pompeyo, a caballo, destrozadas por la multitud. Además añadió dos estatuas suyas, una con su famosa corona de hojas de roble –la Medalla de Honor, o Corona Cívica– y la otra ataviada con hierbas y flores, una distinción militar aún más elevada. Además una de las estatuas era ecuestre. En resumen, las únicas imágenes de la tribuna eran las de dos dictadores y la de un general y político dominante, que además era yerno de César. No había sitio para paladines de la libertad como el antepasado de Bruto, Lucio Junio.

Este fue el lugar escogido por César para sentarse el 15 de febrero con ocasión de las lupercales, en un trono dorado, vestido con una toga púrpura de general triunfante, además de las botas altas y la túnica con amplias mangas, como de un rey clásico, y una corona de oro. La multitud se congregó.

Tras la carrera, Marco Antonio subió a la tribuna de oradores y le colocó una diadema a César, diciendo: «El pueblo te lo entrega a través de mí». Se oyeron algunos aplausos, pero la mayoría de los asistentes permanecieron en silencio. Lépido, recién nombrado Magister Equitum, estaba presente, y su respuesta fue un lamento con semblante sombrío. César se quitó la diadema y Antonio lo intentó de nuevo, para recibir la misma respuesta. Finalmente el dictador ordenó que se llevase al templo capitolino, con las palabras: «Júpiter es el único rey de los romanos», lo que le valió una respuesta entusiasta.

Para celebrar el evento César se vio incluido en el *fasti*, calendario oficial de Roma, con la leyenda: «el cónsul Marco Antonio ofreció el reinado, por mandato del pueblo, al dictador perpetuo Cayo César, pero César lo rechazó».

Las fuentes rebosan de especulaciones acerca de quién estuvo detrás de esta escena, y por qué. Algunas apuntan a Antonio como

el primer impulsor, que sorprendió a César, tal vez para adularle, o puede incluso que para avergonzarle. Más tarde se defendió que Antonio estaba tratando de que César pusiese los pies sobre la tierra, haciéndole abandonar cualquier idea de reinar. Otras fuentes señalan a los enemigos del dictador; en esta versión, dos opositores a César subieron a la tribuna y trataron de que aceptase la diadema. Aunque puede que nunca se sepa la verdad de lo ocurrido en las lupercales, está claro que César debía tender puentes hacia un público que temía su ambición.

Todavía le quedaban muchos partidarios. Su leal colega Aulo Hircio, por ejemplo, insistiría más tarde en que César era un *vir clarissimus* –hombre brillantísimo–, que consolidó la República. Para él –y para otros–, César era un gran personaje. Solo los nobles y aquellos «con ansias de poder», según un viejo partidario, consideraban al dictador «insoportable». Muchos «se gloriaron por sus muchas victorias», y «admiraban a aquel del que pensaban que era más que un hombre». Sin embargo, durante el invierno del 44 a. C., cabía debatir qué pensaban exactamente los romanos de a pie; habían recibido tierras y, al finalizar las violentas disputas entre los nobles, habían alcanzado la paz, además de disfrutar de fiestas y espectáculos. Pero también se veían afrentados por los ataques contra los tribunos y el desprecio hacia las elecciones, y es probable que no sintiesen excesivo aprecio por los nuevos senadores procedentes de la Galia. Empezaba a parecer que César perdía el favor del pueblo.

Al mismo tiempo, algunos consideraban que el rechazo de la corona había sido una estratagema para constatar si contaba con suficientes apoyos para convertirse en rey; estaban convencidos de que eso era lo que deseaba, y le despreciaban por ello.

El odio es uno de los grandes peligros a los que se enfrenta un gobernante, especialmente si procede de la gente común. El odio agita las conspiraciones, y lleva a los conspiradores a pensar que sus

planes se cumplirán, y César estaba a punto de verificar este principio.

En tres meses el dictador había mostrado su falta de respeto al Senado, había disputado con los tribunos de la plebe y había coqueteado con la monarquía. En febrero estaba a punto de nacer la conspiración que le haría caer; de hecho, puede que ya estuviese en marcha.

---

NOTAS

— *perdió sus posesiones cerca de Nápoles,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.21.3.

— «*Vuelve a preguntarme por la república, tribuno Aquila»,* Suetonio, *Julio César,* 78.2.

— *«Siempre y cuando Poncio Águila me lo permita»,* Suetonio, *Julio César,* 78.2.

— *Herófilo,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* 9.15.1, cfr. Apiano, *Las guerras civiles*, 3.2.

— *Apolo,* Wolfgang Helbig, *Fuehrer durch die oeffentlichen Sammlungen klassischer Altertuemer in Rom*, 4ª ed., vol. 2, E. Wasmuth, Tubinga, Alemania 1963, 614, n. 1846.

— *hijo de Níobe,* MC Inv 3027; Helbig, *Fuehrer durch die oeffentlichen Sammlungen klassischer Altertuemer in Rom*, 553, n. 1783. Véase Marina Bertoletti, Maddalena Cima y Emilia Talamo, *Centrale Montemartini. Musei Capitolini,* Electa, Milán 2007, 75, fig. 70 para ver una ilustración en color.

— *«Dicen que* [César] *no marchará contra los partos»*, Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.31.3.

— *como escribiría el historiador Tácito* años después, Tácito, *Historia*, 3.37.

— *afirmó que le costaba aguantar las lágrimas*, Cicerón, *Cartas a Ático,* 7.30.2; Dion Casio, *Historia romana*, 43.46.4.

— *el Senado nombró a César* dictator in perpetuo, Plutarco, *César*, 57.1.

— *«Deberíamos llamar rey a aquel que de hecho tuvimos como rey»,* Cicerón, *Sobre la adivinación*, 2.11., «quem re vera regem habebamus appellandum quoque esse regem».

— *Asinio Polión,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.31.3; posiblemente reflejado en Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111.1.

— *«el Sila que renunció a la dictadura era un analfabeto»,* Suetonio, *Julio César,* 77, de T. Ampio Balbo, enemigo de César.

— *Todos los senadores se comprometieron a mantener la seguridad de César,* Suetonio, *Julio César*, 84.2; Livio, *Periochae*, 116; Apiano, *Las guerras civiles,* 2.144; Dion Casio, *Historia romana,* 44.5.3.

— *formalmente segundo en el mando,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.51.7; Apiano, *Las guerras civiles*, 3.9.30.

— «*Pater Patriae*», Dion Casio, *Historia romana*, 44.4.4.

— *Entre el pueblo circuló la broma de que este fue su honor preferido,* Suetonio, *Julio César,* 45.2.

— *compartiese templo con el dios,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 12.45.2, cfr. 12.48; Dion Casio, *Historia romana*, 43.45.3.

— *según la tradición, los senadores habían asesinado,* Livio, *Histoia de Roma,* 1.16; Dion Casio, *Historia romana,* 43.45.2-4.

— *le tildaba de semidiós,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.14.6, 43.21.1-2; Suetonio, *Julio César,* 37.2.

— *la «odiosa» procesión, para el orador*, Cicerón, *Cartas a Ático*, 13.44.1.

— *«Odio a la reina»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.15.2.

— *se llevaría con él las riquezas,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 20.68; Suetonio, *Julio César*, 79.3.

— *despejar el camino en Roma,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.7.

— *los hombres que se quedaban al mando en su ausencia no cumpliesen con las expectativas,* Martin Jehne, *Der Staat des*

*Dictators Caesar* [El estado del dictador César], Böhlau, Colonia, Alemania 1987, 457-61.

— *proclamó que ya tenía suficiente gloria,* «satis diu vel naturae vixi vel gloriae», Cicerón, *A Marcelo*, 25.

— *Su vecino, el rico y apático Lucio Marcio Filipo, le causaba molestias,* según Macrobio [*Sátiras,* 3.15.6], Filipo era uno de los ricos a los que Cicerón, sin nombrarles, acusaba de preocuparse más por el estado de sus estanques que por el de la república, Cicerón, *Cartas a Ático,* 1.19.6; 1.20.3.

— *envió una apresurada carta a su amigo Ático,* Cicerón, *Cartas a Ático*, 13.52.

— *César le había escrito desde Hispania,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.20.1.

— *otro amigo, con malicia,* Servio Sulpicio, véase Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 4.5.6.

— *decidió aparcarla,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.26.2, 12.51.2, 52.2.

— «Con una vez ha sido suficiente», Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.52.2.

— *tres incidentes,* Livio, *Periochae,* 6.2-3. Existen algunas dudas sobre el orden de los incidentes, y el que se ofrece es, sopesándolo, el que me parece más verosímil.

— *Es más, bromeó,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.8; Plutarco, *César,* 60.3-4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.107; Suetonio, *Julio César*, 78.1; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 78; Livio, *Periochae*, 116.

— *Las fuentes abundan en interpretaciones,* Suetonio, *Julio César,* 78.1; Plutarco, *César,* 60.4-5; Dion Casio, *Historia romana*, 44.8.2; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.107.

— *«Soy César, no Rex»*, Suetonio, *Julio César*, 6.1.

— *deseaba mostrar su habitual clemencia*, Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.68.3.

— *el padre del tribuno Cesenio desheredase a su hijo,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 5.7.2.

— *se acusó a César de matar al mensajero,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 20.60, 22.76; Livio, *Periochae,* 116.2; Suetonio, *Julio César*, 79.2, 80.3; Apiano, *Las guerras civiles,* 2.108-9; Plutarco, *César,* 61.10; Dion Casio, *Historia romana*, 44.10.1-4, 11.4.

— *En el 49 a. C. había proclamado,* César, *La guerra civil*, 1.7-8.

— *suscitaba las envidias,* Livio, *Periochae*, 116.2.

— *ataviándose con el vestuario propio de los antiguos monarcas,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.43.2; Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, 316, n. 1.

— *«El pueblo te lo entrega a través de mí»,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.11.2.

— *un lamento con semblante sombrío,* Cicerón, *Filípicas,* 5.38.

— «Júpiter *es el único rey de los romanos»,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.11.2-3.

— *«el cónsul Marco Antonio ofreció el reinado»,* Cicerón, *Filípicas*, 2.85-87.

— *Las fuentes rebosan de especulaciones,* véase, por ejemplo, Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 51.71-74; Cicerón, *Filípicas*, 2.85; Dion Casio, *Historia romana*, 44.11.3.

— *Más tarde se defendió que Antonio,* Dion Casio, *Historia romana*, 46.19.1-8.

— *dos opositores a César* fueron Casio y Publio Casca, Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 21.72. Nicolás carece de credibilidad. Véase Jane Bellemore, con introducción, traducción y comentarios, *Nicolaus of Damascus, Life of Augustus,* Bristol Classical Press, Bristol 1984, com. ad loc., 106.

— *vir clarissimus*, hombre brillantísimo, e.g. Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.22.1.

— *César era un gran personaje,* «tanto viro», Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.11.1; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.56.3.

— *«con ansias de poder»*… *«insoportable»*… *«se gloriaron por sus muchas victorias»*… *«admiraban a aquel del que pensaban que era más que un hombre»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.64.

— *constatar si contaba con suficientes apoyos,* Plutarco, *César,* 61.6; Dion Casio, *Historia romana*, 44.11.3; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 21.73.

— *El odio es uno de los grandes peligros a los que se enfrenta un gobernante,* Maquiavelo, *El príncipe*, c. 19.

PARTE II

# SANGRE ENTRE LAS PIEDRAS

# Capítulo 5
# EL NACIMIENTO DE UNA CONJURA

La conspiración comenzó el día que Cayo Casio Longino atravesó la ciudad para visitar a su cuñado. A pesar de que estaba casado con su hermana, no había hablado desde hacía meses con Marco Junio Bruto, con el que se había enfrentado por una prebenda. Sin embargo ahora le necesitaba; la conversación comenzó con un intercambio amistoso y una reconciliación, antes de centrarse en el motivo real. Al terminar, Casio abrazó a Bruto, empujando a la vida de Julio César al platillo de la balanza. Febrero del 44 a. C.

Al menos así nos ha llegado la narración a través de la fuente más conocida. Puede que fuese así, pero en realidad no se sabe cómo comenzó la conspiración, ni con quiénes. Shakespeare afirma que Bruto y Casio formaron el núcleo, pero lo hace siguiendo una antigua leyenda. Otras fuentes hablan de tres hombres al frente, y no dos, incluyendo a Décimo entre los cabecillas. La primera narración detallada incluso le otorga a este último el papel principal.

Su presencia no es anecdótica; es la clave. Bruto y Casio habían luchado junto a Pompeyo y por la República, pero Décimo había sido leal a César durante más de diez años. ¿Por qué este cambio de bando? A pesar de que más tarde afirmaría que lo hizo en defensa de la República, era un hombre duro, la clase de persona que se mueve por el temor, el honor y el propio interés. Y no estaba solo; otros amigos de César se unieron a la conjura. Para llegar a esa situación había sido preciso algo más que un error de relaciones públicas; fue necesaria una crisis de confianza. César abusó de su amistad rompiendo la regla no escrita de la vida en Roma que afirmaba que la lealtad debía ser recompensada. Fue tan lejos que llegó a convencer a algunos de que les iría mejor sin él.

Cabía predecir que la nobleza romana jamás aceptaría a un dictador perpetuo. Celosos de sus privilegios, antes conspirarían para asesinarle que rendirse, siempre y cuando pensasen que podían salir indemnes del crimen. Algunos signos de descontento popular en el invierno del 44 a. C. les ofrecieron la confianza que necesitaban. La cercanía de la partida de César al frente parto acabó con los titubeos.

Para algunos, César en el año 49 a. C. parecía un segundo Aníbal, el gran conquistador que cabalgó desde el oeste invadiendo Italia. En el 44 a. C. se parecía más a Alejandro Magno –como Pompeyo, pero más peligroso–, en el umbral de una gran guerra en el este que le haría volver como rey triunfante. Los que, como Octavio, desfilasen a su lado, cosecharían el poder y la gloria; los que se quedasen en casa, aunque le fuesen leales, temerían verse eclipsados. Algunos de los generales más experimentados de César se quedaron atrás; aunque se ignora el motivo, es largo el historial de seguidores de César descartados al dejar de ser útiles, o al suponer una amenaza.

Cualquier esperanza de que restaurase la República se había desvanecido. César ya era dictador perpetuo, había sido proclamado dios, había desdeñado tanto al Senado como al pueblo, y había proclamado –con una insistencia demasiado sospechosa– que no quería ser rey. Ahora parecía que deseaba erigirse en Señor de Asia, como Alejandro. *Julius Rex* era demasiado para el procónsul de Galia. Entre multitud de romanos cundía el temor de que aquel que había instalado a la reina de Egipto y al que decía que era su hijo en su villa sobre el Tíber, el mismo que planeaba una poderosa expedición para conquistar el antiguo Irán dominado por Alejandro, ese mismo hombre tratase de reemplazar la República por una monarquía. ¿Quién dudaba de que un amante de la sangre, la grandeza y el poder como César sería capaz de hacerlo?

*Pruebas*

Antes de fijar la atención en los conspiradores y el crimen, es necesario aclarar algún aspecto respecto a las fuentes. Si alguna vez existió un informe contemporáneo completo, hace mucho que se ha perdido. La correspondencia de Cicerón incluye unas decenas de valiosas cartas, intercambiadas con media docena de conspiradores; son fascinantes, pero arrojan escasas pruebas de lo sucedido y de sus motivos. Varios de los conjurados acuñaron monedas que ofrecen pistas importantes. También los restos arqueológicos romanos añaden algunas evidencias interesantes sobre los Idus de marzo.

El asesinato fue recogido por varios narradores contemporáneos. Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.) escribió la que es probablemente la mejor historia de los años transcurridos entre el 60 y el 44 a. C. y, aunque era amigo de César, también era consciente de sus debilidades. Por desgracia estaba fuera de Roma durante los Idus. Livio (59 a. C.-17 d. C.), aunque nacido en Patavium (Padua), terminó sus estudios en Roma. Si no se encontraba allí durante los Idus, sí que estuvo pocos años después, cuando el acontecimiento todavía coleaba, y narró la muerte de César en su monumental historia de Roma. Estrabón (ca. 62 a. C.– ca. 23 d. C.), famoso historiador y geógrafo nacido en Anatolia (Turquía), vivió en la Roma de Augusto, y trató la muerte de César en su recuento de los años 145-30 a. C. Opio, colaborador de César, escribió una memoria del dictador, al igual que el hijastro de Bruto, Bíbulo, sobre este. Un amigo del conspirador, Empilio, redactó una breve obra sobre la muerte de César. De ser leídas hoy, todas habrían resultado iluminadoras, pero ninguna ha llegado hasta nosotros. De Livio solo nos ha llegado un sumario de los capítulos sobre César. Afortunadamente, algunos escritores clásicos más tardíos sí que leyeron esas obras: más aún, sobrevivieron dos narraciones contemporáneas.

Cicerón fue el autor de una de ellas, en el 44 a. C., posiblemente pocas semanas después de los Idus; fue un testigo presencial, pero

su narración se extiende apenas un párrafo. Aunque confirma algunos detalles de versiones posteriores, contiene también varias exageraciones. Más importante es, aunque algo tardía, otra más detallada, de un contemporáneo, la *Vida de César Augusto* –biografía de Octavio–, escrita por Nicolás de Damasco (nacido en el 64 a. C. y muerto en fecha desconocida, pero bastante posterior al 4 a. C.). Es una de las cinco fuentes contemporáneas detalladas que han sobrevivido sobre los Idus y sus consecuencias, que suponen la principal fuente de información actual. La obra de Nicolás, aunque perspicaz, no está exenta de problemas. A pesar de ser adulto en el 44 a. C., no se encontraba en Roma en esa fecha, y ni siquiera poseía la ciudadanía, porque era un griego de Siria. Escribió décadas después, aunque se ignora exactamente cuándo. También es tendencioso; redactó parte de la autobiografía de Augusto, y de hecho trabajaba para él, por lo que tenía motivos para difamar a los conspiradores. Y, más importante, no se conserva el libro de Nicolás, sino una versión posterior de un compilador. Aun así, lo que nos ha llegado es fascinante. En mayor medida que en el resto de fuentes, Nicolás sostiene la opinión de que el rencor privado, y no el deber público, movió a los conspiradores, con la excepción de Bruto.

Plutarco, autor afamado, nativo de Grecia central (ca. 45 d. C.-después del 125 d. C.) narra la conspiración y el asesinato en tres de sus biografías romanas, la de César, la de Bruto y la de Antonio. A pesar de hacerlo más de un siglo después, Plutarco fue un erudito y consultó las obras precedentes. Pero también fue un estudioso de la filosofía griega, como Bruto, al que convierte en su héroe. Aunque el papel que jugó en la conspiración fue importante, Plutarco lo exagera. Teniendo en cuenta su influencia en las fuentes posteriores, y dado que fue la principal inspiración de Shakespeare, es fundamental tener presente este sesgo. Nicolás, al que no afectó el influjo de Bruto, ofrece un buen contrapeso.

Suetonio (ca. 70 d. C.– espués del 128 d. C.) escribió en latín las famosas *Vidas de los doce Césares*, incluida la de Julio César.

Alternando el cotilleo con la astucia, crítico y admirador, incluye una narración detallada de la conspiración y el asesinato. Como Plutarco, Suetonio conocía ampliamente las fuentes antiguas, y admiraba enormemente a César como general, pero le criticó como político y como persona. Escritor brillante, es seductor pero no siempre fiable.

Apiano (ca. 90 d. C.-160 d. C.), griego de Alejandría (Egipto), vivió casi toda su vida en Roma. Entre sus muchas obras destaca la historia de las guerras civiles romanas. De las cinco fuentes, ofrece la exposición del asesinato de César con mayor conexión histórica y, al igual que Plutarco y Suetonio, también consultó a Asinio Polio, y es un buen escritor, para el que César era principalmente un soldado.

Finalmente, la última fuente procede de Dion Casio (ca. 164 d. C.-después del 229 d. C.), senador griego, autor de una historia de Roma en 80 tomos. Lector profundo de las fuentes anteriores, muestra sin embargo su independencia y sagacidad analíticas. Por desgracia también comete errores de bulto. Como partidario ferviente de la monarquía, no muestra demasiado aprecio por los asesinos de César.

Según los criterios de la historia clásica, no es una mala colección, pero para el estándar moderno presenta muchas lagunas. Las pruebas se basan casi por completo en fuentes secundarias, en su mayoría posteriores, de las que ninguna es imparcial, y cada autor muestra sus preferencias. Los conspiradores no cuentan para los partidarios de los emperadores romanos; y los que se oponen a estos últimos los ven como modelos de conducta, casi como a santos laicos.

Aun con todo, las cinco narraciones concuerdan en lo básico con respecto a la conspiración y el crimen, aunque no coincidan en algunos detalles importantes. Al enfrentarse a estas fuentes, el historiador debe poner en juego la imaginación, el ingenio y la prudencia. Y, por encima de todo, debe sopesar todas las pruebas en

cada faceta. Así armados, volvamos la vista hacia aquellos que tenían motivos para querer matar a César.

*Casio*

En enero del 45 a. C. Casio había acogido a César como a un «viejo maestro de trato fácil». Poco más de un año después, en febrero del 44 a. C., estaba decidido a matarlo. Bruto pasó por una conversión similar, tal vez independiente, tal vez después de que Casio prendiese la mecha.

No es probable que la conspiración echase a andar antes de febrero. En primer lugar, por los incentivos; hasta ese mes César no cesaba a los tribunos ni cedía la diadema. Y además por el riesgo; los principales conspiradores no podrían haber guardado el secreto tanto tiempo.

Cayo Casio Longino era deslumbrante. Algo mayor que Bruto, nacido el 3 de octubre, ca. del 86 a. C., podía presumir de varios cónsules en su familia, incluido su padre, que fue derrotado en batalla por el gladiador rebelde Espartaco. No se conoce el nombre de su madre, pero en una ocasión un político agradeció sus consejos en un discurso, lo que da a entender que era estimada.

Siendo adolescente, Casio se peleó a puñetazos con el hijo del difunto dictador Sila, que había presumido del poder de su padre. Más tarde algunos escritores tomarían esta anécdota como un signo de su perenne hostilidad contra los tiranos. Desde luego, lo que demostraba al menos era que tenía carácter. En una ocasión Cicerón le describió como un hombre que se parecía al dios de la guerra, Marte, cuando estaba enfadado, con los ojos relucientes de coraje. César le describió como pálido y flaco, la misma expresión que utilizó con Bruto. Shakespeare lleva el retrato más allá, y hace decir a su César:

He allí a Casio, con figura agotada y hambrienta. Piensa demasiado, y los hombres así son peligrosos.

En un busto romano, identificado con el de este personaje, no parece hambriento, pero sí delgado, vigoroso y decidido. Esta escultura de mármol muestra a una figura dominante de mediana edad, con el pelo muy corto, nariz prominente, mejillas angulosas, sienes hendidas y una barbilla redondeada, que mira de frente mientras aprieta los labios con un aspecto serio.

Pompeyo fue, ya en los años escolares, el que solventó aquella disputa, lo que muestra su amistad política con Casio. Además de Pompeyo, Cicerón fue otra influencia destacada en el joven, que siempre buscó la compañía de este estadista. Cicerón le describe como laborioso, capaz y muy valiente. Igual que su mentor, estudió filosofía, se educó en Rodas y se expresaba con fluidez en griego. Pero, si algo conseguía despertar su ánimo, era el resonar de las trompetas. La guerra era su especialidad, y en ese sentido se parecía más a César que a Bruto. Tampoco carecía de interés por su propia *dignitas*. Cicerón le describió cierta vez, y le llamó «el más valiente entre los hombres, que, una vez puesto el pie en el Foro por primera vez, no ha hecho sino que rebose de la más abundante *dignitas*».

Su momento de gloria llegó en el 53 a. C., en las provincias del este. Casio era lugarteniente del gobernador, y segundo comandante de Marco Licinio Craso, gobernador de Siria. Craso anhelaba luchar contra Partia y alcanzar la fama, pero se precipitó al desastre, con la aplastante derrota de Carras (actual Harran, en Turquía). Las bajas entre sus cerca de 40.000 hombres fueron muy cuantiosas, y los partos añadieron la injuria a las heridas al capturar varias águilas de los legionarios. Craso murió asesinado en una reunión, posterior a la batalla, con los partos.

El único asiento en el haber del menguado honor romano lo anotó Casio. Se afanó en vano en pedir prudencia antes de la batalla, y jugó un papel decisivo después de esta, al conducir a los supervivientes a salvo hasta Siria. Se calcula que unos 10.000 hombres debieron la vida a este eficaz asistente del gobernador.

Entre el 53 y el 51 a. C. ejerció de gobernador virtual de la Siria romana. En el año 51 a. C. rechazó a un ejército parto que asolaba la provincia, y combatió en la batalla en la que el general más destacado del enemigo recibió una herida mortal, que hizo retirarse a los partos de la provincia. Casio podía proclamarse vencedor; escribió a su hogar afirmando que la guerra parta había terminado, y el informe se leyó en el Senado.

Era una autoafirmación, porque los senadores antes se habían burlado de él. Al recibir la primera carta, en la que se refería a la invasión parta de Siria, la opinión general fue que todo era una invención urdida para disimular su propio pillaje, una cortina de humo, según los senadores, con la que Casio había dejado a algunos árabes vecinos entrar en la provincia para proclamar luego que eran invasores partos. En Roma dijeron que era codicioso, hasta que se recibió un informe independiente de un aliado que confirmaba el ataque parto, y entonces se lo tomaron en serio.

Sin embargo tenían razón en cuanto a su codicia. Como la mayoría de gobernantes, saqueaba a sus súbditos. La aristocracia romana no veía con buenos ojos el comercio, pero Casio vendía y compraba mercancías a los sirios sin disimulo y, si resulta fiable una fuente dada a los rumores, se ganó el apodo del «Dátil», en referencia al fruto de la palmera local, y no era un cumplido. En esa misma época invadió Judea y se dice que esclavizó a unos 30.000 judíos, cuando la esclavitud era un negocio muy rentable.

Al producirse la guerra civil, Casio apoyó a Pompeyo. En el 48 a. C. recibió el mando de una flota que empleó contra las fuerzas de César en Sicilia y el sur de Italia. El dictador describió las dos campañas en su *Guerra Civil*, alabando la rapidez, agresividad, ingenio, flexibilidad, energía y efectividad omnipresente de Casio. Estos elogios tal vez buscasen ganarse a Casio para su campo, o puede que ya militase en él. En cualquier caso, un año después de la victoria de César en Farsalia, Casio se unió al dictador.

La reconciliación tuvo lugar en la sureña Anatolia, y se vio facilitada por la acción del cuñado de Casio, Bruto. Más tarde Casio afirmaría que estuvo a punto de asesinar a César en aquel momento, pero parece más bien un bulo.

La deserción fue una bofetada a los combatientes más intransigentes, y un insulto mortal para los hijos de Pompeyo, aunque Casio podía afirmar que seguía sirviendo con lealtad a la República al buscar la paz. César le dio la bienvenida y le nombró general. Se desconoce qué fuerzas comandó, pero parece poco probable que el dictador confiase un cuerpo importante a un reciente enemigo. La vuelta a la paz halló a Casio con un empleo por debajo de su cualificación. César promocionó a Bruto, nombrándole gobernador, a pesar de que Casio estaba más preparado tras su experiencia en Siria, pero el dictador no confiaría la Galia Italiana a alguien con su talento militar. Aun así, no auxilió a los hijos de Pompeyo cuando se alzaron en Hispania en el 46 a. C. Tras desertar de su causa, temía la venganza que se desataría si tomaban Roma, y escribió a Cicerón en enero del 45 a. C.:

Moriría de angustia, y preferiría tener un maestro anciano e indulgente antes que probar con uno nuevo y cruel. Sabes lo necio que era Cneo [Pompeyo]; sabes que consideraba la crueldad una virtud; sabes que siempre pensaba que nos estábamos burlando de él. Me temo que querría burlarse de nosotros *à son tour* [«a su vez»: Cicerón emplea el griego, que hemos hecho equivaler al francés] torpemente, con la espada.

Y entonces César triunfó, y cambió la ecuación. Después de acabar con el peligro que suponían los hijos de Pompeyo, puso fin también a las limitaciones de sus enemigos para mantenerle con vida. Como muchos otros romanos, Casio acusó el comportamiento regio de César. Según Cicerón, procedía de una familia que no solo había combatido el despotismo, sino que también había luchado contra la mera concentración de poder. De hecho, fue de los pocos en votar en febrero del 44 en contra de la larga lista de distinciones

que se querían otorgar al dictador, en un acto que mostró su valor y su respeto por los ideales republicanos. Si algún romano se tomaba en serio la responsabilidad fundamental ciudadana de defender la República asesinando al que quisiera ser *rex*, era él.

Pero también le movía el interés privado. Había puesto los ojos en un alto puesto, primero como pretor, después como cónsul. En particular deseaba ser pretor urbano, el juez encargado de resolver las disputas entre ciudadanos. Su principal rival para el puesto era Bruto, que en diciembre del 45 se hizo con el cargo. Casio ocupó otra pretoría, posiblemente la que resolvía los asuntos de los no ciudadanos.

Se dice que César comentó entre sus amigos que Casio cumplía mejor los requisitos, pero aun así escogió a Bruto. No está claro; es cierto que Casio atajó muy bien las consecuencias de Carras y la defensa de Siria, pero Bruto sobresalió como gobernador de la Galia Italiana, por lo que cuesta descubrir en qué punto era más adecuado. Y, de haber sido así, ¿por qué no le nombró a él? Tal vez la respuesta sea, como apuntaron algunos comentaristas, que César pretendía levantar barreras entre ambos. Resulta creíble, porque también prometió a Bruto el consulado para el año 41 a. C., pasando por encima de Casio, aunque más tarde seguramente también accediese a que ocupase el otro consulado anual.

Si la *dignitas* de Casio se vio mermada por los asuntos nacionales, los exteriores también le hicieron mella. Era el general más experimentado y con mayor éxito contra los partos, por lo que resulta fácil imaginar su decepción cuando César no le confió el mando de las tropas en la nueva guerra. Debió contentarse con el gobierno de Siria, que César le había prometido para el año 43, pero el consuelo sería escaso, porque ya había ejercido como tal –excepto de nombre–.

Existía además el rumor de que César tenía una aventura con la esposa de Casio; Tercia era hija de Servilia, y hermanastra de Bruto. Se decía que Servilia había permitido el acuerdo, y Cicerón se burló

de la situación. Si este enredo fue cierto, lo más probable es que ocurriese antes de la boda de Tercia, pero no se puede afirmar con certeza ni que sucediese ni que Casio se enfadase al averiguar la historia.

Por último estaba el asunto de los leones de Megara. En esta pequeña ciudad griega estaban encerrados unos leones que Casio tenía intención de transportar a Roma para hacerles participar en los juegos, incrementando así su capital político. Cuando un general de César tomó la ciudad en el 48 a. C. los confiscó: Plutarco sostiene que esto incrementó el malestar de Casio con César, pero otros mantienen que en realidad confunde a Cayo Caso con su hermano Lucio Casio, partidario del dictador. Pocas conclusiones se pueden extraer de esta historia, aunque sí arroja luces sobre los manejos de la política romana. Finalmente los leones se escaparon tras un torpe intento de detener a las tropas del dictador, y causaron muchas víctimas entre los civiles inocentes.

Casio era el más romano de los romanos; hombre de principios, supo equilibrarlos con el pragmatismo. Estudió filosofía griega, pero nunca la convirtió en su guía. Una teoría afirmaba que su hostilidad contra César estaba motivada por la filosofía epicúrea, o por la versión romana de esta escuela, que enfatizaba la libertad, pero no está claro si Casio se adscribía al epicureísmo más allá de las apariencias. Su ambición discurría por el camino contrastado; deseaba lucirse en el servicio público para convertirse después en cónsul, como sus ancestros. Era un estratega militar de primer nivel y, según un escritor clásico, poseía la determinación de un gladiador.

También tenía una buena educación: sus cartas están repletas de palabras en griego, conocía la filosofía y se expresaba con elegancia. Podía ser ingenioso y mordaz, y siempre se situaba un paso por delante del resto. Era serio, y, según Séneca, el filósofo, jamás bebió otra cosa que no fuese agua, así que también era abstemio. Es cierto que de vez en cuando le gustaba reírse, y disfrutaba con las bromas y las tomaduras de pelo.

Casio pudo controlar la conspiración, pero carecía de la autoridad necesaria para encabezarla. Al proponer matar a César, estaba sugiriendo a los conjurados que se cometiese un asesinato; habían jurado lealtad al César sacrosanto, y debían defenderle con sus vidas. Lo que les pedía era que rompiesen ese juramento. No importaba lo convincente que resultase el plan que les proponía; todos lo rechazarían si no se unía antes el único indispensable.

*Bruto cambia*

Bruto era esencial para el complot contra Julio César. Sin él no habría asesinato, y los conspiradores insistieron en que debía participar, siguiendo el principio de que para matar a un rey hace falta otro rey, o al menos un príncipe, y Bruto era en la práctica un príncipe republicano. Poseía los contactos y la autoridad que tanto admiraban los romanos; hijo de un populista, sobrino de uno de los principales *optimates*, enemigo y después partidario de Pompeyo y de César, hijo de la amante de César y blanco de los rumores que lo hacían también hijo suyo, Bruto lo era todo para todos. Descendía, míticamente, de la familia más antigua de la República, que había expulsado a los reyes, y en su árbol genealógico aparecía también un prominente asesino de tiranos. En la imaginación del público, destacaban sus diez años de defensa de la libertad y contra la dictadura. Durante la década del 50 a. C. había hecho acuñar monedas para honrar tanto a la diosa Libertas como a sus ancestros, opuestos a reyes y tiranos. En el 54 a. C. se manifestó en contra de los que abogaban por una dictadura de Pompeyo; dos años después proclamó que un hombre que había cometido un asesinato por el bien de la República era en realidad inocente.

Como pensador y orador causaba admiración; Nicolás de Damasco lo resumió con concisión, aunque también con escepticismo: «Marco Bruto… fue respetado toda su vida por su

sensatez, por la fama de sus antepasados y por su supuesto carácter razonable».

El amor que sentía por la filosofía griega le exigía sopesar con cuidado la propuesta. La filosofía le otorgaba perspicacia, además de granjearle el respeto ajeno; apoyándose en ella podía aferrarse también a los antiguos ideales, y desdeñar las posturas más agitadas. Había aprendido a reconocer la tiranía, a despreciarla y a levantarse en su contra. Pero el interés de los romanos por la cultura griega no solía ser muy sustancioso; los asesinos de César eran prácticos, y, si buscaron a Bruto, no fue por su capacidad para citar a Platón.

Los conspiradores afirmaron que luchaban por la República, refiriéndose no solo al ideal, sino también al poder que lo acompañaba. Para los romanos, como para la mayoría de las personas, los principios y los beneficios eran inseparables; en Roma la política era una forma de adquirir honor, dinero y poder. César amenazaba con asumir demasiado, y Bruto les mostró el camino para recuperarlo, reavivando a la par los ideales republicanos.

Por encima de todo, lo que buscaban los conspiradores era un cabecilla que les mantuviese con vida; Bruto les aseguraría la credibilidad necesaria en la tormenta que se levantaría tras el asesinato. Si un hombre con su expediente y sus principios acusaba a César de tiranía, el público le creería. Y al contrario: si Bruto seguía leal a César, entonces estaría segando la hierba bajo los pies de los conspiradores. También era importante que contase con el favor del dictador. César le había nombrado gobernador, pretor urbano y cónsul. Al arriesgarlo todo para matarle, Bruto estaría demostrando su valor y sus principios. Cierto es que también exhibiría su ingratitud, pero esta palidecería frente a la necesidad de que la República sobreviviese. En resumen, Bruto era la adhesión más importante a la conspiración, y la red de seguridad más eficaz para los que tomarían parte en ella.

¿Y qué ganaba él? En una fecha tan cercana como agosto del 45 a. C., la respuesta habría sido: nada. En esa época escribió a un escéptico Cicerón, afirmando que creía que César estaba preparado para unirse a los *optimates*. Siete meses más tarde, entraría en el Senado armado con un puñal. ¿Qué había cambiado?

Pocos personajes en la historia clásica se muestran tan claros sobre el escenario como Marco Bruto; es posible reconstruir casi todos sus pensamientos durante este giro decisivo. Tanto su personalidad como sus principios, sus puntos débiles y las relaciones personales que más le influyeron –su esposa, su madre y su cuñado– han quedado registradas por escrito. Sin embargo, en el fondo, los hechos aparecen desazonadoramente incompletos, y será necesario, como siempre, acudir a una especulación razonable.

Bruto es también uno de los personajes históricos peor comprendidos, algo que se debe achacar a Shakespeare. Las fuentes clásicas presentaron a Bruto como alguien valeroso, cargado de civismo, calculador e ingrato, pero Shakespeare le convirtió en un modelo ético. En la tragedia *Julio César* se angustia ante la idea de acabar con la vida de alguien a quien ama; sin embargo, nada dijeron los clásicos sobre esto. El Bruto de Plutarco, por ejemplo, se preocupaba por el riesgo de matar a César, pero no por la moralidad de hacerlo.

Lo que le convertía en un adversario valioso era que, como César, poseía un carácter polifacético e icónico. Causó sensación en el pueblo por su filosofía, su linaje, su valor, sus principios y su amor a la libertad, pero también fue un oportunista y un extorsionador. En César, el egoísmo, la ambición, el talento, la crueldad, la amplitud de miras, el populismo y la revolución se dieron la mano de un modo que todavía hoy se resume a la perfección con su nombre: fue un César. El dictador surcó ríos de sangre en la Galia, y Bruto blandió el puñal más ensangrentado de la historia de Roma, y aun así ambos derrochan carisma.

Entre agosto del 45 a. C. y mediados de febrero del 44 cambiaron cuatro cosas: César, la opinión pública, Casio y la esposa de Bruto. Durante estos siete críticos meses, César atemorizó a gran parte de la opinión pública romana, induciéndola a pensar que anhelaba reemplazar la República por una dictadura perpetua, y tal vez una monarquía, en la que tanto el Senado como el pueblo le estarían subordinados. Ni siquiera la recompensa del consulado lograría que Bruto siguiese albergando la creencia de que el dictador quería sumarse a los *optimates*.

¿Qué significaría para Bruto la dictadura perpetua de César? Plutarco interpretó un comentario de César como la afirmación de que consideraba a Bruto el sucesor más adecuado. «¿Y qué? ¿No crees que Bruto esperará a este poco de carne?», afirmó, señalándose el cuerpo, y respondiendo así a los que acusaban a Bruto de conspirar contra él. Pero esta breve cita no manifiesta cuáles eran sus expectativas; ni adoptó a Bruto póstumamente, como a Octavio, ni le mencionó –como a otros– en su testamento. Aunque le designó para ocupar los cargos más relevantes, con César el poder había desaparecido de esos puestos para acabar en sus manos y las de sus amigos. Plutarco añadía que Bruto podía confiar en ser la persona más relevante de Roma tras la muerte de César, pero no era una expectativa real, especialmente cuando la competición aún no había comenzado.

De forma espontánea, o tal vez orquestada, arrancó una campaña de relaciones públicas para convencer a Bruto de que debía actuar. Tanto en el tribunal en el que se sentaba como pretor urbano como en la famosa estatua capitolina de su supuesto antepasado, Lucio Junio Bruto, que derrocó a los reyes, aparecieron pintadas; «Si estuviese ahora Bruto», «Si estuviese vivo», «¡Despierta, Bruto!», «¡No eres Bruto de verdad!». Tal vez esas palabras, por encima de todo, le empujaron a actuar. Él mismo había aireado la reputación de su familia como amantes de la libertad, y ahora debía mantenerla.

Tal vez Cicerón se estuviese refiriendo a estos famosos antepasados al escribir, en su *Bruto* del 46 a. C., que deseaba para él aquella «República en la que no solo renueves la fama de tus dos distinguidas familias, sino que la incrementes». Palabras conmovedoras, pero lejos de suponer un llamamiento a empuñar la daga. En el año 46 a. C. Cicerón todavía confiaba en que César restaurase la República.

Casio, por su parte, puso en juego sus considerables habilidades estratégicas para convencer a Bruto de que se uniese a él contra César. Durante la visita a su casa, con la que arranca este capítulo, no solo acabó con la disputa que les separaba, sino que le interrogó intencionadamente acerca de lo que pretendía hacer en la siguiente convocatoria del Senado. Aludió también al rumor que afirmaba que los amigos de César le propondrían como rey. Bruto afirmó que se quedaría en casa, y Casio insistió: ¿y si les convocaban, en su papel de funcionarios? En ese caso, se cree que respondió Bruto, cumpliría su deber y defendería a su país, muriendo por la libertad si era preciso. Se dice que Casio le habló de las pintadas, asegurándole que los autores eran miembros de la élite de Roma, y no unos meros artesanos o comerciantes, con un clasismo que encaja a la perfección con los documentados prejuicios romanos. Los autores no querían que Bruto muriese –afirmó Casio–, sino que liderase. Después se abrazaron y besaron, y así se engendró la conspiración. O al menos eso cuenta la leyenda.

En la antigua Roma no existían las encuestas, ni había mediciones científicas del estado de la opinión pública; Bruto no tenía forma de saber si las pintadas respondían a un sentir popular, y tampoco podía estar seguro de si los autores pertenecían a la clase influyente, como había dicho Casio. Pero le hicieron confiar en que la conspiración contaría con el apoyo del pueblo, tan necesario para su éxito. Contaba además con Porcia, su nueva esposa, una mujer fuerte de la que cabe pensar razonablemente que empujaría a Bruto en esta nueva dirección. Una cosa era dar la espalda al legado de

Catón estando lejos de su casa, y otra hacerlo cuando veía a su hija todas las noches. No es raro que se haya afirmado que Porcia fue la única mujer al tanto del complot. Por último, también tenía a Servilia; no hay pruebas de que conociese la conspiración, y mucho menos de que se opusiese a César, y su enfrentamiento con Porcia sugiere lo contrario. Además, participar en el asesinato de su antiguo amante no le haría ganarse muchas simpatías. Años más tarde, Antonio la trató con gran amabilidad, algo impensable si hubiese creído que participó en el complot. Aun así, las fuentes inducen a preguntarse si el resentimiento, fraguado a fuego lento, por la aventura de César con su madre, pudo empujar a Bruto a unirse a la conspiración. No creía el rumor que convertía al dictador en su padre, porque el parricidio sería un crimen atroz para cualquier romano; no obstante, oír y creer son cosas distintas, y tal vez Bruto albergaba un rencor que afloró en aquel momento.

Lo que le alejó de César fue el interés propio. La convicción filosófica rechazaba a los tiranos. Ningún noble en Roma ignoraba el honor familiar y la reputación, y Bruto aún menos, puesto que él mismo escribió acerca de los deberes para con lo suyos. Debía vivir con la reputación de un Junio Bruto y un Servilio Ahala; también cargaba con el legado de su difunto tío Catón, que no solo fue su mentor, sino también su suegro póstumo. Estaba también su esposa, Porcia, y su cuñado, Casio. Y tal vez escondía también una cierta vergüenza a causa de su madre, Servilia, y la ofensa de ser un hijo ilegítimo de su amante, César. Bruto creía en ideales que le trascendían; la filosofía, la República y su familia. Pero además, de nuevo, Bruto traicionó a un hombre mayor que él que le había dado su confianza, como antes había traicionado, primero, a Pompeyo y, después, a Catón.

*Décimo*

En la versión de Plutarco, Bruto y Casio reclutaron después a Décimo, aunque no sería raro que la realidad hubiese sido la contraria, y que Décimo fuese el que les apremiase. Lo que está claro es que este jugó un papel decisivo. Si Bruto era el corazón de la conspiración, y Casio la cabeza, Décimo se convirtió en sus ojos y oídos. Era un infiltrado; de todos los conspiradores, era el único que podía llamarse «amigo íntimo de César». Si alguien entre ellos sufrió por traicionar a un amigo, fue Décimo. Sin embargo, en la docena de cartas que nos han llegado escritas de su mano tras el asesinato, no aparece ni un atisbo de remordimiento.

Los lectores de Shakespeare se preguntarán por qué no han oído hablar nunca de Décimo. En *Julio César* se le nombra erróneamente como «Decio» y, excepto en una escena en casa de César, la mañana de los Idus de marzo, su papel en el drama es poco relevante. Resulta lógico, teniendo en cuenta que Shakespeare se basó en las traducciones al inglés de Plutarco y Apiano. En el segundo caso, Décimo recibió cierta atención, pero para Plutarco su participación fue insignificante. El autor clásico que más enfatiza su intervención en la conjura es Nicolás de Damasco, al que Shakespeare no leyó. Tampoco lo hizo con las cartas de Dion Casio y Cicerón, otras fuentes que resaltan la importancia de Décimo.

Él fue el elegido por César para acompañarle en la cena del 14 de marzo, y también fue el conspirador estrella. Décimo era la mejor fuente de información acerca de los pensamientos y planes del dictador, y la baza más importante para empujarle en la dirección adecuada. ¿Quién mejor que él para confirmar que no sospechaba nada?

Las fuentes clásicas reconocen ampliamente a Décimo como a un actor fundamental en la conjura. Tanto Nicolás de Damasco como Suetonio le sitúan en pie de igualdad con Bruto y Casio, entre los líderes de la conspiración, y Nicolás le coloca incluso en primer lugar. Para Apiano, vendría después de Bruto y Casio. Veleyo Patérculo, soldado y estadista romano, que escribió un libro de historia hacia el

año 30 d. C., alude a él como cabecilla. Otras fuentes le ubican como uno de los cuatro principales conjurados. Plutarco no se mostró muy impresionado con Décimo, y le atribuye, injustamente, no estar «ni activo ni preocupado», pero reconoce su importancia en el complot.

Con solo 37 años, su expediente era brillante. Noble, y de ascendencia intachable, confidente de César, Décimo se alzaba casi en la cúspide del poder. Tras destacar como comandante en la Galia, tanto en la guerra gala como en la civil, gobernó la provincia para César entre el 48 y el 45 a. C., añadiendo a su currículum otra victoria militar frente a los fieros belóvacos. Tal vez llegase a ser pretor en Roma en el 45 a. C., y ciertamente fue gobernador de la Galia Italiana en el 44 a. C., y cónsul en el 42. César le había nombrado heredero en segundo grado en su testamento, en el caso –improbable– de que ninguno de los tres primeros –Octavio y sus primos Quinto Pedio y Lucio Pinario– estuviese disponible. También le nombró guardián de su hijo adoptivo, Octavio. Sin pretenderlo, designó asimismo a otros conspiradores para esa función, aunque sus nombres no nos han llegado.

Décimo aportó dos elementos esenciales a la conspiración; contaba con la confianza del César y poseía una horda de gladiadores. Sin la intimidad que tenía con él, César nunca habría ido al Senado en los Idus. Sin los gladiadores, los conspiradores no habrían sobrevivido aquel día. A largo plazo se daba otra consideración reseñable: Décimo estaba a punto de comenzar su mandato, dado por César, como gobernador de la Galia Italiana. Era un lugar estratégico, cercano a Roma y con dos legiones. Alguien como él sería muy útil después de los Idus.

Décimo debía a César más aún que Bruto; toda su carrera había sido forjada por el dictador y, hasta los Idus, parecía agradecérselo con un apoyo leal. En los años venideros nadie sería más escarnecido por los fieles a César a causa de su ingratitud que él. Las fuentes no aluden a su motivación, por lo que solo cabe conjeturar.

Como Bruto y Casio, pudo considerar que su primera lealtad se la debía a la República. Al dirigirse a él por carta en el 43 a. C., Cicerón le describe como un partidario de su causa. A pesar de su apoyo a César y del coqueteo de su madre con la revolución, Décimo procedía de una familia de *optimates* que decía descender del fundador de la República. Tanto su padre como su abuelo habían masacrado a los populistas de Roma, considerando que así defendían la República. Ahora era su turno.

A diferencia de Bruto y de Casio, ni era un filósofo ni sus sentimientos republicanos eran demasiado profundos. De las 11 únicas cartas que se conservan –todas escritas entre el 44 y el 43 a. C., 10 de ellas dirigidas a Cicerón– solo hace referencia en una ocasión a «liberar la República», y se muestra mucho más interesado en los asuntos militares y políticos. A pesar de su parquedad como escritor, y teniendo en cuenta que estaba participando en una campaña militar, su silencio acerca de los motivos de la lucha es llamativo. En contraste, de las 13 cartas de Cicerón a Décimo de esa misma época, 5 hacen referencia a la libertad, a la tiranía, al asesinato de César o a la República.

Para Décimo, el interés propio parece ser el motivo para acabar con la vida de César. Era ambicioso, competitivo, arrogante y violento, muy preocupado por su *dignitas*, asunto que sale a relucir con frecuencia en su correspondencia con Cicerón. De ser este un buen juez de la personalidad ajena –y con frecuencia lo es–, lo que quería Décimo era fama y grandeza. Siendo César como era, no cuesta imaginarle diciéndole que no había límites a su ambición. Sin embargo, era demasiado inteligente para creerse sus propias palabras. Veía con claridad las limitaciones de Décimo.

Era la persona adecuada para conquistar o gobernar la Galia, pero no para regir en Roma. Era un táctico, no un estratega; personalizaba los asuntos, lo que le impedía posponer las venganzas, tal y como debe hacer con frecuencia un buen líder. Junto a su astucia y su talento para el engaño, similar al de los galos

con los que tanto tiempo pasó, también era apasionado. A pesar de su juventud, la perspicacia y el buen juicio de Octavio le hacían mucho más adecuado para suceder a César. Décimo era un soldado, mientras Octavio era político hasta la médula.

Décimo no era de los que pasan por alto el ascenso de un rival; alcanzó la cima sirviendo a César en el campo de batalla de la Galia y de la Guerra Civil, y ahora veía cómo otros gozaban de esa misma oportunidad en Partia mientras él se quedaba atrás. En concreto, el hombre destinado a triunfar en Partia era Octavio. Tras cabalgar largo tiempo juntos desde Galia hasta Italia en el 45, Décimo llegó a atisbar al menos la determinación inflexible de su rival. Si soñaba con ser el heredero de César, debería preocuparse. Cuanto más apreciaba las muestras de afecto que le prodigaba César –la posición en el segundo carruaje, la compañía durante la cena en casa de Lépido–, más debía acusar el ascenso de Octavio.

Gobernar la Galia Italiana y alcanzar el consulado estaba bien, pero Décimo sabía dónde residía el poder real en el mundo de César: en el ejército. Y entre las tropas era donde tenía su corazón; solo ellos podrían ofrecerle la ansiada meta de ser proclamado emperador, celebrar una entrada triunfal y convertirse en el hombre más importante de Roma. A finales del 45 a. C. Octavio ya se había unido a la armada que lucharía en Partia, y Décimo aún estaba en Roma. Desde allí debía reconocer que, una vez que César, Octavio y una pléyade de nuevos héroes cabalgasen hacia el hogar triunfantes, él desaparecería del mapa. Así pues, haría mejor en librarse de César ya y ocupar el poder cuando todavía podía.

También el estilo de cada uno jugó su papel; Décimo era valeroso y recio, y puede que le enfureciesen las galantes muestras de afecto a las que era propenso César. El clasismo tuvo algo que ver. Como Antonio, Décimo podía mirar por encima del hombro a Octavio, heredero de un liberto y cambista. Como miembro de la élite romana, no le agradaría estrechar lazos con los nuevos senadores de César, a los que consideraba sus inferiores. Con unas pocas

excepciones, no eran bárbaros ni antiguos legionarios, sino ciudadanos acaudalados del norte de Italia y el sur de la Galia, descendientes de familias romanas que habían emigrado a España, y centuriones de la élite urbana de Italia, y no solo de Roma. Pero eso no era suficiente para mitigar el desagrado de unos senadores que enlazaban sus orígenes con la fundación de Roma. Solo se conoce el nombre de un centurión al que César elevase al Senado, pero merece la pena consignarlo: Cayo Fuficio Fango. Sin duda, sería notable en su ciudad natal, Acerra, pequeño pueblo cercano a Nápoles, pero para un elitista romano sonaría como el de alguien venido del arroyo.

Estaba además Paula Valeria, su esposa, parte de la élite romana y relacionada con Cicerón. Es posible que su hermano fuese Valerio Triario, que luchó con Pompeyo en Farsalia y murió, bien en el campo de batalla, bien al final de la Guerra Civil; Cicerón se convirtió en tutor de sus hijos. Puede que, como Porcia, creyese que la sangre de su familia debía ser vengada, y por tanto empujase a su esposo a romper con César. Paula, recordemos, se había divorciado de su primer marido el mismo día de su vuelta del servicio militar a Roma, para poder casarse con Décimo. Una mujer así no dudaría en aconsejar una mudanza de lealtades.

Las fuentes no muestran ningún agravio personal contra César, pero sí que ofrecen abundantes pruebas de resentimiento por parte de Décimo. La traición a sangre fría contra su superior se comprende más fácilmente si entran en juego emociones como el miedo, el odio y el rencor. Así se volvió contra César.

---

NOTAS

— *así nos ha llegado la narración a través de la fuente más conocida,* Plutarco, *César,* 62.8, *Bruto*, 10.3-7.

— *le otorga el papel principal,* véase p. [111].

— *lo hizo en defensa de la República,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.10.4.

— *decenas de valiosas cartas,* entre otras, las de Cicerón con los siguientes conjurados: Bruto (*Cartas a Bruto*, dos libros con 36 cartas, casi todas originales), Casio (e.g., *Cartas a sus amigos*, 12.12), Décimo (e.g., *Cartas a sus amigos,* 11.5), Galba (*Cartas a sus amigos,* 10.30), Trebonio (e.g., *Cartas a sus amigos*, 12.16), Minucio Basilio (*Cartas a sus amigos*, 6.5).

— *Cicerón fue el autor de una de ellas,* Cicerón, *Sobre la adivinación*, 2.23.

— *«viejo maestro de trato fácil»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 15.19.4. Cicerón, *Letters to Friends*, vol. 2, ed. y trad. de D. R. Shackleton Bailey, Harvard University Press, Cambridge y Londres 2001: 287.

— *Bruto pasó por una conversión similar,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.14.2.

— *Casio prendiese la mecha,* Plutarco, *Bruto*, 7.4, 8.2, 10.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.113; cfr. Suetonio, *Julio César,* 80.3-4.

— *«He allí a Casio, con figura agotada y hambrienta».* Shakespeare, *Julio César,* 1.2.194-195. [Ver. castellano de Luis Astrana Martín, *Dramas clásicos,* Espasa-Calpe, Madrid 2000, p. 144].

— *un busto romano, identificado con el de este personaje.* Este busto en concreto es del estilo pseudo-Córbulo, del que hay una buena muestra, fechada en la segunda mitad del siglo I a. C., en el Museo de Bellas Artes de Montreal. Véase también Sheldon Nodelman, «The Portrait of Brutus the Tyrannicide», *Occasional Papers on Antiquities 4*: *Ancient Portraits in the J. Paul Getty Museum* 1 (1987): 57-59 and 59 n. 59.

— *«el más valiente entre los hombres»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 15.16.3.

— *del* «Dátil», Pseudo Aurelio Víctor, *De virus ilustribus,* 83.3.

— *describió las dos campañas,* Julio César, *La guerra civil*, 3.5.3, 3.101.

— *«Moriría de angustia»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 15.19.4.

— *contra la mera concentración de poder,* Cicerón, *Filípicas,* 2.26.

— *en contra de la larga lista de distinciones,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.8.1.

— *Casio cumplía mejor los requisitos,* Plutarco, *Bruto*, 7.1-5, *César,* 62.4-5; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.112; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.56.3; Cicerón, *Filípicas*, 8.27, siguiendo el criterio de los comentarios de Pelling, Plutarco, *César*, 460-61.

— *Cicerón se burló de la situación,* Suetonio, *Julio César,* 50.2.

— *los leones de Megara,* Plutarco, *Bruto*, 8.6-7, *César,* 43.1-2, 62.8.

— *la determinación de un gladiador,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.133.

— *jamás bebió otra cosa que no fuese agua,* Séneca, *Cartas a Lucilio,* 83.12.

— *había hecho acuñar monedas,* véase «Libertas: The Coins of Brutus», http://www.humanities.mq.edu.au/acans/caesar/CivilWars_Libertas.htm, consultado el 27 de julio de 2014; M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage*, vol. 1, 455-56, n. 433.

— *se manifestó en contra de los que abogaban por una dictadura de Pompeyo,* Quintiliano, *Instituciones*, 9.3.95.

— *cometido un asesinato por el bien de la República,* Quintiliano, *Instituciones*, 3.6.93.

— *«Marco Bruto… fue respetado»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.100, traducción de Bellemore modificada.

— *Había aprendido a reconocer la tiranía, a despreciarla y a levantarse en su contra.* Era miembro de la Academia, la escuela platónica.

— *«¿No crees que Bruto esperará a este poco de carne?»,* Plutarco, *Bruto*, 8.3, *César,* 62.6.

— *Plutarco añadía que Bruto podía confiar,* Plutarco, *Bruto*, 8.4.

— *«Si estuviese ahora Bruto», «Si estuviese vivo», «¡Despierta, Bruto!», «¡No eres Bruto de verdad!»,* Plutarco, *Bruto*, 9.5-9; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.112; Dion Casio, *Historia romana*, 44.12.3.

— *«en la que no solo renueves la fama»,* Cicerón, *Bruto*, 331.

— *Los autores no querían que Bruto muriese,* Plutarco, *Bruto*, 10.1-7.

— *Porcia fue la única mujer,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.13.1.

— *las fuentes inducen a preguntarse,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.112.

— *él mismo escribió acerca de los deberes para con los suyos,* Séneca, *Cartas a Lucilio*, 95.45.

— *Bruto y Casio reclutaron después a Décimo,* Plutarco, *Bruto*, 12.5-6.

— *«amigo íntimo de César»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.64.2; Plutarco, *Bruto*, 13; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.1.

— *Nicolás le coloca incluso en primer lugar,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.59.

— *Para Apiano, vendría después de Bruto y Casio,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111.

— *Veleyo Patérculo, soldado y estadista romano,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.58.1-2.

— *Otras fuentes le ubican como uno de los cuatro principales conjurados,* Dion Casio, *Historia romana,* 44.13.3-4; Eutripio, *Resumen de la historia de Roma*, 6.7.497; Suetonio, *Julio César,* 80.4.

— *«ni activo ni preocupado»,* Plutarco, *Bruto*, 12.5.

— *confidente de César,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 64.2.

— *César le había nombrado heredero en segundo grado,* Plutarco, *César*, 64.1; Suetonio, *Julio César*, 83.2.

— *designó asimismo a otros conspiradores,* Suetonio, *Julio César,* 83.2; Dion Casio, *Historia romana*, 44.35.2; Plutarco, *César*, 64.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143.

— *Cicerón le describe como un partidario de su causa,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.7.3.

— *decía descender del fundador de la República,* Cicerón, *Filípicas*, 2.26.

— *su padre como su abuelo,* Orosio, *Historia contra los paganos*, 5.12; Cicerón, *Cartas a Ático,* 12.22.2.

— *De las 11 únicas cartas que se conservan,* Cicerón, *Cartas a sus amigos,* 10.13, 11.1, 11.4, 11.7, 11.9, 11.10, 11.13, 11.13b, 11.20, 11.23, 11.26. También se conserva parte de una carta conjunta de Décimo y Planco a los magistrados, el Senado y el pueblo, con una referencia a la República (11.13a.2).

— *«liberar la República»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.10.5.

— *su parquedad como escritor,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.25.1-2.

— *13 cartas de Cicerón a Décimo,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.5, 11.6, 11.6a, 11.7, 11.8, 11.12, 11.14, 11.15, 11.16, 11.21, 11.22, 11.24, 11.25.

— *5 hacen referencia a la libertad, a la tiranía, al asesinato de César o a la República,* 11.5.2-3, 11.7.2, 11.6a.1, 11.8.1-2, 11.12.1-2.

— *ambicioso, competitivo, arrogante y violento,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.98.

— dignitas, *asunto que sale a relucir con frecuencia en su correspondencia con Cicerón,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.4.2, 11.6ª.1-2, 11.8.1.

— *lo que quería Décimo era fama y grandeza,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.4.3.

— *también era apasionado,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 11.22.1. Véase también su orgullo por no tener miedo, Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.20.1.

— *Décimo podía mirar por encima del hombro a Antonio,* Suetonio, *Augusto*, 2.3.

— *Cayo Fuficio Fango,* Dion Casio, *Historia romana*, 48.22.3; Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.10.2.

— *Paula Valeria.* Sobre su hermano, Cayo Valerio Triario, véase Bondurant, *Decimus* 29 y n. 77; Franklin H. Potter, «Political Alliance by Marriage», *Classical World* 29.9 (1934): 673-74; KarlLudwig Elvers (Bochum), «Valerius, [I 53-54]», *Brill's New Pauly*, obras clásicas editadas por Hubert Cancik y Helmuth Schneider, *Brill Online*, consultado el 20 de abril de 2014.

## Capítulo 6
## SE NECESITAN ASESINOS

Bruto, Casio y Décimo empezaron a movilizar a sus seguidores; ya habían decidido cómo matar a César, dónde y cuándo, pero antes de hacerlo necesitaban un equipo. Debían moverse rápido, pero con precaución.

A pesar de que el dictador había nombrado a muchos, si no a la mayoría, de los 800 o 900 senadores, unos pocos habían perdido su fe en aquel que parecía querer ser rey. Aun así eran escasos los que estaban dispuestos a cometer un asesinato, incluso si era por el bien de la República, poniendo en riesgo sus propias vidas, y eran menos aún aquellos en los que se podía confiar. En Roma los secretos no duraban demasiado, y además César planeaba partir para la Guerra Parta el 18 de marzo. Todo eso les dejaba un plazo aproximado de un mes.

Los cabecillas de la conspiración necesitaban contar con el número preciso de compañeros; suficientes para rodear a César y luchar contra sus partidarios, pero no tantos como para arriesgarse a ser descubiertos. Preferían a los amigos probados que a los nuevos conocidos; no querían ni jóvenes temerarios ni ancianos enfermizos. Buscaban hombres como ellos, en la flor de la vida. Finalmente se centraron en los que se encontraban en torno a los 40 años, como Bruto, Casio y Décimo. Para probar a aquellos que querían reclutar empezaron a lanzar preguntas, tan inocentes en apariencia como bien elaboradas.

*La puñalada más amarga:*
*los amigos de César*

Una cosa era, para César, perder el apoyo de Bruto y Casio; le debían mucho, pero no eran de los suyos, y habían luchado junto a Pompeyo. Pero otra bien distinta era perder el de otros como Décimo, el mismo que le había seguido durante muchos años, desde la Galia hasta la Guerra Civil y más allá. Y, sin embargo, eso fue lo que pasó. Ochenta años más tarde, el pensador y estadista Séneca afirmó que en la conjura estuvieron presentes más amigos que enemigos de César, y resulta tentador pensar que tuvo razón.

Según Nicolás de Damasco, entre los amigos de César que conspiraron contra él, se encontraban civiles, funcionarios y soldados, y admite que en algunos de esos casos lo hicieron alarmados al ver cómo el poder de la República acababa en manos de un solo hombre. También les impulsó la prestancia de sus cabecillas, especialmente los de la familia de Bruto. Sin embargo, enfatiza sobre todo sus intereses, bajos y egoístas: consideraron que César no les había premiado lo suficiente, o que había realizado demasiadas concesiones a los antiguos partidarios de Pompeyo. En concreto, cita a varios de ellos, soldados y civiles, que opinaron así. En cuanto a los políticos, fueron varios los que deseaban en el fondo reemplazar a César como máximo dirigente (o dirigentes) en Roma. Y además influyó la conocida política de César de perdonar o disculpar a sus oponentes en la Guerra Civil, que le hizo ganarse la gratitud de algunos y la ira de otros.

Para Nicolás, esta actitud clemente fue una de las principales afrentas para los conspiradores. Por una parte, enfadó a algunos de sus partidarios más longevos, que querían ver a sus antiguos enemigos humillados, y no promocionados en pie de igualdad. Por otra, también incomodó a los partidarios de Pompeyo, según Nicolás, por obligarles a aceptar como un favor lo que entendían como un derecho. Catón se opuso a la arrogancia de César al esgrimir este derecho a «perdonar» a sus enemigos. En el mismo tono, un escritor clásico resume así la acusación contra el dictador: «Su misma

capacidad de otorgar favores pesó gravemente sobre los partidarios de la libertad».

Para el de Damasco, la conjura tuvo más que ver con las intrigas cortesanas y los celos que con la libertad y la República, aunque tal vez estuviese reflejando su propia experiencia vital. Antes de incorporarse a la corte de Augusto, primer emperador de Roma, había servido en la de Herodes, el infame rey de Judea, muy dada a las conjuras. También fue tutor de los hijos de Antonio y Cleopatra, lo que tampoco fomentaría en él la inocencia política. Su opinión reflejaría asimismo, con seguridad, su propia situación en los últimos años, en los que defendió el régimen de Augusto, reflejado en una monarquía para la que los conspiradores fueron unos bellacos.

Los celos son una emoción primaria, fácilmente visible en los niños y en los animales, pero que también haría a los sofisticados romanos mostrarse resentidos contra César. ¡Tanto talento, tanta suerte, tanto poder en un solo hombre! Puede que los celos, por sí mismos, no fuesen suficientes para dar a luz a la conspiración, pero sí que envalentonarían a sus promotores.

Nicolás, entre los diversos motivos de los conjurados, no incluye uno derivado del egoísmo: el temor ante el ascenso de Octavio, lo que no resulta sorprendente, teniendo en cuenta que trabajaba para él. Fueron muchos los que subestimaron a su mecenas, por su juventud y su encanto, pero para otros el joven favorito resultaba amenazador, especialmente cuando se incorporó al ejército que lucharía en la guerra parta.

No era la primera vez que los amigos de César se volvían contra él; en el 49 a. C., al inicio de la Guerra Civil, perdió a su mano derecha en la Galia, Tito Labieno. Ambos habían sido aliados políticos desde tiempo atrás, y en el 50 César le había apoyado en sus aspiraciones al consulado. Sin embargo, durante la Guerra Civil, Labieno escogió el bando de Pompeyo. ¿Por qué?

Tras estudiar de cerca a César en la Galia durante ocho años, Labieno conocía bien la forma de conducirse de su comandante, y

sabía que bajo su influjo en Roma el poder acabaría en manos de los militares y los consejeros privados, y no en las de los senadores y los funcionarios. Desde luego, el consulado que le ofrecía César era importante, pero un consulado en la Roma de César ya no era igual que antes. El éxito en la Galia le debía más a Labieno de lo que el dictador estaba dispuesto a admitir y, si se convertía en el máximo dirigente en Roma, su presencia allí se lo recordaría de continuo. Por lo tanto, no puede extrañar que Labieno se decantase por Pompeyo, sobre todo si es cierta la información que afirma que insistía a César en que le tratase como a un igual, algo que el dictador no haría jamás. Labieno luchó contra él hasta el final, y murió en el campo de batalla de Munda en marzo del 45 a. C. Para los conspiradores, su destino pudo hacerles reflexionar sobre el mal que acechaba a todos aquellos que habían estado cerca del dictador.

No se sabe en qué orden fueron reclutados el resto de asesinos; cabe pensar que Cayo Trebonio, largo tiempo lugarteniente de César, fuese uno de los primeros conversos. Además de su inmensa relevancia, ya había sopesado acabar con su vida. Fue el único antiguo cónsul inmerso en la conspiración.

Había nacido hacia el 90 a. C., por lo que en el 44 tenía unos 46 años. Además de ejercer como uno de los principales comandantes en las Guerra de las Galias y la Guerra Civil, también fue una suerte de guardaespaldas de César cuando este era pretor urbano en Roma en el 48 a. C., y gobernador de Hispania Citerior en el 46 a. C. El dictador le recompensó nombrándole primero cónsul *suffect* (sustituto) en el 45, y después gobernador de la provincia de Asia (Turquía occidental) en el 43 a. C. Pero tal vez le ofendió al designar a un cónsul por un día en sustitución de su colega consular, fallecido mientras ejercía su cargo el 31 de diciembre del año 45 a. C., mostrando su escasa atención hacia la –supuesta– alta consideración debida a Trebonio.

Aunque fue un magnífico soldado con César, ya antes de la Galia había iniciado una carrera política, siendo cuestor en el 60 a. C. y

tribuno de la plebe en el 55 a. C. Mientra ocupaba este último cargo promulgó la ley que otorgó a Pompeyo y a Craso un mandato especial de cinco años. También compartía amistad con Cicerón, con el que intercambió correspondencia, y al que ayudó a su regreso del exilio en Italia en el 57 a. C. El orador consideraba al padre de Trebonio «un ardiente patriota», lo que sugiere que era partidario de los *optimates*. Además de ser culto y afable, era muy ambicioso; en una ocasión escribió un poema basado en una de las sentencias de Cicerón, y se lo envió como «pequeña ofrenda». Así pues, Trebonio tenía un contacto habitual con el máximo defensor de la República.

En resumen, lejos de ser un mero partidario de César, defendía sus propias ideas. Tras los Idus, Cicerón afirmó que la República le debía su gratitud por preferir la libertad del pueblo romano a la amistad de un hombre, y por haber elegido desterrar el despotismo antes que participar de él. También reveló que había sido el que sondeó a Marco Antonio en Narbo (actual Narbona, Francia) en el verano del 45 a. C. para que se uniese al complot. Aunque no se materializó nada en aquel encuentro, cuando la conjura empezó a consolidarse entre febrero y marzo del 44 a. C., Trebonio se unió a ella. Más tarde se mostraría orgulloso por el papel que había jugado durante los Idus, y expresaría su confianza en que Roma, por fin, disfrutaría de libertad, paz y tranquilidad.

También se unieron a la conspiración los dos hermanos Servilio Casca, Publio y Cayo. Ambos eran senadores, pero del segundo apenas se conoce nada. Publio había sido elegido tribuno de la plebe para el año 43 a. C., lo que significa que contaba con el respaldo de César. Una fuente alude a cierta escasez de fondos de Publio, pero Cicerón le define como un verdadero partidario de la República. No obstante, no hay certeza sobre las motivaciones de ninguno de los dos.

A la conspiración se incorporaron a su vez dos de los comandantes de César que menos éxito habían tenido en la Galia; Servio Sulpicio Galba y Minucio Basilio, ambos con buenas razones

para sentirse agraviados. César, en sus *Comentarios*, explica cómo la falta de habilidad militar de Galba en la Galia oriental (actual Suiza) estuvo a punto de costarle la vida a su legión en el invierno del 57 a. C. Evidentemente, Galba lo veía de otro modo. César le dio su apoyo para el consulado del año 49 a. C., pero perdió, y eso fue suficiente, según una antigua teoría, para que se uniese a la conspiración. Existía también una disputa acerca de una vieja deuda, que César insistía en que Galba debía saldar. Siendo Pompeyo cónsul en el año 52 a. C., Galba le había avalado en un préstamo, y César pretendía que se hiciese responsable de él, a pesar de haber confiscado los bienes de Pompeyo. Galba se opuso en público y César se retractó, pero aun así el antiguo general seguía debiendo dinero en una fecha tan tardía como enero del año 45 a. C.

Según muestra la única misiva que le ha sobrevivido, Galba fue un hombre de acción. Su escritura es directa y concisa, situándole en el centro de los acontecimientos, y revela a alguien enérgico, valiente y destacado que, en otras palabras, se preocupaba poco por su reputación. César le había fallado en las votaciones, le había aligerado el bolsillo y le había avergonzado en sus *Comentarios.*

El momento cumbre de Minucio Basilio se había producido en el bosque de las Ardenas, al norte de Francia, en el 53 a. C., al enfrentarse al rebelde Ambiórix; a pesar de lograr detenerle, escapó, pero un frustrado César lo achacó únicamente a la mala fortuna. Durante la Guerra Civil un Basilio encabezó una de las legiones de César en la campaña iliria, y fue derrotada: tal vez fuese el mismo. El dictador nombró pretor a Minucio en el 45 a. C., pero no le concedió lo que todos los pretores deseaban al año siguiente a su mandato: el gobierno de una provincia; en cambio, le desalojó por una suma de dinero, algo decepcionante teniendo en cuenta que en el gobierno romano se obtenían riquezas principalmente explotando a los habitantes de las provincias. Además, regalar dinero era casi un insulto, y en Roma el servicio público se consideraba un honor, término que –en su opinión– casaba mal con la economía. Minucio

Basilio, descendiente de una familia senatorial, había esperado algo más, y por eso, se dice, se unió a los conspiradores. En realidad César le había cubierto de oro, y él le había respondido con un puñal.

Por último, pero no menos importante, estaba Lucio Metelio Cimber, muy cercano a César, aunque no se conoce la naturaleza de su relación. Algo normal, por otra parte, ya que para llevar la cuenta de todos los contactos de César habría sido necesario emplear hasta el último papiro de Roma. Una fuente tardía le cita como uno de sus «compañeros de armas», por lo que puede que luchase en la Galia, en la Guerra Civil o en ambas. Fue pretor en el 45 a. C., por lo que debía tener al menos 40 años en esa fecha (esa edad mínima era un requisito, aunque César no siempre lo respetó). El dictador le asignó las importantes y ricas provincias de Bitinia y Ponto, en la actual Turquía, durante el año 44 a. C., lo que muestra la estima que le profesaba. Cicerón afirmó después que, aunque Cimber agradeció profundamente su deferencia, habría preferido, si se le ha de creer, un destino en su patria. En realidad puede que estuviese más bien pensando en el interés de su familia, especialmente el de su hermano, que había defendido a Pompeyo, y puede también que se sintiese dolido por la negativa de César a permitirle volver del exilio.

Cimber era un conocido camorrista y bebedor; para el filósofo Séneca, su papel en el complot prueba que hasta a los borrachos se les puede confiar un secreto. Se supone incluso que bromeó al respecto: «¿Cómo yo, que apenas soporto el vino, voy a soportar a un señor?».

*La venganza de Pompeyo*

Nos ha llegado el nombre de veinte conspiradores. No se ha hallado una antigua lista exhaustiva, porque no existió, y los nombres se han compilado recurriendo a diversas fuentes, aunque no cabe esperar que aparezcan todos. De hecho, los autores suman

en total más de 60, e incluso más de 80 conjurados, aunque esta última cifra puede deberse a un error de transcripción. Como se verá, los que atacaron en persona a César en los Idus fueron muchos menos de 60, aunque, tal y como demuestran los hechos, este número puede acercarse bastante al del total de conspiradores.

No era una cifra pequeña, e incrementaba el riesgo de ser descubiertos. Sin embargo, César solía estar rodeado por un cortejo, y eso podría hacer necesario contar con un despliegue de ataque considerable. De forma no menos importante, cuantos más se unieran a la conspiración, más respaldo tendría después su versión de cara a la opinión pública.

Los partidarios de Pompeyo y los de César tuvieron en común su oposición a las derivas monárquicas. Pero para los primeros había también otros motivos. Por una parte, César les había perdonado pero, por otra, el perdón era humillante. Como resultado, según Nicolás de Damasco, «mucha gente estaba contra él porque él les había salvado». A pesar de que algunos de entre las filas de Pompeyo luego tuvieron gran éxito con César, como Bruto y Casio, otros sufrieron más. Hombres como Quinto Ligario, conducido al exilio en el norte de África hasta que Cicerón suplicó por su vuelta a César en el 46 a. C. Sus hermanos hubieron de soportar la humillación de arrodillarse frente al dictador. A pesar de que no le gustaba Ligario, y de las advertencias que recibió sobre a quién concedía su perdón, le permitió regresar. Y entonces Ligario sintió tal ansia por vengarse que se unió a la conjura estando postrado en cama.

Otro partidario de Pompeyo que se unió al complot fue Poncio Águila, el tribuno de la plebe que se negó a ponerse en pie al paso de César en su entrada triunfal tras la victoria española en el 45 a. C. Fue humillado por el dictador, que puede que también confiscase sus bienes. Es probable que algunos de los aliados de Pompeyo, sus familias o sus conocidos corriesen esta misma suerte, lo que les daría un motivo más para querer acabar con su vida.

Resulta difícil cuantificar las propiedades que confiscó César. En principio, al perdonar la vida a sus enemigos también dejaba a salvo sus posesiones, pero en la práctica confiscó algunas. Dado que sus contrincantes eran ricos, y en algunos casos muy ricos, eso suponía una enorme transferencia de riquezas. Pero no solo sus enemigos perdieron sus posesiones, como lamentó más tarde con amargura Bruto; también los neutrales. César se comprometió a compensarles, pero cabe dudar de que el pago fuese justo, si es que llegó a producirse. Además, en el caso de los agricultores, nada podría resarcirles de la pérdida de sus tierras.

Del resto de partidarios de Pompeyo inmersos en la conspiración no nos ha llegado apenas más que el nombre, y de los demás se ignora el partido que habían tomado en la Guerra Civil. Puede que fuesen neutrales, como ocurrió con bastantes romanos, o puede que no haya trascendido su postura. Entre otros, encontramos a Cayo Casio de Parma y a Décimo Turulio, nombrados después almirantes, y a Pacuvio Antistio Labeón. Casio de Parma fue también un poeta que no dudó en poner su pluma al servicio de la política.

Labeón era amigo de Bruto, y presenció cómo este tanteaba con precaución a otros dos posibles conspiradores, ambos políticos e interesados en la filosofía. Sin revelar sus intenciones, les interrogó acerca de algunas teorías políticas. Uno de ellos, Marco Favonio, era un admirador de su difunto tío Catón, y se había opuesto con virulencia a César. Luchó a favor de Pompeyo, pero tampoco tenía una buena opinión de él; tras su muerte, César le concedió el perdón. Respondió a Bruto que en su opinión la guerra civil era peor incluso que una monarquía alejada de la legalidad.

En esa misma conversación Bruto se dirigió a un tal Estatilio, también seguidor de Catón y, a diferencia de este, epicúreo y –por tanto– contrario a la política. Estatilio afirmó que no era propio de alguien inteligente y sabio correr riesgos y preocuparse a causa de los malos y necios. Labeón no estuvo de acuerdo, y Bruto adujo con

diplomacia que era una cuestión difícil. Más tarde introdujo a Labeón en la conjura, pero dejó fuera a Favonio y a Estatilio.

*Cicerón y Antonio*

Los conspiradores rechazaron a dos de los hombres más importantes de su época, Cicerón y Marco Antonio. Se ha dicho que el primero fue el verdadero inductor del complot, pero él lo negó; aduló a César, fue su anfitrión e hicieron negocios juntos. En sus escritos hay de todo, pero cabe preguntarse qué dijo realmente en privado. Dado que Cicerón lamentó la muerte de la República, idealizó su libertad perdida, y en privado calificó a César de rey, debió de provocar, desde luego, agitación a su alrededor. En una ocasión afirmó que el dictador no le temía, aunque supiese que le había llamado *rex*, porque sabía que no tenía valor. Consecuentemente, cualquier hombre valeroso que sostuviese las mismas creencias que Cicerón sí que sería una amenaza.

También es cierto que tanto Bruto como Casio apreciaron mucho al pensador por su confianza y benevolencia, y aun así le dejaron fuera. Según su criterio, carecía de atrevimiento. Era demasiado mayor, y demasiado proclive a preferir la seguridad a la rapidez que hacía falta. Comparado con los principales conspiradores, era anciano; tenía más de 60 años, mientras Bruto, Casio, Décimo y Trebonio rondaban los 40. Como se vería más tarde, Cicerón aplaudió el asesinato de los Idus, pero no dejó de considerarlo una chapuza, insistiendo en que él lo habría hecho mejor.

El caso de Antonio, también en torno a los 40 años, es más interesante. Al final resultó ser el enemigo mortal de los conspiradores, pero aun así se barajó su nombre como una posible incorporación, y por un buen motivo. A pesar de apoyar a César, Antonio no quería enterrar la República, y tampoco estaba dispuesto

a imponer al dictador las elecciones de los mandatarios romanos. Así lo demostró su actitud hacia Dolabela.

Dolabela era un ambicioso demagogo que atrajo la atención de César, que estaba determinado a promocionarle al consulado, a pesar de que, con 36 años, ni cumplía la edad mínima ni había ocupado antes el cargo de pretor. Antonio trató de impedirlo; odiaba a Dolabela por haber cometido adulterio con su esposa, de la que se divorció de inmediato. Se opuso a sus políticas radicales con violencia, y siendo lugarteniente de César en el 47 a. C. envió a sus hombres al Foro para que acabasen con la vida de 800 de sus partidarios. Más tarde, una vez reconciliado con Dolabela, César trató de que ocupase el otro puesto de cónsul, junto con Antonio, cuando partiese para la Guerra Parta el 18 de marzo. Antonio se opuso con firmeza; formaba parte del sacerdocio de los augures, que interpretaban la voluntad de los dioses observando el vuelo de las aves, y como tal tenía derecho a vetar el nombramiento de su rival.

Era un currículum prometedor para incorporarse a la conspiración, y Plutarco afirma que todos habían tratado de acercarse a él hasta que Trebonio habló. Este reveló que había tratado de ganarle para el complot contra el dictador en Narbo el verano anterior. Entonces, según Plutarco, los conspiradores dieron un giro de 180 grados y propusieron asesinar también a Antonio; consideraban que apoyaba una monarquía, que era arrogante, que tenía fuerza porque trataba con familiaridad a los soldados y que tenía poder por su cargo de cónsul.

Al igual que Décimo, es posible que Antonio temiese verse eclipsado por Octavio, aunque ahí se acaban las similitudes. Tal vez concluyó que, en caso de que César fuese asesinado, se abriría la puerta al regreso del hijo superviviente de Pompeyo, Sexto, cuyas propiedades se había encargado de subastar; una perspectiva poco atractiva. Se daba además una cuestión de consanguinidad, porque Antonio y César eran primos lejanos. Por otra parte, su esposa, la

poderosa Fulvia con la que se había casado en el 47 a. C., era una acérrima populista, y puede que le empujase a mantener el apoyo al dictador. Por último, estaba el mero talento de Antonio: de todos los nobles romanos, era el único que poseía una versatilidad similar a la de César –esa combinación de astucia política, oratoria inflamada y capacidad de mando en el campo de batalla–. Puede que todo se redujese a que se sentía menos amenazado que sus iguales por César, y que confiase más en poder reemplazarle algún día. Así pues, fue leal.

Pero entonces, ¿qué deberían hacer con él los conspiradores?

*El plan*

Los conjurados debían actuar bajo la presión del tiempo, los números y la política, atacando a César antes de que abandonase Roma con el ejército el 18 de marzo, porque después estaría protegido militarmente. Los conspiradores eran una coalición dispersa, no una sólida célula revolucionaria; como suma de *optimates* y populistas, estaban obligados a limitarse a los objetivos en los que todos estuviesen de acuerdo. No podían permitirse perder a alguien y arriesgarse a que les traicionase.

La seguridad fue una preocupación constante; nunca se reunieron en abierto, y lo solían hacer en pequeños grupos, en sus propios domicilios. Aunque, a diferencia de otros conspiradores, ni prestaron juramentos, ni ofrecieron plegarias sacrificando animales, sí que mantuvieron el secreto. Puede que fuese la experiencia militar de algunos de ellos, como Casio, Décimo o Trebonio, lo que les permitió conducirse con tanta confianza, o tal vez se dio una suerte de «honor entre ladrones» invertida. Según Nicolás, todos los conspiradores expusieron su resentimiento contra César al incorporarse al grupo, y el miedo a que se conociese evitó que hablasen. Y puede que una orgullosa hostilidad contra las promesas mantuviese los labios sellados. Solo los tiranos hacían a los hombres

pronunciar juramentos, algo que los viejos romanos no hacían, o al menos así se afirma que sostuvo más tarde Bruto. Al no jurar de forma tan patente, en la práctica casi estaban prestando un juramento, como si dijesen: «Afirmo que respaldo esta conspiración contra un tirano, pero no lo juraré, como hacen jurar los tiranos a los hombres».

Los *optimates* querían recuperar el *statu quo* anterior a César; para hacerlo, no solo debían acabar con su vida, sino con la de todos los que le rodeaban, empezando por Antonio. Entre los partidarios de César que se habían incorporado al complot, esta idea no sería bien recibida; estaban a favor de las reformas del dictador, y no tenían ningún interés en devolver las propiedades confiscadas a los partidarios de Pompeyo. Pero incluso ellos acordaron matar a Antonio, al que atribuían un exceso de poder, juzgándolo, por lo tanto, peligroso. Tal vez Décimo recordó cómo, al volver de Italia aquel verano, compartió el carro con César, mientras él quedaba relegado al siguiente.

Bruto no estuvo de acuerdo; objetó que los conspiradores actuaban en favor de la ley y la justicia, y asesinar a Antonio habría sido una injusticia patente. La muerte de César les otorgaría fama como tiranicidas, pero, si mataban a Antonio o a otros amigos del dictador, el pueblo consideraría que actuaban por un rencor personal, obra de la vieja facción de Pompeyo. Por otra parte, Bruto confiaba en que Antonio cambiase de parecer; mantenía una opinión muy alta de él, en parte porque procedía también de una noble familia antigua. Para Bruto, Antonio era inteligente, ambicioso y un devoto de la gloria, y confiaba en que, una vez apartado César de su camino, seguiría su ejemplo y combatiría por la liberación de la patria.

Según Bruto, la gente se oponía al César *rex*, pero no al César reformador; así pues, la mejor estrategia consistía en eliminar al dictador pero conservar intacto su programa. Una vez descabezada su facción, esta se desmoronaría. Los hombres de ambición como

Antonio aceptarían la nueva realidad y avanzarían; además, era absurdo pensar en restaurar la República asesinando a un cónsul como Antonio. Un dictador perpetuo era una monstruosidad, y debía desaparecer, pero un cónsul era sagrado.

¿Y qué había de la plebe urbana? ¿Y los soldados de César? Para Bruto, sería posible conservar su apoyo, siempre y cuando mantuviesen el legado del dictador intacto, y por lo tanto se negó a conceder a los *optimates* lo que pedían. No habría restauración de las propiedades de los hombres de Pompeyo, ni derogación de las leyes de César, ni purgas. Aquellos a los que se hubiesen confiscado sus propiedades recibirían dinero público en compensación, pero los nuevos dueños mantendrían los bienes. Bruto era un asesino cuyo fin no era la revolución, sino la paz. Fue el único de los opositores en negarse a matar a Antonio, y se salió con la suya. Era una pieza indispensable en el complot.

La historia de Roma –¡oh fatalidad!– no jugaba a favor del plan; de hecho, demostraba que, para cortar con violencia una acción política interna, era necesario acabar con la vida, o al menos expulsar, tanto a un líder como a sus seguidores. Incluso el fundador de la República romana, el supuesto ancestro de Bruto, Lucio Junio, fue más allá de la expulsión del rey. También se deshizo de su mujer y de sus hijos, incluyendo los adultos, y se preocupó de contar con hombres armados que le apoyasen, además de asegurarse el respaldo del ejército romano.

¿En qué estaba pensando, pues, Bruto en el 44 a. C.? ¿Creía que la muerte de un solo hombre sería suficiente para salvar la República romana? Como romano, sabía que los seguidores de César querrían vengar su muerte. La mayoría de los habitantes de la ciudad compartían la afirmación de Sila: «No ha habido amigo que me haya servido, ni enemigo que me haya perjudicado, al que no haya devuelto el pago plenamente». Aun sabiéndolo, Bruto esperaba triunfar, y confiaba en que tanto el Senado como el pueblo agradeciesen a los conspiradores que hubiesen acabado con un

tirano. Anticipándose a los posibles deseos de venganza en el ejército, los conjurados reunieron a un destacamento de sus hombres armados en el corazón de Roma para defenderla, aunque confiaban en que no les hiciese falta durante mucho tiempo. Ninguno de los hombres de César sería capaz de ganarse a los hombres como hizo él; sin un líder fuerte, el ejército se disolvería, sobre todo cuando Bruto atendiese a sus demandas.

Los conspiradores también estaban convencidos de que el cómo y el dónde atacasen a César sería determinante. Una cosa era tenderle una emboscada con mercenarios, como se hizo para asesinar al demagogo Clodio en la vía Apia en el 52 a. C., y otra muy distinta matar a César por su propia mano en un lugar público en el centro de Roma. Ese mismo acto conformaría y transformaría la opinión pública.

Sopesaron también otros posibles escenarios para el crimen; uno fue hacerlo durante uno de los paseos de César por los alrededores de su casa en la vía Sacra, la calle más antigua e importante en las cercanías del Foro. Hubo otro plan para atacarle durante las elecciones para los nuevos cónsules, mientra cruzaba el puente que empleaban los electores en el procedimiento formal –y primitivo– romano. Alguno sugirió que fuese durante los juegos de gladiadores, en los que nadie sospecharía de unos hombres armados. Finalmente decidieron algo diferente; el plan escogido era muy propio del mismo César. Dependía de la velocidad y la conmoción. Era arriesgado. Era espectacular. Con suerte, les haría ganarse a la opinión pública, y el prestigio de Bruto y la moderación se encargarían del resto. Si, aun así, no era suficiente, contaban con un as bajo la manga. O al menos eso cabe imaginar.

Para los conspiradores puede que esta ocasión fuese diferente, por la misma razón que había citado César: nadie quería otra guerra civil. Tal vez la opinión pública, espoleada por la oratoria de Bruto, clamase por un pacto entre los partidarios de César y sus asesinos.

Conocían a los defensores del dictador, y pensaban que podrían ponerse de acuerdo con casi todos.

Era un riesgo, pero Bruto apostó a que aún se podía salvar la República. Como César, estaba dispuesto a dejar que rodase el dado.

*Despachar a la guardia*

Por supuesto, también había que contar con la seguridad, golpeando al dictador cuando fuese vulnerable. Podría parecer que lo era siempre, porque no tenía guardia personal, pero eso no significaba que careciese de protección.

Poco después de volver a Roma en octubre del 45 a. C., el dictador despidió formalmente a su escolta española, que le había protegido en el campo de batalla. De modo informal, confiaba solo en la protección de los senadores y los caballeros. Visto así, era más que notable; si algo enseña la historia de Roma, es que se podía matar a cualquiera. El asesinato no era habitual en Roma, pero tampoco era infrecuente.

Es cierto que otros complots contra César no habían llegado muy lejos. Se supone que Casio lo intentó en el 47 a. C. En el 46 Cicerón mostró su preocupación en público por las conjuras para acabar con el dictador. En el 45 Trebonio trató de ganarse a Antonio para su causa. La suerte del antiguo enemigo de César, Marco Claudio Marcelo, apuñalado ese mismo año hasta la muerte por un amigo decepcionado, sirvió como advertencia. Mientras tanto Filemón, esclavo y secretario de César, prometió envenenar a su señor; cuando se descubrió la conjura, el dictador mostró su misericordia ahorrando la tortura al esclavo, y se limitó a mandarlo ejecutar. Esta es la única conspiración de la que se tiene certeza; el resto puede que fuesen solo ideas. Sea como fuere, veamos el caso de Deyótaro.

En noviembre del año 45 Deyótaro, rey de Galacia en Anatolia, fue sometido a juicio en Roma. Antiguo partidario de Pompeyo, junto al que combatió en persona en Farsalia, se le acusó de conspirar

para asesinar a César durante una visita a la campaña de Anatolia en el 47 a. C. Cicerón, que defendió al rey, imprimió a todo el proceso un cierto aire de opereta, algo no muy difícil, dado que el acusador era ni más ni menos que el nieto del rey, y su médico, su principal testigo. El lugar en el que tuvo lugar el juicio ya era menos divertido; la casa de César, la *Domus Publica* que ocupaba como sumo pontífice. Tiempo atrás, los reyes de Roma gozaban del privilegio de atender a las partes en su palacio, y César insistió en recibir el mismo trato.

El otro aspecto serio de este caso fue que tal vez la acusación era cierta; Bruto era uno de los amigos de Deyótaro en Roma, y cabe preguntarse si hablarían sobre un posible asesinato de César. En cualquier caso César no dictó sentencia, y desde luego no vio motivo alguno para incrementar la seguridad.

Más que las conjuras para matarle, lo que preocupaba al dictador era la mala prensa, como la de las mordaces poesías de un tal Plotio, que no censuró, pero ante las que manifestó su desagrado. Otro más: durante la Guerra Civil, Aulo Cecina publicó un panfleto que ofendió tanto al dictador que se negó a perdonarle, a pesar de las súplicas de Cicerón.

Los informantes de César hablaban de conspiraciones y reuniones nocturnas, ante lo que se limitaba a acusar recibo. Dion Casio afirmó, llamativamente, que se negaba a escuchar lo que se decía, y que castigó con dureza a los que trataron de hacérselo saber. No se hablaba demasiado, en general, de conspiraciones, y eso pudo alimentar su complacencia. «Dejadles hablar de conspiraciones», afirmaría, pensando que las palabras se las llevaba el viento; además, y por encima de todo, se fiaba de su propio juicio. En combate actuaba en ocasiones sin información fiable, juzgaba a la ligera y se dejaba llevar por los estereotipos y las probabilidades, asumiendo riesgos ante los que la mayoría de los generales habrían huido.

El espionaje militar estaba bien, parecía pensar César, pero no se podía comparar a su propio genio. Y aún más en el caso de los rumores y cotilleos que suponían gran parte de la inteligencia en los asuntos internos. El problema del dictador, seguramente, no sería de falta de información, sino de exceso. Cabe imaginarse una corriente continua de habladurías y supuestas amenazas; lo difícil sería separar los hechos de la ficción.

César oyó las acusaciones contra Bruto, Marco Antonio y Dolabela, que estarían cada uno urdiendo conspiraciones revolucionarias. Sospechó de Bruto y de Casio, y lanzó un comentario legendario sobre ellos; «No tengo mucho miedo a estos compañeros gordos y de pelo largo» –Antonio y Dolabela–, «pero sí de los pálidos y delgados», esto es, Bruto y Casio. Los primeros eran lentos, gruesos y afectados, mientras los otros eran intelectuales, y por lo tanto peligrosos.

En todo caso se negó a tomarse los riesgos en serio; tenía demasiada fe en el carácter de Bruto, y sin él poco podría hacer Casio. Se quejó de él a sus amigos, pero no hizo nada, y desdeñó a los acusadores de Bruto bromeando.

¿Por qué despidió a su escolta? ¿Estaba invitando a que le atacasen? Los autores antiguos se hicieron esta misma pregunta. Una escuela sostiene que el dictador era arrogante; estaba informado del peligro, pero se convenció de que no podría pasarle nada, razonando que todos los senadores habían jurado defenderle con sus propias vidas. Para algunos, confió demasiado en ese juramento, y para otros, fueron sus enemigos los que urdieron esa promesa con el fin de impulsarle a que se deshiciese de los guardias. Como ya se ha dicho, nada más volver a Roma, despidió a su escolta española.

También hay quien considera que César sabía que su muerte empujaría a Roma de nuevo a la guerra civil, con todos sus horrores; se le atribuye una cita, en la que dice que su seguridad no afectaba tanto a su propio interés como al de la República. Creía que nadie se

atrevería a asesinarle; como ocurre en ocasiones, la víctima se embarcó en lo que los expertos denominan «el placer del engaño». Se engañó a sí mismo, sobreestimando lo que sus adversarios y él tenían en común.

Otra teoría clásica sostiene que el dictador estaba tan deprimido que no le importaba vivir o morir, pero eso dejaría sin explicación por qué se preparó entonces para emprender una gran campaña militar en el extranjero. Hay tres motivos que explican mejor la voluntad de César de arrostrar la muerte: Sila, los soldados y la sobriedad.

El dictador siempre tenía la vista puesta en Sila, su predecesor. Donde Sila fue cruel, César fue suave; por ejemplo, sustituyó sus ejecuciones por el perdón. Para el pensamiento romano, un cuerpo de escoltas en la ciudad de Roma sonaba a monarquía; lejos de contar con guardaespaldas, un senador romano debería ser alguien cercano. La accesibilidad era la marca distintiva en una sociedad libre. Hasta Sila se atuvo a este código; cuando dejó de ser dictador se deshizo de sus soldados y caminó por las calles de Roma sin sufrir daño, protegido en apariencia solo por su reputación. Y eso que aún tenía multitud de enemigos y ya había sido atacado en una ocasión en Roma, años atrás, por hombres que portaban unos puñales escondidos. César, cabe suponer, quiso superar a Sila y prescindir de la escolta incluso cuando todavía era dictador.

César era un soldado; se enorgullecía de su valor y se crecía ante el peligro. Con 20 años se ganó una corona por escalar los muros de una ciudad griega rebelde y a los 43 sobrevivió en el río Sabis, en la Galia, a lo que pudo acabar siendo un desastre; a los 55 no iba a andar por las calles de Roma encogido por el miedo. Para alguien con el orgullo de César, el peligro de no tener escolta no era un argumento para contar con ella, sino para despedirla.

Si en el campo de batalla el valor era útil; en la política y en Roma lo que hacía falta era astucia. César había demostrado tenerla, pero tal vez se le estaba enmoheciendo. Según Nicolás, los

conspiradores le engañaron con facilidad porque era «honesto por naturaleza, y estaba poco acostumbrado a las tretas de la política, a causa de sus campañas militares en el extranjero»; ciertamente, exageraba, especialmente en lo referente a la honestidad, pero aun así contenía cierta verdad. El mago de la política de la década del 60 a. C. había perdido práctica, y de hecho ya no parecía disfrutar de los tejemanejes romanos. Se había acostumbrado a dar órdenes, no a destapar conjuras, y dejó muy claro que lo que ansiaba era volver al campo de batalla.

Al igual que había acabado por rechazar la política, también había sopesado con frialdad la necesidad de tener una escolta. Sabía que ningún cuerpo de guardia le garantizaría una protección completa; de hecho, habían sido los mismos guardaespaldas los que habían asesinado a algunos de los hombres más destacados del pasado, como el rey Filipo II de Macedonia, fundador de un imperio como él, o Viriato el Luso, rebelde contra Roma en el mismo terreno de España en el que él había luchado. Por último estaba Sertorio, partidario de Mario, como César.

Además de esto, hay que tener en cuenta algo importante: la ausencia de un cuerpo de guardia no significaba que careciese de protección. Como dictador, le acompañaba en público un cuerpo de 24 lictores, hombres fuertes que acarreaban un haz de varas de madera, con un hacha para las ejecuciones. Además de ejercer de guardias, le abrían paso entre la multitud, y podían efectuar arrestos o propinar latigazos. En caso de ataque, serían de gran utilidad.

Por otra parte, estaba rodeado habitualmente por una muchedumbre de seguidores y de amigos, y más después del incidente con los tribunos en enero y febrero del 44 a. C., tras el que el propio César pensó que se había conducido con exceso de celo: pidió a sus amigos que le protegiesen en público, pero, cuando le respondieron que haría mejor en restablecer su cuerpo de escoltas, se negó.

Cabe suponer que los amigos elegidos para acompañarle en público fueron escogidos cuidadosamente. La lista de posibles componentes estaría formada por hombres imponentes y de aspecto peligroso, como sus veteranos, gladiadores, y uno o dos sicarios despiadados. Un escritor clásico muestra que los conspiradores temían a César; «a pesar de no tener escolta, alguno de los hombres que le rodeaban constantemente podría matarlos», sospechaban, en caso de atacar a César. Por otra parte, como se verá después, la congregación de soldados para la partida inminente hacia la guerra le dio al dictador una ventaja adicional a la hora de repeler una eventual agresión.

Los conspiradores eran muy conscientes de la situación. Casio, Trebonio y Décimo se contaban entre las mejores inteligencias militares de Roma, y asumieron la verdad desnuda de que el Senado era el lugar más seguro para atacar al dictador. Dado que durante las sesiones solo podían permanecer allí los senadores, César no podría contar con un grupo de «amigos» para protegerle, aunque también era cierto que algunos de los nuevos senadores designados por el dictador eran hombres acostumbrados a pelear, y, a pesar de que estuviese prohibido introducir armas en el recinto, era probable que lo hubiesen hecho disimuladamente. También cabía la posibilidad de que César recibiese auxilio del exterior, y los tres conspiradores contaron con esa posibilidad. Después de organizar una emboscada contra los partos en Siria en el 51 a. C., para Casio no pasaría de ser un juego de niños atrapar a César en el Senado. Lo más complicado sería escapar de sus soldados, sedientos de venganza.

*Cena en casa de Lépido*

El 14 de marzo del 44 a. C., víspera de los Idus, el dictador cenó con su *magister equitum.* Marco Emilio Lépido era un amigo leal, lo que le alejó de sus cuñados, Bruto y Casio. Como el segundo, Lépido

estaba casado con una hermana de Bruto. Como Bruto, procedía de una familia noble. Como Décimo, destacó a las órdenes de César, pero era más un diplomático y emisario que un gran general. César le había permitido realizar una marcha triunfal en el 46 a. C. después de negociar un acuerdo tras algunos disturbios en Hispania, a pesar de que sus méritos militares habían sido escasos. El dictador le nombró cónsul en el 46 a. C. y *magister equitum* en el 45 y principios del 44; alguien así nunca rompería con su señor, y los conspiradores ni siquiera le tantearon.

Además de César y Lépido, asistió a la cena Décimo, acompañando al dictador, según Apiano, y puede que aprovechase la ocasión para reflexionar acerca de los honores que había recibido el anfitrión y que, en realidad, le habrían correspondido a él. Desde luego, él se merecía mucho más que una marcha triunfal.

Un comedor romano formal disponía de tres divanes para nueve comensales. Teniendo en cuenta el estatus de César, la sala de casa de Lépido estaría llena. Normalmente los divanes se distribuían en forma de U en torno a una mesa. Los comensales, reclinados, se repartían en grupos de tres. César, como invitado de honor, se situaría en un extremo del diván del centro. Junto a él, al final del llamado diván bajo, se encontraría Lépido, el anfitrión.

Mientras estaba tumbado, César añadiría algunos saludos de cortesía al final de los documentos redactados por un secretario; lo solía hacer durante las cenas, y también durante los juegos. Era una costumbre que ofendía a algunos, pero era un hombre ocupado.

Un banquete romano constaba de tres platos al menos, pudiendo llegar hasta los siete, y Lépido serviría una cena prolongada. Habitualmente comenzaban a media tarde, y terminaban con una sesión alcohólica que llegaba hasta la noche. Las diversas fuentes concuerdan al afirmar que ese día el tema de conversación fue la mejor forma de morir; Apiano afirma que fue el propio César el que lo propuso. ¿Y cuál era ese modo de morir? Según Plutarco, el

dictador abogó por un fallecimiento inesperado; para Apiano, por uno repentino. De acuerdo con Suetonio, uno repentino e inesperado. Si sentásemos a César en el diván del psiquiatra, podríamos afirmar que estaba dando la bienvenida al asesinato. Pero se disponía a partir para la guerra, lo que explica de modo más sencillo sus comentarios; cabe concluir que identificó la muerte repentina con la propia de un luchador.

Suetonio añade que César ya había sacado ese tema a colación otra vez; este dictador instruido había leído en el clásico libro de Jenofonte, *La educación de Ciro*, cómo este rey persa había dispuesto lo necesario para su funeral al sentir que su salud declinaba. Es llamativo que se comparase con un rey, y no con uno cualquiera, sino con uno belicoso, que se contaba entre los mayores conquistadores de la historia. Fue además un monarca absoluto, y el rey del país que César estaba a punto de invadir. En todo caso, el dictador afirmó que la muerte de Ciro no era la que quería para sí; prefería una rápida y repentina.

Al menos uno de los comensales sabía esa noche que tal vez viese pronto cumplido su deseo.

---

NOTAS

— *estuvieron presentes más amigos que enemigos de César,* Séneca, *Sobre la ira*, 3.30.4.

— *le hizo ganarse la gratitud de algunos y la ira de otros,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.61-63.

— *una de las principales afrentas para los conspiradores,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.62-63.

— *incomodó a los partidarios de Pompeyo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.62.

— *Catón se opuso a la arrogancia de César,* Plutarco, *Catón el Joven*, 66.2.

— *«Su misma capacidad de otorgar favores»,* Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.92; cfr. Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.63; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.57.1.

— *la conjura tuvo más que ver con las intrigas cortesanas,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.58-65. esp. 60.

— *y los celos,* varias fuentes clásicas los incluyen entre los factores que motivaron la conspiración: Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111.1.1; Dion Casio, *Historia romana*, 44.1.1; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.60.01.

— *insistía en que César le tratase como a un igual,* César, *La guerra de las Galias,* 8.52.2; Cicerón, *Cartas a Ático,* 7.7.6, 7.13.1; Dion Casio, *Historia romana*, 41.4.3.

— *«un ardiente patriota»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.28.1.

— *«pequeña ofrenda»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 12.16.3.

— *Cicerón afirmó que la República le debía su gratitud,* Cicerón, *Filípicas*, 2.27.

— *el que sondeó a Marco Antonio,* Cicerón, *Filípicas*, 2.34; Plutarco, *Antonio*, 13.

— *se mostraría orgulloso por el papel que había jugado durante los Idus,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 12.16.3-4.

— *no hay certeza sobre las motivaciones,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.113 (confunde a ambos hermanos), 115; Plutarco, *Bruto*, 15; Cicerón, *Filípicas* 2.27, cfr. Suetonio, *Julio César,* 82; Plutarco, *César*, 66, *Bruto*, 17.45; Dion Casio, *Historia romana*, 44.52.2, 46.49.1.

— *César, en sus* Comentarios, César, *La guerra de las Galias*, 3.1-6.

— *eso fue suficiente, según una antigua teoría,* Suetonio, *Galba*, 3.2.

— *Galba se opuso en público,* Suetonio, *Galba*, 3.2; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 6.2.11; Cicerón, *Cartas a Ático,* 6.18.3.

— *la única misiva que le ha sobrevivido,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.30.

— *el bosque de las Ardenas,* César, *La guerra de las Galias*, 6.29-30.

— *tal vez fuese el mismo,* Orosio, *Historia contra los paganos*, 6.15.8.

— *le desalojó por una suma de dinero,* Dion Casio, *Historia romana*, 43.47.5.

— *se dice, se unió a los conspiradores,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.113; Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 6.15; Dion Casio, *Historia romana*, 43.47.5.

— *le cita como uno de sus «compañeros de armas»*, Cicerón, *Cartas a Ático,* 6.12.2; Séneca, *Sobre la ira*, 3.30.5; Apiano, *Las guerras civiles*, 3.2; Plutarco, *Bruto*, 19.2.

— *Cicerón afirmó después,* Cicerón, *Filípicas*, 2.27.

— «*¿Cómo yo, que apenas soporto el vino?»,* Séneca, *Cartas a Lucilio*, 83.12.

— *los autores suman en total más de 60, e incluso más de 80,* Suetonio, *Julio César,* 80.4; Orosio, *Historia contra los paganos,* 6.17.2; Eutropio, *Breve historia romana*, 6.25.80; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.59.

— *«mucha gente estaba contra él»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.62.

— *hasta que Cicerón suplicó por su vuelta,* Cicerón, *Por Ligario*.

— *A pesar de que no le gustaba Ligario,* Plutarco, *Cicerón*, 39.6.

— *y de las advertencias que recibió,* Cicerón, *Por Ligario*, 16.

— *sintió tal ansia por vengarse,* Plutarco, *Bruto*, 11.

— *una enorme transferencia de riquezas,* Dion Casio, *Historia romana*, 42.51.2. Sobre las propiedades confiscadas por César, véase Gelzer, *Caesar*, 283-84, n. 1; Zvi Yavetz, *Julius Caesar and His Public Image,* Cornell University Press, Ithaca, EE. UU. 1983, 140-41; Elizabeth Rawson, «Caesar: Civil War and Dictatorship», en J. A. Crook, Andrew Lintott y Elizabeth Rawson, eds., *The Cambridge*

*Ancient History*, 2ª ed., vol. 9, *The Last Age of the Roman Republic, 146-43* B.C., Cambridge University Press, Cambridge 1994, 449-50.

— *como lamentó más tarde con amargura Bruto,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.139-41.

— *Del resto de partidarios de Pompeyo,* Rubrio Ruga podría ser el Lucio Rubrio, tribuno de la plebe en el 49 a. C., pero también el Marco Rubrio que acompañó a Catón en Utica. Otros dos senadores fueron Cecilio Buciliano y su hermano (nombre desconocido). Había también otros dos, o caballeros o senadores, Sexto Naso y Marco Espurio.

— *Entre otros, encontramos a Cayo Casio de Parma.* Otro conspirador que no puede incluirse en ningún grupo fue un tal Petronio, ya solo un nombre.

— *en su opinión, la guerra civil era peor incluso,* Plutarco, *Bruto*, 12.3, trad. D. Sedley, «The Ethics of Brutus and Cassius», *Journal of Roman Studies* 87 (1997): 44.

— *En esa misma conversación Bruto se dirigió a un tal Estatilio,* Plutarco, *Bruto,* 12.3-4; trad. Sedley, «Ethics of Brutus and Cassius», 44, modificada.

— *el dictador no le temía,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.37.2.

— *tanto Bruto como Casio apreciaron mucho al pensador,* Plutarco, *Bruto*, 12.1.

— *Según su criterio, carecía de atrevimiento,* Plutarco, *Bruto*, 12.2.

— *consideraban que apoyaba una monarquía,* Plutarco, *Antonio,* 13.1, *Bruto*, 18.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.114.

— *ni prestaron juramentos,* Plutarco, *Bruto*, 12.8; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.114, 139; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.81.

— *expusieron su resentimiento,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.65-66.

— *Bruto confiaba en que Antonio cambiase de parecer,* Plutarco, *Antonio*, 13.2, *Bruto,* 18.4-5; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.113.

— *Fue el único de los opositores en negarse a matar a Antonio,* Plutarco, *Bruto*, 18.3-6.

— *Bruto Lucio Junio fue más allá de la expulsión del rey,* Tito Livio*, Historia de Roma*, 1.59-60.

— *«No ha habido amigo que me haya servido, ni enemigo que me haya perjudicado»,* Plutarco, *Sila*, 38.4.

— *Sopesaron también otros posibles escenarios para el crimen,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 80.4; Suetonio, *Julio César*, 80.4.

— *el dictador despidió formalmente a su escolta española,* Suetonio, *Julio César,* 86.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.107 y 114; Dion Casio, *Historia romana*, 44.7.4.

— *en la protección de los senadores y los caballeros,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.107, 109; Suetonio, *Julio César,* 86.1; Plutarco, *César*, 57.3; Dion Casio, *Historia romana*, 44.7.4; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.57.1.

— *Cicerón mostró su preocupación en público,* Cicerón, *A Marcelo*, 21.

— *ahorrando la tortura al esclavo,* Suetonio, *Julio César,* 74.1.

— *Cicerón, que defendió al rey.* El discurso se conserva: Cicerón, *Defensa de Deyótaro.*

— *Aulo Cecina publicó un panfleto,* Suetonio, *Julio César,* 75.4-5.

— *Los informantes de César,* Plutarco, *César*, 62.6; Suetonio, *Julio César*, 75.5.

— *se negaba a escuchar lo que se decía,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.15.1.

— *actuaba en ocasiones sin información fiable,* por ejemplo, en la invasión de Britania, César, *La guerra de las Galias,* 6.20-21.

— *«No tengo mucho miedo a estos compañeros gordos y de pelo largo»,* Plutarco, *César,* 62.9; cfr. Plutarco, *Bruto*, 8.2; *Antonio,* 11.3, *Dichos de los reyes y generales*, 206e.

— *tenía demasiada fe en el carácter de Bruto,* Plutarco, *Bruto*, 8.1.

— *Se quejó de él a sus amigos,* Plutarco, *César,* 62.69.

— *desdeñó a los acusadores de Bruto,* Plutarco, *César,* 62.6, *Bruto*, 8.3.

— *confió demasiado en ese juramento,* Suetonio, *Julio César,* 86.1.

— *no afectaba tanto a su propio interés como al de la República,* Suetonio, *Julio César,* 86.2.

— *«el placer del engaño»,* Roberta Wohlstetter, «Slow Pearl Harbours and the Pleasures of Deception», en Robert L. Pfaltzgraff Jr., Uri Ra'anan, and Warren Milberg, eds., *Intelligence Policy and National Security*, Archon Books, Hamden 1981, 23-34.

— *estaba tan deprimido,* Suetonio, *Julio César,* 86.1.

— *un senador romano debería ser alguien cercano,* Cicerón, *Sobre Cneo Pompeyo*, 41; Tácito, *Anales,* 2.2.4.

— *por hombres que portaban unos puñales escondidos,* Apiano, *Las guerras civiles*, 1.55-56; Plutarco, *Sila*, 8-9, *Mario,* 35.

— *prescindir de la escolta incluso cuando todavía era dictador,* Apiano, *Las guerras civiles*, 1.3, 103-104.

— *«honesto por naturaleza»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 67, traducción propia, con ayuda de Toher.

— *haría mejor en restablecer su cuerpo de escoltas,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.107, 109; Suetonio, *Julio César,* 86.1; Plutarco, *César*, 57.3; Dion Casio, *Historia romana*, 44.7.4, 44.15.2; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 44.15.2.

— *cenó con su* magister equitum, Suetonio, *Julio César,* 87; Plutarco, *César*, 64.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115. Sobre las cenas romanas, véase M. B. Roller, *Dining Posture in Ancient Rome: Bodies, Values and Status,* Princeton University Press, Princeton, EE. UU. 2006.

— *añadiría algunos saludos de cortesía,* Plutarco, *César,* 63.4; Suetonio, *Augusto*, 45.12.

— *abogó por un fallecimiento inesperado,* Plutarco, *César,* 63.7.

— *para Apiano, uno repentino,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *De acuerdo con Suetonio, uno repentino e inesperado,* Suetonio, *Julio César,* 87.

— *Suetonio* añade que César *ya había sacado ese tema a colación,* Suetonio, *Julio César*, 87.

## Capítulo 7
## CÉSAR SALE DE CASA

Poco después de las 5 de la mañana del 15 de marzo del 44 a. C. brilló la primera luz del día por el este del cielo romano. Los habitantes de la ciudad eran madrugadores, y Calpurnia, esposa de Julio César, ya estaría levantada después de una noche de inquietud. Mientras dormía junto a su esposo aquella noche, las puertas y ventanas de la habitación se abrieron de golpe, despertando a ambos.

El ruido interrumpió sus pesadillas; según una versión, soñaba que sostenía en brazos a un César asesinado, llorándole. Según otras, lo que había imaginado era que el frontal de su casa se derrumbaba, tapando el cadáver de César, o evocándolo. Una fuente alude a la sangre que manaba de su cuerpo. Había sido el Senado el que había otorgado su permiso para levantar un frontispicio que recordaba al de un templo; al fin y al cabo, era un dios.

Calpurnia tenía buenos motivos para revolverse en la cama; hija de una familia noble prominente, era la tercera esposa de César (la primera había muerto, y la segunda se había divorciado de él después de que cometiese adulterio). Su padre, Piso, había sido un cónsul mecenas de la filosofía. Cuando Calpurnia era adolescente –en el 59 a. C.–, él y César habían negociado el matrimonio. Quince años después era ya una mujer madura, y sin hijos. A pesar de la ausencia de su marido durante casi todo el tiempo que duró la unión, había tenido tiempo de sobra, viviendo en el centro de la ciudad, para profundizar en su conocimiento de la política romana y sus traicioneros vericuetos.

Los rumores sobre un complot para asesinar a César eran habituales; las profecías ominosas se acumulaban, desde la

conducta poco habitual de los pájaros y las luces extrañas en el cielo hasta el descubrimiento de una inscripción enterrada con un mensaje aparentemente amenazador, pasando por armas que se quebraban sospechosamente y hombres que parecían arder de pronto. Incluso parecía que los caballos que había utilizado César para cruzar el Rubicón, ofrendados ahora a los dioses, habían dejado de comer y lloraban. Si Calpurnia escuchaba a las profecías, la más preocupante procedía de Espurina. Un mes antes le había vaticinado a César un gran peligro antes de que pasasen treinta días. Esa mañana se cumplía el plazo. Eran los Idus de marzo, aproximadamente a mitad del mes.

*Espurina*

Espurina procedía de Etruria (parte de la Toscana actual), tal vez de la ciudad de Tarquinia, donde era conocido. Para los romanos era la localidad de los reyes muertos y los augures vivos. Los últimos monarcas vinieron de allí. Espurina era un arúspice que predecía el futuro examinando las entrañas de los animales sacrificados o interpretando las señales luminosas del cielo u otras profecías. Como etrusco, era ciudadano romana, pero descendía también de una cultura apartada y orgullosa, a la que el resto de ciudadanos estimaban por sus capacidades de adivinación; algunos políticos destacados disponían de sus propios augures.

Durante la funesta lupercalia del 15 de febrero, había ejercido de profeta para César; después de que este sacrificase un toro, había anunciado con horror que la bestia carecía de corazón. Tal vez estaba muy débil o se había desplazado dentro de la cavidad torácica, o tal vez era un truco del hechicero. César –conocido por su frialdad ante las profecías– no se dejó impresionar.

Sin embargo Espurina no ocultó sus temores; en aquella época se creía que el corazón era el lugar en el que residían el pensamiento y la vida, y para él su ausencia significaba que no solo

los planes de César estaban amenazados, sino también su propia vida. Al día siguiente, durante otro sacrificio, se repitieron los malos augurios, esta vez por la ausencia del lóbulo en el hígado de la víctima.

Los indicios, más que concluir, sugieren, y la interpretación razonable moderna podría ser esta: el augur estaba intentando advertir a César de que no fuese demasiado lejos y de que no se proclamase rey, como amigo suyo que era. El dictador designó a un adivino para el Senado; se ignora su nombre, pero él sería el principal candidato. Aun así, como otros de los beneficiados por César, tenía principios; parece que su aristocrática familia etrusca se había opuesto siempre a los reyes, como hicieron Bruto, Casio y Décimo.

Ese 15 de febrero pudo ser también la ocasión en la que Espurina advirtió a César de que su vida corría peligro durante los treinta días siguientes, que terminaban con los Idus de marzo. La diferencia con el famoso consejo shakespeariano, «Guárdate de los Idus de marzo», es sutil. Espurina aludió más bien a todo el mes, y no a un día en concreto. Tal vez ignoraba que los conspiradores atacarían el día 15. No estaba entre ellos, y la fecha exacta aún no se había fijado. Lo que sí que sabía es que César planeaba dejar Roma a mediados de marzo rumbo a la guerra parta. Conocía también los rumores que hablaban de complots para matarle, como cualquier romano bien informado. «Treinta días» era un arco temporal convencional para una advertencia profética. El resultado fue un período de precaución que expiraba en los Idus.

Sin duda Calpurnia estaba al tanto de la amonestación de Espurina, lo que explica su noche de inquietud el 14 de marzo; al amanecer del día siguiente, hacia las 5 de la mañana o poco después, rogó a César que no fuese al Senado, o al menos que ofreciese un nuevo sacrificio para verificar la profecía.

En cuanto a César, una fuente afirma que también él padeció un mal sueño, en el que volaba entre las nubes y asía la mano de

Júpiter, rey de los dioses. Sin embargo, una pesadilla habría sido el menor de sus problemas. Al volver a casa de la cena con Lépido, que le sentó mal, la noche del 14 de marzo se había sentido indispuesto. A la mañana siguiente estaba débil; en concreto, manifestó que sufría vértigo. ¿Podrían ser síntomas de un ataque epiléptico no detectado?

Todavía hoy el mareo se confunde a veces con la consecuencia de un ataque sin diagnosticar, e incluso puede enmascarar en sí mismo un pequeño acceso. Una fuente afirma que, hacia el final de su vida, César sufrió desmayos y terrores nocturnos, lo que visto retrospectivamente pudieron ser indicios de ataques. Si fue eso lo ocurrido la noche del 14 al 15 de marzo, su capacidad de juicio se vería mermada la mañana siguiente, incluso aunque mantuviese un aspecto normal. Puede que ni siquiera él se diese cuenta de que había sufrido un ataque.

Se impone, sin embargo, la precaución, y no solo por la dificultad de emitir un diagnóstico basándose en detalles fragmentarios, dos mil años después del hecho. Ni siquiera hay certezas de que César sufriese esos síntomas. Ciertos autores clásicos afirman que el dictador se fingió enfermo para posponer el encuentro en el Senado, ocultando el verdadero motivo: las profecías le perturbaron. Cabe imaginar también que, después de su asesinato, alguien se inventase los detalles de su enfermedad para explicar cómo se pudo nublar tan brillante juicio ante el peligro que le acechaba aquel día funesto.

Tanto si su capacidad de juicio se ofuscó por un ataque, como si fue demasiado orgulloso como para reconocer su debilidad, o si se encontraba, de hecho, totalmente sano, aquella mañana fue a cumplir un deber. Era una visita protocolaria, un sacrificio rutinario al dios Júpiter, a menos de 500 metros de la Domus Publica, en la residencia de Cneo Domicio Calvino, general electo como *magister equitum* en el 43 a. C.

Coincidencia o no, Espurina también estaba en casa de Calvino. Allí tuvo lugar el famoso diálogo entre el arúspice y el dictador. «Ya han llegado los Idus de marzo», dijo César. «Ay, han llegado, pero no han pasado», respondió el adivino, con una de las réplicas más famosas de la historia.

A pesar de la bravata, las palabras de Espurina llegaron al corazón de César de camino a la Domus Publica. Según algunas fuentes ordenó nuevos sacrificios, tal y como le había pedido Calpurnia, y los oráculos fueron negativos. Dudó largo tiempo, y finalmente decidió quedarse en casa. No era supersticioso, pero sabía que tanto Espurina como Calpurnia sabían leer los signos políticos. Tal vez, pudo pensar, era mejor ser cauto frente a los rumores que hablaban de conspiraciones. Puede que respetase el olfato de su esposa para los problemas, o simplemente abogase por mantener la paz del hogar. Quizá, tras el esfuerzo de la visita a casa de Calvino, se sintió aún más mareado.

Decidió enviar al cónsul Antonio, para disculpar su ausencia en el Senado. No está claro si ya le acompañaba en la Domus Publica o si envió a un mensajero en su busca.

De no ser por la intervención de Décimo, que se presentó en la Domus Publica esa mañana, César no habría asistido a la sesión prevista en el Senado. Para entonces, en la ciudad ya estaban pasando muchas cosas.

*Revuelo de togas*

La ciudad estaba expectante, como siempre en marzo. Faltaba menos de una semana para el comienzo de la famosa primavera romana. Era la estación de Venus, diosa protectora de César, y de esa época en la ciudad. El poeta Lucrecio (ca. 99 a. C.-ca. 55 a. C.), contemporáneo del dictador, expresó bellamente la actitud de sus conciudadanos hacia la primavera en el himno a Venus de su composición *De rerum natura*:

Madre de Eneas y de sus descendientes,
los romanos, alegría del hombre
y de los dioses, Venus generosa (…).
Apenas se comienza a insinuar
la primavera y sopla el céfiro fecundo,
los pájaros del cielo celebran tu llegada
conmovidos en su hondo corazón por tu fuerza,
y así los animales atraviesan los campos,
atraviesan a nado los ríos, cautivados
por tu belleza y ávidos te siguen donde quieras
conducirlos.

Los Idus de todos los meses estaban consagrados a Júpiter, pero los de marzo eran especiales, porque se celebraba también la festividad anual de Anna Perenna. Era una diosa menor y oscura, pero apreciada. El día de su fiesta se ofrecían sacrificios para que el año fuese propicio; no era un día sombrío, sino que se bebía y festejaba en tiendas y cabañas. Las celebraciones se concentraban en un manantial sagrado, en un bosquecillo al norte de la ciudad, junto a la primera piedra de la vía Flaminia, a unos cuatro kilómetros del Foro. Con esa afluencia de público, algunos de los partidarios naturales de César, la clase trabajadora romana, estarían lejos del centro de la ciudad cuando los asesinos atacasen.

Para los conspiradores el día también arrancó con ánimo festivo. Cuando aún era de noche, algunos de ellos se congregaron en el hogar de Casio. Como se verá, parte de ellos lo hicieron también en otro lugar. A continuación acompañaron a Casio y a su hijo en una procesión al alba, camino del Foro Romano. Se celebraba la mayoría de edad del muchacho, en la que se le impondría la *toga virilis*, un momento señalado para toda familia romana. Todos los acompañantes vestían esa prenda y Bruto, su tío, estaría también presente.

La toga era la vestimenta pública ceremonial de los ciudadanos romanos varones; consistía en una amplia capa de lana blanca, y tan

digna como incómoda y pesada. Se ceñía en torno al hombro izquierdo, descendía bajo el brazo derecho y se plegaba para volver al brazo y hombro izquierdos. Se debía doblar, enrollar y colocar sobre el cuerpo de un modo complicado, sin emplear sujeciones. Era difícil, si no imposible, vestirla sin ayuda, y los que podían contaban con el auxilio de un esclavo para hacerlo. La de los funcionarios de más alto rango lucía un bordado púrpura.

Bajo la toga se vestía una túnica, un vestido simple que se ceñía con un cinturón y cubría las rodillas. En la Roma actual la temperatura media en marzo oscila entre los 6º y los 16º, por lo que es probable que los senadores optasen por una túnica de invierno pesada, de lana, en lugar de la veraniega, de lino ligero. Los caballeros y los senadores lucían dos franjas púrpura verticales, más estrecha para los primeros.

Antes de salir de casa, Bruto escondió un puñal en el cinto, bajo la toga. Muchos otros de los conspiradores, si no todos, harían lo mismo, pero él fue el único que se lo confesó a su esposa. Si Calpurnia tuvo miedo de lo que aquella jornada depararía, Porcia lo sabía.

Como parte del ritual de la *toga virilis*, los muchachos romanos no podían zafarse de recibir, al menos, una lección moral de cómo emplear con sabiduría su recién adquirida libertad. Aquel día, muchos años después de sus propias celebraciones, los conspiradores aguardaban para ejercer el uso más dramático que harían de la suya jamás. La sabiduría era otro asunto.

*Bajo la sombra de Pompeyo*

Tras la ceremonia en el Foro, los conspiradores que habían asistido, vestidos con sus togas, pusieron rumbo a la sesión del Senado, lugar en el que habían planeado asesinar a César. Tras descartar hacerlo en otros lugares, optaron por ese edificio porque allí el dictador entraría sin escolta y sin sospechar nada, y muchos

de ellos –que eran senadores– se encontrarían presentes, con armas escondidas entre la ropa. Fue en ese lugar donde el resto de conjurados –los que no estuvieron en casa de Casio– se congregaron al amanecer de los Idus.

Un rumor pudo espolear a los conspiradores, añadiendo un motivo más para atacar aquel día. La sesión había sido convocada por César, y se decía que su primo, Lucio Cota, realizaría un anuncio importante, como uno de los sacerdotes encargados de los Oráculos Sibilinos. Según estos libros, solo un rey podría derrotar a los partos, por lo que se suponía que los sacerdotes iban a proponer que se entronizase a César. Para paliar el efecto, tal vez dotarían al título de validez solo fuera de Roma, mientras dentro de la ciudad seguía siendo dictador. Pero una autoridad como Cicerón, que conocía a Cota, afirma que el rumor era falso. De hecho, había convocado la sesión para exonerar a Antonio como cónsul en ausencia de César y nombrar en su lugar a Dolabela. He aquí la pregunta: ¿conocían los conjurados lo que se decía? Y, de ser así, ¿les sirvió de acicate?

Sea como fuere, decidieron atacar en el Senado. Shakespeare escribió que César fue asesinado en el Senado, sobre el Capitolio –esto es, la colina Capitolina–, reflejando con esta elección dramática el orgullo y la caída del dictador. Pero es falso; el Senado romano se reunía en ocasiones allí, pero en el templo de Júpiter y no en la sede senatorial, situada en un lugar distinto. Pero en los Idus de marzo el Senado no lo hizo.

A diferencia de numerosas cámaras de representación modernas, el Senado romano solía reunirse en diferentes emplazamientos. En todos los casos eran templos, al menos formalmente, incluido el edificio del Senado en sí, porque sus miembros solo podían emitir una opinión formal en un espacio consagrado. Habitualmente, sin embargo, el lugar de encuentro era el Foro Romano, en el que se encontraba la Curia o casa senatorial. Denominado originalmente Curia Hostilia, en honor del legendario tercer rey de Roma, Tulio Hostilio, el Senado fue destruido y reconstruido varias veces. En el

44 a. C. estaba siendo reformado de nuevo por César, que quería rebautizarlo con el nombre familiar (Curia Julia). Con las obras, este cuerpo debía reunirse en diferentes localizaciones. El lugar habitual de convocatoria en este período era el templo de la Concordia, en el extremo oeste del Foro.

Pero el 15 de marzo el sitio elegido fue el Pórtico de Pompeyo, y más exactamente la Curia Pompeya, una estructura en el extremo oriental de un amplio complejo que arrancaba en el Pórtico, edificado para albergar al Senado. Aquel día se ofrecían juegos gladiatorios en el teatro de Pompeyo, y cuando concurría esta circunstancia el Senado siempre se reunía allí.

La ironía de atacar a César en un edificio dedicado a su enemigo Pompeyo era patente. «Parecería que un dios guiaba al hombre para hacer justicia a Pompeyo», escribió Plutarco. Pero el Pórtico había sido un monumento a la vana ambición del mandatario, y no a su lealtad a la República. «Muerte por Pompeyo» era el lema de una facción, no el de un grupo de hombres que hubiesen puesto a su patria por encima de su partido. Aún peor, el Senado de Pompeyo era un lugar sagrado, por lo que los conspiradores no serían solo asesinos, sino que también violarían un templo. Subía la apuesta por las relaciones públicas.

No planeaban solo un homicidio, sino todo un acontecimiento, confiando en que un crimen a ojos de todo el Senado espolearía la imaginación del público. «Pensaron que ese acto», escribió Apiano, «precisamente por tener lugar en el Senado, se presentaría, no como una conjura, sino como un acto en favor de la patria (…). Y seguirían siendo honorables, porque el pueblo sería muy consciente de que ellos lo habían puesto en marcha».

Por lo tanto, el asesinato en el Senado estaba además revestido de un gran simbolismo. Se creía que los senadores habían acabado con Rómulo en su lugar de reunión después de que pasase de ser rey a ser un tirano. Plutarco cita una leyenda que sostenía que después de asesinar a Rómulo escogiendo, de entre todos los

lugares de encuentro de la cámara, un templo, los causantes escondieron el cuerpo y guardaron el secreto. Según Apiano, los conspiradores del 44 a. C. confiaron en que se recordase el final de Rómulo si acababan con la vida de César durante una convocatoria del Senado. Puede que también tuviesen en cuenta otra versión de la historia, en la que la nobleza romana había acabado con Rómulo en una sesión, no del Senado, sino de la asamblea, mientras el pueblo estaba distraído a causa de una fuerte tormenta. Esa cita habría tenido lugar, como la del Senado en los Idus de marzo, en el Campo de Marte, en el que se ubicaba el Pórtico de Pompeyo.

Volviendo de la política al terreno de la seguridad, el Pórtico era providencial. Los conjurados se habían visto amenazados tanto dentro como fuera del edificio del Senado, pero la disposición del Pórtico les convenía; allí se ubicaba la entrada de la Curia de Pompeyo, y, en caso de necesidad, se podía cerrar el acceso a todo el complejo. Aquel día contarían con la fuerza requerida para hacerlo.

*Gladiadores y soldados*

La mañana de los Idus se congregó en el Pórtico una multitud de gladiadores. Eran un equipo –o «familia», como denominaban los romanos a los grupos de luchadores, bautizados sin duda con el patronímico de su propietario–. El nombre más probable sería *Familia gladiatoria Bruti Albini*, por Décimo Bruto Albino.

El enorme complejo del Pórtico, una de las maravillas arquitectónicas de Roma, disponía de un teatro en un extremo y la Curia senatorial en el otro, con una columnata de cuatro lados y un parque entre medias. De forma rectangular, el Pórtico se extendía hacia el este desde el teatro a lo largo de unos 180 metros, con un ancho de más de 130. Los gladiadores se situaron en algún lugar de la columnata o del parque. (A esa hora del día no se encontraría allí para distraerles ninguna de sus famosas mujeres públicas). Estaban

armados y preparados para la lucha, aunque en este caso no sería una de las habituales.

En el teatro –lugar designado para hacerlo– se estaban desarrollando en ese momento unos juegos gladiatorios, pero los hombres de Décimo no iban a participar. Su misión allí era secuestrar a uno de los contendientes, que había quebrado su acuerdo con el patrón Décimo al ofrecer sus servicios al organizador del espectáculo; tal vez fuese un joven oficial ambicioso, que deseaba llamar la atención de César por su prodigalidad en los espectáculos públicos. Desde luego el gladiador sería un buen luchador –no uno de esos impostores que se derrumbaban al primer embate– y Décimo, su dueño, afirmó que quería contar con él para los próximos juegos. Esta es al menos la versión que ofrece, en exclusiva, Nicolás de Damasco. Otros afirman que los gladiadores sí que iban a participar en aquellos juegos, pero la narración de Nicolás es más verosímil, porque justifica que los luchadores estuviesen disponibles en todo momento, algo imposible, de participar en el espectáculo. En cualquier caso, es sumamente revelador del nivel de violencia en la Roma clásica que la narración de Nicolás fuese acogida con normalidad.

Los romanos se tomaban los juegos gladiatorios con la misma seriedad con la que se toman hoy los partidos de fútbol. Al invertir en una «familia» de gladiadores, un hombre público como Décimo esperaba ganarse la aclamación popular y acumular capital político. En Roma se llamaba a estos juegos «regalos» –se entiende que entregados al pueblo–. Pero Décimo estaba gastando el dinero, además, en protegerse, porque los gladiadores se pluriempleaban como un cuerpo privado de seguridad. Muchos romanos de la élite, cuyos nombres engrosaban las filas de las glorias republicanas –Catón, Sila, Escipión– y cuyas profesiones abarcaban desde los juristas y generales hasta los mecenas del arte, disponían de gladiadores a modo de escoltas armados.

Veamos el caso de Birria y Eudamo, seguramente los gladiadores y escoltas más famosos de su época. En el 52 a. C. habían provocado un tumulto en la vía Apia, cercana a Roma, que acabó con la muerte del político Clodio. Este era un populista y demagogo, y los gladiadores estaban a sueldo de su archienemigo conservador, Milo. Mientras este viajaba con su esposa en litera, la tarde del 18 de enero de aquel año, y los gladiadores se encontraban a la retaguardia de su escolta, toparon con Clodio y sus hombres. Eudamo y Birria empezaron una discusión, durante la que vieron cómo el político les miraba amenazador. Entonces Birria se abalanzó hacia él y le golpeó con su arma, una *rhomphaia*. No era asunto baladí; la rhompahia era una gran espada de hierro de doble filo, con una larga empuñadura de madera, comparable a las armas de asta, e incluso a las alabardas que empleó el ejército suizo durante el Renacimiento. Era de origen tracio, lo que sugiere que esta era la nacionalidad de Birria, y para blandirla correctamente se requería fuerza y habilidad. Teniendo en cuenta que Clodio tenía ventaja por ir a caballo, mientras Birria lo hacía a pie, fue un gran mérito que le hiriese. Sirve esto como ejemplo de la capacidad de daño de un gladiador en batalla, lo que explica por qué hasta los soldados romanos más veteranos se resistían a atacarles.

Sus hombres le arrastraron hasta una taberna cercana para que se repusiera, pero Milo les pisaba los talones y, cuando les alcanzó, ordenó que le sacasen y le matasen, y le obedecieron. Pero el pueblo apreciaba a Clodio, y le lloraron largamente. Durante su funeral en Roma se produjeron disturbios, que acabaron con el Senado incendiado y la República puesta en entredicho. Para su juicio, Milo contó con el mejor abogado defensor que pudo pagar: Cicerón. Las autoridades rodearon el tribunal con soldados para intimidar al jurado, ya que deseaban un veredicto de culpabilidad para tranquilizar al pueblo. Lo obtuvieron, y Milo fue enviado al exilio.

No se sabe cuántos gladiadores tenía Décimo, pero las fuentes afirman que eran numerosos. A la vista de su posterior papel en la defensa de los conspiradores, no serían menos de 50, pero pudieron ser 100 o incluso más. Semejante número podría haber levantado sospechas, pero Décimo era demasiado afín a César, y pocos se habrían atrevido a cuestionarle. Por otra parte, era un mentiroso consumado; sin duda contó al dictador su plan para recobrar a su gladiador fugado, ante lo que César sonreiría irónico, tal vez recordando las luchas que el mismo instigó en su día en las calles de Roma. Puede incluso que Décimo le asegurase que estaban allí también para garantizar su protección.

Puede que este cuerpo de gladiadores hubiese sido un regalo del propio César a Décimo como muestra de su amistad; era muy aficionado a los juegos, y Cicerón le reprochó que «desperdiciase todo el poder de su talento superior por la *levitas popularis*», la frivolidad de la plebe. Era el mayor empresario de los espectáculos gladiatorios romanos; no solo proporcionó a los ciudadanos los juegos más espléndidos, sino que se interesó personalmente por ellos. El día antes de cruzar el Rubicón en enero del 49 a. C. dedicó varias horas a contemplar el entrenamiento de unos luchadores, y consta que durante ese mismo año dispuso de un gran número en Capua, el mayor centro de entrenamiento en Italia.

Los gladiadores de Décimo serían útiles en varios frentes. Si se producía una lucha para defender a César, podían intervenir. Si los asesinos lograban cumplir su objetivo, pero eran atacados, podían protegerles. En caso de necesidad, bloquearían las entradas del Pórtico, que, al suponer el único acceso al Senado desde la calle, eran de paso obligado. Sin embargo, la mayor amenaza a la que se enfrentaban los gladiadores no estaba allí, sino un kilómetro más lejos.

En la isla del Tíber una legión romana había plantado sus tiendas de cuero. Si Dion Casio está en lo cierto, aquella mañana realizaban

maniobras en los suburbios de Roma. En todo caso, por la tarde ya estaban de vuelta en su campamento, y preparados para recibir instrucciones.

Los lectores del *Julio César* de Shakespeare pueden albergar la impresión de que Roma era, durante los Idus de marzo, una urbe civilizada. Nada más lejos de la realidad. Fuera del *pomerium*, la frontera sagrada en el corazón de la ciudad antigua, bullía una muchedumbre de soldados, activos y desmovilizados. Su presencia dentro de los límites de la ciudad estaba prohibida, regla que no siempre se cumplía, pero que César pareció respetar.

Al mando de las tropas de la isla del Tíber se encontraba Lépido, leal a César y cuyo mandato como *magister equitum* –y por tanto la misión que le había encomendado el dictador– estaba a punto de expirar. En cuatro días debía abandonar Roma y tomar posesión como nuevo gobernador de dos importantes provincias, la Galia Narbonense (en el sur de Francia) y la Hispania Citerior (en el noreste de España), sin duda acompañado por su escolta, que le guardaba también la mañana de los Idus.

Acampados en el Tíber, los soldados suponían una presencia amenazante, aunque no dispusiesen de todos sus efectivos. En principio las legiones constaban de 5.000 hombres, pero con frecuencia no se alcanzaba ese número, y en el caso de la tropa de Lépido era imposible, porque no habrían cabido en la isla. No es mucho más grande que una manzana de casas y en la antigüedad estaba plagada de templos y santuarios con su terreno adyacente, que dejaban escaso espacio libre.

No se sabe mucho acerca de estos hombres, pero es poco probable que fuesen nuevos reclutas, y tal vez algunos de ellos hubiesen luchado con Lépido en Hispania en su anterior destino. La tranquila profesionalidad que iban a exhibir poco después certificaría que se trataba de tropas experimentadas. Tal vez para César los hombres de Lépido servían como disuasión para posibles asesinos,

como una especie de póliza de seguros, que contaba además con una cláusula adicional: un segundo grupo de soldados en Roma.

Eran los veteranos licenciados de César. Entre el 47 y el 44 a. C. había repartido tierras en Italia entre unos 15.000 de ellos, y había aún más en camino. Algunos, que ya eran propietarios, se desplazaron a Roma para escoltar a su antiguo jefe hacia el frente parto el 18 de marzo. Los veteranos se acantonaron en templos y otros recintos sagrados diversos fuera de las murallas de Roma. Como las tropas de la isla del Tíber, estaban armados y preparados para marchar hacia sus nuevas tierras al clásico estilo romano, siguiendo un pendón, en formación militar, guiados por un comisionado colonial. Es probable que se dispusiesen a partir también el 18, rumbo a sus nuevos hogares en Italia. Cicerón calificó a estos veteranos de «hombres rurales, pero valientes y excelentes ciudadanos». Desde luego, eran leales a César, aunque su fidelidad al Senado era harina de otro costal.

No había familia de gladiadores que pudiese proteger largo tempo a los conspiradores de los miles de veteranos furiosos de César, pero tal vez sí que lograsen contenerles durante el tiempo suficiente para que los nuevos dirigentes de Roma les ofreciesen unas condiciones de realojo aún mejores. En ese caso, se producirían apretones de manos, y no una guerra civil.

*Gritos y susurros*

Las reuniones del Senado comenzaban temprano y, en momentos de crisis, al amanecer o incluso antes, aunque legalmente las votaciones debían producirse después de que saliese el sol. Ese día el Senado se congregó probablemente en la hora llamada tercia, hacia las 8 o las 9 de la mañana, momento habitual del comienzo de la jornada. Pero la hora fijada llegó, y pasó, y no había rastro de César.

Mientras aguardaban la llegada del dictador, los pretores se concentraron en sus tareas, situados en el Pórtico de Pompeyo. Plutarco se maravilló de la calma y la compostura con la que Bruto y Casio atendieron las peticiones, resolvieron las disputas y juzgaron los diversos casos. Menciona incluso a un litigante que prometió apelar a César, tras un veredicto en su contra de Bruto, que replicó, con precisión filosófica, que el dictador ni podría ni querría impedirle conducirse de acuerdo con la ley.

Pero según iba pasando el tiempo, y César seguía sin aparecer, la tensión crecía. Al igual que el dictador, Bruto había pasado noches sin dormir antes de los Idus de marzo. Diversas anécdotas ilustran la atmósfera nerviosa en el Pórtico. Un hombre se acercó al mayor de los hermanos Casca y le reprochó que se guardase un secreto que, según dijo, Bruto ya le había revelado. Casca se asustó, pero sin necesidad, porque se refería a los rumores que aludían a su candidatura para un puesto electo.

Entonces, un augur y senador llamado Popilio Laena tomó aparte a Bruto y a Casio y les aseguró que se había unido a sus plegarias para alcanzar el éxito, urgiéndoles a actuar. La pregunta obvia era a qué éxito se refería, pero estaban demasiado asustados para formularla. Más tarde Bruto recibió la espantosa noticia de que Porcia había muerto; se descubrió que era falso, y que solo se había desmayado a causa de la ansiedad, pero antes de averiguarlo –según las fuentes– Bruto envió a unos soldados a casa.

También llegaron las noticias que hablaban de los malos augurios en casa de César, junto con otro rumor: el Senado podría disolverse. Uno de los asistentes, pensando que el dictador no asistiría, colocó su sillón dorado –uno especial que la asamblea le había asignado por votación– fuera del recinto; visto en retrospectiva también pareció un mal augurio. Pero los conspiradores debían preocuparse por los actos, y no por las profecías. Dion afirma que decidieron enviar a Décimo a casa del dictador para convencerle de que asistiese, dada su estrecha amistad.

Décimo estaba a punto de entrar en el hogar de un hombre para conducirle a la muerte. Era alguien al que había servido durante más de una década, a cambio de lo cual este le había honrado y protegido. Era cierto que también le podía haber hecho sentirse minusvalorado y preterido, y que había amenazado a la República y a los valores en los que él creía. Pero para muchos su conducta resultaría repulsiva, aunque reconociesen que tenía coraje.

¿Qué podía hacer Décimo? Los que estaban al corriente de la situación podrían decir más tarde: «De tal palo, tal astilla». Sempronia era famosa por su inteligencia, su belleza, su afición adúltera y sus políticas revolucionarias, y se la acusó de «audacia masculina». En el 63 a. C. había roto con la tendencia conservadora de su esposo y su padre apoyando a Catilina, político fracasado que clamó por una rebelión armada para lograr una condonación de las deudas, tanto para los pobres como para los aristócratas morosos como Sempronia. Mientras su esposo estaba fuera de la ciudad, abrió su casa a los aliados galos de Catilina, los alóbroges, una tribu afamada por sus lanceros a caballo. La rebelión de Catilina fracasó, pero Sempronia ofreció un gran ejemplo a Décimo acerca de la traición.

Empujado a casa de César por otros, o por su propia voluntad, Décimo era el eje de la conspiración. Si no le convencía de que fuese al Senado, no habría atentado aquella mañana, y posiblemente nunca. Sí, el dictador podía trasladar la fecha de la convocatoria para el día siguiente, o para el posterior, antes de partir para la guerra. Pero cada día que pasaba se incrementaba el riesgo de ser descubiertos; todo dependía de Décimo.

Así pues, fue a casa de César. Ambos charlaron entre los mosaicos y los mármoles de la Domus Publica. Jamás trascenderán los detalles de la conversación; uno de los participantes los narró del modo más favorable a sus intereses, y el otro calló. Los historiadores de la antigüedad no dudaron en imaginarse ese diálogo,

elucubrando acerca de lo que los interlocutores «debieron» de decir. Aun así, casi todo lo que supusieron es verosímil.

Décimo, afirmaron, aconsejaría a César no arriesgarse a desairar al Senado o, aún peor, dar la impresión de que lo insultaba o se burlaba de él. Él mismo lo había convocado, y además para un asunto que requería *quórum*, por lo que la cámara estaba atestada y llevaba un tiempo aguardando. Si se limitaba a enviar a alguien para aplazar la consulta a causa de las pesadillas de Calpurnia, los senadores le considerarían un tirano o un enclenque. Algunas fuentes añaden que Décimo ridiculizó a los adivinos, y otra llega a afirmar que le prometió que el Senado votaría para declararle rey fuera de Italia.

Siendo hijo de una familia noble, Décimo sabía tomarle el pulso al Senado, y César era consciente de ello; pero cabe sospechar que la clave en ese momento fue que Décimo le habló como un soldado se dirigiría a un compañero de armas. Habían combatido juntos en el campo de batalla, y César estaba a punto de partir rumbo a otra guerra, tal vez la mayor campaña de toda su carrera, en esta ocasión sin Décimo.

«¿Qué opinas, César?», se supone que le preguntó. «¿Prestará alguien de tu grandeza oídos a los sueños de una mujer o a las profecías de los necios?». En efecto, Décimo le conminó a ser viril. Entre soldados como Décimo y César, apelar a la masculinidad era apostar a caballo ganador.

César decidió acudir; pospondría la sesión, pero lo haría en persona en el Senado, mostrando así su respeto a los representantes. Puede que incluso pensase en mostrar también otro sentimiento: el desprecio al miedo. ¿Qué guerrero podría resistirse a hacerlo?

En un aparente gesto de amistad, Décimo condujo a César de la mano. Engañar a Julio César suponía –desde luego– una hazaña, incluso en el caso de que este tuviese el juicio nublado después de un ataque. Décimo era un mentiroso consumado, una serpiente

taimada y audaz. Era, en otras palabras, muy parecido al propio dictador.

Julio César, comandante de su propio destino, puso su vida en manos de otra persona. Ningún escritor podría ignorar el drama de su decisión; las fuentes presentan a un César crédulo, empujado por un conspirador como Décimo, en palabras de Nicolás de Damasco. Para Plutarco, César se comportó pasivamente, dejándose guiar, en lugar de ser él el guía. Según Apiano, se preocupó por las apariencias. Dion y Suetonio nos ofrecen a un dictador arrogante, que ignora las advertencias de los dioses. Pero aparece también otro César; el amante del riesgo –incluso adicto a él–, el jugador que no puede resistirse a tirar los dados una vez más. Apiano, que dibujó a un César ansioso por alcanzar una muerte repentina, se acerca más a este aspecto de la personalidad del gran estratega. El hombre que trepó siendo un joven soldado las murallas del Este, que combatió emboscado en el río Sabis en la Galia y que ganó la mano incontables veces a sus fieros enemigos, no pudo resistirse a la llamada de un camarada para emprender la última misión.

César no decidió ir al Senado porque fuese seguro, cabe sospechar, sino precisamente porque era arriesgado. La quinta hora casi había pasado –poco antes de las 11 de la mañana– cuando salió de casa.

*La llegada de César*

Una litera porteada por esclavos condujo a César por las calles de Roma. Fuese o no la festividad de Anna Perenna, le rodeaba una cohorte de 24 lictores, el grueso de los altos dignatarios públicos romanos y una amplia y variada muchedumbre de ciudadanos, extranjeros, libertos y esclavos. Sin duda, también aparecieron los que buscaban favores, los aduladores, los curiosos, e incluso unos pocos y valientes opositores. Muchos de ellos le acercaron pequeños rollos de papiro con cartas y peticiones, que César se apresuró en

entregar a sus asistentes. El trayecto hasta el Pórtico le pudo llevar 45 minutos, por lo que su llegada se produciría hacia las 11.30. Mientras tanto se había avisado a los senadores de que el dictador estaba en camino.

Según las fuentes, tuvo aún tiempo para descubrir la conjura. Apenas había salido de su casa cuando un esclavo, enviado por alguien, trató de alcanzarle, pero la multitud en torno al dictador era demasiado densa. El esclavo solicitó a Calpurnia que le permitiese esperar allí hasta que César regresase; puede que supiese que algo se estaba tramando, pero sin llegar a averiguar que ocurriría aquel mismo día.

Entonces, un hombre llamado Artemidoro de Cnido consiguió abrirse paso a través de la multitud para entregar un rollo a César, urgiéndole a leerlo rápidamente. Artemidoro estaba al tanto de la conspiración; César trató de leer el papel varias veces, pero la presión de la multitud se lo impidió. Al entrar al Senado lo conservaba aún en la mano, enrollado, o al menos así lo afirma una fuente. Para otra, Artemidoro no pudo llegar hasta él y fue una persona distinta la que le hizo llegar el papel que sostenía al entrar a la asamblea. Suetonio se limita a afirmar que alguien le entregó ese texto, y que el dictador lo conservó junto a otros en la mano izquierda –la maldita para los romanos, de la que procede la expresión latina a la que alude: siniestra–.

¿Quién fue Artemidoro para captar la atención del dictador? Su ciudad natal, Cnido, fue una importante urbe portuaria en el suroeste (Anatolia, Turquía). De su padre, Teopompo, se había dicho que era «un amigo del César deificado, con gran ascendiente sobre él». Desde el 54 a. C., si no desde antes, había estado a su servicio como diplomático. El dictador le devolvió el favor concediendo a Cnido la «libertad» –en realidad, una cierta autonomía dentro del Imperio Romano– y la exención de los impuestos directos. Como su padre, Artemidoro era un potentado local; Plutarco afirma que fue profesor de filosofía griega, subestimando su importancia pero

justificando que conociese a Bruto por esa afición compartida. Es la única pista que indica por qué podía estar al corriente de la conspiración.

César llegó por fin al Pórtico de Pompeyo. En cuanto descendió de la litera, Popilio Laenas –el mismo hombre que había sumido antes en el pánico a Bruto y a Casio– le requirió para hablar con él. Mientras departía largamente con César, los conspiradores intercambiaban miradas de preocupación. Se dice que, cuando Bruto les sonrió, Casio y otros asieron las armas bajo las togas. No podía oír las palabras de Popilio, pero sí ver su rostro, y observó aliviado que estaba solicitando un favor de César, y no denunciando la conjura. Por lo tanto Bruto indicó que todo estaba bien. También se dice que Popilio besó la mano de César al despedirse; una vez más las fuentes de esta melodramática anécdota son cuestionables.

Antes de que César entrase a la cámara esperó a que los magistrados cumpliesen con los sacrificios rituales, mientras los augures interpretaban los auspicios. Una vez más fueron desfavorables; las fuentes concuerdan al afirmar que los sacerdotes sacrificaron a varias víctimas. Los adivinos examinaron las entrañas, y lo que descubrieron no les agradó. En este punto los autores divergen; Nicolás dibuja una escena sombría. Los augures encontraron un espíritu vengativo en las profecías; César se enfureció y volvió el rostro hacia el oeste, lo que era un presagio aún peor, puesto que ese punto cardinal simbolizaba el ocaso y la muerte. Entonces los amigos del dictador le pidieron que despidiese a la asamblea, se supone que sin llegar a entrar en el Senado.

¿Qué hizo a César cambiar de opinión? Nicolás achaca la responsabilidad última a Décimo, en cuyos labios coloca la memorable frase: «Haz de tu propia hombría una profecía venturosa», afirmando que Décimo se burló de los augures, haciendo que César tomase otra decisión. Finalmente le tomó de la mano y le condujo al interior del Senado, mientras el dictador callaba. Si la narración es cierta, entonces Décimo jugó un papel aún

más decisivo, con mayor sangre fría y una hipocresía más profunda. César permaneció casi pasivo.

No hay fuente que corrobore esta anécdota, por lo que bien pudo tratarse de una invención maliciosa *a posteriori*. El mecenas de Nicolás, Augusto, odiaba a Décimo. El resto de fuentes se limitan a omitirle, enfatizando la *hibris* de César y aludiendo a su persistencia frente a los malos augurios. Parece esto más propio de César, y Apiano, de hecho, afirma que recordó a los augures otras profecías similares durante la campaña en la que aniquiló a los ejércitos de Pompeyo en Hispania.

Hacía tiempo que los *capsarii* habían entrado en el Senado; estos esclavos se encargaban de portar los *capsae*, en los que se conservaban los rollos de pergamino a modo de libros en Roma. Un *capsa*, elaborado con madera de haya, medía unos 30 centímetros y podía contener hasta seis rollos. Ese día, sin embargo, algunos de los *capsae* incluían algo más pesado e inesperado. Si los esclavos lo notaron, se guardaron bien de manifestarlo; un esclavo jamás pondría en evidencia a su señor.

El resto de senadores ya habían ocupado la cámara; solo faltaba que entrase César. Era casi mediodía.

---

NOTAS

— *Poco después de las 5 de la mañana,* basado en los cálculos para el 15 de marzo, http://www.timeanddate.com/worldclock/astronomy.html?n=215&month=3&year=2014&obj=sun&afl=13&day=1, consultado el 18 de abril de 2014.

— *puertas y ventanas de la habitación.* Tal vez fueron solo las puertas, o solo se despertó Calpurnia; las fuentes no coinciden. Plutarco, *César,* 63.8; Suetonio, *Julio César*, 81.3; Dion Casio, *Historia romana*, 44.17.2; Julio Obsecuente, *Libro de los Prodigios* (basado en Tito Livio), 67.

— *soñaba que sostenía en brazos a un César asesinado,* Plutarco, *César*, 63.9.

— *el frontal de su casa se derrumbaba,* Plutarco, *César,* 63.9.

— *Una fuente alude a la sangre que manaba de su cuerpo,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *el Senado el que había otorgado su permiso,* Plutarco, *César,* 63. 8-9; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 1.7.2; Suetonio, *Julio César*, 81.3; Dion Casio, *Historia romana*, 44.17.1.

— *los caballos que había utilizado César para cruzar el Rubicón,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.17.2; Plutarco, *César*, 63.1-3; Suetonio, *Julio César*, 81.1-2.

— *estaba intentando advertir a César de que no fuese demasiado lejos,* Cicerón, *Sobre la adivinación,* 1.119.

— *Espurina advirtió a César de que su vida corría peligro,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* 8.11.2; Suetonio, *Julio César*, 81.2; Plutarco, *César*, 63.5.

— *«Guárdate de los Idus de marzo»,* Skahespeare, *Julio César,* 1.2.18.

— *rogó a César que no fuese al Senado,* Plutarco, *César*, 63.10.

— *una fuente afirma que también él padeció*, Suetonio, *Julio César,* 81.3.

— *la cena con Lépido, que le sentó mal,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *A la mañana siguiente estaba débil,* Suetonio, *Julio César,* 8.4.

— *en concreto, manifestó que sufría vértigo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.83.

— *síntomas de un ataque epiléptico sin diagnosticar.* Esta conjetura médica y las siguientes proceden de una conversación con el doctor Carl Bazil, M.D., Ph. D, director de la sección de Epilepsia y Sueño de la Universidad de Columbia.

— *sufrió desmayos y terrores nocturnos,* Suetonio, *Julio César,* 45.1.

— *se fingió enfermo,* Plutarco, *Bruto,* 16.1.

— *a menos de 500 metros,* Andrea Carandini y Paolo Carafa, eds., *Atlante di Roma antica: biografia e ritratti della città,* Electa, Milán 2012, I:290.

— *famoso diálogo,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* 8.11.2; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.149; Plutarco, *César,* 63.5-6; Suetonio, *Julio César*, 81.4; J. T. Ramsey, «At What Hour Did the Murderers of Julius Caesar Gather on the Ides of March 44 b.c.?», en Stephan Heilen et al., *In Pursuit of Wissenschaft: Festschrift für William M. Calder III zum 75. Geburtstag,* Olms, Zurich 2008, 353.

— *«Ya han llegado los Idus de marzo»,* Shakespeare, *Julio César,* 3.1-2; Plutarco, *César*, 63.6; Suetonio, *Julio César*, 81.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.149; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.4; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.94; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 8.11.2.

— *ordenó nuevos sacrificios,* Plutarco, *César,* 63.7, *Bruto*, 16.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115; Dion Casio, *Historia romana*, 44.17.3.

— *Decidió enviar al cónsul Antonio, para disculpar su ausencia en el Senado,* Plutarco, *César,* 63.12; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *César no habría asistido a la sesión prevista,* Suetonio, *Julio César*, 81.4; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.94.

— *«Madre de Eneas»,* Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, I, 1-2, 10-16.

— *aún era de noche,* Cicerón, *A Murena*, 69.

— *la temperatura media en marzo,* http://weatherspark.com/averages/32307/3/RomeLazioItaly, consultada el 1 de agosto de 2014.

— *si no todos, harían lo mismo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.81; cfr. Suetonio, *Julio César*; Dion Casio, *Historia romana*, 44.16.1.

— *a la sesión del Senado,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.16.2.

— *Oráculos Sibilinos.* Cicerón, *Sobre la adivinación,* 2.110; Suetonio, *Julio César,* 79.4-80.1; Plutarco, *César*, 60.2, *Bruto*, 10.2;

Dion Casio, *Historia romana*, 44.15.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.110.

— *Shakespeare escribió que César fue asesinado, Julio César*, 3.1.12.

— *Aquel día se ofrecían juegos gladiatorios,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *«Parecería que un dios guiaba al hombre para hacer justicia a Pompeyo»,* Plutarco, *Bruto*, 14.3.

— *«Pensaron que ese acto»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.114.

— *Se creía que los senadores que habían acabado con Rómulo,* Plutarco, *Pompeyo*, 25.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.114; cfr. Dion Casio, *Historia romana*, 43.45.3.

— *Plutarco cita una leyenda que sostenía que después de asesinar a Rómulo,* Plutarco, *Rómulo*, 5.

— *Según Apiano, los conspiradores del 44 a. C.,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.114.

— *Esa cita habría tenido lugar, como la del Senado,* Plutarco, *Rómulo,* 27.6-8.

— *era providencial,* Plutarco, *Bruto*, 14.2.

— *no uno de esos impostores,* «Dedit gladiatores sestertiarios iam decrepitos, quos si sufflasses, cecidissent», Petronio, *Satiricón*, 45.

— *en exclusiva, Nicolás de Damasco,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.98.

— *Otros afirman que los gladiadores,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118; Dion Casio, *Historia romana*, 44.16.

— *cuyos nombres engrosaban las filas de las glorias republicanas,* sobre estos nombres, véase A. W. Lintott, *Violence in Republican Rome*, 2ª ed., Oxford University Press, Oxford 1999, 83-85. Otro ejemplo es el del general de Pompeyo Cayo Considio Longo, César, *La guerra civil,* 2.23; Pseudo-César, *La guerra africana,* 76, 9.

— *el caso de Birria,* Asconio, *Comentario al «Milo» de Cicerón*, 32c.

— *rhomphaia,* Asconio, *Comentario al «Milo» de Cicerón*, 32C. Véase Chris Christoff, «Gladiators Outside of the Arena: The Use of Gladiators as Bodyguards and Soldiers ca. 100 BCE-100 CE», tesis doctoral, departamento de Historia, Universidad de Cornell, 14 de abril de 2014, 12-14.

— *No se sabe cuántos gladiadores tenía Décimo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94, 26a.98; Plutarco, *Bruto*, 12.5.

— *este cuerpo de gladiadores hubiese sido un regalo,* Pseudo-Cicerón, *Carta a Octavio,* 9; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122, citado en Lintott, *Violence*, 84 y n. 4.

— «*levitas popularis*», Cicerón, *Filípicas*, 5.49.

— *se interesó personalmente por ellos,* Plutarco, *César,* 32.4.

— *un gran número en Capua,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 7.14.2, con una introducción en K. W. Welwei, *Unfreie im antiken Kriegsdienst*, vol. 3, *Rom*, Steiner, Wiesbaden, Alemania 1988, 137. Se sigue la traducción de D. R. Shackleton Bailey, *Cicero, Letters to Atticus*, vol. 4 49 b.c. 133-210 (Libros 7.10-10), Cambridge University Press, Cambridge, EE. UU. 1968, 19, 308-9.

— *aquella mañana realizaban maniobras en los suburbios de Roma,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.2; Zonaras, *Epítome de historia*, 10.12.

— *No es mucho más grande que una manzana de casas,* 270 metros de largo por 67 de ancho.

— *repartido tierras en Italia entre unos 15.000,* L. J. F. Keppie, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy, 47-14 b.c.,* British School at Rome, Londres 1983, 50.

— *Como las tropas de la isla del Tíber,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.133.

— *«hombres rurales, pero valientes y excelentes ciudadanos»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.7.2.

— *después de que saliese el sol,* a las 6.23 a.m., aunque en realidad era el amanecer aparente, unos minutos antes que el

verdadero, http://www.esrl.noaa.gov/gmd/grad/solcalc/, consultado el 14 de julio de 2014. J. T. Ramsey, «Beware the Ides of March!: An Astrological Prediction?», *Classical Quarterly*, nueva serie, 50.2 (2000): 444, data la salida del sol del 15 de marzo del 44 a. C. a las 6.17 a.m. LMT.

— *ni podría ni querría impedirle,* Plutarco, *Bruto*, 14.7.

— *Bruto había pasado noches sin dormir,* Plutarco, *Bruto*, 13.2.

— *Casca se asustó, pero sin necesidad,* Plutarco, *Bruto*, 15.2-3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *Popilio Laena,* Plutarco, *Bruto*, 15.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *Bruto envió a unos soldados a casa,* Plutarco, *Bruto*, 15.5-9.

— *también pareció un mal augurio,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.17.3.

— *decidieron enviar a Décimo,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.1.

— *dada su estrecha amistad,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.64.2; Plutarco, *Bruto*, 13; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.1.

— *«De tal palo, tal astilla»,* la excentricidad abundaba en la familia; el hermano de Sempronia era un personaje grotesco, que solía acudir a la tribuna de oradores del Foro vestido como un actor, con toga y botas, repartiendo monedas entre el pueblo de camino. Cicerón, *Filípicas*, 3.16.

— *«audacia masculina»,* Salustio, *Catilina,* 25.1.

— *abrió su casa a los aliados galos de Catilina,* Salustio, *Catilina*, 40.5.

— *dar la impresión de que lo insultaba,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84.

— *o se burlaba de él,* Plutarco, *César,* 64.2.

— *Él mismo lo había convocado,* Suetonio, *Julio César,* 81.4; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84; Plutarco, *César*, 64.3.

— *le considerarían un tirano,* Plutarco, *César,* 64.4.

— *Décimo ridiculizó a los adivinos,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84.

— *declararle rey fuera de Italia,* Plutarco, *César,* 64.3; Suetonio, *Julio César*, 79.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.110. Cicerón, que lo conocía, lo califica de simple rumor, *Sobre la adivinación*, 2.110.

— «*¿Qué opinas, César?*»*,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84.

— *pospondría la sesión,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.87; Plutarco, *Bruto*, 16.1.

— *condujo a César de la mano,* Plutarco, *César*, 64.6; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.87.

— *a un César crédulo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.84, 24.87.

— *se comportó pasivamente,* Plutarco, *César,* 64.6.

— *se preocupó por las apariencias,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116.

— *un dictador arrogante,* Suetonio, *Julio César*, 81.4; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.4.

— *otro César; el amante del riesgo,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *La quinta hora casi había pasado,* Suetonio, *Julio César,* 81.4.

— *Una litera porteada por esclavos,* Plutarco, *Bruto*, 16.1-2; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116.

— *Muchos de ellos le acercaron pequeños rollos,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118.

— *Artemidoro de Cnido,* Plutarco, *César,* 65; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116; Suetonio, *Julio César*, 81.4; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.3.

— *«un amigo del César deificado»,* Estrabón, 14.2.15, Loeb, http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Strabo/14B*.html.

— *Plutarco afirma que fue profesor de filosofía griega,* Plutarco, *Bruto*, 65.1. Véase Christopher Pelling, *Plutarch Caesar*, traducción, introducción y notas, Oxford University Press, Oxford 2011, comentarios *ad loc.,* 476, y 48.1, 377.

— *Popilio Laenas,* Plutarco, *Bruto*, 16.2-4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116.

— *Nicolás dibuja una escena sombría,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.86.

— *«Haz de tu propia hombría una profecía venturosa»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.87.

— *El resto de fuentes se limitan a omitirle,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116; Suetonio, *Julio César,* 81.4; Dion Casio, *Historia romana*, 44.18.4.

— *afirma que recordó a los augures,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.16.

— *capsae*, en los que se conservaban los rollos, según Dion Casio, *Historia romana*, 44.16.1, donde emplea la palabra Κιβώτια, que traduzco como *capsae.*

— *Era casi mediodía,* véase Christopher Pelling, *Plutarch Caesar*, traducción con introducción y notas, Oxford University Press, Oxford 2011, 477.

# Capítulo 8
# ASESINATO

Antes de que César entrase en el Senado en los Idus de marzo, hacia mediodía, se rió, desdeñando así a los augures y sus profecías oscuras. Así lo afirma Apiano. Fue un gesto apropiado para la poesía y todo buen historiador debe mantener el escepticismo; aun así, el dictador seguía sus propias normas. Pudo ocurrir.

## *El lugar*

Para describir los detalles del Senado de Pompeyo solo se puede recurrir a la elucubración informada. No han llegado hasta nuestros días más que dos, o puede que tres, muros de carga y tal vez parte de la decoración de mármol. Es evidente que el Senado era el mayor edificio del Pórtico; para entrar a él se debía atravesar el jardín. El interior estaría revestido de mármol, y tal vez lo adornasen grandes columnas, posiblemente de dos estilos diversos.

Al entrar allí César pudo toparse con un famoso cuadro, obra de un maestro griego, en el que aparecía un guerrero sosteniendo un escudo redondo. Pero ¿se estaba cayendo o se estaba levantando? La pregunta, afirmó el erudito romano Plinio el Viejo, no había recibido respuesta.

Al volver la cabeza antes de atravesar el umbral, César habría observado tras la doble hilera de árboles desnudos –con las ramas aún sin hojas, en los albores de la primavera– el templo de Pompeyo dedicado a la Venus victoriosa, elevado sobre el Teatro en el extremo más alejado del complejo.

Al entrar, recibiría al dictador un espacio amplio, pero no imponente. Tendemos a imaginar que fue asesinado en un recinto

enorme; esta impresión es fruto de las grandes pinturas neoclásicas, sobre todo la icónica *Muerte de César* (1867) de Jean-Léon Gérôme. En realidad el Senado de Pompeyo era relativamente pequeño, inferior al de César, cuyo interior sumaba unos 450 metros cuadrados. La altura tampoco debía de ser mayor; el techo del Senado del dictador alcanzaba los 30 metros.

La normativa del procedimiento senatorial establecía la puesta en escena dentro del Senado de Pompeyo. Los senadores votaban por divisiones, cruzando el pasillo central para alcanzar el lugar en el que se sentaba aquel que hubiese presentado la moción. Ese era el motivo por el que los asientos de la cámara se agrupaban a ambos lados, con un amplio pasillo entre medias. Tal vez en el caso del Senado de Pompeyo, como en el de César, los escaños se dividían en tres secciones.

En un extremo de la sala se alzaba la tribuna; una plataforma baja para el magistrado que presidía la sesión, que se sentaba en un sillón ritual. Habitualmente esta función la cumplía el cónsul, pero en el caso de César lo hacía el dictador. En el Senado de Pompeyo su estatua se alzaría en la tribuna, tal vez en el centro, cerca de la pared trasera del edificio, como la famosa estatua de la victoria de César. No se sabe cómo era esta estatua de Pompeyo, si de mármol o de terracota, o si el mandatario aparecería con la tradicional toga, o tal vez sin ella, como un potentado griego y siguiendo la moda imperante entre los generales y políticos romanos.

En el Senado de Pompeyo cabrían aproximadamente unos 300 senadores; para la sesión del 15 de marzo del 44 a. C. precisarían de todo el espacio disponible. La asistencia solía ser escasa, pero para determinados asuntos se requería *quórum*, como en este caso, en el que el orden del día incluía una consulta a los sacerdotes. Por lo tanto ese *quórum*, según las fuentes, se alcanzó. César había incrementado el número de senadores de 600 a 900 pero el *quórum,* sin embargo, se habría mantenido en los 200 anteriores, dadas las dificultades ocasionales para alcanzarlo.

Por lo tanto había al menos 200 senadores el 15 de marzo del 44 a. C. Sumados a los diez tribunos de la plebe y a la docena de secretarios, esclavos y otros auxiliares, en la Curia de Pompeyo habría unos 225 hombres –o puede que 300– en los Idus de marzo.

Al menos dos senadores aquel día se encontraban en el Pórtico de Pompeyo, pero no en esa sala. Los conspiradores se habían inquietado a causa de Antonio. Gracias a Bruto habían decidido no matarle, pero insistieron en neutralizarle, temiendo que pudiese aglutinar a los amigos de César y acudir en su auxilio. Si se congregaban demasiados, les superarían en número, con un peligro añadido si además portaban puñales escondidos. Antonio era físicamente fuerte, y un líder indiscutible; su papel podía ser determinante, e incluso decisivo, y mantenerle al margen era fundamental.

Por ese motivo, los conjurados asignaron a Trebonio la misión de charlar con él y mantenerle alejado del Senado. Además de ser un funcionario experimentado, Trebonio había vivido mucho con Antonio. En el sitio de Alesia en el 52 a. C., en la Galia, habían dirigido unidades parejas, y en el 45 a. C. Trebonio había tratado de reclutarle en contra de César. Cuando se encontraron bajo el Pórtico en el exterior del Senado aquella mañana, los dos antiguos camaradas tenían muchas historias de guerra que contarse el uno al otro.

Al entrar César en la habitación, los senadores se pusieron en pie. El aspecto del dictador era magnífico, con la toga especial de los generales triunfantes teñida de púrpura y bordada en oro, como privilegio concedido por el Senado, que le permitía vestirla en ocasiones formales.

Entre los senadores excluidos de la conjura se encontraba Favonio, amigo de Catón, al que Bruto había rechazado, Dolabela, próximo cónsul si César lograba su objetivo, Cina el pretor y Cicerón. El brillante orador tenía previsto atacar a Antonio por tratar de impedir que Dolabela accediese al consulado.

César tomó asiento en el tribunal, sentado en ese sillón dorado que había vuelto a su emplazamiento. Los conspiradores estaban armados y preparados.

*Las armas*

En la *Muerte de César* de Gérôme los asesinos salen del Senado blandiendo sus triunfales espadas. La imagen es dramática, y las espadas quedan muy bien, pero los autores del crimen –con una posible excepción– portaban puñales. Las fuentes son nítidas al respecto. Varios, si no todos los conspiradores, escondían bajo la toga un puñal, de los que se habían guardado en las *capsae*, las cestas acarreadas por los esclavos. Por otra parte una espada habría sido un arma poco apropiada para la ocasión; demasiado grande tanto para la lucha cuerpo a cuerpo como para ocultarla.

Aun así, los romanos no podían dejar de representar a los soldados y a los héroes de los estadios armados con espadas; la denominación de gladiador procedía, literalmente, del término latino para la espada *(gladius)*. El arte y la literatura en Roma prestaban menor atención a los puñales, aunque su uso entre los soldados estaba más extendido. Para ser más precisos, empleaban el *pugio* (plural *pugiones*), término relacionado con *pugnus* (puño) y *pugil* (el que pelea con los puños), aún en uso para referirse a los boxeadores. El *pugio* o puñal militar era parte del equipo básico de un legionario del siglo I, y seguramente también hasta la segunda mitad del II a. C. Sin embargo la reticencia de los romanos al respecto es comprensible; las espadas permitían alejarse del objetivo, mientras que un ataque con un cuchillo obligaba a acercarse y mancharse las manos. No se sentían cómodos hablando de puñales, y menos aún empleándolos.

El diseño del puñal era un ejemplo de eficacia; la hoja era de hierro y, hacia finales de la República, medía entre 12 y 16 centímetros, con un ancho de unos 4, de doble filo fusiforme con

una leve hendidura en el centro y terminada en una punta afilada. Era un arma perfecta para apuñalamientos en la cavidad torácica, que tiene una anchura media de unos 12 centímetros.

La hoja se insertaba en una empuñadura sólida de bronce o de madera, redondeada con un pomo. Una lengüeta cruzada en el lomo de la cuchilla protegía la mano del agresor. En el caso de los soldados se guardaba en una vaina de metal fijada al cinturón con anillas o hebillas.

Un artesano de objetos militares que fabrica réplicas de armas romanas la ha definido como un útil delicado, aerodinámico y muy ligero: se acomoda bien a la cadera, en la espalda o sobre el vientre, y se puede extraer rápidamente. Un arma adecuada para esconder bajo la toga.

Curiosamente ha llegado hasta nosotros el aspecto de dos de los puñales de los asesinos; una medalla acuñada por Bruto –que más tarde se reproduciría– muestra dos de los que se emplearon en los Idus de marzo. No son idénticas, sino que difieren en la empuñadura: la de la derecha aparece decorada con dos discos planos, y la de la izquierda tiene forma de cruz. Vistos hoy estos detalles podrían parecer menores, pero no lo eran para los contemporáneos, y especialmente para los militares.

Dado que la inscripción debía leerse de izquierda a derecha, resulta tentador pensar que el primer puñal, el de la izquierda, con la empuñadura en cruz, pertenecía a Bruto, cuyo nombre se lee en el reverso. En ese caso la de la derecha, con los dos discos planos, sería de Casio. La arqueología ha hallado ejemplares de ambos modelos, en uso en el siglo I a. C. Según los restos de que se dispone los puñales en forma de cruz eran infrecuentes, por lo que tal vez el de Bruto conllevase una cierta distinción para sus coetáneos.

El principal fin del puñal militar romano era provocar la muerte en una distancia corta, y su utilidad en riñas, tumultos y labores de vigilancia era grande, pero también jugaba un papel importante en

el campo de batalla. El combate podía provocar muchos heridos, pero estos seguían siendo peligrosos. El puñal militar romano era una buena forma de deshacerse de ellos, gracias a su doble filo (para rebanar pescuezos) y la punta afilada para apuñalar (gargantas, ojos, ingles o el pecho), garantizando así que el enemigo estaba muerto y ya no suponía una amenaza. Es probable también que los soldados prefiriesen su uso al de la espada para evitar el deterioro, puesto que les resultaría más costoso reemplazarlas. Por ejemplo, resultaba más práctico hacer uso del puñal para cortarle un dedo a un muerto y arrebatarle un anillo, o la oreja para apropiarse de un pendiente.

El tamaño era adecuado también para su uso fuera del campo de batalla, talando ramas para el fuego y tallando empalizadas, y suficientemente pequeña para cortar la comida y aderezar las piezas de caza. Aun así eran muchos los soldados que disponían de un pequeño cuchillo adicional para las tareas cotidianas, como la comida o el afeitado. Por tanto, un militar romano poseía una espada –el arma principal, cara y bien cuidada, sujeta a inspecciones frecuentes para evaluar su estado–, un puñal –afilado, instrumento de usos múltiples, empleado también en el combate como garantía y herramienta «compasiva»–, y una navaja o cuchillo, bien afilado para labores más domésticas, como cocinar y comer. Durante los Idus de marzo el puñal demostraría su valor.

*La acción*

Ya antes de que César se sentase algunos de los conspiradores se arremolinaron en torno a su silla, como si pretendiesen presentarle sus respetos o atraer su atención. En realidad estaban trazando un perímetro; era imposible que se le acercasen 60 hombres sin levantar sospechas, y además en el tribunal no habría sitio para tantos. Resulta más probable que una docena de ellos se acercasen al dictador, sentado, mientras el resto esperaban para

incorporarse en una segunda oleada. Casio estuvo presente desde el principio, y volvería la vista un instante hacia la estatua de Pompeyo, buscando el respaldo de su antiguo amigo y rival de César.

Hoy sabemos que el ataque no fue ni fortuito ni improvisado. Las cinco principales fuentes clásicas concuerdan en lo principal, aunque difieren en algunos detalles; la narración que ofrecen apunta a una planificación cuidadosa y elaborada. Para alcanzar el éxito el ataque debía ser repentino y rápido, evitando la intervención de los partidarios del dictador en su auxilio. Entre los nuevos senadores, por ejemplo, había centuriones, presentes en la sala, que podrían lanzarse en su ayuda. Pero a la conjura no le faltaron instigadores con capacidad estratégica, que diseñaron la operación al milímetro.

De vuelta al escenario en el Senado, después de que César se sentase, Tillius Cimber tomó la batuta. Bebedor y pendenciero, contaba con el favor del dictador, por lo que no levantó sospechas. Se acercó a César y presentó una petición en favor de su hermano exiliado; otros se unieron a él, tomando al dictador de la mano y besándole en el pecho y en la cabeza.

Estas maniobras apuntan una vez más hacia una cuidadosa planificación por parte de los conjurados, porque recuerdan a un intento previo de asesinato, en el 47 a. C., cuya pretendida víctima fue el despótico gobernador de la Hispania Ulterior. Los conspiradores se aproximaron a él en un edificio público de la antigua Corduba (actual Córdoba) con la excusa de presentarle una petición. En ese momento uno de ellos le asió con la mano izquierda y le apuñaló dos veces con una daga militar. Uno de los asistentes murió, pero el gobernador sobrevivió. Era Quinto Casio Longino.

Tenemos la certeza de que los conspiradores conocían el suceso en el 44 a. C. Por una parte, el siguiente gobernador de Hispania Ulterior fue Trebonio; por otra, Quinto Casio Longino era posiblemente hermano del conspirador Casio. Al acercarse a César con una petición en los Idus de marzo estaban repitiendo una

escena anterior; de hecho, la estaban mejorando, porque, a diferencia del gobernador, César no disponía de protectores.

A Cimber no le gustó que César se presentase con las manos libres, en lugar de ocultarlas humildemente bajo la toga. Le agarró con tal fuerza que le impidió levantarse, enfureciéndolo. A continuación le tiró de la toga desde el hombro, a lo que el dictador gritó: «¡Esto es violencia!», expresando con esta frase, que solo cita Suetonio, su toma de conciencia de lo que estaba ocurriendo. Lo dijese o no, resulta probable que la verdad surgiese ante sus ojos. Finalmente las profecías acertaban, y él se equivocaba. Pero era demasiado tarde. La señal acordada para atacarle había sido la de despojarle de su toga.

El honor de asestarle el primer golpe recayó sobre Publio Servilio Casca, también amigo de César: puede que los partidarios de Pompeyo insistiesen en que se adelantase un amigo de César, o tal vez la elección se debió a su talento como luchador. Solo cabe especular. Siendo senador tendría al menos 30 años, pero no sería mucho mayor. Las peleas a cuchillo no eran muy refinadas. Pocos soldados, incluso entre los mejores, tenían lo que hay que tener para asesinar a un hombre a puñaladas. Además de la mera fuerza física, se requiere también una cierta brutalidad para asestar una cuchillada en el cuerpo de alguien, y las circunstancias de aquel día demandarían también audacia. Casca debía atacar con sangre fría, frente a centenares de testigos y sabiendo que se produciría un forcejeo. Cabe imaginar que sería fuerte y joven.

Nicolás, Plutarco y Apiano sostienen que Casca disponía de una espada. ¿O no? El término griego que emplean, *Xiphos*, también se puede referir a un puñal, más acorde con el caso. En otros momentos hablan específicamente de una daga *(Xiphidion* o *egxeridion)*. El uso de una palabra que también quiere decir «espada» añade cierta grandeza al primer golpe, pero no lo hace más certero. Casca atacó desde arriba, apuntando al cuello de César, pero falló. Un corte en la garganta habría sido letal, pero Casca

alcanzó al dictador en el pecho. Nicolás afirma que estaba nervioso, pero lo cierto es que César se estaba moviendo.

Cuatro de las cinco principales fuentes clásicas afirman que el dictador trató de defenderse, pero Dion sostiene que había demasiados atacantes como para permitirle hacer o decir nada. Nicolás se limita a señalar que se levantó y se defendió; Plutarco, que se giró y asió por la empuñadura la daga de Casca (nombrándola así). Apiano añade que rechazó a Casca con violencia. Suetonio escribe que le agarró por el brazo y le hirió con su *stylus* –un instrumento puntiagudo de metal, con la forma y el tamaño de un bolígrafo, para escribir en las tablillas de cera–. Añade que César trató de levantarse pero que el siguiente ataque se lo impidió.

Entre todas las fuentes, Apiano es el que más destaca las habilidades militares de César, poniendo en sus labios una réplica «con ira y gritos» hacia los asesinos. Plutarco afirma que César gritó en latín: «¡Impío Casca!» o, en otra versión, «¡Maldito Casca! ¿Qué estás haciendo?». Ambas son comprensibles, porque César le consideraba su amigo. Suetonio sostiene que César se limitó a gritar, sin emitir palabra, y Dion dice que César no fue capaz de decir nada, aunque es probable que un luchador como él gritase algo a sus enemigos. Mientras tanto, Casca pidió auxilio a su hermano Cayo. Plutarco y Nicolás afirman que lo hizo en griego para asegurarse de que le escuchaba a través del tumulto. Si era un camorrista, lo era de un modo ilustrado. Según Nicolás, Cayo Casca obedeció la instrucción de su hermano y lanzó el segundo golpe, alcanzando al dictador en las costillas.

Detengámonos un momento, mientras el resto de asesinos desenvainan sus puñales, para contemplar a la nobleza romana. Creían estar cumpliendo su juramento de defensa de la República; al atacar a César se suponían cubiertos de gloria. Lo hacían por convicción, sin interés propio, sin odio, sin envidia y también sin honor. Descendían de aquellos senadores que habían asesinado a los reformistas hermanos Graco en el 133 a. C. y en el 121 a. C., y de

los patricios que permanecieron en pie como estatuas togadas cuando los galos saquearon Roma en el 387 a. C., muriendo sin miedo.

Los conspiradores rodearon a César, mostrando de nuevo una planificación cuidadosa. Los golpes se sucedieron con rapidez y violencia; si el dictador aún se mantenía en pie, no pudo resistir en esa postura demasiado tiempo, seguramente menos de un minuto. La descripción de Plutarco de un César arrastrado como un animal salvaje tiene un viso de exageración poética. En resumen, el dictador se desplomó no muy lejos de su sillón.

El ataque parece casi coreografiado, incluso ritual. Dos autores clásicos emplean el lenguaje de los sacrificios para describirlo, sugiriendo una fuente común y tal vez contemporánea.

Ningún escritor cita el nombre de todos los conspiradores; Nicolás menciona a otros tres, además de Casca –Casio, que le lanzó una estocada oblicua en el rostro, Décimo, que le apuñaló profundamente en las costillas, y Minucio Basilio, que falló y alcanzó a Rubrio en el muslo. Añade que Casio trató de apuñalarle por segunda vez, pero erró, hiriendo a Bruto en la mano. Apiano concuerda en que Casio le rajó la cara, pero atribuye a Bruto un tajo en el muslo, y a Buciliano otro por la espalda. Plutarco afirma que Bruto le golpeó en la ingle, pero suena demasiado bien como para ser cierto, teniendo en cuenta que se lo atribuye a su supuesto hijo natural.

¡Oh, Bruto, famoso núcleo de la descripción del asesinato de Shakespeare! El grito de «Et tu, Brute?» o «¿Tú también, Bruto?» no consta en las fuentes clásicas, y fue una invención del Renacimiento. Suetonio y Dion incluyen un diálogo en el que Bruto, al correr hacia César, o con menor credibilidad aún, después de golpearle con fuerza, escucha en griego «*kai su, teknon*», que significa «Tú también, hijo». Ambos autores expresan sus dudas al respecto. En cualquier caso, el encendido debate erudito sobre el significado de esas palabras, si se pronunciaron, ha sido prolongado.

Una posibilidad reside en que un moribundo César estuviese reconociendo a Bruto como hijo, e incluso insultándole en su calidad de bastardo, y condenando a alguien capaz de matar a su propio padre. Otra posibilidad es que le estuviese maldiciendo: «¡Que te ocurra lo mismo!» es expresión habitual en antiguas tablillas con maldiciones. Una tercera opción es que César se quedase a mitad de la frase. De continuar, podría haber concluido: «Tú también, hijo mío, saborearás un día un poder como el mío». Al menos un emperador posterior se expresó de modo similar ante un joven sucesor, puede que citando a César.

Las últimas palabras de un gran hombre poseen siempre un atractivo fascinante, y «Tú también, hijo» se añade a ese corpus. Lo más probable es que César no dijese nada de ese tenor, y la narración se inventaría más adelante, al desatarse el debate del papel de Bruto aquel día. Resulta más sencillo imaginar a César empleando sus últimas palabras para mostrar con un grito indignado la villanía de Casca, grito de guerra final de un viejo soldado que se había precipitado sin saberlo hasta el último campo de batalla.

Pero César no se limitó a una última sentencia; también realizó un gesto final. Las cinco fuentes principales afirman que se cubrió el rostro, pero Nicolás no lo menciona. Este ademán pudo ser de protección, de resignación o, tal vez, de modestia. Suetonio sostiene, y Dion sugiere, que lo hizo al constatar que le atacaban por todas partes. Lo que Suetonio explicita es que se enrolló la toga en la cabeza. ¿Cuándo? Según Plutarco, solo al ver que Bruto se le aproximaba con un puñal. Menos probable resulta la versión de Apiano, que indica que ocurrió después de que Bruto le atacase. Suetonio añade que se colocó la toga sobre las piernas por decencia, como un cierto antídoto frente a una vida de deslices de los que salpica su biografía el autor. Valerio Máximo, escritor romano del primer siglo a. C., lo convierte en un símbolo de falta de modestia, mostrando al dictador más como a un dios en su regreso a la patria que como a un hombre.

Jamás se sabrá cómo respondió César a Bruto, si es que lo hizo. Décimo, que le había mentido ese mismo día, le era más cercano, y cabe suponer que su traición le dolió más que la del anterior. Pero en la relación entre ambos había una tercera figura: la de Servilia. Su conexión con César era un asunto sentimental, y el corazón tiene sus razones. Así pues, tal vez la traición de Bruto se le clavase más hondamente.

César no tardaría más que unos minutos en morir. Si se alinearon, no dudaron y todo funcionó según lo previsto, con eficiencia total, entonces los veinte –o más– conspiradores apuñalaron a César antes de que muriese. Pero casi nada se desarrolla con tal precisión: el dictador se movió y contraatacó. Los atacantes se encontraban confusos y nerviosos, y en el tumulto algunos fallaron y se hirieron entre ellos. Bruto, por ejemplo, sufrió un corte en la mano.

Por lo tanto, con el fin de poder afirmar «Yo apuñalé a César», alguno debió de ingeniárselas para hacerlo sobre su cadáver. La pesada toga de lana y su túnica absorberían casi toda su sangre. Los puñales de los asesinos quedarían manchados, pero no sus ropas.

César recibió 33 heridas, según al menos ocho fuentes clásicas. Se conoce el nombre de 20 conspiradores, de los que por lo menos uno, Trebonio, no le pudo apuñalar porque se encontraba fuera del recinto, sumando, por tanto, otros cuatro atacantes, a no ser que alguno lo hiciese más de una vez. ¿Qué ocurrió con los otros 36 de 60 conjurados? Algunos serían caballeros romanos y, por lo tanto, ajenos a una convocatoria del Senado. Otros serían senadores, pero se quedarían en casa aquel día, tal vez acobardados. Pero muchos se encontrarían allí en los Idus, y no apuñalaron a César.

Nicolás afirma explícitamente lo contrario: ninguno de los conspiradores se abstuvo de apuñalar el cadáver de César, en el suelo, tomando parte así en el suceso. Atribuye además, en solitario, 35 heridas al dictador. Al disfrutar de la protección de Augusto, Nicolás pudo maximizar el crimen contra César, porque también

amplía el número de conjurados hasta los 80. También cabe que su fuente difiriese de la del resto de autores, y que dicha fuente no coincidiese con las demás. Su afirmación de que todos los conjurados le apuñalaron, si no en vida, sí a su cadáver, podría ser correcta, pero suena demasiado poética, reflejando el maltrato que recibió el cuerpo muerto de Héctor en la *Ilíada*. La realidad sería menos melodramática.

Algunos conspiradores se encargaron de la defensa, respaldando a los asesinos, evitando la llegada de refuerzos y despejando la huida. Los conjurados debieron de prever una respuesta; incluso desarmados, decenas de senadores contraatacando les podrían sobrepasar, especialmente si alguno de los amigos de César también había introducido subrepticiamente armas en la sala. Finalmente no ocurrió así, y los asesinos se movieron a tal velocidad que gran parte de los testigos se quedaron paralizados por el impacto. No fue el caso de Cicerón, si lo que afirmó después es cierto, y si experimentó en realidad una gran alegría al ver con sus propios ojos la muerte justa de un tirano.

Aun así, César disponía de muchos amigos dentro del Senado, y más aún fuera de él, donde le esperaban sus virtuales guardaespaldas. Durante las sesiones la puerta de la casa senatorial permanecía abierta, y los hijos de los senadores solían permanecer fuera observando. El de Casio, con su mayoría de edad recientemente festejada, observaría cómo su padre asesinaba al dictador.

Aunque se trata de un hecho poco conocido, aquel día en el Senado se encontraban dos salvadores.

### *La hora de la verdad*

Entre los senadores allí presentes estaban Lucio Marcio Censorino y Cayo Calvisio Sabino; ambos respaldaban a César, pero ahí se terminan las similitudes. Censorino descendía de una antigua y

prestigiosa familia romana, aunque había sufrido algunos contratiempos. El nombre de la familia de Calvisio, italiano, ni siquiera era latino. Pero antes de que concluyese la mañana ambos se encontrarían unidos por lazos inquebrantables.

La rama nobiliaria de Censorino se atribuía a un rey de Roma y al sátiro Marsias, personaje mitológico y símbolo de la libertad, y la familia era dada a guerrear sin cuartel. Durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.) rompieron su juramento de lealtad a Cartago, y en las luchas entre Mario y Sila decapitaron a un cónsul, exhibiendo su cabeza en la tribuna de oradores. En la guerra todo vale. Censorino era hijo de un hombre que, como César, defendió acérrimamente a Mario, oponiéndose a Sila, que había capturado y asesinado a uno de sus tíos, también partidario de Mario. En los últimos años la familia atravesaba dificultades económicas, lo que podría explicar el motivo por el que Censorino había desempeñado el indeseable papel de subastador de propiedades, como Antonio. Aunque no ha trascendido nada de su posterior carrera, dos hechos resultan claros; había ocupado cargos públicos, como cualquier senador, y sabía luchar, como se vería más adelante.

La vida de Calvisio fue más intensa. Italiano de Spoletium (Spoleto) se ganó la vida como soldado. Durante la Guerra Civil fue oficial de César y en el 48 a. C., después de que cruzase el Adriático, el dictador le envió con cinco cohortes y unos pocos hombres a caballo –unos 2.500 en total– a través del escabroso territorio griego de Etolia hasta las fértiles planicies del golfo de Corintia. Tras reunirse con algunos aliados locales expulsó a las tropas enemigas acuarteladas en las ciudades, ganando el territorio para César, y una valioso suministro de cereales para sus tropas. Tras la victoria en la Guerra Civil, Calvisio recibió como recompensa el gobierno durante un mandato de la provincia romana de África (actual Túnez). En aquel momento era pretor.

Calvisio y Censorio vivirían juntos su hora de la verdad. De todos los amigos de César en el Senado fueron los únicos que salieron en

su defensa. Según Plutarco, el resto estaban demasiado horrorizados como para actuar. No se conoce cómo ni cuándo reaccionaron ellos dos. Nicolás solo cuenta que los conspiradores se les abalanzaron, y tras una breve resistencia huyeron frente a la superioridad numérica de sus oponentes. Se muestra de nuevo la cuidadosa planificación de los conjurados, que contaron también con encontrar resistencia. De haberse levantado más hombres en defensa de César, la fuerza de reserva de los gladiadores habría sido de gran utilidad.

Hoy Calvisio y Censorino han caído en el olvido. Desde un punto de vista práctico, no consiguieron nada. Sin embargo, mantuvieron el honor de los partidarios de César.

*La venganza de Pompeyo*

Un doctor llamado Antistio examinó el cadáver de César: tal vez formaba parte del grupo de médicos que le había aconsejado aquella mañana no ir al Senado. En cualquier caso, concluyó que de las 23 heridas recibidas, solo una fue mortal –la segunda, en el pecho–. Si se da por cierto que había sido obra de Cayo Casca, entonces fue él quien cometió el asesinato de hecho. Resulta lógico que solo una de las puñaladas acabase con su vida, porque no es fácil apuñalar a alguien hasta la muerte en un momento de nerviosismo, y atravesando una pesada túnica de lana y una toga. No obstante, no hay certeza de que Antistio estuviese en lo cierto.

Con su muerte, César cerraba un círculo. En el 60 a. C. se había reunido con Pompeyo y Craso para repartirse la herencia romana entre bastidores, como tres potentados. Los partos habían torturado y matado a Craso, que se había rendido después de la batalla de Carrhae en el 53 a. C. Tras traicionar a César y ser derrotado en Farsalia, Pompeyo había sido asesinado en la playa de Alejandría en el 48 a. C. Con la muerte de César, el ciclo de traición y muerte concluía.

A nadie se le escapó la ironía de que el gran César fuese asesinado en Roma. El conquistador del mundo falleció a un par de kilómetros de su lugar natal. Floro, escritor romano del siglo I a. C., lo expresó con acierto: «Así, aquel que regó el mundo con la sangre de sus conciudadanos, acabó por regar el Senado con la suya».

César era un maestro de generales, un político diestro, un orador elegante y un escritor estilizado y lapidario. Sus victorias en batalla, su defensa del hombre de a pie y de las provincias, su astucia, su ímpetu, su atractivo y su visión reformista aún suscitan admiración, pero sus registros como asesino a sangre fría en las Galias todavía provocan horror y su egoísmo, aparentemente, no conoció límites.

Conquistador, creador y dictador, César fue grande, pero –al menos en los últimos tramos de su trayectoria– no sabio. Tras la guerra civil su labor debería haber sido la de sanar Roma, pero, en lugar de hacerlo, tomó con una mano lo que entregó con la otra. Perdonó a sus enemigos de la nobleza sin solicitarles a cambio su perdón. Les salvó la vida, pero no siempre la hacienda. Les cubrió de los títulos que tanto ansiaban, menoscabando al tiempo su poder, y la cruel verdad es que habría sido mejor para él haber acabado con las vidas de sus enemigos nobles desde el principio.

Las leyes que aprobó ayudaron al pueblo, pero controló las elecciones, debilitando el autogobierno. Tras embarcarse en una guerra en nombre de los tribunos de la plebe, amenazó a uno de ellos de muerte y destituyó a otros dos.

César se exhibió cuando debería haber maniobrado entre bastidores, y rebautizó el centro de Roma con su nombre de familia, como si la ciudad fuese suya. Se proclamó dictador a perpetuidad, alardeando con ínfulas monárquicas; escogió como amante a la reina de Egipto y supuesta madre de su hijo, instalándola en su villa a las afueras de la ciudad. Promocionó a su sobrino nieto de 18 años por encima de sus lugartenientes de 40, y dio muestras de querer establecer una dinastía. Comenzó una nueva guerra que amenazaba con otorgarle un poder absoluto. Tras ofender tanto al pueblo como

a la élite, se negó a rodearse de guardaespaldas, porque hacerlo habría menoscabado la dignidad de un hombre destinado a la gloria como él. Desafió a sus enemigos a que le atacasen, y lo hicieron.

César se desplomó a los pies de la estatua de Pompeyo, antiguo aliado político, antiguo cuñado y antiguo archienemigo. La sangre desbordó su vestimenta de lana, llegando a la peana de la estatua. Cicerón, escribiendo unos meses –e incluso semanas– después de este acontecimiento, señalaba su ironía:

En ese Senado, que en gran parte había elegido él mismo, en el Senado de Pompeyo, frente a la estatua del mismo Pompeyo, mientras muchos de sus centuriones miraban –allí cayó, asesinado por los más nobles ciudadanos (algunos de los cuales le debían todo lo que tenían), y no solo no se acercó a su cuerpo ninguno de sus amigos, sino que tampoco lo hizo ninguno de sus esclavos.

Julio César yacía asesinado, pero la república que había dejado atrás todavía bullía agónicamente. Julio César estaba muerto pero no enterrado.

---

NOTAS

— *se rio*, Suetonio, *Julio César,* 81.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.116.

— *los detalles del Senado,* Carandini y Carafa, eds., *Atlante di Roma antica,* presenta una hipotética reconstrucción, vol. 2: ilustración 220, sección c-c1.

— *afirmó el erudito romano Plinio el Viejo,* 35.59. Carandini y Carafa, eds., *Atlante di Roma antica*, vol. 1:505, afirma que el cuadro se encontraba originalmente dentro del Senado, pero Augusto lo trasladó.

— *inferior al de César,* M. Bonnefond Coudry, *Le Senat de la République Romaine,* École Française de Rome, Roma 1989, 183, estima que el interior del Senado medía unos 375 metros cuadrados, con unos 22 metros de largo por 17 de ancho, en su perímetro

interno. Otras mediciones más modernas cifran su tamaño en 494 metros cuadrados, y el de Pompeyo, en solo 303, un 61% del total del anterior. Según esta estimación, el interior del Senado de Pompeyo abarcaría 297 metros cuadrados, con una longitud interna de 17,8 metros, una anchura de 17 y 17,4 m de altura, según el arqueólogo romano James E. Packer –en conversación personal–, basándose en los planos que aparecerán en su próximo libro sobre el Teatro de Pompeyo.

— *el techo del Senado del dictador alcanzaba los 30 metros,* http://dlib.etc.ucla.edu/projects/Forum/reconstructions/CuriaIulia_1, consultado el 1 de agosto de 2014.

— *una plataforma baja.* En el caso del Senado de César, por ejemplo, medía unos 40 centímetros.

— *la moda imperante entre los generales,* véanse las estatuas de Casinum (la moderna Casino) y Foruli (Scoppito): ambas en Italia. Ver Eugenio La Rocca, Claudio Parisi Presicce y Annalisia Lo Monaco, eds., *I giorni di Roma: l'età della conquista,* Skira, Milán 2010, 291-92, ils. II.23 y II.24. La colosal estatua del *palazzo* Spada en Roma, identificada en ocasiones con la de Pompeyo, es probablemente de uno de los emperadores. Véase Wolfgang Helbig, *Führer durch die Öffentlichen Sammlungen klassischer Altertümer in Rom*, vol. 2, Ernst Wasmuth, Tubinga, Alemania 1966, 768-69, n. 2008.

— *se requería* quorum, véase Francis X. Ryan, *Rank and Participation in the Republican Senate,* Franz Steiner, Stuttgart, Alemania 1998, 14, 26.

— *Cuando se encontraron bajo el Pórtico,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.1-3; Cicerón, *Filípicas*, 2.34. Para una versión distinta, Plutarco, *Antonio,* 13.3 (donde afirma que «algo» le detuvo), y *César,* 66.4 (donde yerra al decir Décimo en lugar de Trebonio).

— *Al entrar César en la habitación, los senadores se pusieron en pie,* Plutarco, *César*, 66.5, *Bruto*, 17.1-2; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.88.

— *tenía previsto atacar a Antonio,* Cicerón, *Filípicas*, 2.88.

— *portaban puñales,* Suetonio habla solo de *pugio* (puñal). Las fuentes griegas se refieren tanto a los *egkheiridia* (puñales) como a *Xiphea* (término que puede aludir tanto a un puñal como a una espada). Puñales: Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 23.81, 24.88; Suetonio, *Julio César*, 82.2; Plutarco, *César*, 69.3, *Bruto*, 14.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.177. Espadas: Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89; Plutarco, *César*, 66.10, 67.3, *Bruto*, 17.4-7; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117; Dion Casio, *Historia romana*, 44.16.1. Arma que designa tanto al puñal como a la espada: Plutarco, *César*, 66.7.

— *artesano de objetos militares,* conversación, Dwight McElmore.

— *una medalla acuñada por Bruto,* Dion Casio, *Historia romana*, 25.3; M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage,* Cambridge University Press, Londres y Nueva York 2001, 1: 518, n. 508/3; cfr. 100; 2:741.

— *volvería la vista un instante,* Plutarco, *César,* 66.2.

— *Las cinco principales fuentes clásicas concuerdan en lo principal,* por lo que he seleccionado los detalles de cada una. A pesar de que esta técnica no está exenta de inconvenientes, se justifica por las similitudes entre ellas. Las diferencias son escasas, y se citan.

— *planificación cuidadosa,* citada expresamente por Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99.

— *centuriones,* Cicerón, *Sobre la adivinación,* 2.23.

— *tomando al dictador de la mano y besándole,* Plutarco, *Bruto*, 17.3.

— *un intento previo de asesinato, en el 47 a. C.,* Pseudo-César, *Guerra de Alejandro*, 48-55, esp. 52.2; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 9.4.2.

— *A Cimber no le gustó,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.88, cfr. T. P. Wiseman, *Remembering the Roman People: Essays on Late Republican Politics and Literature,* Oxford University Press, Oxford 2009, 211 y n. 1.

— *enfureciéndolo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.88.

— *«¡Esto es violencia!»,* Suetonio, *Julio César,* 82.1.

— *La señal acordada para atacarle,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.4.

— *Nicolás, Plutarco y Apiano sostienen que Casca disponía de una espada,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117; Plutarco, *Bruto*, 17.4, *César,* 66.7 lo denomina tanto *Xiphos* como *agkheiridion*.

— *Nicolás afirma que estaba nervioso,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *Dion sostiene que había demasiados atacantes,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *Nicolás se limita a señalar que se levantó,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *Plutarco, que se giró,* Plutarco, *César,* 66.7; *atrapó,* Plutarco, *Bruto*, 17.5.

— *Apiano* añade que rechazó a Casca con violencia, Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117.

— *Suetonio escribe que le agarró por el brazo,* Suetonio, *Julio César,* 82.2.

— *«con ira y gritos»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117.

— *«¡Impío Casca!», o, en otra versión, «¡Maldito Casca! ¿Qué estás haciendo?»,* Plutarco, *César,* 66.8; Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *Suetonio sostiene que César se limitó a gritar,* Suetonio, *Julio César*, 82.2.

— *Dion dice que César no fue capaz de decir nada,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *Plutarco y Nicolás afirman que lo hizo en griego,* Plutarco, *César,* 66.8, *Bruto*, 17.5; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *Según Nicolás, Gayo Casca,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *rodearon a César,* Plutarco, *César*, 66.10.

— *La descripción de Plutarco,* Plutarco, *César,* 66.10.

— *Dos autores clásicos emplean el lenguaje de los sacrificios,* Plutarco, *César,* 66.11, cfr. *Bruto*, 10.1; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.92.

— *Nicolás menciona a otros tres,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *Añade que Casio trató de apuñalarle por segunda vez,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *Apiano concuerda en que Casio,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117.

— *atribuye a Bruto un tajo,* Plutarco, *César,* 66.11.

— *«Et tu, Brute?», o «¿Tú también, Bruto?»*, Shakespeare, *Julio César*, 3.1.77.

— «kai su, teknon», que significa «tú también, hijo», Suetonio, *Julio César,* 82.2; Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *puede que citando a César,* Pelling, *Plutarch Casear*, 482-83.

— *de modestia,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 4.5.6.

— *Suetonio sostiene, y Dion sugiere,* Suetonio, *Julio César,* 82.2; Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *Según Plutarco, solo al ver que Bruto,* Plutarco, *César,* 66.12, *Bruto*, 17.6.

— *Menos probable resulta la versión de Apiano,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.117.

— *Suetonio* añade que se colocó la toga, Suetonio, *Julio César,* 82.2; Dion Casio, *Historia romana*, 44.19.5.

— *Valerio Máximo, escritor romano del primer siglo a. C.,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 4.5.6.

— *Bruto, por ejemplo, sufrió un corte en la mano,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.89.

— *según al menos ocho fuentes clásicas,* Livio, *Periochae,* 116; Plutarco, *César,* 66.7; Suetonio, *Julio César*, 82.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.177 y 147; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 4.5.6; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.95; Eutropio, *Resumen de historia romana*, 6.25; Zonaras, *Epítome de historias*, 10.11.

— *Nicolás afirma explícitamente lo contrario,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.90.

— *Atribuye además, en solitario, 35 heridas al dictador,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 24.90.

— *amplía el número de conjurados hasta 80,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 19.59.

— *suena demasiado poética, reflejando el maltrato que recibió el cuerpo muerto de Héctor en la Ilíada,* Homero, *Ilíada*, 22.371, Toher, comentario *ad loc.*

— *experimentó en realidad una gran alegría al ver con sus propios ojos la muerte justa de un tirano,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.14.4.

— *el motivo por el que Censorino había desempeñado el indeseable papel,* J. T. Ramsey, «Did Julius Caesar Temporarily Banish Mark Antony from His Inner Circle?», *Classical Quarterly,* 54. 1 (2004): 168-69.

— *demasiado horrorizados como para actuar,* Plutarco, *César,* 66.9.

— *Nicolás solo cuenta que los conspiradores,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.96.

— *Antistio,* Suetonio, *Julio César,* 82.2.

— *Si se da por cierto que había sido obra de Cayo Casca*, Wolfgang Klemm, *Caesar, Biografie*, vol. 2, Neckenmarkt, Viena y Munich 2009, 185, 209.

— *«Así, aquel que regó el mundo con la sangre de sus conciudadanos»,* Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.95.

— *César se desplomó a los pies de la estatua.* El profesor Antonio Monterroso, de la Universidad de Córdoba y del CSIC, arqueólogo que ha investigado las ruinas del Senado de Pompeyo, anunció en 2012 haber hallado pruebas de la existencia de un monumento que señalaba el lugar preciso en el que cayó el dictador, en el extremo este del lugar en el que debió de estar la tribuna. Sin embargo, otros académicos respondieron con escepticismo, y el debate prosigue. Véase «Spanish researchers find the exact spot where Julius Caesar was stabbed», *ScienceDaily,* www.sciencedaily.com/releases/2012/10/121010102158.

htm (consultado el 2 de febrero de 2014).

— *La sangre desbordó su vestimenta,* Plutarco, *César,* 66.13.

— *«en este Senado, que en gran parte había elegido él mismo»*, Cicerón, *Sobre la adivinación*, 2.23. Cicerón exagera; una estimación más ajustada dice que César escogió a más de un tercio de los miembros del Senado. Martin Jehne, *Der Staat des Dictators Caesar,* Böhlau, Colonia, Alemania 1987, 393, 404; Ronald Syme, *Roman Papers*, vol. 1, ed. E. Badian, Clarendon Press, Nueva York-Oxford University Press, Oxford 1979, 98-99.

# Capítulo 9
# UNA REPÚBLICA EN LA CUERDA FLOJA

Una escena del pasado romano. Los senadores, envueltos en sus togas y acompañados por esclavos armados, marchan por las calles de Roma. Se enrollan las togas en el brazo izquierdo, a modo de escudo, como hicieron sus ancestros un siglo antes al matar a los Graco y a sus camaradas revolucionarios. Los senadores aquel día contaron con una escolta de gladiadores, mientras sus antepasados habían dispuesto de arqueros cretenses. Dejando eso de lado, los grupos eran similares.

Con la vista puesta en el pasado, los hombres que asesinaron a César marchaban hacia la restauración de la República. Tras el mediodía de los Idus de marzo, los conspiradores desarrollaron la segunda parte de su plan. La primera, el asesinato del dictador en el Senado de Pompeyo, había sido un éxito. Ahora venía la siguiente. Esto era lo previsto: mientras ellos se ganaban el apoyo popular y se protegían frente a la venganza de los soldados de César, el Senado retomaría el control de la República. Solo entonces podrían alzar la vista desde Roma y dominar a las 35 legiones de César, mientras evitaban las revueltas y aseguraban las fronteras. Pero los acontecimientos no sucedieron de ese modo. La sabiduría popular afirmó que los asesinos sabían cómo matar al hombre, pero no tenían ni la más remota idea de qué hacer después. A toro pasado, era fácil decirlo. El origen de esta conclusión se remonta a Cicerón, que, en una carta de mayo del 44 a. C. afirmaba que en su opinión el asesinato se llevó a cabo con «espíritu varonil pero juicio infantil». Demasiado severo. Los que mataron a César lograron su objetivo, impidiendo que un solo hombre dominase Roma. Ahora pretendían revivir la República.

¿Quién iba a representar a los conspiradores frente al Senado y el pueblo tras el asesinato? Décimo era un militar que había pasado casi toda su vida adulta en la Galia, y poseía escaso conocimiento de la política romana. Por otra parte, la ira del público se había concentrado rápidamente sobre él tras el asesinato. Su labor consistiría en ofrecer seguridad a los conjurados con sus gladiadores y, tras poner orden en Roma con celeridad, su deseo sería regresar a su zona de confort: el gobierno y el ejército de la Galia Italiana.

Casio conocía mejor la política romana, pero era también un soldado por naturaleza. Como orador consumado y poseedor de un carácter y una fama admirables, Bruto era la elección más clara para ejercer como representante de la conspiración. Sin embargo, para lograrlo debía ganarles la mano a Antonio y al resto de dirigentes partidarios de César.

Los Idus de marzo fueron según Bruto una limpieza, no un golpe de Estado. Una vez eliminado el tirano, la República seguiría de nuevo la senda constitucional. La sabiduría del Senado guiaría tanto al pueblo como a los dignatarios que hacían cumplir las leyes. El objetivo era modesto, y las revoluciones desdeñan la modestia, premiando el extremismo. Bruto deseaba devolver el poder al Senado y al pueblo, pero el Senado carecía de liderazgo y el pueblo estaba dividido. Solo quedaba el ejército. En los cinco años anteriores al paso de César sobre el Rubicón, nadie había gobernado en Roma sin tropas. En los sesenta años anteriores, la sombra de la dictadura militar había acechado con frecuencia y en aquel momento solo un milagro podía eliminar al ejército de la ecuación.

¿Lo comprendieron los conspiradores? En apariencia, sí, pero no lo suficiente. Podrían haber llegado a la conclusión de que, una vez desaparecido César, sus hombres no mantendrían la lealtad a su memoria, sino a aquel que pareciese un nuevo César, con la fuerza suficiente para proporcionarles dinero y tierras. Hasta Bruto lo sabía, pero no hizo bien las cuentas. Subestimó el precio que costaría

lograrlo, y la rapidez y determinación con la que los veteranos del dictador alcanzarían Roma para exigirlo.

Los conspiradores no supieron esperar lo inesperado. Bruto, Casio y Décimo se creyeron capaces de prender un fuego político y luego apagarlo tranquilamente, pero una revolución es ingobernable. Mientras se preocupaban por sus iguales, como Antonio y Lépido, su destino recaía en las manos de los veteranos de César. No se preocuparon por ellos, como tampoco lo hicieron por un adolescente precoz que ni siquiera se encontraba en Italia: Octavio.

### *15 de marzo: del pórtico de Pompeyo a la colina Capitolina*

Un clamor siguió a la muerte de César. Los senadores abandonaron la sala gritando, y la multitud en el exterior del edificio replicó del mismo modo. Algunos afirmaron que todo el Senado había participado en el asesinato, otros que se había reunido un gran ejército para cometerlo. Mientras tanto, los espectadores se abalanzaron hacia allí desde los juegos gladiatorios en el Teatro de Pompeyo, a casi 2 kilómetros, en el otro extremo del Pórtico, a la vez que se extendían los rumores sobre soldados o gladiadores cometiendo estragos.

Antonio se apresuró hacia su casa, temiendo por su vida. La historia de que intercambió su toga de cónsul por la ropa de un esclavo para escapar tiene visos de ser la invención posterior de un rival. Entre los romanos, algunos se escondieron en casa, y otros se disfrazaron para huir a sus villas en el campo. Como había ocurrido en otras revoluciones anteriores en Roma, todos esperaban un baño de sangre.

Entretanto los asesinos emergieron del Senado. Bruto habló, y algunos sostienen que antes había tratado de hacerlo frente a los senadores en la Curia Pompeya, fracasando ante la desbandada. Apiano afirma que los conjurados confiaban en que el resto de

representantes se les uniesen entusiasmados tras presenciar el asesinato. De hecho, fueron muchos los que les apoyaron, pero por el momento imperaba el temor. Aun así, lo que acababa de concluir era el primer acto del drama que se desarrollaría en Roma después de César. El tiempo del cálculo político llegaría más tarde.

Según otras fuentes, Bruto se dirigió al pueblo fuera del Senado, acompañado por parte de los asesinos, tratando de calmar a la multitud. Lo más importante es que consiguió elevar el nivel retórico; no había razón para el enfado, afirmó, porque no había sucedido nada malo. No fue un asesinato, sino la muerte de un tirano.

Primero asomaron los puñales, después las palabras dulces, y más tarde de nuevo los puñales. Esa fue la estrategia de los conspiradores. Matar a César no les concedía las llaves del reino, solo les abría sus puertas. Para tomar el control de Roma debían negociar con los consejeros de César, ganarse el apoyo de la plebe urbana y neutralizar a los soldados del dictador. Todo ello requería tiempo y una posición defensiva, además de un intenso bombardeo publicitario y diplomático.

Los conspiradores iniciaron una demostración de fuerza, marchando desde el Pórtico de Pompeyo hasta el Foro Romano y la colina Capitolina, un recorrido de poco más de un kilómetro, en una jugada planeada de antemano que no ejecutarían solos. Casio, Bruto y Décimo les encabezaron, junto a los gladiadores de este último, además de un gran número de esclavos, sin duda, armados.

La imagen más impresionante de aquella mañana fue la de los conspiradores caminando por las calles de Roma con los puñales desenfundados –«desnudos», según la expresión clásica– y las manos aún ensangrentadas. Nicolás afirma que su paso fue fulgurante; Plutarco, que –si no fulgurante– sí radiante y confiado. Ambos concuerdan en que al marchar proclamaron a gritos que habían actuado en favor de la libertad pública. Sin duda, pero también mostraron el orgullo de un guerrero que ha acabado con la

vida de un rival. Su desfile sangriento se asemejaba a la vuelta de honor de un gladiador en la arena. Apiano añade que uno de los asesinos portó un gorro de fieltro de liberto en la punta de una lanza, como símbolo de libertad. Cicerón asegura que, entre ellos, algunos gritaron su nombre.

Despierta más confianza la narración que afirma que parte de los que no habían participado en el asesinato abandonaron en aquel momento las armas, uniéndose a la marcha hacia el Capitolio. Apiano y Plutarco citan media docena de nombres: Marco Favonio, amigo de Catón al que Bruto negó el acceso a la conjura, Publio Cornelio Léntulo Espínter, hijo del cónsul del año 57 a. C., que más tarde mentiría fríamente en una carta a Cicerón, asegurando que participó en el suceso y compartió el peligro con Bruto y con Casio. También mencionan a un Gaius Octavius –probablemente Gaius Octavius Balbus–, sin duda senador, a Marco Aquilino y a cierto Patiscus, ambos combatientes posteriormente junto a Bruto y Casio, a Lucio Estacio Murco, que había apoyado a César en la Guerra Civil, pero que ahora cambiaba de bando y pronto sería gobernador de Siria, y, finalmente, a Dolabela, al que César había escogido cuidadosamente como futuro cónsul y que saltó del barco, uniéndose a los asesinos.

La multitud corrió por las calles hacia el Foro, electrizada por la noticia del homicidio de César. Aun así el centro de Roma no presentaría las habituales aglomeraciones, debido al festival de Anna Perenna, lo que no impidió que –según algunas fuentes– se produjesen saqueos y atrincheramientos en las casas, en una acertada descripción del pánico.

El Capitolio era la más pequeña de las colinas romanas, con una extensión de unas nueve hectáreas, similar a la de la actual plaza de San Pedro, pero rodeada de unas rocas tan escarpadas que la convertían en una fortaleza natural. Su principal seña de identidad era el Templo de Júpiter en el sur, el más destacado emplazamiento religioso de la ciudad. El extremo norte recibía el nombre de *Arx* o

ciudadela, a la que la falta de murallas no suponía menor capacidad defensiva. Esta zona acogía también un templo, dedicado a Juno, ceca[*] de Roma y sede de augures, desde el que se podía observar el trayecto hasta el monte Albano, a unos 30 kilómetros al sur. El vallejo entre ambas colinas recibía el nombre de Asilo, en el que, según la leyenda, Rómulo erigió un santuario para aquellos refugiados extranjeros a los que deseaba atraer a Roma. Para acceder a la cumbre se podían atravesar algunas escaleras o varias calles adoquinadas, que también se podían cerrar fácilmente, convirtiendo al Capitolio en una zona de defensa sencilla.

Tan pronto como alcanzaron el lugar, los conspiradores dividieron el terreno en sectores y formaron un perímetro defensivo. La elección fue acertada, porque la elevación permitía multiplicar sus fuerzas; si alguien deseaba tomar la colina, debería pagar con sangre.

La planicie era geográfica, pero también simbólica; entre la Ciudadela y el Templo de Júpiter, la colina Capitolina ejercía de corazón y centro neurálgico de Roma, como una suerte de cruce entre el Vaticano y la Torre de Londres. Desde allí los hombres que habían asesinado a César podrían dar gracias a los dioses y mirar desde arriba a sus enemigos. Un autor lo expresó con una sencilla frase, al afirmar que los asesinos «ocuparon el Capitolio».

*15 de marzo: la voluntad del pueblo*

De emplear a las legiones y a los veteranos frente a los gladiadores de los asesinos, los leales a César llevarían las de ganar militarmente. Pero el 15 de marzo a mediodía los esfuerzos se centraban en la persuasión. Los conjurados trataron de ganarse el respaldo de la plebe romana, dividida. Para algunos el asesinato de César había sido el acto más justo, para otros, el más necio. Para los partidarios de los asesinos, César había pervertido su inmenso poder, por lo que se había cometido un «asesinato justo» –*iure caesus*,

empleando el término del código penal romano, las Doce Tablas–. Para Casio, César fue el «más malvado de entre los asesinados». Para Cicerón, los conspiradores fueron unos libertadores que prefirieron antes la libertad de su patria que los lazos de la amistad.

Pero César aún tenía defensores en Roma. Para su amigo Cayo Marcio, había sido un gran hombre que, después de tratar de mantener a salvo a los romanos, había caído asesinado por sus colaboradores. En su opinión, el dictador había sido misericordioso con sus oponentes, que le habían pagado con traición e ingratitud, motivados por «la envidia hacia su fortuna y poder». Los asesinos eran además impíos, porque al matarlo en el Senado actuaron en un espacio sagrado. En efecto, eran culpables de homicidio en un templo.

El pueblo romano podía perdonar a los asesinos o condenarlos. ¿Cómo ganarse su favor? No existían las encuestas ni los plebiscitos, y lo fundamental era la reacción ante los discursos públicos. Los aplausos, vítores, abucheos e incluso rebeliones expresarían la voluntad popular.

Los cinco días posteriores al crimen las asambleas romanas (*contio* en latín) ejercieron de medida de la opinión pública. Esta reunión formal, convocada por un magistrado, incluía diversos discursos, pero no votaciones. Las asambleas solían congregarse en el Foro junto a la colina Capitolina, en el sureste. Entre el 15 y el 19 de marzo lo hicieron al menos en cinco ocasiones.

Desde esa colina el Foro era muy accesible; los *rostra* o tribuna de oradores se situaba prácticamente a su pie y, desde allí, los conspiradores podrían participar en el torneo por el favor popular, con la oportunidad de ganarse a los habitantes de Roma, la plebe urbana. Los plebeyos habían respaldado largo tiempo a César, pero en los últimos seis meses habían ido cambiando de opinión. Eran devotos de las campañas electorales, porque conseguían que se les prestase atención, y los candidatos repartían dinero. Sin embargo César había acabado con las elecciones a base de designar él mismo

a los dignatarios. La plebe no se lo perdonó, como tampoco lo hizo frente a la agresión a sus líderes, los tribunos. Bruto y Casio disponían de una oportunidad, reforzada por la impopularidad de Antonio.

El pueblo conservaba la memoria del envío de tropas al Foro por parte de Antonio, en el año 47 a. C., que acabó con 800 partidarios de la reducción de deudas, muertos. En aquella ocasión su caudillo fue Dolabela, que ahora se había unido a los liberadores en el Capitolio, y era cónsul, al igual que Antonio. En resumen, los conjurados tenían la ocasión de ganarse a la plebe para su causa, y planeaban aprovecharla.

Mientras la mañana de los Idus transcurría sin sangre en las calles, un pequeño grupo iba afluyendo hacia la colina, con algunos senadores y romanos de a pie, en su mayoría seguramente amigos o clientes de los conspiradores. Uno de ellos era Cicerón.

El orador dirigió una breve misiva a Minucio Basilio, uno de los conjurados: «¡Enhorabuena!», le felicitó, añadiendo que se alegraba, celebrando su mutua amistad y solicitando ser informado puntualmente. ¿Cuál era el motivo exacto de la felicitación? No está claro; se ha querido ver un agradecimiento por el asesinato. Si se toman como muestra sus comentarios posteriores, Cicerón exultaba tras el homicidio y, frente a Décimo, lo calificó como la mayor hazaña de la historia. «Por el gran Júpiter, ¿se ha acometido jamás algo mayor que esto» –se preguntaba en un discurso en el 43 a. C.– «no solo en esta ciudad, sino en todo el mundo?, ¿algo más glorioso y más valioso en la memoria eterna del hombre?». Cuando Bruto conversó con los recién llegados las respuestas de este tenor fueron suficientes como para decidir convocar una asamblea y arengar al público.

Acompañado por Casio y otros conjurados, Bruto descendió del Capitolio hasta el Foro. Nicolás de Damasco afirma que lo hicieron protegidos por gladiadores y esclavos, pero el autor solía mofarse del «supuesto carácter razonable» de Bruto, por lo que tal vez se

inventó este detalle para tirarle un pellizco. Un espectáculo así podría desagradar al pueblo, y con una retirada fácil al Capitolio, puede que los conjurados prescindiesen de la seguridad. Plutarco, para el que Bruto era un héroe, se limita a afirmar que bajó flanqueado por un grupo de hombres eminentes. En cualquier caso, se presentó en la tribuna de oradores. Exactamente un mes antes César había estado sentado allí mientras Antonio subía para colocarle por dos veces la diadema en la cabeza, siendo dos veces rechazado.

El aspecto de Bruto no era el más favorable, debido a la herida en la mano que aún presentaba. Pero, mientras se disponía a hablar, sucedió algo asombroso: el silencio. En un día tumultuoso, frente a una muchedumbre entremezclada dispuesta a abuchearle, Bruto propiciaba una conducta ordenada. Cuando comenzó, la audiencia acogió sus palabras con tranquilidad.

Sin ser fascinante, Bruto era un orador destacado. Franco, simple y generoso, albergaba lo que los romanos denominaban *gravitas*, seriedad o entidad. En privado Cicerón calificaba a sus discursos de tediosos y negligentes, y para otros críticos resultaban aburridos y fríos. Sin embargo, para esta ocasión, dichas cualidades podían concitar el sosiego.

No es posible reconstruir ese discurso; aquel día intervinieron también Casio y otros y, como de costumbre, las fuentes refieren únicamente aquello que los oradores «podrían» haber expresado. Criticaron a César y elogiaron el gobierno del pueblo, afirmando que, si habían asesinado al dictador, no había sido por ansia de poder, sino por mor de un gobierno libre, independiente y apropiado, aludiendo a aquellos antepasados que expulsaron a los reyes de Roma, menos malvados que César, que había tomado el poder con la violencia. Apiano, quien no se explaya en exceso al hablar de los conspiradores, les acusa de alardear y felicitarse, centrando su gratitud en Décimo por aportar a sus gladiadores en el momento preciso. Afirma también que abogaron por el regreso de los tribunos

depuestos por César y por algo aún más incendiario: el regreso de Sexto Pompeyo desde Hispania, donde el único hijo vivo de Pompeyo combatía aún a los lugartenientes del dictador. Nicolás se refiere probablemente a Casio al atribuir a uno de los oradores una justificación del detallado plan para el asesinato a causa de la presencia de las tropas y los comandantes militares de César. Este mismo orador advirtió del peligro de que se produjeran males aún mayores.

¿Por qué reaccionó el pueblo con tal generosidad frente a Bruto? Las fuentes difieren ampliamente. Cicerón explicó a su amigo Ático que la plebe «ardía de entusiasmo» hacia Bruto y Casio en los días posteriores al asesinato. Nicolás afirma que fueron muchos los que se unieron a ellos el 15 y el 16 de marzo, mientras los amigos de César sucumbían al pánico. Apiano mantiene justo lo contrario, que la gente aborreció a los asesinos, pero calló por miedo. Añade además que Bruto y Casio contrataron a una claque de extranjeros, libertos y esclavos para infiltrarse en la asamblea y acallar a los auténticos ciudadanos romanos. Este tipo de acusaciones eran habituales entre los romanos, por lo que no merecen demasiada atención. Plutarco describe el silencio de la multitud, por respeto a Bruto y duelo por César; admiraban sus palabras, pero repudiaban el asesinato. Nicolás alude a la confusión y angustia del pueblo, que se preguntaba cuál sería el siguiente avance en la revolución, lo que explicaría, junto a la deferencia por la fama familiar de Bruto, su silencio.

Cabe barajar otra posibilidad. Tal vez el pueblo vio en Bruto la más infrecuente de las virtudes humanas, la honestidad, y razonó: si lo que quería era el poder, ¿por qué no había congregado a las tropas a las puertas de la ciudad? Si solo se preocupaba por sí mismo, ¿por qué no se había plegado a su benefactor, César? Puede que comprendiesen que lo que más tarde les diría era cierto: que sus objetivos eran la libertad y la paz.

A continuación se produjo un episodio incómodo para los conspiradores. Otro senador, el pretor Lucio Cornelio Cina, se dispuso a hablar. Era el hermano de la difunta Cornelia, primera esposa de César, y tío de la también difunta, y muy querida Julia, hija del dictador. Su padre fue un afamado populista y seguidor de Mario, al que César había nombrado pretor para el año 44 a. C., mostrando su gentileza hacia alguien que había sufrido la persecución de Sila, y que aceptó el honor para después despojarse teatralmente de la toga ceremonial, desdeñándola por ser el regalo de un tirano. Aunque no participó en la conspiración, denunció a César y alabó a sus asesinos por derrocar a un tirano, mereciendo por ello los honores públicos. La muchedumbre reaccionó con tal ira que los conjurados debieron retirarse a la colina Capitolina. Plutarco lo achaca a las objeciones del pueblo ante el asesinato, pero el motivo verdadero fue la conducta desgraciada de Cina. César no solo fue su benefactor, sino que había tomado a su difunta hermana como esposa, estableciendo un vínculo matrimonial que Cina había violado, algo que los romanos no podían perdonar tan a la ligera. En resumen, no era el mejor representante de los asesinos.

Posiblemente fue esa misma tarde cuando Dolabela obtuvo una reacción más favorable a la conspiración al convocar también una asamblea y pronunciar otro discurso. A pesar de que Antonio no había retirado su oposición a este llamamiento, Dolabela se ciñó su toga de cónsul y se dirigió al pueblo romano desde el Foro. Denunció a su antiguo dirigente y elogió a los asesinos, y ciertos autores sostienen que llegó incluso a proponer que los Idus de marzo se celebrasen como natalicio del Estado. Para los partidarios de los conjurados contar con un cónsul en su bando fue motivo de entusiasmo.

La conclusión es que el pueblo de Roma aún no había tomado ninguna decisión: observaron, esperaron y reunieron información acerca de los diversos actores del gran drama. La opinión pública aún escondía sorpresas.

Además de dirigirse al pueblo, los conspiradores decidieron iniciar las negociaciones con Antonio. Ocupaba el cargo más relevante de Roma, y tal vez accediese a pactar, especialmente porque le habían perdonado la vida. Enviaron una delegación de antiguos cónsules, aunque no han trascendido los términos de sus conversaciones. Cicerón, fuente de esta narración, afirma que pretendían solicitar a Antonio que defendiese la República, lo que más bien parece una invitación a abandonar a los amigos de César para unirse a ellos. Cicerón no participó, y se negó a unirse a la misión de los excónsules alegando que no confiaba en Antonio.

En realidad Cicerón pretendía que los libertadores –como los denominaba– esquivasen a Antonio. En aquel «primer día del Capitolio», por emplear sus palabras, afirmó que Bruto y Casio debían convocar al Senado en la colina Capitolina. En su calidad de pretores poseían el derecho de hacerlo, y aquel lugar ya había albergado en otras ocasiones al Senado, dentro del Templo de Júpiter. «Por los dioses inmortales», qué no se podría obtener mientras «todos los hombres buenos, incluso aquellos moderadamente buenos, estaban colmados de alegría, mientras los criminales se encontraban inermes».

Un partidario de Antonio escribiría más tarde que, tras el asesinato de César, la República parecía encontrarse en manos «de dos Brutos [Bruto y Décimo] y de Casio», y «el estado en pleno se encaminaba hacia ellos». Era una exageración, pero describía el ánimo exaltado de los asesinos. Si Apiano no yerra, la mayoría de los senadores simpatizaban con los conjurados. En ese caso, ¿qué había ocurrido con aquel gran número de miembros del Senado designados por César? Apiano afirma que eran muchos los que, aun así, consideraban sus actos repugnantes, mientras otros, como Cina, eran unos cínicos oportunistas. Algunos de ellos otorgaron a los homicidas el honorable título de asesinos de tiranos o tiranicidas, y otros abogaron por concederles honores públicos. En vida, César

había injuriado la *dignitas* de los conspiradores; ahora que le habían matado, muchos de sus pares aprobaban la ejecución.

Sin embargo, esta idea no estaría tan presente la tarde del 15 de marzo; aquella misma mañana los conjurados constataron que pocos senadores se pusieron de su parte, y que no había demasiados motivos para confiar en que fuesen apareciendo más. La legislación que pudiese aprobar un Senado disminuido no causaría demasiada impresión, o al menos eso sospechaban. Por otra parte se iba haciendo tarde, y era ilegal que el Senado se reuniese después del atardecer, así que la mejor estrategia era mantener la presión sobre Antonio, ganándose a la opinión pública para su causa.

*15 de marzo: César se va a casa*

Mientras tanto, de vuelta en la Curia Pompeya, el cadáver de César yacía desatendido, allí donde lo habían dejado sus amigos. Sus partidarios habían huido del Pórtico de Pompeyo, no sin antes atar algunos cabos sueltos. Una anécdota cuenta que uno de sus defensores, arrepentido, se detuvo antes de abandonar el Senado frente a su cadáver para espetarle con ira: «Demasiado he servido a un tirano».

Solo tres esclavos permanecieron junto al cuerpo de César, colocándolo en una litera. Ellos portaron el cadáver hasta su casa, en patético contraste con la gran escolta que le había acompañado aquella misma mañana al Pórtico de Pompeyo. Para acarrear una litera eran necesarios cuatro, por lo que el trayecto de estos esclavos sería titubeante, salpicado de paradas. Las cortinas alzadas permitieron al pueblo ver las manos vencidas de César, y las heridas de su rostro. Según Nicolás, lloraban a su paso. La ruta de los esclavos les condujo junto a la falda de la colina Capitolina, y a través del Foro. Los lamentos, lloros y alaridos les acompañaron a ambos lados de las calles, desde las puertas abiertas y en lo alto de los tejados. Al acercarse a la casa de César, la intensidad de los

gritos creció mientras Calpurnia –rodeada de multitud de esclavos y mujeres– salía al exterior, recordando la advertencia que hizo por la mañana, repitiendo el nombre de César y afirmando que el destino la había tratado aún peor de lo que esperaba.

Suetonio sostiene que los conjurados pretendían arrojar el cadáver del dictador al Tíber, confiscar sus bienes y revocar sus decretos, pero se refrenaron por temor a Antonio y a Lépido. No resulta creíble, pero puede que Cicerón estuviese pensando en hacerlo al tratar de convocar una sesión del Senado aquel día en la colina Capitolina. Ni un moderado como Bruto, ni el mayor cínico, habrían sido capaces de proponerlo. Los asesinos precisaban del cuerpo de César como moneda de cambio.

Antes de que terminase el día una tormenta azotó Roma, sacudiéndola con espantosos truenos y una lluvia violenta y densa, que algunos interpretaron como la proclamación de los cielos de que Pompeyo se vengaba de su rival.

Con la puesta del sol el día de los Idus –hacia las 18.15 del 15 de marzo en Roma– nada estaba claro. Antonio y Lépido prometieron responder al día siguiente a la embajada de excónsules, pero todo estaba en el aire. Ambos bandos estaban armados, y el resultado final parecía incierto. Mientras el pueblo temiese por su propia seguridad, nadie se detendría a pensar en el interés general.

### *16 de marzo:*
### *reunión en casa de Antonio*

Centenares de encuentros tras la muerte de César decidieron la suerte de Roma: desde consultas nocturnas en domicilios, sesiones del Senado al amanecer, conciliábulos en los edificios ocupados de la colina Capitolina y lecturas públicas del testamento del dictador en una elegante casa de la ciudad hasta bandas armadas que merodeaban por las calles proclamando amenazas y asambleas públicas en el Foro.

La narración de los días posteriores a los Idus de marzo abunda en paradojas. Por una parte, gracias a las numerosas cartas de Cicerón que se conservan, probablemente sea el año del que existe mayor documentación de toda la historia de Roma. Por otra, lo que afirma el orador acerca de esos días de marzo es escaso, y el resto de fuentes no son unánimes. Aunque el dibujo general resulte claro, para los detalles es necesario especular.

Los hombres atrincherados en la colina temían un ataque de los soldados del dictador. El primer movimiento se produjo la tarde del 15 de marzo; Lépido trasladó a sus hombres desde la Isla del Tíber hasta el Campo de Marte, lugar del homicidio. Por la noche volvió a desplazarlos hasta el Foro, al este de la colina, atravesando probablemente la carretera que se dirige hacia la zona oriental de las murallas de la ciudad, pasando por la puerta Carmental y bordeando la colina por la calle llamada *Vicus Iugarius*, que desembocaba en el Foro. Legalmente, no estaba permitido que las tropas atravesasen las murallas de Roma, pero la Guerra Civil –finalizada solo unos meses antes– había acabado con numerosas leyes. Pompeyo, e incluso Cicerón, el gran republicano, habían convocado a los soldados a Roma en su día para apaciguar los ánimos.

Al día siguiente, el 16 de marzo, estuvo plagado de discursos, ruido de sables y conspiraciones. Al alba Lépido convocó una Asamblea en el Foro, y lanzó su condena contra los asesinos, con la presencia de Antonio, vestido con la armadura que se le permitía en su condición de cónsul. Es posible que Lépido también lo hiciese. Entre la audiencia se encontrarían los veteranos de César, romanos de a pie y las tropas comandadas por Lépido, dispuesto a lanzarse con ellas contra la colina Capitolina para vengar al dictador. Este ataque habría cumplido su objetivo, acabando con la vida de varios conspiradores, incluyendo tal vez a sus dos cuñados, Bruto y Casio, pero Lépido decidió aguardar a la conclusión de un encuentro que tendría lugar aquel mismo día.

El círculo más íntimo de partidarios de César se reunió en casa de Marco Antonio. Este gran edificio, al que se sumaban dos jardines circundados por arcos y una zona de baños, abarcaba unos 2.200 metros cuadrados, como una mansión moderna, pero mucho más grande que las casas de lujo clásicas en Roma en la época. Había sido la residencia urbana de Pompeyo el Grande, hasta que Antonio la compró al administrar las propiedades de Pompeyo en nombre de César, y se situaba en una de las elegantes zonas de moda de la capital, llamada Carinae (Quillas), debido a la forma que adoptaban algunos de sus edificios.

La reunión se alargó hasta la tarde; Lépido y el leal lugarteniente de César, Aulo Hircio, jugaron un papel destacado, pero también asistieron otros. El primero propuso que se atacase militarmente a los asesinos para vengar a César, y algunos de los participantes asintieron, considerando que no hacerlo sería, además de impío, poco seguro; impío probablemente por su juramento de defender al dictador con sus vidas, e inseguro porque, si los conjurados asían el poder, cambiarían su inactividad actual por una actitud más peligrosa. Hircio se negó y pidió una negociación amistosa. Acabar con los asesinos desencadenaría una ola de venganzas por parte de sus poderosos aliados, y el Senado además lo condenaría. Por otra parte, si comenzaban una guerra, se las verían con Décimo, a punto de convertirse en gobernador de la Galia Italiana por designio del dictador. Esta estratégica provincia albergaba dos legiones que podían alcanzar Roma en menos de dos semanas, y, si se alzaban con la victoria, muchas otras se sumarían.

No era la única provincia que les preocupaba; Cayo Macio temía un levantamiento en la Galia Belga al descubrirse la muerte de César; hasta mediados de abril no se supo en Roma que aquellas tribus habían jurado obediencia. Siria y gran parte de Hispania continuaban en manos afines a Pompeyo; su hijo Sexto poseía navíos de guerra y, como haría saber en breve, siete legiones.

Aunque fuesen incomparables con las 35 reunidas por el dictador para la guerra en Partia, la lealtad de estas era más dudosa.

La voz más importante era la de Antonio, tanto por su calidad de cónsul como por su fama de hombre expeditivo. Se manifestó a favor de la negociación; carecía de tropas y temería que Lépido se arrogase el posible triunfo militar. Por otra parte él mismo habría aprendido la lección tras la violenta oposición que suscitó la entrada de las tropas en el Foro en el 47 a. C. Como conclusión, los soldados serían más útiles en un amenazador segundo plano, y no causando un reprobable baño de sangre.

A corto plazo Bruto acertó y Casio erró al mantener a Antonio con vida el 15 de marzo. Sin embargo, a largo plazo, acabaría siendo un enemigo letal para los conspiradores, mucho más astuto de lo que habían pensado. Aun así, en aquel momento, no era su mayor problema.

Los reunidos en casa de Antonio optaron por la negociación, posponiendo la venganza para el momento en el que lograsen desligar a Décimo de sus tropas. Los excónsules recibieron duras palabras, que les conminaban a entregar a los culpables de la muerte de César, si no querían padecer una maldición de los dioses. Sin embargo, propusieron también reunirse en el Senado para acordar una solución común; los congregados en la colina Capitolina aceptaron con júbilo una sesión para el día siguiente, el 17 de marzo.

Los fuegos encendidos en Roma aquella larga noche denotaban una gran actividad. Antonio emplazó guardias en torno a la ciudad para garantizar la seguridad. Los asesinos enviaron emisarios a casa de los senadores para recabar apoyos, al tiempo que los veteranos de César merodeaban por las calles, tratando de intimidar a los partidarios de los conjurados y amenazando a cualquiera que pudiese interferir en el reparto de las propiedades que les habían prometido. El pueblo cayó en la cuenta entonces del escaso número que sumaban los conspiradores y sus amigos; los que habían

acogido con entusiasmo la muerte del tirano empezaban a pensárselo mejor.

No obstante, el suceso más importante de aquella noche tendría lugar en la Domus Publica. Antonio se hizo con el control tanto de la fortuna personal de César como de sus documentos estatales, tal vez porque Calpurnia creyó que estarían más seguras en sus manos, o tal vez por su condición de cónsul. Según Plutarco, las riquezas del dictador alcanzaban los 4.000 talentos –una suma enorme, en torno a los 120 kilos de plata–. En política el dinero y el conocimiento son poder, y Antonio había reunido ambos en enormes cantidades.

*17 de marzo: el Senado se reúne*

Antes de que brillase la primera luz del 17 de marzo los senadores se congregaron para la sesión que arrancaría al alba en el templo de Terra, la diosa romana, lugar inédito. El de Júpiter en el Capitolio estaba ocupado, el de la Concordia, al pie de la colina, se encontraba demasiado cerca de los gladiadores de Décimo y el Senado de Pompeyo habría resultado macabro. En Roma había más templos, pero el de Terra se encontraba en Carinae, lejos del Capitolio y cerca de la casa de Antonio, por lo que parecía el más seguro. Aun así, Lépido, en una demostración de fuerza, envió a sus tropas al edificio para que ocupasen las entradas y parte del interior. Cina se presentó vestido con la capa pretoriana; al verlo, algunas personas –entre ellos, veteranos de César– corrieron a apedrearle, y le persiguieron hasta el interior de una casa. Cuando estaban a punto de incendiarla Lépido y sus soldados se lo impidieron.

El 17 de marzo ya estaban llegando a Roma más soldados de César, desde las ciudades en las que se habían asentado o desde las tierras confiscadas que habían obtenido. Parte de ellos lo hicieron por iniciativa propia, y parte, después de ser convocados por Antonio, Lépido u otros amigos del dictador. Entre sus motivos para combatir surgían el honor y el interés a partes iguales: César fue su

líder y su protector, y ahora que había muerto temían perderlo todo. Nicolás afirma, exagerando, que al verlos casi todos los partidarios de los conspiradores se dispersaron, pero lo cierto es que el viento empezaba a cambiar de dirección.

El templo de Terra despertaba reminiscencias tanto en los defensores de la República como en sus enemigos. Se levantaba en un terreno confiscado tiempo atrás a un dignatario de la temprana República acusado de ambiciones monárquicas que fue detenido y ejecutado. Una estatua de Ceres, sufragada con sus bienes, se alzaba frente al templo, junto a la erigida por Cicerón en honor de su hermano Quinto, símbolo de una época peligrosa. Quinto había servido como comandante en la Galia y Britania a las órdenes de César antes de pasarse al bando de Pompeyo en la Guerra Civil y acabar recibiendo el perdón del dictador. Tanto el exterior como el interior del templo –en el que los senadores podían contemplar un mapa de Italia pintado sobre uno de los muros– recordaban vivamente al centro de un imperio puesto sobre el tapete.

A pesar de que los asesinos no se arriesgaron a descender del Capitolio, y estuvieron representados por algunos de sus partidarios, como Cicerón, la reunión del Senado fue extensa y dramática. Mientras la decisión final está documentada en fuentes solventes, casi todos los detalles de lo que ocurrió tienen su origen en Apiano y en Dion, por lo que más que históricos son probables. Antonio, como cónsul, propició el mutuo acuerdo desde el inicio. Entre los ponentes, además de Cicerón, estuvo el suegro de César, Pisón, y los debates se encendieron, poniendo de manifiesto que muchos de los senadores, si no la mayoría, se habían sentido incómodos por las maneras regias de César. Se propuso recompensar a los asesinos por acabar con un tirano, o al menos agradecerles el servicio público prestado.

Lucio Munacio Planco causó sensación por su carácter moderado; oficial de confianza del dictador en la Galia y en la Guerra Civil,

estaba a punto de asumir su cargo como gobernador de la Galia Trasalpina, siendo al tiempo muy cercano a Cicerón.

Entre los que propusieron premiar a los tiranicidas se encontraba Tiberio Claudio Nerón, que, a pesar de haber sido comandante de César en la Guerra Civil y oficial en la Galia, aparentemente juzgaba insoportable el monarquismo del dictador. Irónicamente su hijo se convertiría en el emperador Tiberio.

Para los amigos de César no resultaban aceptables ni la recompensa ni el agradecimiento, pero se mostraron dispuestos a amnistiar a los asesinos por sus orígenes familiares. Sus enemigos exigieron someter a votación el legado de César, pero Antonio intervino; en caso de que se le acusase de tiranía, sus reformas administrativas imperiales quedarían anuladas, y todos aquellos que le debían un puesto relevante se verían obligados a renunciar. Dado que César había nombrado a todos los altos funcionarios para los siguientes cinco años, las destituciones se contarían por centenares, y nadie estaba dispuesto a hacerlo. Dolabela, reconocido ya como cónsul por Antonio, protagonizó un giro de 180º en su respaldo del día anterior a los conjurados. Con su puesto de trabajo en entredicho, lanzó una dura proclama contra la acusación de tiranía y los honores públicos para los asesinos.

Antonio y Lépido se dirigieron a la muchedumbre que se había congregado en los alrededores. «¡Paz!», gritaban algunos; a lo que otros replicaban: «¡Venganza!». Antonio afirmó que, como cónsul, no podía aprobar la venganza, aunque le tentase. Al ser amenazado por alguien de entre la multitud, se aflojó la túnica para dejar al descubierto su armadura, y aprovechó el momento para recordar la clemencia de César, y el juramento que los asesinos habían quebrantado.

Los que abogaban por la venganza pidieron a Lépido que la ejecutase; antes de que respondiese le instaron a ir al Foro, donde le escucharían mejor. Una vez allí, de pie en la tribuna de oradores, la estampa fue patética. Se lamentó y lloró largo tiempo y, una vez

repuesto, se dispuso a hablar. Recordaba como si hubiese sido el día anterior, afirmó, hablar en esa misma tribuna acompañado de César; ahora se veía obligado a preguntar al pueblo qué debía hacer ante su asesinato. Una vez más se alzaron los gritos a favor de la paz de unos, y de la venganza de otros. Como Antonio, Lépido reconoció que se inclinaba más por la segunda, pero debía anteponerse las vidas de los romanos.

Cuando regresaron al Senado, Antonio abogó por una solución de compromiso, protegiendo a los asesinos pero ratificando el legado de César. Si Apiano no miente, manifestó claramente el peligro que suponían los miles de veteranos del dictador que permanecían armados en Roma reclamando sus tierras y alegando que la memoria de César debía ser honrada. Antonio propuso que se perdonase a los asesinos como un acto de clemencia.

Cicerón habló largo tiempo, resumiendo el estado de Roma. El Capitolio estaba ocupado, el Foro, atestado de armas y la ciudad en pleno, atemorizada. Se adhirió a Antonio en lo referente a la necesidad de un acuerdo beneficioso para ambas partes, con el perdón para los asesinos y el legado de César en vigor. Sin duda, sus preferencias iban por otro camino, porque en privado no había dejado de tildar al dictador de monarca. Su mayor logro fue sustituir la noción de clemencia –muy vinculada a César– por la de amnistía. Impartió a los senadores una lección de historia, refiriendo el caso de Atenas donde, tras una sangrienta guerra civil, se aprobó sabiamente una amnistía, que dio paso a la prosperidad doméstica y a las victorias en el extranjero. De hecho, la palabra que empleó fue el término griego *amnestia*, y recomendó a los senadores actuar siguiendo el mismo espíritu para avanzar.

Tras los discursos se aprobó un decreto en el que se garantizaba la inmunidad legal a los asesinos, y se ratificaban al tiempo los actos y decretos de César, pero solo «por ser ventajoso para el estado». Los amigos de los asesinos –con Cicerón probablemente entre ellos– insistieron en esta cláusula, ya que cualquier otra más favorable al

dictador podría parecer una condena del asesinato. Algunos hombres como Décimo, Bruto y Casio se beneficiaron, irónicamente, de la ratificación de los actos de César, porque les permitió conservar sus puestos. Por otra parte, sometido a la presión de los veteranos, el Senado dictó otros dos decretos que confirmaban el estatus de los nuevos colonos, a punto de tomar posesión de sus tierras, y el de los que ya lo habían hecho.

En esta misma sesión, o en una muy próxima, Antonio propuso abolir la dictadura, y el Senado lo ratificó. Así pues, César no fue solo el dictador más poderoso de Roma, sino también el último.

La reputación de Antonio se agigantó frente al pueblo, que aclamó su talla de estadista. Pero Cicerón nunca confió en él, y juzgó sus movimientos como una mera retirada táctica. En su opinión, Antonio ansiaba acumular tanto poder como César, y se lanzaría a obtenerlo tan pronto como pudiese. Sin embargo, Cicerón era poco dado a las soluciones intermedias, y la restauración de la República significaba para él fulminar a los partidarios de César.

Hubo al menos una persona muy satisfecha con el pacto alcanzado el 17 de marzo: Bruto. Era cierto, los asesinos no lograron que se calificase a César de tirano, y era cierto también que no habían obtenido los honores que anhelaban. Pero Bruto buscaba la paz y la moderación, y obtuvo ambas. Por lo que a él respectaba, el tirano estaba muerto, el Senado recuperaría su poder y Roma seguiría avanzando.

Cicerón explicó más tarde que, si había pedido un acuerdo, había sido porque los liberadores –como le gustaba llamarles– ya habían perdido. No podía dirigirse libremente al Senado, afirmó. No le quedaba otra elección que defender a los veteranos con toda su capacidad retórica, constando su presencia armada, y careciendo él de escolta. En público, sin embargo, alabó a Antonio por su discurso en el Senado y por su buena predisposición.

*17 de marzo: reconciliación*

Ese mismo día, el 17 de marzo, los conspiradores invitaron a los romanos al Capitolio, y muchos accedieron. Bruto les habló, al parecer desde el templo de Júpiter o en sus cercanías, lugar habitual de reunión del Senado. Apiano expuso ese discurso, que Bruto publicó más tarde, y al que el historiador pudo atenerse.

Antes de verlas reproducidas, Bruto envió a Cicerón sus ideas para recabar sus comentarios. El orador afirmó que, a pesar de alcanzar la cumbre de la elegancia tanto por sus sentimientos como por sus expresiones, carecían de pasión. A la manera de Demóstenes, Cicerón buscaba las explosiones que caracterizaban al orador griego, experto en conjugar la elegancia con la *gravitas*. La versión de Apiano no retumba tanto, pero conmueve.

Bruto atajó con firmeza las acusaciones contra los conspiradores, por las que se afirmaba que al matar a César habían violado un juramento, y al ocupar el Capitolio habían hecho imposible la paz. Frente a este último cargo afirmaba que se habían visto obligados a buscar refugio en la colina tras el inesperado y repentino ataque contra Cina. Era falso, porque la ocupación fue anterior al ataque, pero sonaba bien. Volviendo al tema del asesinato, el juramento por el que se le consideraba intocable se había tomado bajo presión, por lo que carecía de valor.

El retrato de César que pintaba Bruto era cáustico, pero certero. El depuesto gobernador de la Galia había invadido su propio país, matando a muchos de sus ciudadanos más notables y mejores, incluyendo a un gran número de defensores de la República, negando además la libertad debida a los romanos y estableciendo como único criterio el suyo. Había atacado, además, a los tribunos de la plebe, a los que todos los romanos habían jurado considerar sacros e inviolables.

A continuación Bruto se dirigía a un segmento electoral clave, los veteranos. Comprendía su angustia acerca de si obtendrían o conservarían las tierras que César les había prometido, rechazando lo que calificaba de calumnia lanzada contra él y los demás

conspiradores. Jamás negarían a los veteranos sus nuevas posesiones, merecidas tras la gloria alcanzada en la Galia y en Britania. Bruto únicamente se oponía a la práctica del dictador de robar las propiedades italianas de sus enemigos políticos. Los conspiradores compensarían a los antiguos propietarios a costa del erario público, garantizando su titularidad a sus nuevos poseedores, los veteranos, lo que ratificaba jurándolo por el mismo dios Júpiter.

César, afirmó Bruto, había alzado un muro intencionadamente entre los veteranos y los propietarios para causarles problemas, como ya había hecho Sila antes, vinculando con astucia a ambos y recordando a parte de la audiencia que su padre había sido un populista opuesto al anterior dictador. Por resumir el discurso en una frase, César había sido un tirano.

Elegantes palabras, pero no bastaban. Visto en retrospectiva, el discurso de Bruto fue una oportunidad perdida. Para alcanzar el éxito político en Roma no era suficiente con permitir que los soldados conservasen lo que ya tenían; era necesario darles más. La generosidad de César era cosa del pasado. En lugar de malgastar recursos en sus amigos, ricos terratenientes, Bruto debería haberlos repartido entre los soldados. Si no ofrecía nada a las tropas, otro lo haría.

Si Bruto pudiese defenderse, afirmaría que la causa de los veteranos estaba perdida, sobre todo en los emotivos días posteriores al asesinato de su ídolo caído. Debía centrarse en el juego político romano, para el que precisaba del apoyo de los antiguos aliados de Pompeyo y de muchos otros cuyas tierras habían sido confiscadas. Si fracasaba políticamente, ya tendría tiempo de sobornar a otros soldados, menos comprometidos con César que aquellos que se veían obligados a mantener viva su memoria para defender sus bienes.

Bruto podría esgrimir un argumento más. Si los Idus de marzo habían demostrado algo, era que los militares no lo decidían todo en Roma. A pesar de su poderío bélico, César había perdido legitimidad

en grandes capas del pueblo y el Senado romanos, incluidos algunos de sus más firmes partidarios, y eso le había costado la vida. Así pues, cabía replicar, era de vital importancia imponerse en el debate.

No obstante, estos argumentos no resultaron convincentes. Merecía la pena tratar de comprar la lealtad de los soldados, aunque fuese con el fin de obligar a los partidarios de César a arruinarse tratando de pujar más alto. Al fin y al cabo, la voz de los militares era atronadora.

En su momento el discurso de Bruto cosechó un gran éxito, y el pueblo lo juzgó recto y justo. Los conspiradores parecían valientes y preocupados, y las multitudes les prestaron su apoyo. Era el turno de palabra de los cónsules. Se dirigieron a las masas desde la tribuna, bajo el Capitolio, para exponer lo que el Senado había decidido. Además de Antonio y Dolabela, intervino Cicerón. Dion afirma que los conjurados enviaron una carta desde la colina, en la que prometieron no confiscar ninguna propiedad, validando además todos los actos de César. En otras palabras, garantizaban a los veteranos que conservarían sus tierras. Clamaron por la armonía entre todos los ciudadanos e incluso, según Dion, lanzaron los juramentos más severos. De ser cierto resultaría irónico, teniendo en cuenta la crítica de Bruto a esas fórmulas.

El pueblo pidió que los conspiradores abandonasen el Capitolio, y Bruto y Casio accedieron, siempre y cuando les enviasen rehenes como garantía. Antonio y Lépido les entregaron a sus propios hijos: el del primero era apenas un recién nacido. Esta práctica no era infrecuente durante las conversaciones en tiempos de guerra civil, lo que mostraba la fragilidad de la paz.

Bruto y Casio bajaron, y la multitud, entusiasta, rompió en vítores y aplausos. No permitieron que los cónsules tomasen la palabra hasta que hubieron estrechado la mano de sus enemigos. Puede que, como afirma Apiano, Antonio y Dolabela se inquietasen al ver que la iniciativa política recaía de nuevo en los conjurados.

Ante ciertos ojos parecería que la mayoría de los romanos se alegraban del fin del gobierno de un solo hombre, de César.

Entre los familiares y amigos sentados a cenar a la mesa de los partidarios de César se encontraban ahora los conspiradores. Bruto, después de que se garantizase su seguridad, lo hizo con su cuñado Lépido, y Casio con Antonio. En toda la prolongada historia de Roma no cabe encontrar dos sobremesas de reconciliación más tensas. No se conocen los detalles de la cena de Bruto en casa de Lépido, pero es probable que el anfitrión sintiese la presencia de César, como la había sentido aquella mañana en la tribuna de oradores. Al fin y al cabo el dictador había cenado en su casa el mismo día previo a su asesinato. Se dice que Antonio, en presencia de Casio, se dedicó a los chistes macabros. Preguntó a Casio si escondía un puñal bajo la axila, en una posible referencia al famoso asesinato del aspirante a tirano y antepasado de Bruto, Servilio Ahala, que tenía esa costumbre. De ser cierto, se trataría de una sutil pulla para Casio, que carecía de tan noble árbol genealógico. Este respondió con crudeza afirmando que disponía de un puñal –y uno grande– por si Antonio pretendía convertirse en un tirano. Pero los puñales grandes no se pueden esconder bajo la axila.

Para los nobles cultos como Antonio y Casio era fácil intercambiar comentarios mordaces y luego compartir el pan. La lucha por la cima del poder político era más ardua, y recuperar la paz en Roma sin provocar una nueva guerra civil supondría la tarea más difícil de todas.

---

NOTAS

[*] Establecimiento oficial donde se fabricaba y acuñaba la moneda.

— *Se enrollan las togas en el brazo izquierdo,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.119; Plutarco, *Tiberio Graco*, 19.4.

— *arqueros cretenses,* Plutarco, *Gayo Graco*, 16.3.

— *la venganza de los soldados de César,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.119; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.17.2.

— *«espíritu varonil pero juicio infantil»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.21.3.

— *su toga de cónsul por la ropa de un esclavo,* Plutarco, *Antonio,* 14.1.

— *algunos se escondieron en casa,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.95; Plutarco, *César*, 67.1-2, *Bruto*, 18.3, *Antonio,* 19.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118; Dion Casio, *Historia romana*, 44.22.2; Cicerón, *Filípicas*, 2.88.

— *antes había tratado de hacerlo frente a los senadores,* Plutarco, *César,* 67.1, *Bruto*, 18.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.119.

— *Apiano afirma que los conjurados,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.115.

— *No fue un asesinato,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.92.

— *jugada planeada de antemano,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94.

— *Casio, Bruto y Décimo les encabezaron, junto a los gladiadores,* Veleyo Patérculo, *Historia romana*, 2.58.1-2.

— *con los puñales desenfundados –«desnudos»–,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94, cfr. 25.91; Plutarco, *Bruto*, 18.3.

— *Nicolás afirma que su paso fue fulgurante; Plutarco,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94; Plutarco, *César*, 67.3, cfr. *Bruto*, 18.7.

— *Ambos concuerdan en que al marchar,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94; Plutarco, *César*, 67.3, cfr. *Bruto*, 18.7.

— *Apiano añade que uno de los asesinos,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.119.

— *Cicerón asegura que, entre ellos, algunos gritaron su nombre,* Cicerón, *Filípicas,* 2.28 y 30; Dion Casio, *Historia romana*, 44.20.4.

— *Apiano y Plutarco citan media docena de nombres,* Plutarco, *César,* 67.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.119.

— *Léntulo Espínter,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 12.14.

— *Gaius Octavius,* T. P. Wiseman, «Some Republican Senators and their Tribes», *Classical Quarterly* 14 (1964): 124.

— *Marco Aquilino.* Sobre Marco Aquilino, Patiscus, Lucio Estacio Murco y Dolabela, véase el comentario de Pelling al *César de Plutarco,* 67.4, 487-88.

— *se produjesen saqueos,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118; Dion Casio, *Historia romana*, 44.20.2-3.

— *similar a la actual plaza de San Pedro.* La plaza mide unas 8 hectáreas, y el punto más alto de la colina Capitolina se alza a unos 49 metros sobre el nivel del mar.

— *dividieron el terreno en sectores,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94.

— *«ocuparon el Capitolio»,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.58.2; cfr. Tito Livio, *Periochae*, 116.

— *el acto más justo,* Tácito, *Anales*, 1.8; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99.

— *«asesinato justo»* –iure caesus–, Suetonio, *Julio César,* 76.1; Cicerón, *Filípicas*, 13.2.

— *«más malvado»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 12.2., trad. D. R. Shackleton Bailey, *Cicero: Epistulae ad Familiares:* vol. 2, 47-43 b.c., Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1977, 481.

— *Para Cicerón, los conspiradores fueron unos libertadores,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.27.8.

— *Para su amigo Cayo Marcio,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 11.28.

— *En su opinión,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.57.1; cfr. Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.22.2.

— *«la envidia hacia su fortuna y poder»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.111.1; Dion Casio, *Historia romana*, 44.1.1; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.13.2.

— *«¡Enhorabuena!»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 6.15.

— *frente a Décimo, lo calificó como la mayor hazaña de la historia,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.5.1.

— *«Por el gran Júpiter»,* Cicerón, *Filípicas*, 2.32.

— *Cuando Bruto conversó con los recién llegados,* Plutarco, *Bruto*, 18.9-11.

— *Nicolás de Damasco afirma que lo hicieron protegidos,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99.

— *el autor solía mofarse del «supuesto carácter razonable»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99.

— *Plutarco, para el que Bruto era un héroe,* Plutarco, *Bruto*, 18.11.

— *Exactamente un mes antes,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99; Plutarco, *Bruto*, 18.11, *César*, 61.4.

— *debido a la herida en la mano,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122.

— *mientras se disponía a hablar,* Plutarco, *Bruto*, 18.12; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.100; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122.

— *lo que los romanos denominaban gravitas,* Tácito, *Diálogo sobre la oratoria,* 25.5.

— *tediosos y negligentes,* Tácito, *Diálogo sobre la oratoria,* 21.5, aludiendo al discurso de Bruto ante el rey Deyótaro.

— *les acusa de alardear y felicitarse,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122; cfr. Dion Casio, *Historia romana*, 44.21.

— *Nicolás se refiere probablemente a Casio,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26a.99.

— *«ardía en entusiasmo» hacia Bruto y Casio,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.11.2.

— *Nicolás afirma que fueron muchos los que se les unieron,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.49.

— *Apiano mantiene justo lo contrario,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122.

— *Plutarco describe el silencio de la multitud,* Plutarco, *César,* 67.7, *Bruto*, 13.

— *Nicolás alude a la confusión y angustia del pueblo,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.100.

— *sus objetivos eran la libertad y la paz,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.2.2.

— *Plutarco lo achaca a las objeciones del pueblo,* Plutarco, *Bruto*, 18.12-13; cfr. Apiano, *Las guerras civiles*, 2.121, 126.

— *un vínculo matrimonial,* por ejemplo, véase Eutropio, *Resumen de historia romana*, 10.5, el ataque de Constantino contra el esposo de su hermana, Licinio, como ejemplo de abuso de las relaciones familiares.

— *Posiblemente fue esa misma tarde cuando Dolabela,* tal y como explica Apiano, *Las guerras civiles*, 2.122.

— *el pueblo de Roma aún no había tomado ninguna decisión,* Robert Morstein-Marx, *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2004, 150-58, esp. 157, es el pionero en este aspecto.

— *Cicerón, fuente de esta narración, Filípicas*, 2.89.

— *«primer día del Capitolio»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.10.1.

— *«Por los dioses inmortales»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.10.1.

— *«de dos Brutos [Bruto y Décimo] y de Casio»,* Cornelio Nepote, *Vida de Ático,* 8.1. Véase también Tácito, *Anales*, 1.10. Sobre Nepote y la política, véase Cynthia Damon, *Nepos, Life of Atticus,* Thomas Library, Bryn Mawr College, Bryn Mawr, EE. UU. 1993, 1-2.

— *y «el estado en pleno se encaminaba hacia ellos»,* Cornelio Nepote, *Vida de Ático,* 8.1.

— *Si Apiano no yerra,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.127.

— *«Demasiado he servido a un tirano»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.95.

— *Solo tres esclavos permanecieron,* Suetonio, *Julio César,* 82.3, 47.

— *Para acarrear una litera eran necesarios cuatro,* Suetonio, *Julio César,* 82.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118.

— *Las cortinas alzadas,* Suetonio, *Julio César,* 82.3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.118.

— *Según Nicolás, lloraban a su paso,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.97.

— *recordando la advertencia que hizo por la mañana,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.97.

— *los conjurados pretendían arrojar el cadáver,* Suetonio, *Julio César,* 82.4.

— *Antes de que terminase el día, una tormenta azotó Roma,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.52.1; Pseudo Aurelio Víctor, *De viris illustribus*, 48.10, dice que el día del funeral de César el sol cambió de órbita.

— *Con la puesta del sol.* En realidad, la aparente puesta del sol, algo más tardía que la real. Véase http://www.esrl.noaa.gov/gmd/grad/solcalc; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.101-102.

— *abunda en paradojas,* Elizabeth Rawson, «The Aftermath of the Ides», en J. A. Crook, Andrew Lintott y Elizabeth Rawson, eds., *The Cambridge Ancient History*, 2ª ed., vol. 9, *The Last Age of the Roman Republic,* Cambridge University Press, Cambridge 1994, 468.

— *Los hombres atrincherados en la colina,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 25.94; Floro, *Epítome de historia romana*, 2.17.2.

— *Lépido trasladó a sus hombres,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.106; Zonaras, *Epítome de historias*, 10.12 (492C).

— *Al alba Lépido convocó una Asamblea en el Foro,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.22.2.

— *Lépido, dispuesto a lanzarse,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.103, 106.

— *El círculo más íntimo de partidarios de César,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 26.106.

— *Carinae (Quillas),* al noreste del Foro en el arenal entre las colinas Oppius y Velia, Carinae se encontraba más o menos entre la moderna estación de metro del Coliseo y la iglesia de San Pietro in Vincoli.

— *debido a la forma que adoptaban,* o tal vez porque la ondulación del terreno recordaba a una serie de botes volcados. Véase Lawrence Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, EE. UU. 1992, 71.

— *La reunión se alargó hasta la tarde,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.124. Sobre los detalles, véase también Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 27.106.

— *Cayo Macio temía un levantamiento en la Galia Belga,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.1.1, 14.9.3.

— *su hijo Sexto,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 16.4.2.

— *carecía de tropas,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.34.5-6.

— *Los reunidos en casa de Antonio optaron por la negociación,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.124.

— *aquella larga noche,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.125, 134.

— *Antonio se hizo con el control tanto de la fortuna personal de César como de sus documentos estatales,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.125.

— *Según Plutarco, las riquezas del dictador,* Plutarco, *Antonio,* 15, probablemente unos 25 millones de denarios o 100 millones de sestercios. Véase Plutarco, *Cicerón*, 43.8; Apiano, *Las guerras civiles*, 3.17; Christopher Pelling, *Life of Antony/Plutarch,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1988, comentarios *ad loc.,* 155.

— *Cina se presentó vestido con la capa,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.126; Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.14.2, *Filípicas*, 2.89.

— *ya estaban llegando a Roma más soldados de César,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.49, 27.103.

— *Nicolás afirma, exagerando,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.49.

— *dignatario de la temprana República,* Espurio Casio Vicelino, ejecutado en el 485 a. C.

— *un mapa de Italia* pintado, o una posible representación alegórica. Varro, *Sobre la agricultura*, 1.2.1; Lawrence Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, EE. UU. 1992, 379.

— *casi todos los detalles de lo que ocurrió tienen su origen en Apiano y en Dion,* para contrastarlos, véase Apiano, *Las guerras civiles*, 2.126-35; Dion Casio, *Historia romana*, 44.22-34.

— *Galia Trasalpina,* que, a diferencia de la situación anterior, comprendía el centro y el norte de Francia, además de Bélgica, pero ni la Provenza ni Marsella, escindidas.

— *su hijo se convertiría en el emperador Tiberio,* Suetonio, *Tiberio*, 4.1.

— *«¡Paz!», gritaban algunos, a lo que otros replicaban: «¡Venganza!»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.131.

— *Cicerón habló largo tiempo,* Cicerón, *Filípicas*, 1.1; Dion Casio, *Historia romana*, 44.22-34; Plutarco, *Cicerón*, 42.3; Tito Livio, *Periochae*, 116.4.

— *en privado no había dejado de tildar al dictador de monarca,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 13.37.2.

— *«por ser ventajoso para el estado»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.135.

— *Antonio propuso abolir la dictadura,* Cicerón, *Filípicas*, 1.3, 2.91.

— *juzgó sus movimientos como una mera retirada táctica,* Cicerón, *Filípicas*, 2.90-92.

— *Cicerón explicó más tarde,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.10.1, 14.14.2; *Filípicas*, 1.1.

— *templo de Júpiter,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.141.

— *Apiano expuso ese discurso,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.137-42.

— *Cicerón buscaba las explosiones,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.1. 2.

— *Comprendía su angustia,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.34.5.

— *Además de Antonio y Dolabela, intervino Cicerón,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.142.

— *Dion afirma que los conjurados,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.34.3.

— *lanzaron los juramentos más severos,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.34.3.

— *rehenes,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.142; Joel Allen, *Hostages and Hostage-Taking in the Roman Empire,* Cambridge University Press, Cambridge, EE. UU. 2006, 47-48.

— *Puede que, como afirma Apiano,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.142.

— *la mayoría de los romanos se alegraban,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.35.1; Tito Livio, *Periochae,* 116.4.

— *si escondía un puñal bajo la axila,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.34.7.

## Capítulo 10
## UN FUNERAL PARA EL RECUERDO

César estaba muerto, pero no enterrado. En una ciudad que convertía en materia política el descanso de sus nobles fallecidos el asunto no era menor. La lucha por el futuro de Roma pasó de la consideración de los actos de César y el estatus de sus asesinos a las pompas y el duelo por el dictador. Si la atmósfera ya era tensa, estaba a punto de volverse aún más opresiva.

### *18 de marzo: ¿un funeral de Estado?*

El día siguiente a la cena en casa de Antonio, Casio precipitó los acontecimientos. El Senado se reuniría de nuevo en una sesión promovida por Pisón, el suegro de César, al que este había nombrado albacea, y que exigía que su testamento se leyese en público y el dictador recibiese un funeral de Estado –honor infrecuente concedido solo a Sila y unos pocos más–. Antonio le apoyó firmemente y Casio se opuso con idéntica firmeza, al igual que, en privado, Ático, el amigo de Cicerón, previendo un gran daño para la causa de los conspiradores. Los funerales eran con frecuencia para la nobleza romana, a pesar de su privacidad, un acontecimiento político; una celebración pública supondría un impacto aún mayor. Puede que Ático estuviese rememorando el espléndido e intimidante rito militar recibido por Sila hacía 35 años. Irónicamente, en aquella ocasión el padre de Lépido se opuso con fuerza, pero perdió la votación. De forma más reciente durante el entierro privado del demagogo Clodio en el 52 a. C. había estallado una situación de violencia generalizada. Pero Bruto cedió en los dos asuntos y el Senado votó a favor de la lectura pública del testamento

de César y de la celebración de un funeral de Estado. Antonio se reservó el derecho de pronunciar la oración fúnebre, y en esa misma sesión se confirmó el carácter divino del dictador.

Visto en retrospectiva, permitir el funeral fue un error, pero Bruto pudo considerar que no cabía alternativa. La demanda popular por un acuerdo mutuo lo exigía y, por otra parte –tal y como Apiano afirma que dijo Antonio–, los soldados de César no tolerarían que su cadáver fuese arrastrado, vilipendiado y desterrado como el de un tirano. ¿Qué garantías podrían albergar acerca de sus propiedades si el cuerpo del que se las otorgó era tratado con tal desprecio? Bruto se sentiría reconfortado por la conducta de los soldados de Lépido en el templo de Terra el día anterior, cuando salvaron a Cina de aquella muchedumbre en la que también estaban presentes los veteranos. Podría pensar incluso que mantendrían el orden en caso de que el funeral se les fuese de las manos. Tal vez incluso Lépido se lo prometió. No se sabe.

Era mucho lo que dependía de los soldados, tanto de los legionarios como de los veteranos. Bruto podía no reconocer que el Senado estaba a su merced, pero tampoco se opuso a sus peticiones.

### *19 de marzo:*
### *últimas voluntades y testamento*

Al día siguiente, el 19 de marzo, Antonio presidió en su casa la lectura del testamento de César; se trataba del mismo documento que el dictador había firmado el anterior 15 de septiembre en su villa, al sur de Roma, entregándolo después a las vestales para que lo custodiasen. Ni Antonio ni Décimo, sus compañeros de viaje en el trayecto de vuelta desde la Galia hasta Italia el anterior verano, obtuvieron demasiado. El ganador fue Octavio, que heredaba tres cuartas partes de la fortuna privada de César, mientras el resto iba a parar a manos de sus primos Pedio y Pinario, también descendientes

de la hermana del dictador. César adoptaba, además, póstumamente a Octavio en su familia, dándole su nombre, y designaba a varios de sus asesinos como tutores de su hijo, en caso de que naciese. No han trascendido sus nombres, pero es probable que Décimo fuese uno de ellos, ya que César le concedió un honor adicional: el de ser el segundo heredero en caso de que el primero no fuese capaz o no quisiese recibir la herencia. Antonio recibió una distinción similar.

Seguramente Décimo conocía o intuía la elección de Octavio al unirse a la conspiración, pero para el leal Antonio pudo ser una sorpresa. Al otorgar a su nombre ese valor, César realizó una enorme contribución al pueblo romano. Además, legó a cada ciudadano la suma de 300 sestercios (equivalente a 75 denarios), apenas inferior a la que había repartido en sus marchas triunfales del 46 a. C. A esto añadió la conversión de su propiedad junto al Tíber, los Jardines de César en los que se albergaba Cleopatra, en un parque público. Incluso desde la sepultura el dictador era un consumado político que velaba por sus partidarios entre la plebe urbana.

Es probable que su testamento se abriese en público, y desde luego se filtró su contenido. Su generosidad puso a los que le habían asesinado aún más en la diana, especialmente a Décimo, cuya condición de heredero alternativo y homicida pasó a ser escandalosa.

Detengámonos un momento a considerar la escena a ojos de Antonio el 19 de marzo, víspera del funeral. Su mecenas, César, estaba muerto, pero apenas le había mencionado en el testamento, y en su lugar había nombrado heredero a Octavio. Dolabela, enemigo de Antonio, se había alzado con el consulado, y él debía aceptarlo. Su colega Lépido disponía de un ejército, y él, no. Ni el Senado ni el pueblo habían concentrado su justa ira en los asesinos. Al refrendar los actos del dictador, el Senado permitía a Décimo ocupar el gobierno de la Galia Italiana, y a otro de los asesinos, Trebonio, el de el Asia Romana (Turquía occidental). La importancia

de estas dos provincias residía en el gran valor militar de la primera y la extracción de riquezas de la segunda. No obstante, no todo era negativo para Antonio. Sus maniobras para el acuerdo mutuo del 17 de marzo le habían hecho sumar puntos ante la opinión pública más moderada, y al concitar los apoyos suficientes para el funeral público había complacido a los partidarios de César. En resumen, su futuro parecía incierto. Entre sus «amigos» se encontraban rivales como Octavio y Lépido; en otro flanco se situaban los asesinos y sus aliados, muchos de ellos, antiguos camaradas de Pompeyo que reclamaban el retorno de sus propiedades. Como liquidador de sus bienes, Antonio se inquietaría por sus ansias de venganza, especialmente con Sixto Pompeyo al acecho.

En la tempestad de problemas, sin embargo, flotaba una tabla de salvación; el funeral de César. Como cónsul, amigo y pariente lejano del dictador, Antonio se había ganado el derecho de pronunciar su plegaria fúnebre. De forma repentina se le había ofrecido la mejor plataforma de Roma, y aprovechó la ocasión. Como Bruto, estaba casado con una mujer que le empujaba a la acción. Fulvia, viuda de Clodio, había jugado un papel muy activo en el funeral del demagogo en el 52 a. C., y podía mostrarle cómo debía comportarse. En Roma los entierros y el duelo eran asuntos femeninos, pero una mujer con la capacidad de Fulvia podía aprovecharlos, en un mundo masculino, en su propio beneficio.

Sin embargo, aparte de lo que hiciese Antonio, existía otro factor importante. Día tras día afluían a Roma veteranos «en grandes cantidades», y su influencia resultaría tan decisiva como impredecible. Sí, cabía esperar que el clamor se fuese apagando. Sí, las tropas de César le adoraron en vida. Pero casi todos tenían un solo medio para llegar a Roma: a pie, y muchos debían caminar cientos de kilómetros o más. Y aun así lo hacían. Amaban a César, odiaban a su asesino, y temían por sus riquezas recientes. El viaje podía ser informal y desorganizado pero, a su modo pausado, no dejaba de ser una marcha sobre Roma, tan efectiva como si las

legiones hubiesen llegado portando estandartes y haciendo sonar las trompetas.

César estaba muerto, pero el cesarismo vivía. Este secreto político romano se desveló la tercera semana de marzo del 44 a. C. El Senado se seguía reuniendo y dictado decretos, y el pueblo seguía mereciendo tanto respeto como para que los magistrados lo cortejaran en los discursos públicos. Pero, en última instancia, la palabra final la tenían los veteranos de César que estaban convergiendo en Roma con todas sus armas. Si los asesinos hubiesen repartido una paga extraordinaria o hubiesen incrementado las concesiones de terrenos, podrían haber olvidado su lealtad a César, pero les ofrecieron demasiado poco como para ganarse su confianza. Casio lo descubrió y tal vez Décimo, siendo un hombre de armas, también.

Como cónsul, general de éxito y estrecho aliado de César, Antonio se convirtió en el líder natural de un enorme ejército. De jugar bien sus cartas en el funeral del dictador, podía afianzar esa posición. El 17 de marzo había abogado por la amnistía, pero después se lanzó a la yugular. Sin rechazar formalmente el perdón, mostró quién mandaba de verdad en Roma. Fue un oportunista, pero, teniendo en cuenta su vulnerabilidad, ¿quién no lo habría sido?

*20 de marzo: vienen a enterrar a César*

Shakespeare se quedó corto al dramatizar el funeral de César. ¡Debería haber visto el verdadero! El que se celebró fue aún más teatral que el salido de la pluma del Bardo.

Los entierros eran siempre, entre la nobleza romana, un espectáculo, con estos elementos habituales: el cuerpo expuesto durante siete días, la procesión funeraria portando el cadáver hasta el Foro, un miembro de la familia o un actor profesional con una máscara de cera y un atuendo para representar al finado, mientras entre la procesión otros participantes, también disfrazados,

simulaban ser sus antepasados, una plegaria fúnebre pronunciada desde la tribuna de oradores, el entierro y un banquete. El espectacular funeral de César combinó música, actuaciones, una procesión, un coro, elegías, una pira funeraria que rivalizaba con las de un jefe tribal galo y, para terminar, disturbios. El asesinato de César no pudo compararse con su entierro. Un homicidio de puertas para adentro, frente a centenares de miembros de la élite romana, seguido de un desfile hasta el Capitolio de gladiadores y senadores blandiendo puñales no era un asunto menor, pero se quedaba pequeño comparado con un evento que atestó el Foro Romano con miles de asistentes.

César había dictado las instrucciones para su funeral a Atia, su sobrina y madre de Octavio, pero no había previsto que le asesinasen, y el funeral subrayó el crimen. Alguien debió de adaptar el plan, probablemente Antonio. En las últimas décadas Roma había albergado varios funerales espectaculares. El mayor de todos fue el de Sila, el dictador, en el 78 a. C. Sila había muerto en su villa del golfo de Nápoles, y su cuerpo fue llevado a Roma en una litera dorada, precedida por trompetas y hombres a caballo, y seguida por soldados de infantería portando estandartes con las *fasces*. Una vez en Roma la procesión atravesó las calles luciendo –según las fuentes– más de 2.000 coronas de oro, ofrecidas por sus legiones, amigos y varias ciudades. El Senado en pleno y los altos magistrados, numerosos caballeros, y todas las legiones marcharon de uniforme, mostrando estandartes brillantes y escudos plateados. Hicieron falta al menos 210 carros para transportar las hierbas aromáticas y las especias donadas por las matronas romanas, de gran utilidad a la hora de enmascarar el olor del cadáver comido por los gusanos de Sila y mitigar el hedor de la carne ardiendo en la pira. Tras la oración fúnebre pronunciada en la tribuna, un grupo de fornidos senadores transportó el féretro hasta el Campo de Marte, reservado tradicionalmente para el entierro de los reyes. Mientras ardía la pira perfumada, los caballeros y el ejército presentaron sus

armas y, finalmente, los restos se enterraron en una tumba en ese mismo lugar.

En el funeral de Sila hubo un elemento que no se debería pasar por alto: el miedo, especialmente a sus soldados armados. Este miedo condujo a los sacerdotes y sacerdotisas de Roma a escoltar con sus vestimentas el cuerpo, y provocó que los senadores, caballeros y la plebe urbana –incluyendo a aquellos que odiaban al dictador– se incorporasen a los lamentos de despedida de sus partidarios.

En el 69 a. C. César organizó un entierro memorable para su tía Julia, viuda de Mario, el gran enemigo de Sila. El dictador pronunció la plegaria fúnebre, alabando a su familia y señalando su origen divino y monárquico, a modo de presagio del declinar de Sila y la vuelta de los populistas, y de anuncio de que su ambición no conocía límites.

Por último aparecía el funeral de Clodio en el 52 a. C., evento radicalmente distinto. Improvisado tras la repentina muerte del demagogo en la vía Apia, fue un caso de populismo desatado. El cuerpo herido se exhibió en su casa, y una multitud lo trasladó hasta el Foro al día siguiente. No hubo lugar ni para la habitual procesión ni para las máscaras del fallecido y sus ancestros. La muchedumbre interrumpió cualquier intento de hablar de los tribunos de la plebe, y después se amotinó e incendió el Senado, sobre cuyas ruinas procedieron después a la cremación de Clodio. Antonio, uno de sus defensores, asistiría a este funeral pero, incluso si no lo hizo, Fulvia le explicaría todo lo que debía saber. Ella misma había incitado a los partidarios de Clodio al exhibir su cadáver y sus heridas la noche en la que le llevaron a Roma.

Como en el entierro de Sila, el funeral de Clodio sin duda provocó miedo, pero en este caso más por la multitud que por los soldados. El de César, por su parte, logró que surgieran ambos temores.

Antes de que comenzase la ceremonia, se emplazó un altar dorado en la tribuna de oradores, y una pira funeraria en el Campo

de Marte, junto a la tumba de Julia. El cadáver reposaría sobre ese altar, diseñado a semejanza del Templo de Venus. Los pregoneros prohibieron al público unirse a la procesión, para evitar que se extendiese tanto como se preveía que podía suceder. A cambio, sugirieron que se buscase otra ruta para llegar hasta el Campo de Marte y depositar los presentes en la pira.

La procesión arrancaría de la Domus Publica, con músicos y porteadores con bustos del difunto. Los actores, puede que cinco –uno por cada triunfo del dictador– participarían con máscaras de cera de César, revestidos con la toga triunfal. Como era habitual en el funeral de un noble, habrían ensayado para imitar los andares y el porte del difunto.

Las máscaras funerarias romanas no representaban a los muertos, sino que se modelaban en vida. Algunos experimentos modernos han demostrado que este tipo de máscaras poseen una vivacidad asombrosa; en el caso de un hombre tan adinerado como César, se habría procurado la cera más dúctil y cara, con frecuencia importada de países muy lejanos, para poder fundir una máscara más expresiva. Con su representación y sus máscaras, el actor o actores que representaban a César ofrecerían la espeluznante impresión de un muerto vuelto a la vida.

Los portadores de antorchas y los libertos –recién obtenida su condición por el testamento de César– precederían al cadáver. Los magistrados, antiguos y actuales, lo conducirían sobre un lecho de marfil cubierto con púrpura y oro. Aunque lo habitual era que fuese descubierto, en este caso estaba tapado, y una imagen de cera representaba al difunto.

Pisón, el suegro del dictador, condujo a la comitiva hasta el Foro, en el que se había congregado un gran número de hombres armados –veteranos de César, con toda probabilidad–, que se lanzaron a escoltarlo como un cuerpo de guardia. Entre el griterío de la procesión, colocaron el cuerpo y su reclinatorio de marfil en el altar de la tribuna de oradores. Frente a este altar la toga que vistió

César el día de los Idus pendía de un trofeo, posiblemente una lanza. A continuación se escucharon más lamentaciones, condolencias y el entrechocar de escudos de los hombres armados. Si Apiano está en lo cierto, los soldados empezaban a lamentar la amnistía concedida el 17 de marzo.

Asistió una multitud, aunque no fue representativa de la opinión pública romana; la mayor parte eran partidarios de César, y, entre ellos, muchos de sus veteranos. Los conspiradores permanecieron alejados, y los más prudentes se atrincherarían en sus casas.

En Roma las mujeres asistían en los funerales; en este caso, Calpurnia estaría presente, con Atia y el resto de mujeres de la familia de César, al contrario que Cleopatra, por la prohibición que pesaba sobre los monarcas para penetrar en los límites sagrados de la ciudad. Lo más probable es que se encontrase en la otra orilla del Tíber, en la villa del dictador.

Para Antonio había llegado la hora de hablar, haciendo uso del privilegio de pronunciar la elegía. Es el discurso que Shakespeare inicia con la frase «Amigos, romanos, compatriotas», que Antonio no empleó. ¿Qué dijo exactamente? Las fuentes difieren en pleno. Cicerón, Apiano, Plutarco y Dion atribuyen a Antonio un discurso emocional, mientras Suetonio afirma que sus palabras no pueden considerarse una oración fúnebre. Por el contrario, se limitaron a la proclamación por parte de un heraldo de los decretos del Senado en el que se conferían a César todos los honores divinos y humanos, a lo que Antonio añadió unas breves palabras de su cosecha. Cicerón, que sostiene que el discurso fue demagógico, parece más atinado que Suetonio. Es cierto que el orador se inclinaba por uno de los bandos, era un oponente político de Antonio y además no asistió al evento, pero también es cierto que, cuando se dirigió al Senado en octubre del 44 y aludió a ese discurso, pronunciado unos seis meses antes en presencia de muchos de los que allí se congregaron, no pudo desfigurar por completo las palabras de Antonio. Tal vez Suetonio se dejó llevar por la omnipresente propaganda en contra

de Antonio que se difundió los siguientes años. Sea como fuere, dijese Antonio una cosa u otra en esta ocasión tan formal, fue la estrella del melodrama que se produjo después, y su *vis* teatral caló más hondo que su retórica en los ánimos de la muchedumbre.

La versión que ofrece Apiano, aunque dramática en exceso, parece la más verosímil. Según este, Antonio leyó una lista de los honores que habían concedido el Senado y el pueblo a César, enfatizando su clemencia y su carácter de padre de la patria. Señaló además la ironía de que aquel que jamás había ocasionado daño a nadie que buscase su auxilio había acabado siendo asesinado a cambio. Negó que hubiese sido un tirano y recordó la promesa de los senadores, que de romperse les haría malditos, de considerar a César sagrado e inviolable y vengarse de todo el que atentase contra él. Se volvió después hacia Júpiter, cuyo templo acechaba sobre el Capitolio, afirmando ante él que estaría dispuesto a cumplir esa venganza él mismo, de no tener el deber de respetar la amnistía. En ese momento los senadores provocaron una algarabía, y Antonio suavizó sus palabras, proclamando que lo pasado, pasado estaba, advirtiendo además de los peligros de una guerra civil.

A continuación ofreció una nueva versión del clásico himno lacrimógeno. Alabó a César como a un dios, y desgranó con celeridad sus logros: guerras, victorias, pueblos conquistados y tesoros obtenidos para Roma. Se inclinó y se alzó de nuevo, elevó las manos al cielo, se lamentó y lloró, recorriendo toda la escala musical con elevaciones y descensos de la voz. Se supone que después descubrió el cuerpo de César –un detalle inverosímil–, colocó la toga en la punta de una lanza y la mostró, exhibiendo los desgarrones provocados por el ataque de los asesinos y las manchas secas de sangre.

El hecho más reseñable fue que Antonio logró congregar a la multitud en torno a sí, como si él fuese el protagonista y ellos le replicasen a coro. La audiencia siguió el sonido de la flauta a su debido tiempo, mientras Antonio recitaba las hazañas y sufrimientos

de César. Tras él intervino un actor que representaba al dictador, y que enumeró a todos aquellos a los que este había favorecido, incluyendo a los asesinos. A continuación, haciendo uno de los usos del sarcasmo más inspirados de la historia, citó una frase de una tragedia romana que parecía acuñada para la ocasión: «¿Los salvé acaso para que acabasen conmigo?», más amarga aún que la que puso Shakespeare en labios de Antonio en su discurso fúnebre, cuando llama a los asesinos una y otra vez «hombres honorables».

La actuación condujo al pueblo a un estado cercano al motín, enfurecidos por la ingratitud de los homicidas, especialmente la de Décimo. Poco después, sobre la tribuna de oradores, una imagen de cera de César se elevó sobre el cuerpo y, gracias a un artilugio mecánico, rotó mostrando sus heridas, incluidas las del rostro.

La multitud tomó el control de la situación, asiendo el féretro de César y portándolo a hombros, ignorando la disposición de cremarlo en el Campo de Marte y tratando de cumplir con esta ceremonia en el templo de Júpiter del Capitolio o en la Curia Pompeya. Dion sostiene que los soldados de Lépido lo evitaron, temiendo que pudiesen destruir esos edificios y los adyacentes. Los que abogaban por la Curia fueron acallados y, finalmente, el féretro acabó en el Foro, donde se alzó una pira formada por ramas secas y bancos de la corte de justicia cercana, que ardió frente a la residencia real que César había ocupado como Sumo Pontífice. Más tarde se extendió el rumor de que dos «seres» armados con espadas les habían guiado, en una figura que recordaba a los dioses gemelos Cástor y Pólux. ¿Fue solo una leyenda posterior, u ordenó alguien a dos actores que se disfrazasen para conducir a la multitud?

El pueblo comenzó a presentar sus ofrendas, y músicos y actores arrancaron las telas que cubrían los trofeos de César, desgarrándolas y arrojándolas a las llamas. Los legionarios de las unidades de veteranos hicieron lo mismo con las armaduras que habían portado en el funeral, y las mujeres lanzaron a su vez sus joyas y las togas y amuletos de sus hijos.

Finalmente se produjo una revuelta; Cicerón afirma que los participantes fueron esclavos y pobres o «rufianes, casi todos esclavos», pero cabe preguntarse si no intervendrían también los veteranos. Cuesta imaginar que no estuviese preparada de antemano. Antonio, que había formado parte en su día de la banda de Clodio, y Fluvia, que además de ser su viuda era una habilidosa reclutadora de soldados, serían los evidentes culpables. César había abolido las bandas, pero César estaba muerto. Antonio, Fluvia, o los dos, pudieron haber preparado el terreno con sus antiguos amigos de las bandas, incluyendo tal vez a los veteranos.

La muchedumbre se encaminó hacia las casas de Bruto y Casio con antorchas, y fueron repelidos con dificultad, tal vez por parte de los gladiadores de Décimo. Los asesinos debían conducirse con cuidado aquel día, y se sabe que al menos uno de ellos –Publio Servilio Casca– se hizo rodear de una nutrida escolta. La masa logró incendiar la casa de un tal Lucio Belenio, por otra parte desconocido, pero seguramente partidario de los asesinos. Cicerón afirma que las mismas teas que se emplearon para incinerar el cuerpo de César se utilizaron contra la vivienda de Belenio. Los agitadores se volvieron contra una víctima desafortunada, el tribuno de la plebe y poeta Helvio Cina. Aunque se trataba de un partidario de César, la multitud le confundió en realidad con el odiado pretor Cornelio Cina. Le mataron y le decapitaron, y su cabeza fue paseada por las calles. No consta que los soldados hicieran nada por evitarlo o por proteger los bienes de los conspiradores.

Cicerón no duda en culpar a Antonio. En un ardiente discurso frente al Senado al año siguiente dijo de él: «La hermosa oración fúnebre fue tuya, la emotiva llamada fue tuya, la exhortación fue tuya: tú, tú, tú prendiste esas antorchas». Para entonces el acuerdo mutuo del 17 de marzo se había roto, y todos se habían posicionado. Es preciso tomar con cuidado las palabras de Cicerón, pero sin duda Antonio era la respuesta a la clásica pregunta romana, *qui bono?*, ¿a quién beneficia? Para él, el funeral fue una ocasión única de

reclamar el liderazgo del partido de César, pero para lograrlo debía ser cauto y ganarse el favor de los veteranos; a pesar de proclamar que defendía la amnistía, sus hechos sugerían lo contrario.

Los asesinos asumieron que los romanos deseaban la paz y el acuerdo, y estaban en lo cierto. Lo que no calibraron fue la crueldad de Antonio y de los veteranos del dictador. Cuando estos soldados se arremolinaron en Roma, ofrecieron a Antonio una oportunidad única, o tal vez le empujaron sin remedio.

### *Después del 20 de marzo: el duelo como diplomacia*

Por fin se apagó la pira, y los restos de César acabaron en el panteón familiar del Campo de Marte. El duelo, sin embargo, prosiguió, y extranjeros y habitantes de Roma siguieron llorando al dictador. Suetonio ofrece una muestra de la política étnica romana con esta sentencia: «En la cúspide del dolor público, una multitud de pueblos extranjeros se lamentaban en torno a la pira, cada uno a su manera, y especialmente los judíos, que atestaron el lugar del funeral incluso los días siguientes». La desproporcionada presencia de judíos entre los que guardaban luto se merece una explicación.

Un general romano, triunfador en diversas provincias, acumulaba numerosos clientes extranjeros. Entre ellos, César fue el primero, y además se había hecho un nombre como defensor de las élites de distintas regiones, especialmente en la Galia Italiana, pero también en la llamada Provincia (la actual región de Provenza en Francia) y en Hispania, así como entre algunas comunidades del Imperio. Una de sus alianzas más fructíferas y duraderas fue con varias comunidades judías.

Su relación con este pueblo no se pareció en nada a la de Pompeyo, que conquistó Judea, saqueó el Templo, deportó a los judíos a Roma como esclavos y trazó el camino para que la región acabase dividida y devastada. César, por el contrario, declaró a

Judea aliada y amiga del pueblo romano, restauró su integridad territorial, redujo los impuestos y permitió la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, garantizando, además, los privilegios de las comunidades judías de la diáspora, en Roma y otros lugares.

La simpatía de César hacia este pueblo supuso un agradable cambio con respecto a la hostilidad verbal de gran parte de la élite romana, como Cicerón, Horacio, Tácito y Juvenal, por no mencionar –por supuesto– la brutalidad de Pompeyo. Aun así, la relación entre el dictador y los judíos no pasaría de ser un matrimonio de conveniencia. En Egipto, en el año 48 a. C., las tropas hebreas acudieron al rescate, y el dictador lo tuvo en cuenta más tarde, contemplando tal vez Judea como una posible base desde la que atacar Partia. En la tierra de Israel, sin embargo, es probable que muchos le viesen como un conquistador, mejor que Pompeyo pero no por eso bienvenido. Además había sido favorable a Antipas, padre del rey Herodes, odiado tanto por los rabinos como por el pueblo.

Los judíos que velaron día tras día a César podían sentir una admiración genuina hacia él. Incluso, en el caso de que no les resultase simpático, tal vez deseaban permanecer en términos amistoso con sus amigos, a los que verían como probables vencedores en la lucha de poder.

*Después del 20 de marzo:* ***Et tu, Decime?***

El funeral de César fue un espectáculo tan grandioso como el de Sila, y sus consecuencias, tan violentas como las del de Clodio. La amnistía, aún en vigor, quedó puesta en entredicho por los disturbios posteriores. Una vez pasados, los cónsules establecieron que solo los soldados portasen armas, desbravando a los gladiadores de Décimo, y extendiendo la comprensible sensación entre los conjurados de que debían pasar desapercibidos, o incluso huir para salvar la vida.

Décimo era la persona más odiada de Roma. Otros amigos de César le habían traicionado en los Idus, pero solo él había cenado

junto al dictador la noche previa y le había conducido desde su casa hasta la muerte. Solo Décimo había protegido a los asesinos con sus gladiadores y, para colmo, el dictador le había mencionado en su testamento. Para el público romano era demasiado. Cuando pocos meses después Antonio le tildó de envenenador, suscitaría algunos signos de aprobación. No consta que dijese *Et tu, Decime?*, pero la frase resume bien el sentir del pueblo.

Nos ha llegado una carta notable de Décimo a Bruto y Casio, de fecha incierta pero escrita probablemente poco después del funeral de César. Lamentando su posición, Décimo explica que el día anterior le había visitado Hircio, amigo íntimo de César, y le había confesado que la mentalidad de Antonio era peligrosa y traicionera.

Según Décimo, Hircio le informó de que Antonio había dicho que no podía concederle la provincia de la Galia Italiana, y que la permanencia en Roma era insegura para los asesinos, por el estado de ánimo del pueblo y de los soldados.

Para Décimo, eran simples mentiras: lo que Hircio le reveló en realidad fueron las verdaderas intenciones de Antonio, que consideraba que con un «leve impulso a la *dignitas* de los asesinos», estos estarían fuera de todo peligro frente a los agitadores populares. ¿A qué se refería con aquel «leve impulso a la *dignitas*»?

Décimo había perdido toda esperanza. Pidió permiso a una comisión senatorial para desempeñar un servicio público en el extranjero, e Hircio le apoyó, pero dudaba de que los senadores accediesen. La opinión general se había vuelto contra los asesinos, y Décimo afirmaba en la carta que no le sorprendería ser declarado, junto con sus amigos, un enemigo público. Por lo tanto recomendaba a los destinatarios «dejarlo en manos de la fortuna». La solución era el exilio, y su apuesta más segura podía ser Sexto Pompeyo en Hispania o Cecilio Baso, gobernador rebelde de Siria.

El último párrafo de la carta parece una postdata en la que Décimo expone un nuevo plan. Siguiendo tal vez nuevos datos, se muestra entusiasmado, y afirma que Hircio desea que permanezca

en Roma, exigiendo que reciba protección pública. En apariencia, sería suficiente para dar ese «impulso a su *dignitas*» al que se refería antes.

Podría parecer curioso que Décimo, entre todos ellos, el mismo que había traicionado a César, calificase a alguien como Antonio de traidor. Pero él no se veía a sí mismo como le veían los demás. En varias cartas redactadas el año siguiente lamentó que le tildasen de villano y atacasen a su dignidad, atribuyendo malicia a los que lo hacían. Estaba convencido de que él representaba a su patria, mientas sus enemigos formaban la «conspiración más endiablada». ¿Traicionar a César? En lo que a él respectaba, no había hecho nada malo, y punto.

Finalmente Décimo permaneció en Roma, sin escolta, hasta principios de abril, cuando se dirigió a la Galia Italiana. Allí disponía de dos ejércitos a sus órdenes, además de sus infames gladiadores. La situación de Bruto y Casio en Roma tras los Idus, sin estar tan comprometida como la de Décimo, tampoco era buena. Habían blandido los puñales en los Idus de marzo, y una semana después la presencia de los veteranos de César en Roma ofreció a Antonio escudos y espadas. Finalmente, a mediados de abril, ambos dejaron la ciudad. Para entonces el escenario político incluía un nuevo factor.

Los asesinos de César cayeron en una contradicción. Para asegurar su posición necesitaban un golpe de estado, y en cambio cometieron un homicidio y pronunciaron discursos. La revolución, como dijo Mao, no es ofrecer un banquete.

Emerson afirmó que, si golpeas a un rey, debes acabar con su vida. Los conjurados creyeron hacerlo al matar a César, pero se equivocaron. El rey no era César, sino el cesarismo, la idea de que un general con sus ejércitos podía dominar la República. Para acabar con esta idea lo único que cabía hacer era defender a esta institución derrotando a sus enemigos para siempre. Sin embargo, para conseguirlo, era necesario disponer de un ejército y estar decidido a emplearlo en una guerra.

Los conspiradores habían perdido a los veteranos en Roma, y debían empezar a reunir un ejército, tanto en Italia como en el este, atrayendo a todos los soldados curtidos en batalla que pudiesen. Si lo entendieron así en los Idus, jamás lo admitirían. Hacerlo suponía aceptar la paradoja de que solo las legiones podían salvar a una República del gobierno de las legiones.

---

NOTAS

— *El Senado se reuniría de nuevo,* Plutarco, *Bruto*, 20.1; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.135-36; Suetonio, *Julio César,* 83.1.

— *al igual que, en privado, Ático,* Cicerón, *Cartas a Ático*, 14.10.1, 14.14.3.

— *Apiano afirma que dijo Antonio,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.134.

— *del testamento de César,* Suetonio, *Julio César,* 83.2; Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.48; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143; Dion Casio, *Historia romana*, 44.35.2.

— *«en grandes cantidades»,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.49.

— *Antonio se convirtió en el líder natural de un enorme ejército,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.50.

— *un jefe tribal galo,* César, *La guerra de las Galias,* 6.19.4.

— *César había dictado las instrucciones para su funeral a Atia, su sobrina,* Nicolás de Damasco, *Vida de César Augusto*, 17.48.

— *el de Sila, el dictador,* Apiano, *Las guerras civiles*, 1.105-6; Plutarco, *Sila*, 36-28. Sobre el funeral de Sila, véase *Sulla: the Last Republican*, 2ª ed., Routledge, Londres y Nueva York 2005, 174-76; sobre Sila como un «cadáver perfumado», véase Adrienne Mayor, *The Poison King: The Life and Legend of Mithradates, Rome's Deadliest Enemy,* Princeton University Press, Princeton, EE. UU. 2010, 256.

— *su tía Julia,* Suetonio, *Julio César*, 6.

— *funeral de Clodio en el 52 a. C.,* Cicerón, *A Milo,* 33, 90; Asconio, *Comentario del Milo de Cicerón*, 33, 42C; Dion Casio, *Historia romana*, 40.49.3; Geoffrey S. Sumi, «Power and Ritual: The Crowd at Clodius' Funeral», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 46.1 (1997): 80-102; W. Jeffrey Tatum, *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, EE. UU. 1999, 241.

— *Algunos experimentos modernos,* http://www.archaeology.org/news/1694-40106romanwaxmasksfuneral, http://news.yahoo.com/uncannilylifelikeromanmasksrecreatedwax180427165.html.

— *se lanzaron a escoltarlo como un cuerpo de guardia,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143.

— *Si Apiano está en lo cierto, estos soldados empezaban a lamentar,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143.

— *Cicerón, Apiano, Plutarco y Dion,* Cicerón, *Filípicas*, 2.91; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143-46; Plutarco, *Antonio,* 13.3; Dion Casio, *Historia romana*, 44.35.4-50.

— *sus palabras no pueden considerarse una oración fúnebre*, Suetonio, *Julio César,* 84.2.

— *La versión que ofrece Apiano,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143-46.

— *el sonido de la flauta,* Apiano, *Las guerras civiles*, 2.146; H. I. Flower, *Ancestor Masks and Aristocratic Power in Roman Culture,* Oxford University Press, Oxford 2000, 125-26.

— «*¿Los salvé acaso para que acabasen conmigo?*», Suetonio, *Julio César,* 84.2.

— *«hombres honorables»,* Shakespeare, *Julio César,* 3.28.38, 124, 151, 153.

— *Dion sostiene que los soldados de Lépido,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.50.2-3; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.148, afirma que fue el sacerdote de Júpiter el que les detuvo.

— *dos «seres» armados con espadas,* Suetonio, *Julio César,* 84.3.

— *Cicerón afirma que los participantes fueron esclavos y pobres,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 14.10.2.

— *«rufianes, casi todos esclavos»,* Cicerón, *Filípicas*, 2.91.5.

— *La muchedumbre se encaminó hacia las casas de Bruto y Casio,* Plutarco, *César,* 68.2-3, *Bruto*, 20.5-6; Suetonio, *Julio César*, 85; Dion Casio, *Historia romana*, 44.50.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 2.147; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 9.9.1.

— *Publio Servilio Casca se hizo rodear de una nutrida escolta,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.52.3.

— *Cicerón afirma que las mismas teas,* Cicerón, *Filípicas*, 2.91.4.

— *«La hermosa oración fúnebre fue tuya»,* Cicerón, *Filípicas*, 2.91.2.

— qui bono?, Cicerón, *A Sexto Roscio Amerino*, 84, *A Milo,* 32.

— *«y especialmente los judíos»,* Suetonio, *Julio César,* 84.5, según la traducción italiana y notas de Carlotta Scantamburlo, Suetonio, *Vita di Cesare, Introduzione, traduzione e commento,* Edizioni Plus, Pisa University Press, Pisa, Italia 2011.

— *Una vez pasados, los cónsules establecieron,* Dion Casio, *Historia romana*, 44.51.1.

— *Antonio le tildó de envenenador,* Cicerón, *Filípicas*, 13.11.25.

— Et tu, Decime?, Apiano, *Las guerras civiles*, 2.143, 146.

— *una carta notable de Décimo a Bruto y Casio,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.1.

— *«leve impulso a la dignitas de los asesinos»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.1.1.

— *«dejarlo en manos de la fortuna»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.1.3.

— *Hircio desea que permanezca en Roma,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.1.6.

— *En varias cartas redactadas al año siguiente,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.10.1, 11.11.2, 11.14.2 (en la que Cicerón cita una

referencia de Décimo a sus detractores en una de sus cartas); cfr. 11.4.1.

— *«la conspiración más endiablada»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.13a.2.

— *La revolución, como dijo Mao, no es ofrecer un banquete,* Mao Zedong, «Report on an Investigation of the Peasant Movement in Hunan» (marzo de 1927), en *Selected Readings from the Works of Mao Tse-tung,* Foreign Languages Press, Pekin, China 1967, 22.

— *Emerson afirmó que, si golpeas a un rey, debes acabar con su vida,* véase Liva Baker, *The Justice from Beacon Hill: The Life and Times of Oliver Wendell Holmes,* HarperCollins, Nueva York 1991, 90-91.

# PARTE III
# **EL CAMINO DE VUELTA**

# Capítulo 11
# LA LUCHA POR ITALIA

Cuando llegó a Apolonia (la actual Pojani, en Albania) el mensajero se encontraba melancólico y agobiado. Este liberto había partido de Roma unos diez días antes, la tarde de los Idus de marzo, y había atravesado a gran velocidad el Adriático, a pesar de que la época del año era peligrosa para la navegación. En sus manos portaba la suerte de un hombre, o puede que la de una nación. La sobrina de Julio César, Atia, le había despachado con una carta para su hijo Octavio, en la que le informaba de la muerte del dictador. Ante un futuro incierto, le recomendaba regresar a casa. El mensajero repitió el consejo, enfatizando el peligro que corría la familia de César, y el gran número que sumaban los asesinos (o, al menos, así lo creía él).

Para Octavio esto supuso un gran impacto y una decepción. Cuatro meses antes había llegado a la estratégica ciudad de Apolonia, un próspero puerto que unía navalmente el norte de Grecia y la ciudad –también portuaria– de Brundisium (Brindisi), en el sur de Italia, con una vía hasta Roma. Apolonia también daba acceso a la vía Egnatia, la gran carretera que se prolongaba hacia el este hasta Byzantium (Estambul). Por lo tanto resulta lógico que Apolonia se convirtiese en el punto de partida para la mayor parte del ejército que César había reunido para su guerra parta. Allí se congregaban seis legiones, un amplio cuerpo de caballería y tropas ligeras, además de abundantes armas y material bélico. Octavio trataba de aprender allí el arte de la guerra, y preparaba una marcha hacia el este con su tío, el dictador, que le había nombrado *magister equitum*. Pero todo había cambiado.

A los 18 años Octavio se preparaba para una carrera hasta la cumbre. Durante su estancia en Apolonia se codeó con los oficiales del ejército y entrenó con la caballería. Se reunía habitualmente con un consejo informal de amigos, de los que el más importante era Marco Vespasiano Agripa. De la misma edad que Octavio, y educado con él en Roma, Agripa se había sentido fuertemente atraído por la vida del soldado. Su consejo fue que Octavio tratase de convencer al ejército de que marchase sobre Roma y vengase a César. Algunos oficiales se mostraron dispuestos a combatir a su lado, pero Octavio los rechazó. Era demasiado joven e inexperto, la actitud del pueblo romano incierta, y los enemigos numerosos. En cuanto a los soldados, no obstante, no albergaba ninguna duda. Mientras César vivió, compartió con ellos su buena fortuna, repartiendo puestos y riquezas que sobrepasaron toda medida. Le vengarían.

Volveremos más tarde sobre los soldados. De momento, Octavio debía ver con sus propios ojos la situación en Roma. También era preciso consultar con el círculo más íntimo de hombres de César, incluyendo a sus banqueros, que tendrían que financiar sus ambiciones. Así pues, se hizo a la mar con un pequeño séquito, encarando un Adriático aún invernal. En lugar de desembarcar en Brundisium escogieron un punto más meridional aún, con un estrecho más accesible. Tras tomar tierra, este cauto joven se dirigió a pie a Lupiae (actual Lecce), una pequeña ciudad interior, alejándose del riesgo de que sus enemigos le esperasen en Brundisium.

Los mensajes desde Roma se sucedieron, informándole puntualmente del funeral de César, del giro contra los asesinos y del éxito de Antonio a la hora de ganarse el apoyo de los veteranos. Entre todos, el más importante era el que se refería al testamento del dictador, por el que nombraba a Octavio su hijo y heredero, legándole tres cuartas partes de su enorme fortuna. Aunque lloró, apenas tuvo tiempo de secarse las lágrimas antes de ponerse en marcha. Su madre le escribió para ponerle en guardia frente a sus

enemigos. Su padrastro también, urgiéndole a rechazar la herencia y refugiarse en una vida anónima. Octavio no quiso ni oír hablar de eso: sabía que César lo logró todo a base de asumir riesgos estratégicos, y él planeaba comportarse del mismo modo.

Tras averiguar que Brundisium era segura se encaminó hacia allí. Las tropas le dieron la bienvenida y le aclamaron como César. El camino a Roma parecía despejado, aunque la ciudad en sí rebosaba de gente que no aceptaría sin luchar a aquel que acabaría siendo César.

Para los que habían matado al dictador y para los que pretendían vengarlo había llegado la hora del combate; para sus mujeres, la de recabar apoyos en el frente doméstico; para Cicerón, último león de la República, la de la heroica resistencia desde su escaño en el Senado. Pero para Octavio y Antonio, los dos herederos de la toga de César, la hora que había llegado era la de la rivalidad.

Décimo y Casio alcanzaron la rápida conclusión de que lo único que importaba eran los soldados, y los recursos para pagarles. A Bruto le costó más asumirlo, pero también lo hizo. Con varios ejércitos a los pies de Antonio y Octavio, había sido prematuro hablar de devolver sus propiedades al Senado y al pueblo. Para restaurar la República, los asesinos y sus partidarios tendrían que luchar. En caso de ganar, y tras restablecer la paz, moviéndose con cuidado y astucia y emprendiendo las reformas necesarias, podrían recuperar la República. De momento, era un objetivo distante.

Durante los tres años posteriores al asesinato, Roma se deshizo y se rehizo de nuevo, pero ya bajo una forma nueva y sorprendente. Los ejércitos marcharon, los soldados se amotinaron, los recaudadores de impuestos se excedieron, los mensajes secretos corrieron de aquí para allá, las damas de la aristocracia conspiraron, los puñales de los asesinos brillaron, los oradores vociferaron, el Senado debatió y reguló, el pueblo se unió, las batallas causaron estruendo, y hasta el espectro de Pompeyo se alzó de nuevo en el

oeste. En resumen, la trama creció tanto como para llenar un tercer libro de *Comentarios*, de haber vivido el dictador para escribirlo.

El mundo sin César seguía siendo un mundo en torno a César. Todo se disputaba: sus riquezas, sus soldados, sus partidarios entre la plebe, sus consejeros, e incluso sus amantes. Octavio reclamó la herencia del dictador, sabiendo que la única garantía de la que disponía vendría dada por su capacidad para resistir en la lucha y su habilidad para navegar en la tormenta.

Roma después de César recordaba a Macedonia después de Alejandro. En ambos casos, los mariscales se disputaron el imperio que ellos habían ganado, en dos culturas militaristas que no podían abrazar repentinamente las artes de la paz. En ambos casos, el ejército extrañaba a su jefe caído, sin perder de vista en buena medida al nuevo. «Venganza» y «lealtad» se convirtieron en las consignas corrientes, en ocasiones, con resultados grotescos. Por el simple hecho de simpatizar con los asesinos de César, había romanos que eran perseguidos y morían asesinados, aunque sin llegar a los espantos de Macedonia, donde se acabó con la vida de la madre, la viuda y los hijos de Alejandro.

Incluso muerto, César seguía marcando la pauta en Roma durante los años que siguieron a los Idus de marzo. «¿Dónde estabas en los Idus?» se convirtió en la pregunta no formulada aquellos días. Antonio y, sobre todo, Octavio debían jugar la carta de la lealtad a César: *pietas*, en latín. Los asesinos, por su parte, lucían sus puñales como unos trofeos primitivos. Amasen al dictador o le odiasen, los corazones en Roma seguían acelerándose ante la conquista y el poder. Hasta Bruto le había rendido homenaje haciendo acuñar su efigie en las monedas cuando todavía vivía, una práctica iniciada por el mismo César, que desterró así una tradición secular romana que lo habría considerado excesivamente falto de modestia.

*Una tormenta se aproxima*

Antonio mantenía todas las opciones en marzo y abril del 44 a. C. Repartió tierras de Italia entre los veteranos y sofocó una movilización radical en Roma. Mostró respeto por el Senado y por los asesinos de César, especialmente por Bruto, con el que siempre mantuvo un cierto reconocimiento mutuo, ya que, como miembros de la nobleza clásica romana, confiaban en poder trazar el destino del mundo con un simple apretón de manos. Cicerón, no. La simpatía que sentía por Antonio no era excesiva, y sospechaba que albergaba enemistad contra los *optimates*. Siendo un recién llegado, nacido de la aristocracia del centro de Italia, Cicerón no experimentó ninguna solidaridad de clase hacia Antonio, al que despreciaba por haberse casado con Fluvia, viuda de su archienemigo Clodio. Estaba convencido de que Antonio estaba falsificando supuestos decretos de César –que tenían rango de ley– y apropiándose de su fortuna. Cicerón siempre creyó que los conjurados habían cometido un error al dejarle con vida en los Idus de marzo.

Antonio, por su propia cuenta, se podría haber convertido en un príncipe de la República como Pompeyo, o como César sin aires monárquicos. Hijo de la nobleza romana, albergaba un respeto residual por el sistema, y poseía una habilidad como orador y general que le habría permitido llegar a su cúspide. Pero nadie le iba a dejar actuar por su propia cuenta: Bruto y Casio le desafiaron desde diversos lugares de Italia, primero, y después desde el este; Sexto Pompeyo suponía una amenaza creciente en Hispania y Marsella; Décimo entrenaba a sus tropas a los pies de los Alpes Italianos al norte; el resto de gobernadores se mostraban tibios con él y, a comienzos del verano del 44 a. C., Cicerón había recabado apoyos en su contra en el Senado. Por último, aunque no entre sus preocupaciones, estaba Octavio, el joven heredero de César que le disputaba el liderazgo en la facción de su tío, y que había reclutado un ejército privado de entre los veteranos –escamoteando alguna legión a su vuelta de Macedonia–, y había reunido partidarios entre las plebes urbanas de Roma.

Ante este panorama, Antonio decidió emplear su posición como cónsul para acumular poder, algo que sus oponentes no le iban a facilitar. Finalmente acabó por convertirse en un revolucionario que terminó de derruir lo que quedaba del gobierno tradicional en Roma, aunque lo hiciese obligado.

Durante una breve estancia en la capital en abril, Octavio aceptó oficialmente su adopción por parte de César, y más tarde empezó a emplear él mismo ese título. La mayoría de las fuentes clásicas se refieren a él así; para evitar la confusión, aunque no sea históricamente preciso, seguiremos denominando Octavio al que, para sus contemporáneos, fue César.

Uno de los títulos que no heredó fue el de Sumo Pontífice; antes de la muerte del dictador, el Senado había decretado que un hijo suyo, biológico o adoptado, le reemplazase en ese puesto. Sin embargo Antonio ignoró esa disposición y colocó a Lépido. Además de no querer ver a Octavio en el cargo, sopesó la importancia de tender puentes hacia Lépido, que estaba a punto de tomar posesión como gobernador en las importantes provincias de la Galia Narbonense y la Hispania Citerior. Como añadidura, comprometió a su hija con el hijo de este, probablemente el mismo que había sido ofrecido como rehén en el Capitolio el 17 de marzo.

Aproximadamente al tiempo que Octavio llegaba a Roma, Cleopatra la abandonaba. No se apresuró tras los Idus de marzo; no era una amante desvalida, sino una reina, y debía garantizar que la amistad de Egipto se mantuviese con los nuevos gobernantes de Roma, fuesen quienes fuesen. Puede incluso que esperase un reconocimiento oficial para Cesarión, el supuesto hijo natural de César, pero en ese caso fracasó.

Con las cenizas de la pira funeraria del dictador aún calientes, se quiso consagrar aquel lugar. A petición del hombre llamado Herófilo o Amacio, el demagogo que proclamaba ser hijo o nieto de Mario, y que en una ocasión había eclipsado a César en su propia villa, se erigieron una columna y un altar, aunque ninguno de los dos

cónsules, ni Antonio ni Dolabela, eran favorables a este tipo de monumentos. Por el momento, Dolabela respaldaba a los asesinos, pero Antonio no veía utilidad alguna en una construcción con tal aroma populista, y tan proclive a acabar refractando la gloria en el hijo adoptivo de César, Octavio. Antonio era capaz de hacer ejecutar a Herófilo/Amacio, y Dolabela podía ordenar que se arrojase a algún agitador desde la roca Tarpeya –un castigo arcaico para los traidores–. Pero ninguno de los dos se atrevió a detener al grupo de presión que abogaba por la erección del monumento, los veteranos del dictador.

Estos soldados, a los que Octavio apoyaría, levantaron una nueva columna, tallada a partir de un solo bloque de mármol, con una altura de 7 metros y la siguiente inscripción: «al padre de la patria», título aprobado por el Senado. El conjunto estaría rematado por una estatua de César. Este emblema en el emplazamiento de la cremación serviría como recordatorio y desafío, enfatizando el gran honor que suponía ser incinerado dentro del límite sagrado de la ciudad y desafiando a los conjurados y a todo aquel que creyese que César había sido asesinado justamente. Por último, ponía el acento en un asunto aún por resolver: el culto a la divinidad de César, que el Senado había establecido antes de su muerte, y que había quedado algo orillado.

En septiembre del 44 a. C. Antonio levantó una estatua para competir con la de César en el extremo opuesto del Foro romano, en la tribuna de oradores. Era una solución intermedia, que honraba al dictador sin agitar las emociones que suscitaba la ubicación de su pira funeraria. Sin embargo, consiguió ofender a todos. A los veteranos, que exigían el máximo respeto a su antiguo líder, y a los republicanos, que repudiaban cualquier honor que se le tributase. Antonio acabaría descubriendo que las revoluciones no toleran a los moderados.

Octavio no sufría tales problemas. Tomando la hacienda de su padrastro en la bahía de Nápoles como base, cortejó desde allí a los

principales partidarios de César. También se reunió con Cicerón, al que estaba decidido a convertir en su aliado. Rondó al gran orador, que albergaba sentimientos encontrados hacia el encumbrado joven, pero mientras se acercaba el verano creció la brecha con Antonio, y Cicerón empezó a ver al hijastro de César como al menor de los males, además de un útil instrumento. Era su apuesta.

Octavio era implacable y enérgico, y se mostraba plenamente dispuesto a tomar de César, además del nombre, también el poder. La meta era elevada para un joven de 18 años en una sociedad aún conservadora, pero la edad fue para Octavio también una ventaja. Dado que había invertido poco en el antiguo sistema, no se inhibiría a la hora de derribarlo. Para ese propósito, la sed de sangre y venganza de los veteranos encajaría a la perfección.

El legado de César y su dinero supuso un punto de desencuentro entre Octavio y Antonio, que llegó a impedir el acceso del joven a los fondos de su padre adoptivo. Para sufragar el dinero que César había prometido al pueblo de Roma, reunió fondos a su costa, ganándose el cariño de los habitantes de a pie de la ciudad. A finales de julio promovió juegos funerarios en honor del dictador fallecido, que Antonio hubo de tolerar, aunque se negó a permitir que se exhibiese el sillón dorado y la corona con los que el Senado había honrado a César en vida. Octavio proclamaría más tarde que la plebe urbana y los veteranos le habían dado su respaldo en contra de Antonio.

La aparición de un cometa en el cielo durante los juegos permitió a Octavio convertir lo que habitualmente se consideraba un augurio negativo en un símbolo del nuevo lugar que ocupaba César junto a los dioses, con gran eficacia propagandística. Dotado de un brillo inusual, el meteoro fue visible durante las hora de sol, cautivando la atención de los asistentes. Cuando un augur proclamó que se trataba del signo del nacimiento de una nueva era, la idea caló entre el pueblo. Antonio, a su vez, cambió de rumbo. En abril reconcilió a los miembros del Senado, y logró que Bruto y Casio mantuviesen su

puesto de pretores a pesar de encontrarse fuera de Roma. A pesar de que César le había nombrado Sumo Pontífice para que le rindiese culto como a un dios, Antonio no hizo nada por fomentar la nueva religión. Pero la presencia de Octavio le obligó a alejarse del Senado y aproximarse a la plebe y a los veteranos, a los que visitó en Campania a finales de abril y principios de mayo, prometiéndoles nuevas tierras.

Por otra parte, se preparó también para tratar con Décimo, nuevo gobernador de la Galia Italiana. A él mismo el Senado le había asignado una provincia distinta tras el fin de su consulado el 31 de diciembre, Macedonia. Era un puesto relevante, sobre todo porque incluía las seis legiones que César había escogido para la expedición contra los partos. No obstante, la Galia Italiana era más importante, porque desde allí se controlaba Italia. Antonio dejó muy claro que pretendía intercambiar los territorios, conservando además sus seis legiones. El horizonte se nublaba.

En la primavera del 44 a. C. nadie se fiaba de nadie en Roma; todos hablaban de paz, y todos temían la guerra. Los escasos moderados, como Hircio –amigo de César y uno de los cónsules designados para el 43 a. C.–, apenas podían maniobrar en semejante clima. Cuando la primavera dio paso al verano, los jugadores dejaron de prestar atención a las palabras y empezaron a fijarse en las armas. La base de Antonio y Octavio se encontraba entre los veteranos de César y en las legiones de Macedonia, preparadas en su día para marchar contra Partia. En el caso de Décimo, su fuerza estaba en las legiones de la Galia Italiana, que sus aliados en el Senado habían incrementado. Por su parte, Bruto y Casio contaban con los ejércitos acantonados en el este.

Cada cual reclutó a sus fieles entre la clase dirigente –política y militar– de Roma. Todos necesitaban dinero, en grandes cantidades y con urgencia, para apaciguar a la plebe y armar, alimentar y pagar a los soldados. El resultado fue un aumento de impuestos y, en poco tiempo, el pillaje y el asesinato. César predijo una nueva guerra civil

si moría, comprendiendo con claridad un aspecto del carácter de los romanos: su afición a la lucha. La política podía fascinarles, pero no hacía falta demasiado para que echasen mano a la espada.

De las anteriores generaciones de líderes apenas quedaba nadie, pero los que permanecían regresaron al escenario para su último acto, interpretando una vez más lo que mejor sabían hacer. Para Cicerón, eso significaba pronunciar discursos, concertar reuniones y escribir cartas para negociar en favor de la República, presionando con fuerza contra aquel al que consideraba la mayor amenaza para esta institución: Antonio. En el caso de Servilia, su labor consistió en maniobrar entre bastidores para promocionar a su hijo y salvar a su familia.

Cabe imaginar que, incluso antes de levantar el puñal contra César, Bruto y Casio consideraron la posibilidad de verse obligados a abandonar Roma. Entre los políticos romanos no era una novedad que aquellos que arriesgaban más acabasen en ocasiones reagrupándose en el exilio. Abundaban los precedentes de casos en los que el este había sido el lugar en el que conseguir dinero y brazos. Sila, Pompeyo y César lo hicieron en su momento, y solo Pompeyo fracasó, aunque obtuvo un gran éxito en su primera expedición. Tanto Bruto como Casio contaban con importantes contactos en el este desde hacía 10 años, incluyendo el de Deyótaro, el rey de Galacia acusado de tratar de asesinar a César, además del interrogante que suponía una posible ayuda desde Partia.

*Testigo oculto*

Antium (Anzio, muy afamada en la II Guerra Mundial) es la ciudad costera, al sur de Roma, a la que se retiraron Bruto y Casio tras abandonar la capital en abril del 44 a. C. Atestada de villas, era literalmente la Costa Dorada romana; la residencia de Cicerón se encontraba en la cercana Astura, y solía describirla como «un lugar encantador, a la orilla del mar». Pero, si Bruto fue a Antium, no lo

hizo por sus aguas; lo que estableció allí fue una virtual corte en el exilio.

Aunque trató de alzarse con el poder en Roma combinando fuerza y persuasión, Antonio le superó en astucia y músculo. Como la vieja y buena aristocracia romana, Bruto se volvió entonces hacia lo más parecido al cielo en un mundo cruel: su familia o, como habría apuntado un romano, sus *familiares*, término más amplio que abarcaba a los amigos, siervos e incluso propiedades, además de los que se unían a él por la sangre.

Bruto no permaneció inactivo; sabía bien que el dinero era la madre nutricia de la política. Un amigo suyo, el caballero romano Cayo Flavio, trató de reunir a un grupo de hombres adinerados de su clase para contribuir a la financiación de los asesinos de César, y Bruto jugó su papel comiendo y bebiendo con Ático, el príncipe de los banqueros para los políticos en Roma. A pesar de tratarse de un antiguo amigo de la familia, era un pragmático superviviente, y además extendía su amistad también a Antonio. En lugar de arriesgarse, declinó la oferta de Bruto socavando así su solvencia. Puede que Bruto y Casio se refiriesen a él al escribir a Antonio, unas semanas antes, afirmando que sus amigos habían sido rechazados en todas las ciudades de Italia siguiendo sus consejos. Pero Bruto siguió buscando cómo afianzar su poder.

Pidió consejo a Cicerón, y el 7 de junio el orador le visitó en su villa de Antium, en una escena que más tarde describiría a Ático –también amigo suyo–. El resto de asistentes fueron Casio (que llegó tarde); Porcia, esposa de Bruto, Junia Tertia, mujer de Casio (denominada Tertula por algunas fuentes), a la vez hermanastra de Bruto, y Servilia, madre o suegra de casi todos los presentes. Marco Flavonio completaba la escena. Como Cicerón, había quedado fuera de la conspiración para asesinar a César, pero había mostrado su apoyo de inmediato.

El fiasco en las Lupercales del 15 de febrero, la cena en casa de Lépido el 14 de marzo, el funeral de César y, por supuesto, el

asesinato mismo, son acontecimientos que suscitan en el historiador el deseo de haber podido presenciarlos como un testigo oculto. Sin embargo, la suma de miedo, rencor y teatro del absurdo que se escenificó en la villa de Bruto en Antium el 7 de junio del 44 a. C. los supera.

El propósito del encuentro fue sopesar la oferta realizada por el Senado, a instancias de Antonio, para que Bruto y Casio se ocupasen de la recolección del grano en Sicilia y el Asia Romana (Turquía occidental). El decreto les permitiría además abandonar Roma, ciudad en la que, en su calidad de pretores, deberían residir. Se trataba de una salida honrosa, y Cicerón les recomendó aceptarla. Bruto pretendía regresar a Roma y presidir los juegos que había organizado como pretor urbano, pero Cicerón señaló que la ciudad no resultaba segura, y le aduló confesándole que su seguridad era importante, porque era el único defensor de la República. Finalmente Bruto acabó por reconocer que la ciudad era peligrosa.

Entonces llegó Casio, y rechazó enfadado el puesto de recaudador de impuestos, considerándolo una afrenta, y afirmando que iría a Grecia, y desde allí a Siria, donde estaba previsto que ejerciese de gobernador en el 43 a. C. Cicerón sospechó que Bruto pretendía dirigirse al Asia Romana, uniéndose allí a Trebonio, que ejercía de gobernador de la región. Aunque el promotor de la reunión había sido Bruto, Servilia no se arredró, y habló como si su influencia en el Senado fuese real, prometiendo que haría que retirasen del decreto la oferta de recaudación sobre las cosechas.

A continuación la conversación se centró en las oportunidades que se habían perdido, y cundió el resentimiento, especialmente en Casio. Décimo recibió gran parte de las acusaciones, probablemente por no haber empleado sus tropas en la Galia Italiana contra Antonio. Pura palabrería, porque esos soldados no estaban entrenados y ninguno de los presentes, y menos aún Bruto, deseaba iniciar una guerra civil a la ligera. Cicerón afirmó que no merecía la pena recrearse en el pasado, y a renglón seguido acusó a los

conspiradores de pasividad tras el asesinato de César, en los Idus de marzo y en los días posteriores. Servilia le frenó en seco: «¡Jamás he oído a nadie decir tal cosa!», exclamó. Cicerón dijo a Ático que en aquel momento él la había interrumpido, pero en realidad fue al contrario. Mientras el orador seguía removiendo las viejas aguas políticas, Bruto y su familia sopesaban un posible choque bélico, además de calcular el importe necesario para reunir y equipar a las tropas.

Tras la reunión el rumbo comenzó a virar; a finales de verano el Senado asignó a Bruto y a Casio dos nuevas provincias, Creta y Cirene (en la Libia moderna). Si Servilia había empleado su magia, el truco no debió de ser muy poderoso, porque estas provincias seguían siendo pequeñas y poco importantes, mientras Bruto y Casio tenían en mente asuntos mayores.

Carta tras carta durante esta época, Cicerón afirma que Bruto estaba deprimido. Sin embargo, por tocado que se encontrase, aún no estaba hundido. Junto a su familia y amigos buscaba nuevas cuotas de poder, aunque –aun así– tenía motivos para encontrarse deprimido. A pesar de buscar la paz y la reconciliación, cada bando se atrincheraba en sus posiciones: los veteranos buscaban venganza y botines de guerra, y los enemigos de César, recuperar las propiedades que les habían sido confiscadas.

En julio, sin ir más lejos, Bruto y Cicerón se reunieron con un importante emisario en la hacienda del primero, en la pequeña isla de Nesis (actual Nisida), en la bahía de Nápoles. El suegro de Sexto Pompeyo, antiguo pretor, les informó de los constantes éxitos militares de Pompeyo en Hispania y, aunque no se llegó a ningún acuerdo, la puerta para una alianza entre Sexto y los asesinos de César estaba abierta.

El 4 de agosto Bruto y Casio escribieron una carta a Antonio desde Nápoles. En primer lugar, le recriminaron haberles enviado anteriormente una misiva amenazadora e insultante. Al fin y al cabo, eran pretores y hombres de honor. En su carta, Antonio había

negado acusarles de reunir tropas y dinero, o sobornar a los soldados y enviar delegados al extranjero. Por su parte, Bruto y Casio afirmaron desconocer a qué podía referirse, y añadieron con sarcasmo que les sorprendía su moderación, dada la incapacidad de Antonio para controlarse a la hora de insultarles por la muerte de César. Como despedida, no pudieron evitar lanzar una advertencia: «Ten en cuenta no solo cuánto tiempo vivió César, sino también lo breve que fue su reinado».

Estas palabras contribuirían escasamente a mitigar las suspicacias de Antonio con respecto a Bruto y Casio. Sus compañeros de conjura ya habían tendido una cabeza de puente en el este. Hacia abril, Trebonio habría visitado el Asia Romana, mientras Cimber recorría Bitinia, en ambos casos en su calidad de gobernadores provinciales. Otros asesinos, o amigos suyos, habían ocupado importantes puestos, tanto civiles como militares, en provincias orientales. Entre tanto, el prolongado y lento cortejo de Sexto Pompeyo proseguía, Décimo resistía en la Galia Italiana, y Cicerón permanecía en Roma para afianzar su causa en la capital.

A mediados de agosto Bruto salió de Italia con dirección al este. Antes de marchar, Casio y él redactaron sendos edictos en los que afirmaban que, por el bien de la República y para evitar la guerra civil, partían al exilio. Pero los actos de Bruto le desmentían, invocando al conflicto armado. Porcia y él protagonizaron una lacrimógena despedida en la ciudad de Velia, al sur de Nápoles, en el equivalente romano a una escena para las cámaras. En Velia, antigua colonia griega de Elea famosa por sus filósofos, Bruto y Porcia se dejaron ver en su despedida frente a una pintura de Héctor y Andrómaca, la desdichada pareja de la *Ilíada* de Homero. Sin duda albergaban una emoción profunda, pero también lanzaban un mensaje para el este griego; Bruto se dirige hacia allí, y es de los vuestros. Hablaba griego, le encantaba la filosofía y se comportaría con educación mientras exprimía a una ciudad tras otra para reunir

el dinero que necesitaba para financiar su guerra por la República. Casio, que le seguiría poco después, sería menos diplomático.

*Décimo bajo asedio*

Desde el día en el que abandonó Roma en abril del 44 a. C. hasta el momento en el que cayó en una trampa en el paso de las montañas del Iura (moderna Jura) en la actual frontera francosuiza, la vida de Décimo después del asesinato fue una epopeya. En realidad, lo había sido desde que entró por primera vez a servir bajo las órdenes de César; simplemente, la última fase fue la más dramática.

Si hubo algún hombre adecuado para la provincia que gobernó, fue Décimo en la Galia Italiana. Una vez más, se encontraba entre los celtas; desde la infancia había escuchado las hazañas de su abuelo entre este pueblo, en Hispania, y pasó gran parte de su vida adulta en la Galia Trasalpina con ellos, en las actuales Francia y Bélgica, logrando incluso hablar su lengua. La colonización romana en la Galia Italiana había comenzado en el siglo III a. C., y en la época de Décimo hablar latín era obligado para las élites locales. Sin embargo, aún persistía un fuerte aroma céltico en la región, especialmente en las montañas y las estribaciones de los Alpes. Allí se sentiría como en casa.

Como gobernador, disponía de dos legiones, una de ellas formada por veteranos y la otra, por soldados con un año de experiencia. Durante el verano del 44 a. C. se dedicó a atacar a las tribus alpinas, y proclamó que se había enfrentado a enemigos excepcionalmente fieros, devastando sus plazas fuertes y reuniendo un enorme botín para distribuirlo entre sus hombres. Estos, a cambio, le habían saludado como emperador y gran comandante, títulos que se otorgaban habitualmente a un general tras una batalla triunfal. Esta experiencia afinó la capacidad de sus legiones y las unió más a su comandante. Décimo solicitó a Cicerón por escrito que

le ayudase a obtener un reconocimiento formal por parte del Senado, y el orador se comprometió a cuidar de su *dignitas*, más querida para él que la suya propia, según le confesó.

Sin duda Cicerón debía destinar sus limitados recursos en el Senado a mejores causas, pero no ignoraba a quién estaba escribiendo. También considera la *dignitas* de Décimo en otras cartas. Aseguró a Décimo que el pueblo le amaba por haberles liberado de la tiranía, y concluyó una de sus cartas manifestándole su firme esperanza de que acabase siendo el más grande y famoso de todos los hombres.

En cualquier caso, para aquel momento, las acciones de Décimo en la Galia Italiana ya eran ilegales. El 1 de junio Antonio logró que el pueblo le designase mediante votación como comandante de la Galia Italiana, durante un mandato de que pronto extendió hasta los cinco años, protegiendo así su *dignitas* y socavando la de los asesinos. Era un ataque contra Décimo, que perdería el gobierno de la provincia, y que se negó a aceptar el insulto y la amenaza que suponía. Desobedeció la ley y se mantuvo al mando: en octubre, los amigos de Antonio ordenaron la ejecución de un esclavo llamado Mirtilo, acusándole de intentar asesinarle y atribuyendo a Décimo la organización del plan.

Si Décimo encabezaba la causa republicana en la Galia Italiana, Cicerón lo hacía en Roma. Nunca confió en Antonio, y en septiembre del 44 a. C. hizo pública su oposición, pronunciando una serie de discursos contra él que bautizó como *Filípicas,* en recuerdo de las que lanzó contra el rey Filipo de Macedonia el orador ateniense Demóstenes a mediados del siglo IV a. C., y en las que le atacaba violentamente, mientras alababa a Octavio. También saludaba a Décimo como al defensor de la República, miembro de una familia (la de Bruto) con la divina misión de proteger la libertad romana. Era de esperar que Cicerón alcanzase más éxito que Demóstenes, que condujo al público a defender una causa perdida: Filipo venció y conquistó toda Grecia. Fuese cual fuese el desenlace, podía estar

seguro de algo; nunca más podría acusársele de falta de valor. La postura que había tomado, y más aún a sus 62 años, suponía arriesgarlo todo por la República.

Al principio, el orador contribuyó a la expulsión de Antonio de Roma. En octubre del 44 a. C. las tres legiones macedonias desembarcaron en Brundisium, con una cuarta en camino. Antonio acudió a su encuentro, pero recibió una airada bienvenida a causa de su política de reconciliación con los asesinos del César, a los que los soldados querían vengar. Les ofreció una pequeña suma de dinero para aplacarles, pero los agentes de Octavio se le habían adelantado con una cantidad mayor, y las tropas le rechazaron. Finalmente Antonio ordenó ejecutar a algunos soldados para restaurar la disciplina.

Octavio ya había reclutado a 3.000 veteranos de César en Campania; que este ejército privado fuera ilegal no paró los pies a un joven cuyo nombre había pasado a ser César. Años después alardearía de sus acciones, camufladas con brillantez como un medio para la salvación de la República:

A la edad de 19 años recluté un ejército, por mi propia iniciativa y a mi costa, por medio del cual liberé a la República, que se encontraba oprimida por el ilimitado poder de una facción política.

En noviembre Octavio marchó con su nuevo ejército contra Roma, pero se detuvo rápidamente al acercársele Antonio. Tras reagruparse recibió la noticia de que las dos legiones macedonias se habían amotinado y estaban dispuestas a unirse a él. Eran veteranos, lo que incrementaba su valor, dado que muchas de las legiones en aquella época carecían de experiencia o sumaban pocos efectivos. Octavio congregó a sus tropas en un pueblo montañoso en Italia Central, y pagó de inmediato a cada uno de sus hombres 500 denarios, prometiéndoles mucho más dinero si derrotaban a Antonio, hasta llegar a los 5.000 denarios, una cantidad apenas inferior a la que César había abonado a los suyos tras su triple triunfo en el 46 a. C.

Décimo era arrojado, valiente y testarudo, y desde su base en el norte de Italia amenazaba a toda Roma. Tanto Antonio como Octavio lo sabían, y ambos le cortejaron. Ninguno de los dos era un aliado fiable, pero Décimo escogió a Octavio, sin duda porque –por su juventud– sería un líder menos amenazador que un veterano como Antonio, y Cicerón también defendió esta postura, a pesar del riesgo que suponía. Por otra parte, Octavio era un excelente vendedor, y logró que Décimo permaneciese a su lado y combatiese con él, a pesar de que para muchos la victoria era misión imposible. Tras las hazañas heroicas expuestas en las *Filípicas* de Cicerón también hubo un salto al vacío.

Antonio ya avanzaba con sus hombres –incluidos los que restaban de las legiones macedonias– hacia la Galia Italiana, a costa también de prometer un gran botín si vencían. Pero antes debía enfrentarse a Décimo; a finales de noviembre del 44 a. C. Antonio podía contar con cuatro legiones de veteranos, además de una escolta, tropas auxiliares y nuevos reclutas. En diciembre instó a Décimo a entregar su provincia, pero este se negó. Cicerón y otros senadores le escribieron desde Roma animándole a resistir y, finalmente, el 20 de diciembre, el orador logró que el Senado decretase que tanto Décimo como el resto de gobernadores mantuviesen sus provincias. La asamblea envió delegados a negociar con Antonio la retirada, sin éxito, y, en lugar de abandonar la provincia, se dispuso para la guerra contra Décimo.

Desde la seguridad griega, a Bruto todo aquello no parecía importarle: temía a Octavio, afirmó, y desdeñó las peticiones de Cicerón de que fuese en auxilio de Décimo con tropas macedonias. Sexto Pompeyo tampoco acudió, afirmando que no deseaba «ofender» a los veteranos de César con la presencia del hijo de su antiguo enemigo. Lo inteligente parecía mantenerse alejado de Italia, pero Décimo se quedó. Si quería convertirse en alguien importante en Roma, no le quedaba otra elección. Sexto Pompeyo contaba con su espacio en Hispania y, si no, podía encontrarlo en

Sicilia. Los vínculos de Bruto y Casio con el este se remontaban a años atrás. Décimo se había labrado su carrera en la Galia, y era lógico que permaneciese allí. En su caso, una victoria al sur de los Alpes le procuraría tales beneficios que prefirió quedarse y luchar. Ya habría tiempo más tarde, si era necesario, de cruzar la cadena montañosa y buscar refugio en su antigua provincia.

Décimo se dirigió a Mutina (actual Módena), una próspera ciudad agrícola en el valle del río Padus (Po), en la Galia Italiana. Ocupó la plaza, cerró sus puertas, confiscó las propiedades de sus habitantes, sacrificó y curó con sal a todos los animales de tiro y se preparó para un largo asedio. Para entonces ya había reclutado a una tercera legión, pero inexperta y formada por nuevos reclutas. Más confianza le merecían sus gladiadores que, al igual que muchos otros comandantes en una época de guerras civiles, empleó como escolta personal, reemplazando al tradicional cuerpo de guardia de un general romano, los 500 hombres de una cohorte pretoriana, o incorporándose a él. Apiano afirma que Décimo contaba con «un gran número de gladiadores» en Mutina, que puede que fuesen –al menos en parte– los mismos que le habían acompañado durante los Idus de marzo.

En diciembre Antonio asedió la ciudad. Las tropas de Décimo no podían compararse con las suyas, que pronto alcanzarían las seis legiones, además de su cohorte pretoriana y la caballería. Como hiciera César en el sitio de Alesia, rodeó la ciudad con una muralla, aunque en este caso los dos generales que combatieron a las órdenes del dictador se encontraban en bandos enfrentados. En un gesto conmovedor en Roma al mes siguiente Valeria Paula, la esposa de Décimo, pidió a Cicerón que incluyese una carta suya en la próxima misiva a su marido.

En enero del 43 a. C. los acontecimientos se precipitaron. Los dos nuevos cónsules, Hircio y Pansa, a pesar de su amistad con César, se mostraban moderados políticamente con respecto a la República. Como Cicerón, habían apostado por Octavio, confiando en

poder mantener al joven bajo su control. El Senado exigió a Antonio que se retirase de la Galia Italiana, otorgó a Octavio el rango de magistrado sustituto *(proprietor)* y le envió en auxilio de Décimo, acompañado por el cónsul Hircio. Entre los dos sumaban siete legiones. Siendo un ciudadano particular, Octavio había reclutado un ejército, lo que era ilegal, pero el Senado lo soslayó confiriéndole un cargo público, aunque no consiguieron que se engañase: sabía bien que la asamblea le utilizaría hasta que Antonio fuese derrotado.

En febrero del 43 a. C. se supo en Roma que Dolabela había ejecutado a Trebonio en Asia un mes antes. Pocos habían cambiado de bando tantas veces como Dolabela; en el 45 a. C. apoyó a César, defendió después a los asesinos en los Idus de marzo y finalmente se volvió contra ellos. Ahora decapitaba a Trebonio en Esmirna (actual Izmir, en Turquía), colocando su cabeza en la plaza del mercado, a los pies de una estatua del dictador. Trebonio había confesado a Cicerón su orgullo por su participación en la muerte de César, y ahora pagaba por él, siendo el primero de los asesinos en morir. El Senado reprobó a Dolabela, y lo declaró enemigo del estado.

Como Décimo, Trebonio formaba parte de la vieja guardia de César, pero se había rebelado contra él. Como romano clásico, al igual que Cicerón –con el que mantenía correspondencia–, no podía soportar la violencia que ejercía César contra la forma de gobierno republicana, ni el honor y el poder que acumulaban los senadores como él. En los Idus de marzo jugó un papel fundamental, consiguiendo que Antonio se demorase.

De vuelta en Italia, Décimo se convirtió en leyenda por el magistral control de sus tropas durante el sitio de Mutina. Junto con sus aliados llevó a cabo algunas hazañas: antes de bloquear la ciudad, Antonio envió a algunos espías para sobornar a los soldados de Décimo, pero este, alarmado, consiguió desenmascararlos. Cuando Hircio y Octavio se aproximaban a Mutina informaron a Décimo de su presencia enviando de noche, a través del río, a

hombres a nado, con mensajes grabados en tablillas de plomo enrolladas en los brazos. Décimo recibió el mensaje y respondió con este mismo sistema, que ambas fuerzas convirtieron en habitual, junto con las palomas mensajeras. En febrero Décimo averiguó que un senador de Mutina se había pasado al bando de Antonio y, en un gesto magnánimo, le envió su equipaje. Se dice que el detalle empujó a algunas ciudades cercanas, partidarias de Antonio, a cambiar sus lealtades.

El principal problema en Mutina era el hambre. Los aliados de Décimo lograron trasportar ovejas y sal por el río hasta la ciudad sin ser descubiertos, pero solo en una ocasión. En general, las condiciones de vida en la ciudad eran espantosas, y sin embargo resulta llamativo que nadie abriese las puertas de la ciudad a Antonio, muestra tanto de la vigilancia de Décimo como de su habilidad como dirigente, que suscitó lealtad hacia él, hacia su causa o hacia ambos.

En abril del 43 a. C. la suerte de Mutina estaba decidida. El día 14 Antonio derrotó al cónsul Pansa en la batalla de Forum Gallorum (Foro de los Galos), reducida zona en la vía Emilia, la carretera que recorría Italia desde la costa adriática en el noroeste hasta Placentia (la moderna Piacenza) junto al río Padus. Si Apiano está en lo cierto acerca de la batalla, los veteranos se abalanzaron los unos sobre los otros en silencio, luchando cuerpo a cuerpo. Galba, uno de los asesinos de César y antiguo comandante de una legión en la Galia, dirigía una de las unidades de Pansa, y envió una memorable narración de la fiera lucha que se produjo, que presenció de cerca y a punto estuvo de costarle la vida cuando sus hombres le confundieron con el enemigo. Para un lector de los *Comentarios* de César no sería una sorpresa, porque allí ya se contaban sus tropiezos militares.

Pansa fue menos afortunado y recibió una herida letal. Sin embargo Antonio no tuvo tiempo de saborear su victoria. Ese mismo día llegaron los refuerzos liderados por Hircio y diezmaron a sus

tropas, obligándole a retirarse. Una semana después, el 21 de abril, se produjo una segunda batalla a las afueras de Mutina. Octavio no pudo prestar sus legiones a Hircio, pero Décimo dirigió una incursión desde la ciudad hacia la batalla y Mutina fue liberada, irónicamente, el día de su cumpleaños.

La suma de fuerzas derrotó a Antonio, pero a costa de la vida de Hircio. Octavio sobrevivió a la campaña, aunque según su enemigo lo hizo huyendo del campo de batalla en Forum Gallorum, perdiendo la capa y el caballo por el camino, gran desgracia para los romanos. Fuese cierto o no, las fuentes coinciden en señalar su heroico comportamiento en la segunda batalla de Mutina. Cuando el portaestandartes de su legión recibió una herida grave, Octavio cargó a hombros con el águila durante un tiempo.

Otro de los caídos en Mutina fue Poncio Aquila, lugarteniente de Décimo. Anteriormente, durante el asedio, se encontraba en el noroeste de Italia, donde había derrotado a uno de los hombres fuertes de Antonio. Desde allí se dirigió a la lucha, y en Mutina encontraría el final de su valerosa vida. Poncio fue el segundo de los asesinos de César en morir. Siendo tribuno de la plebe en el 45 a. C. había desafiado al dictador en su reentrada triunfal en Roma, y Cicerón promovió con éxito la erección de una estatua en su honor.

A pesar de perder la batalla, Antonio conservaba aún gran parte de sus tropas, y decidió retirarse ordenadamente hacia el oeste, para encontrarse con sus aliados presentes en el norte de Italia, y con los potenciales una vez pasados los Alpes, en la Galia. Lépido era gobernador de la Galia Narbonense y la Hispania Citerior, Planco de la Galia Comata y Polio de la Hispania Ulterior, y entre todos sumaban un buen número de legiones. Prometieron dar su apoyo a Décimo y al Senado, pero también habían prometido respaldar a César, por lo que no se podía confiar en que no se pasasen al bando rival.

La marcha comenzó casi de inmediato, el 22 de abril. Décimo se preparaba para perseguir a Antonio, pero sus tropas se encontraban

muy debilitadas y reducidas, y carecía de caballería y de animales de tiro. Sí que disponía de parte de las nuevas legiones de Hircio y de Pansa; Octavio, además de sus veteranos, contaba con el resto. Décimo poseía además su capital político. Por si le servía de algo, también el Senado le apoyaba con entusiasmo, y declaró a Antonio y a sus aliados enemigos públicos.

*El asesino de su padre*

Octavio era un interrogante; la muerte de Hircio y de Pansa, los dos cónsules, le había procurado una gran libertad de movimientos como comandante. Era un impulso a su carrera, pero también, para la forma de gobierno republicana, un golpe. La duda residía en calcular su fuerza.

Ya liberado del asedio, Décimo se reunió con Octavio. Cuesta imaginar un encuentro más tenso; dos años antes habían cabalgado juntos en el séquito victorioso de César, pero, desde entonces, Décimo se había convertido en asesino del dictador y Octavio, en su hijo. Según Apiano, Décimo trató de allanar el camino enviándole un mensaje en el que sostenía que había sido un espíritu maligno el que le había engañado, permitiendo que le embaucasen los conspiradores. La narración es verosímil, pero no fiable, porque Apiano también afirma que Octavio se negó a encontrarse con Décimo –algo falso–, por considerar antinatural incluso mirar a los ojos al asesino de su padre, y mucho menos conversar con él.

No obstante sus sentimientos frente a la traición de Décimo a César, Octavio le recibió, y de un modo más que educado. En una carta a Cicerón, el 9 de mayo del 43 a. C., Décimo afirma con rotundidad que tras el encuentro empezó a confiar en él, lo que no había hecho hasta entonces. Le confesó que pretendía atravesar los Apeninos para dar caza a Antonio, y le conminó a hacer lo mismo, pero Octavio se negó a comprometerse, como tampoco aceptó devolver las legiones que aún dirigía de los cónsules fallecidos.

Décimo era poderoso, y Octavio quería serlo, lo que explica su comportamiento, y también que más tarde negase que la reunión hubiese llegado tan siquiera a tener lugar. Esta es seguramente la razón por la que Apiano da por cierta su afirmación. Octavio se negó a auxiliar a Décimo en contra de Antonio porque servía a sus propósitos causarle daño, pero no deseaba contribuir al éxito de su rival. Una carta de Décimo a Cicerón del 5 de mayo del 43 a. C., en la que muestra su frustración por la inactividad de Octavio, lo explica:

«Si César [Octavio] me hubiese escuchado y hubiese cruzado los Apeninos, habría colocado a Antonio en tal situación de necesidad que le habría destrozado, por falta de suministros, y no por la espada. Pero César no recibía órdenes, y tampoco podía hacer que su ejército cumpliese las suyas, siendo ambas cosas malas».

Para Décimo era más fácil culpar a Octavio que a sí mismo; su orgullo no le permitiría admitir errores. También estaba inquieto por su lealtad, y a finales de mayo comunicó a Cicerón por carta que los veteranos a sus órdenes maldecían al orador y exigían de su comandante mejores condiciones, además de hacerle saber que a Octavio le había llegado el rumor de un comentario de Cicerón que le había molestado: «ese joven debería ser felicitado, honrado, elevado y desterrado». Octavio no tenía ninguna intención de verse desplazado.

Décimo tenía buenos motivos para preocuparse; Octavio, en lugar de auxiliarle contra Antonio, adoptó una postura neutral. ¿Estaba sopesando cambiar de bando? Ese movimiento habría requerido una gran sangre fría, pero la época era propicia a la insensibilidad. Hasta el héroe de Shakespeare, Bruto, fue un traidor en serie: a la memoria de su padre, a su jefe, Pompeyo, a su tío Catón y a su mecenas, César. Por otra parte, el Senado había expresado con claridad su opinión acerca de Octavio; no solo se había negado a conferirle el mismo honor y poder que a Décimo,

sino que había limitado los pagos prometidos a sus soldados. Para Décimo habían acordado una marcha triunfal, mientras él se tenía que conformar con un honor menor, la ovación, viendo además a su rival encabezar la guerra contra Antonio y recibir las tropas del cónsul fallecido. Pero Octavio no bailaría al son del Senado: una vez neutralizada la amenaza de Antonio, sabía que el Senado prescindiría tanto de él como de Décimo. A pesar del riesgo que corría al apoyar a Antonio, de respaldar al Senado el fracaso sería inevitable. Por lo tanto permaneció al margen de la lucha y esperó un cambio de circunstancias. Como César antes que él, disfrutaba arriesgando.

A principios de mayo tres de las legiones que uno de los aliados de Antonio había reclutado en Italia Central se unieron a él al noroeste de Italia, no lejos de la actual Génova. Antonio y Décimo contaban ya con siete unidades cada uno, pero las del primero estaban compuestas por veteranos, y disponía además de 5.000 soldados de caballería en la reserva. Décimo no podía competir contra eso, sobre todo una vez que se le terminó el dinero. En una carta a Cicerón le confesó que no solo había estado pagando a los soldados con su propia fortuna, sino que había tenido que pedir prestado dinero a sus amigos. El orador no se dejó impresionar, y le criticó por dejar huir a un enemigo herido, con cierta severidad, teniendo en cuenta que sus tropas estaban agotadas y eran inexpertas, y carecía de caballería y animales de tiro; tampoco Octavio había contribuido a la hora de seguir luchando contra Antonio. El plan de este consistía en cruzar los Alpes y, tal y como se temía Décimo, unir sus fuerzas a las de Lépido y Polio, una perspectiva que Lépido negó con vehemencia, sin convencerle, porque que le consideraba muy poco digno de confianza.

Cualquier otro habría abandonado la persecución, pero no Décimo. Era ambicioso, y su meta no era otra que la de convertirse en la principal amenaza militar en Italia, librándose de Antonio. Estaba en juego el futuro de la península; con Antonio vencido, el

Senado gobernaría Roma de nuevo, y Décimo sería un príncipe en la asamblea. La única forma de lograrlo era cruzar los Alpes y sumarse a las fuerzas de Planco en la Galia Comata, aunque ni con las cuatro legiones de este y la caballería de sus aliados podrían derrotar a Lépido y Antonio unidos. Aun así, Décimo se lanzó, imprudente y sin miedo, como habría hecho César. No le faltaba confianza en sí mismo, fuera de la Galia, su zona de confort, en la que se habían producido sus anteriores triunfos militares. Atravesó los Alpes Grayos (el actual puerto del Pequeño San Bernardo), reuniendo como pudo el peaje que le exigieron los habitantes de la región.

Tal vez en la Galia encontrase algún aliado entre los nativos. En torno al 10 de junio se reunió con Planco en Cularo (Grenoble), ciudad de los galos alóbroges, la tribu que se había aliado con Catilina 20 años antes. La madre de Décimo, Sempronia, había abierto sus puertas a algunos de estos galos durante los días de la revolución del 63 a. C. y Décimo seguía en contacto con ellos, por lo que confiaba en obtener hombres, dinero y suministros. Pero a pesar de que todavía reunía, sumando las de Planco, un elevado número de tropas –y escasez de veteranos–, las malas noticias llegadas desde la Galia les detuvieron, impidiendo probablemente cualquier posible apoyo de los alóbroges. Antonio había alcanzado la Galia Narbonense (actual Provenza) a mediados de mayo y, tomando prestados algunos consejos de César, había acampado cerca del ejército de Lépido, empujando a sus hombres a confraternizar y dejándose barba en señal de duelo por los caídos, poniendo así en práctica las estratagemas del dictador. Los hombres de Lépido sucumbieron y se pasaron en bloque a su bando, y el mismo Lépido lo hizo poco después. El 29 de mayo ya eran un solo ejército, cuyas legiones eran tan numerosas como las de Décimo y Planco, y que contaba además con más veteranos, más caballería y mejor equipamiento. Cicerón pidió a Bruto y Casio que ayudasen a Décimo, sin éxito, y durante más de dos meses sus tropas permanecieron a la expectativa. Y entonces se produjo el desastre.

A finales de agosto, primero Polio y después Planco abandonaron a Décimo y se pasaron al bando de Antonio. Para entonces, la revolución ya había sacudido Roma.

---

NOTAS

— *disponía de dos legiones,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.49; Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.24.3, en la que cuenta que la segunda legión tenía en el 43 a. C. dos años de experiencia.

— *proclamó que se había enfrentado,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.4.

— *Décimo solicitó a Cicerón por escrito,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.4.4.

— *se comprometió a cuidar de su* dignitas, Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.6.

— *También considera la* dignitas *de Décimo en otras cartas,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.6a.1-2, 11.8.1.

— *el pueblo le amaba,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.8.1.

— *el más grande y famoso de todos los hombres,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.4.3.

— *Mirtilo,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.13.2, 16.11.5.

— *saludaba a Décimo como al defensor de la República,* Cicerón, *Filípicas*, 4.8-9.

— *«A la edad de 19 años», Res gestae divi Augusti* [Las proezas del divino Augusto], 1.1.

— *pagó de inmediato a cada uno de sus hombres 500 denarios,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.48.

— *Tanto Antonio como Octavio lo sabían,* Dion Casio, *Historia romana*, 45.14-15.

— *menos amenazador que un veterano,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.4a.2-3.

— *las peticiones de Cicerón de que fuese en auxilio de Décimo,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.10.15; 1.12.2; 1.14.2.

— *no deseaba «ofender» a los veteranos de César,* Cicerón, *Filípicas*, 13.13.

— *«un gran número de gladiadores»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.49; Jürgen Malitz, *Nikolaos von Damaskus, Leben des Kaisers Augustus*, edición, introducción y notas, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, Alemania 2003, 172, n. 327.

— *Valeria Paula,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.8.

— *la asamblea le utilizaría,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.64.

— *Trebonio había confesado a Cicerón su orgullo,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 12.16.4.

— *llevó a cabo algunas hazañas,* Dion Casio, *Historia romana*, 46.36.1-5, 37.3-5; Cicerón, *Filípicas*, 8.7.20; Frontino, *Estratagemas,* 3.13.7-8; Plinio, *Historia natural*, 10.110.

— *lograron transportar ovejas y sal,* Frontino, *Estratagemas*, 3.14.3-4.

— *las condiciones de vida en la ciudad eran espantosas,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 2.1; *Cartas a sus amigos*, 12.6.2.

— *la batalla de Forum Gallorum,* las citas de esta batalla proceden de Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.30; Apiano, *Las guerras civiles*, 3.66-70; Dion Casio, *Historia romana*, 46.37.1-7.

— *Si Apiano está en lo cierto,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.68.

— *envió una memorable narración,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 10.30.

— *sus tropiezos militares,* César, *La guerra de las Galias*, 3.1-6.

— *se produjo una segunda batalla a las afueras de Mutinia,* citada en Apiano, *Las guerras civiles*, 3.71-72; Dion Casio, *Historia romana*, 46.38; Suetonio, *Augusto,* 10.4; Plutarco, *Antonio,* 17.1.

— *según su enemigo, lo hizo huyendo,* Suetonio, *Augusto*, 10.4.

— *su heroico comportamiento,* Suetonio, *Augusto*, 10.4.

— *una estatua en su honor,* Cicerón, *Cartas a Bruto,* 1.15.8.

— *Según Apiano, Décimo trató,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.73.

— *En una carta a Cicerón, el 9 de mayo del 43 a. C.,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.13.1.

— *le conminó a hacer lo mismo,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.10.4.

— *servía a sus propósitos causarle daño,* Dion Casio, *Historia romana*, 45.14-15.

— *«Si César [Octavio] me hubiese escuchado»,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.10.4.

— *«ese joven debería ser felicitado»,* «laudandum adulescentem, ordandum, tollendum», Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.20.1.

— *pagando a los soldados con su propia fortuna,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.105. Véase Crawford, *Roman Republican Coinage*, vol. 2: 697.

— *le criticó por dejar huir,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.10.2.

— *poco digno de confianza,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.9.1.

— *Décimo seguía en contacto con ellos,* Cicerón, *Cartas a sus amigos*, 11.11.2.

— *Cicerón pidió a Bruto y Casio,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.14.2; Casio, *Cartas a sus amigos*, 12.9.2.

# Capítulo 12
# VENGANZA

En el verano del 43 a. C., mientras Décimo entrenaba a sus hombres para combatir junto con los de Planco, acampados al oeste de los Alpes Galos, se vio superado por la suma de fuerzas de Antonio y Lépido. Más allá de los Alpes, en Roma, una bestia aún más temible se revolvía.

## *Mirando al este*

Después de la marcha de Bruto y Casio de Italia en agosto del 44 a. C. la información sobre su paradero apenas llegaba a Roma. Servilia, como una espía consumada, permanecía en la capital diseminando las noticias recibidas desde el este, y en octubre del 44 a. C. acogió a un esclavo de Cecilio Baso, el gobernador rebelde de Siria, que le informó de que las legiones en Alejandría se estaban amotinando. Baso había sido llamado al orden y Casio se preparaba para ocupar su lugar. Servilia esperaba mientras tanto la visita de Marco Escapcio, largo tiempo agente de Bruto en el este. Cuando informó a Cicerón, este escribió a Ático con una mezcla de alegría por los progresos en el este y preocupación por la «villanía y locura» de Antonio y sus seguidores en el oeste.

Mientras tanto Bruto seguía afianzando su poder desde Atenas, donde se le tenía por un héroe y se había erigido una estatua suya junto a la de otros famosos tiranicidas de la ciudad. Reunió a seguidores y potenciales agentes, entre negociaciones y amenazas, y planeó el control de las provincias macedonias (casi todo el norte y el centro de Grecia y algunas áreas de Albania y la Antigua República Yugoslava de Macedonia, en su denominación actual) y de Iliria (casi

toda la moderna Albania y gran parte de la antigua Yugoslavia). Antes de febrero del 43 a. C., cuando el Senado le confirmó como gobernador legítimo de esas provincias, lo hizo usurpando el cargo y fuera de toda legalidad, secuestrando a Cayo Antonio, hermano de Marco Antonio, que debería haber ocupado el puesto, aunque fue cauto y le trató con corrección. A diferencia de Cicerón, Bruto seguía confiando en un posible entendimiento con Marco Antonio, seguidor de César pero de talante moderado. Menos confianza le merecía Octavio, y reprendió al orador por no secundarle en este aspecto: «¡Me gustaría que vieses el miedo que le tengo!».

Casio, por su parte, se encontraba aún más activo. A finales de febrero del 43 a. C. se supo en Roma que había ocupado Siria, tomando las legiones allí acantonadas y otras cercanas, y de nuevo sin ninguna autoridad legal para hacerlo.

Desde su base en Egipto, Cleopatra observaba con preocupación. César había conservado allí cuatro legiones, y tanto Dolabela como Casio las solicitaron. La reina optó por enviárselas al primero, pero Casio las capturó en su camino hacia Siria y con las doce legiones resultantes derrotó a Dolabela, que se suicidó.

Pero Cleopatra no había dicho su última palabra, y decidió colaborar con los oponentes de Bruto y Casio en Grecia Occidental, equipando una flota y poniéndose al frente, convirtiéndose así en una almirante mujer como Artemisa de Halicarnaso (actual Bodrum, en Turquía), que había combatido en la batalla de Salamina en el 480 a. C., o la reina pirata Teuta de Iliria (Montenegro y Albania), enfrentada a los romanos en el 220 a. C. Casio envió a otro de los asesinos, Murcio, para tenderle una emboscada al sur de Grecia, pero la flota egipcia nunca llegó allí. Una tormenta en la costa libia causó tales daños a los barcos que se vieron obligados a dar media vuelta, y la misma Cleopatra sufrió terribles mareos durante el trayecto. Casio sopesó incluso la posibilidad de invadir Egipto, pero Bruto le persuadió de que dosificasen sus recursos.

Desde su base oriental, Bruto y Casio elaboraron una estrategia completa para todo el Mediterráneo; si querían vencer, deberían hacerlo combatiendo en todo el Imperio, y no solo en Roma o en Italia, recuperando así la estrategia de Pompeyo contra César. Tal vez confiaban en que ahora funcionase, o puede que fuese la menos mala de las alternativas.

En abril del 43 a. C., después de la victoria de Mutina, el Senado confió la suerte de la República a otros tres comandantes, además de Décimo, y refrendó a Bruto como gobernador de Macedonia, a Casio en Siria y a Sexto Pompeyo como almirante de la flota. Casio era mejor estratega que Décimo, y planeó organizar un ejército y una fuerza naval en el este, para unirla a la flota de Sexto en el oeste, que en el verano del 43 a. C. se trasladó a Sicilia. El poderío naval que aportó Sexto Pompeyo fue muy útil, pero no determinante. Como en la guerra civil entre Pompeyo y César, en esta nueva lucha los estrategas buscaban estrangular al enemigo desde el mar, cortando la línea de abastecimiento de alimentos y dañando el transporte de tropas, pero en este caso las extensas carreteras costeras permitían a un rival flexible y decidido viajar por tierra, por lo que la dominación naval en exclusiva no garantizaba el éxito militar. Para asestar el golpe decisivo haría falta un ejército: Casio lo sabía, y se empeñó –junto a Bruto– en reunirlo.

Bruto no tenía tiempo ni para el duelo; en el verano del 43 a. C. Porcia murió a causa de una enfermedad de la que se ignoran los detalles, pero con su marido en Grecia y ella en Italia no hubo ocasión para una última despedida. Cicerón escribió a un apesadumbrado Bruto, pidiéndole que mantuviese la entereza y asegurándole que su patria le necesitaba: «No solo tu ejército, sino todos los ciudadanos y casi todo el pueblo tienen puestos los ojos en ti».

Bruto desplegaba su actividad tanto en Tracia (actual Bulgaria) como en Anatolia, al oeste. Deyótaro le envió soldados, mientras él recaudaba dinero de un lugar y de otro y obtenía una victoria menor

contra una tribu tracia, que le supuso una aclamación como emperador por parte de sus soldados. A partir de entonces añadió ese título a sus monedas y documentos oficiales. Mientras tanto, Servilia protegía sus intereses y los de Casio en Roma en su ausencia, como una leona. O como una senadora, dado que las reuniones familiares eran para Servilia como asambleas. El 25 de julio del 43 a. C. organizó un encuentro en una de sus casas, con la asistencia de Cicerón, de Casca y Labeo –dos de los asesinos de los Idus– y de Marco Escapcio, agente en el este de Bruto en el 50 a. C., y ahora de nuevo en el cargo. El motivo de la reunión era decidir si debían convocar a Bruto de vuelta a Roma, o si este debía permanecer donde estaba. Cicerón abogó por su regreso, pero Bruto no se movió. Sin duda Servilia dio cuenta a su hijo del debate, informándole también de la suerte que corrían sus nietos, a los que ese mismo verano Cicerón hubo de defender en el Senado. Lépido se había casado con otra de las hijas de Servilia, y, una vez consumada su alianza con Antonio, Bruto se inquietó por la suerte que podrían correr su cuñada, sus hijos y Servilia. Esta, a su vez, se mostraba preocupada por Bruto y por su yerno Casio, aunque sin motivos; la mayoría de comandantes en el este se pasaron a su bando, algunos por su antagonismo con César o por su confianza en la República, y muchos otros, por la repulsión que pronto les causarían los métodos que estaban poniendo en práctica Antonio y Octavio. También hubo quien pensó que, si alguien había sido capaz de asesinar al dictador, entonces convenía estar de su lado, porque sería el ganador. Por último se sumaron otros, más bien atraídos por el sonido del dinero de los conjurados.

Mientras tanto, en Italia el mundo estaba a punto de ponerse del revés; antes de que pasase mucho tiempo, sería Servilia –y no Bruto ni Casio– la que correría peligro.

*Elegido por la espada*

En julio del 43 a. C. Octavio movió ficha y exigió al Senado que le otorgase uno de los dos consulados vacantes. Era una falta de respeto viniendo de un joven del 19 años, y más teniendo en cuenta que el Senado ya había retrasado 10 años la edad mínima para ser cónsul, de los 43 a los 33. Pero a Octavio no le faltaba valor, y envió una delegación de soldados a la asamblea, que rechazó de nuevo su petición. Al abandonar la sala uno de ellos recogió la espada que había dejado en la puerta y exclamó con ira: «Esta le nombrará cónsul si no lo hacéis vosotros». Así ocurrió. Octavio cruzó el Rubicón y marchó sobre Roma, atravesando con sus ocho legiones –incluyendo a los nuevos reclutas– la misma vía por la que había pasado César seis años y medio antes.

Octavio sí que logró que le nombrasen cónsul junto con su primo, Quinto Pedio; los senadores accedieron y el pueblo votó para rubricar el nombramiento. A continuación hizo que Pedio promoviese una ley para revocar la amnistía otorgada a los asesinos de César. La *Lex Pedia*, como se la conoció, supuso la creación de un tribunal especial que, rápidamente, condenó a los asesinos y a muchos de sus aliados, entre ellos a Sexto Pompeyo, que a pesar de simpatizar con los conjurados no había tenido nada que ver con el homicidio. Solo uno de los jueces votó por la absolución de Bruto, y así se abolió el mutuo acuerdo pactado en el Senado los días posteriores a los Idus de marzo.

En lo que concernía a Antonio y sus aliados, sin embargo, la paz estaba a la orden del día; Octavio levantó el decreto de proscripción y abrió las negociaciones. En septiembre del 43 a. C. Antonio entró de nuevo en la Galia Italiana con 18 o 19 legiones y, al mes siguiente, acompañado por Lépido, se encontró con Octavio cerca de Bononia (actual Bolonia) para formar un triunvirato, la comisión de tres hombres con poderes dictatoriales durante cinco años. Poseían más de 40 legiones y se dividieron la parte occidental del imperio: a Antonio le correspondió casi toda la Galia, a Lépido la Galia Narbonense e Hispania Citerior y a Octavio Sicilia, Cerdeña y el

África Romana, además de convertirse en la suprema autoridad del estado. El 27 de noviembre del 43 a. C. se aprobó una ley que legalizó el triunvirato que, si no era la necrológica de la República Romana, era la declaración de que solo una intervención heroica podría salvarla.

La sangre, el dinero y las propiedades se convirtieron en las prioridades de los triunviros, desdeñando la clemencia que, en su opinión, había acabado por matar a César. En su lugar –como hiciera Sila– eligieron la proscripción, purgando mediante decreto público a sus enemigos, condenándolos a muerte y confiscando sus propiedades, en una lista que incluía a 300 senadores y a 2.000 caballeros romanos. Uno de los senadores sentenciados fue el que había votado a favor de absolver a Bruto ese mismo año. Las bandas de ejecutores se multiplicaron, a la caza de recompensas y botines, y muchas de las víctimas tuvieron que abandonar Italia para conservar la vida, aunque perdieron también sus bienes, confiscados y vendidos. Tal y como ocurría en gran medida en esa época, la causa final de la violencia política residía con frecuencia en las propiedades. La proscripción obedecía a diversos propósitos, desde los ajustes de cuentas hasta la adhesión al nuevo régimen, pero el principal era la obtención de dinero. La guerra era cara, y acechaba un nuevo conflicto con Bruto, Casio y Sexto Pompeyo.

Sin embargo las proscripciones no bastaron, y los triunviros establecieron nuevos impuestos. Otra de las medidas que tomaron fue confiscar los terrenos de 18 de las ciudades más ricas de Italia, para asentar allí a sus soldados. Para los habitantes fue una declaración de guerra virtual; para Bruto y Casio, un impulso al reclutamiento.

Galba, el asesino de César, fue uno de los senadores incluidos en la lista de proscritos. Se ignora si fue asesinado, pero en cualquier caso no sobrevivió a la guerra que se desató. A Servilia le fue mejor, y encontró asilo junto al prudente Ático, que tenía amigos en todas las facciones, ya que anteriormente había auxiliado a la esposa de

Antonio, Fulvia. Servilia se mantuvo a flote, pero Cicerón no, y se convirtió en la víctima más famosa del terror. El 7 de diciembre del 43 a. C. le sorprendieron tratando de escapar de su villa en la costa norte de Nápoles, en dirección a un barco que debía trasladarle a un lugar seguro en el este. Aunque había podido huir antes, esperó demasiado, y acabó muriendo con dignidad, sin ofrecer resistencia. Su cabeza acabó en Roma, clavada en la tribuna de oradores, rememorando el trato que dispensaban a sus víctimas Mario y Sila. En su caso, también le cortaron las manos, exhibiéndolas en venganza por las agrias acusaciones contra Antonio de las *Filípicas*. Otras fuentes afirman que la esposa de Antonio le atravesó la lengua con una horquilla. La muerte de Cicerón no fue un acontecimiento más en la política romana, sino un hito en la civilización occidental, de la que es uno de los fundadores. La perspectiva de esta obra no es tan amplia, y basta con considerarle el más famoso, más elocuente y más divertido observador político en la época de César. De hecho, nadie en toda la historia antigua nos ha legado unos comentarios políticos tan extensos, además de ser un actor fundamental de los acontecimientos ocurridos entre el 44 y el 43 a. C.

Cicerón solo sobrevivió 20 meses tras los Idus de marzo, y en ese tiempo se convirtió en la cabeza y el corazón de una política que podría bautizarse como «Italia Primero». Muchos otros lucharon por la República, pero desde el extranjero. Cicerón no y, a pesar de su coraje y su vigor, se equivocó. No debía haber confiado en Octavio, que accedió a proscribir a su aliado como favor hacia Antonio. Este, por su parte, era invencible, al menos para las escasas fuerzas con las que contaba la facción anti César en Italia. La salvación de la República vendría de fuera de la península, o no vendría de ninguna parte. De no haber sido por Cicerón, Décimo habría abandonado Italia, y los republicanos que quedasen habrían huido de Roma para incorporarse a los ejércitos del este, desde donde un general tan bueno como Décimo habría podido contribuir mejor a la causa

republicana. Tras su muerte, un amigo de Antonio recibió permiso para comprar su casa en la colina Palatina romana; se trataba nada menos que de Censorino, el que había tratado de salvar la vida de César en el Senado en los Idus.

Si Cicerón fue asesinado, la memoria de César se exaltó, y los triunviros aprobaron una ley para erigir un templo e instituir la adoración pública a *Divus Iulius*, Julio César deificado. En pocos años, tras el nombramiento de Antonio como Sumo Pontífice del nuevo culto, la deificación se convirtió en oficial, lo que permitió a Octavio autodenominarse *divi filius*, el Hijo del Hombre hecho Dios. Aclamado como Emperador, su título completo acabó siendo *IMPERATOR CAESAR DIVI FILIUS*.

*El final de Décimo*

Décimo decidió reservar a su ejército y unirlo al de Bruto en Macedonia. La ruta más asequible, a través del norte de Italia, se encontraba cerrada por la presencia de Octavio y sus tropas, por lo que debieron optar por la alternativa más complicada, a través de los Alpes. Las legiones desertaron de inmediato –los veteranos y los auxiliares se pasaron al bando de Antonio, y los nuevos reclutas volvieron a sus hogares en la Galia Italiana y junto a Octavio–. Después de Mutina nada se supo de los gladiadores de Décimo, aunque disponía todavía de una escolta de galos a caballo, tal vez procedente de sus días como gobernador de su patria. A los que deseaban volver a su casa se lo permitió con una generosa paga, mientras él se encaminaba hacia el Rhenus (Rhin) seguido de 300 fieles, con los que rodearía las montañas del Jura hacia el sureste para alcanzar ese río en la actual Basilea (Suiza). Pero la visión del caudaloso Rin espantó a los pocos que quedaban, y finalmente Décimo se vio acompañado solo por 10 hombres, de los que al menos dos eran romanos. Impertérrito, decidió aún así atravesar la Galia Italiana disfrazado de galo, aprovechando sus conocimientos

de la lengua. Con calzas, capa con capucha y zuecos, tanto él como el resto de acompañantes que no eran galos mantuvieron las apariencias. No era el primer romano en asimilarse a los nativos, pero era infrecuente llegar a tal extremo. Esta compañía de desesperados retrocedió sobre sus pasos hacia Vesontio (Besançon, Francia) tomando el estrecho paso de Jougne por las montañas del Jura, desde la actual Francia hasta Suiza, en territorio de los galos sécuanos. Algunas partidas locales se dedicaban a patrullar la zona cobrando un peaje, y el grupo despertó sus sospechas. Cuando les arrestaron, Décimo averiguó aliviado que su líder era Camilo, al que había prestado numerosos favores siendo gobernador y que le recibió de inmediato. Sin embargo, tras disculparse por el encarcelamiento, envió un mensaje en secreto a Antonio para cobrar la recompensa prometida al que le capturase, ganándose además la amistad del que se encontraba al mando en aquel momento. El que importaba era Antonio, y no el antiguo gobernador.

Las fuentes coinciden en señalar que Antonio ordenó la muerte de Décimo, pero discrepan en el modo en que se produjo. Algunos afirman que fue Camilo el que le ejecutó, y otros lo atribuyen a un grupo de caballeros enviados por Antonio. Son varios los autores que sostienen que, en la hora final, Décimo olvidó su tan proclamada bravura y empezó a lamentar su destino, aunque cuesta imaginarlo, y cabe sospechar que se trate de una calumnia urdida a posteriori por sus enemigos. En cualquier caso, un golpe certero de espada en el cuello acabó con su vida, y Camilo envió su cabeza a Antonio, que la hizo enterrar. Todo esto ocurrió a mediados de septiembre del 43 a. C.

De este modo murió uno de los tres principales conjurados contra Julio César. En sus últimos quince meses de vida Décimo había exhibido arrojo, liderazgo, determinación, energía y agilidad, reclutando nuevas tropas y manteniendo unido a un ejército asediado. Tras conducir a los suyos a través de los Alpes, sin embargo, no fue capaz de convencerlos de que arriesgasen la vida

adentrándose en un entorno casi salvaje, y sin rutas trazadas. Para salvar la República y avanzar en su carrera incumplió la ley, obteniendo como recompensa una rutilante y largamente buscada marcha triunfal, que nunca viviría para disfrutar. De haber derrotado a Antonio, se habría convertido en uno de los personajes más importantes de toda Roma, el héroe militar que habría restablecido la República; de hecho, habría alcanzado una posición tal que habría podido socavar esa institución convirtiéndose en el próximo César, de haberlo querido.

Décimo mostró una afición al riesgo que habría hecho palidecer al mismo dictador, con la diferencia de que César, habitualmente, solo se exponía al peligro tras calcularlo minuciosamente. Al elegir la defensa de la Galia Italiana, en lugar de retirarse a Macedonia cuando aún estaba a tiempo, había lanzado sobre el tapete una apuesta tan arriesgada como la de César al encaminarse al Senado sin escolta en los Idus de marzo. En resumen, Décimo se mostró brillante en todo, excepto como estratega precavido. Sin duda habría preferido una muerte heroica en batalla antes que una ejecución, pero al menos obtuvo una última recompensa: morir en la Galia, escenario de casi todos sus triunfos bélicos.

*El sistema nervioso de la guerra*

El dinero es el «sistema nervioso de la guerra», afirmó Cicerón en su quinta *Filípica*, pronunciada en el Senado el 1 de enero del 43 a. C., y para Bruto y Casio, en el este, podría haber sido una declaración de principios. Aunque estuviesen decididos a luchar por la libertad del pueblo de Roma, los habitantes del imperio eran harina de otro costal, y exprimieron sus provincias tanto como pudieron, sabiendo que la guerra era cara.

Cuando Bruto averiguó lo ocurrido en el oeste ordenó la ejecución de su prisionero Cayo, el hermano de Antonio, en venganza por las muertes de Cicerón y de Décimo. El segundo era

su pariente, afirmó, y el primero su amigo. Como hacía con frecuencia, mezcló los sentimientos con el frío cálculo, afirmando que se avergonzó más por la causa que había llevado a la muerte de Cicerón –que achacó a la debilidad de los romanos– que por el hecho en sí.

La primavera del 42 a. C. los dos cabecillas atacaron varios focos de resistencia. Casio declaró la guerra a la isla de Rodas, una pequeña potencia naval que había defendido a Dolabela y, tras dos derrotas y ante la amenaza de un asedio, algunos de sus habitantes abrieron las puertas a los romanos. Casio condenó a muerte a 50 de sus habitantes más notables y arrasó con el oro y la plata de la ciudad. Por su parte, Bruto se centró en las ciudades suroccidentales de Licia, en Anatolia, cercando la bien fortificada plaza de Xantus. Cuando los romanos consiguieron entrar, muchos de los ciudadanos escogieron el suicidio antes que la rendición. Plutarco narra una bella anécdota, con Bruto llorando ante la escena, pero no parece verosímil. Poco después otra ciudad cercana escogió plegarse a las demandas de Bruto, y le entregó sus tesoros. Puede que la libertad fuese su lema, pero para él significaba más el libre ejercicio del gobierno republicano en Roma que la independencia de las ciudades del imperio.

Hacia junio del 42 a. C. Bruto y Casio se reunieron en la ciudad de Sardes, en Anatolia y, tras resolver algunas discrepancias, se encaminaron hacia Macedonia. Después de dejar a Lépido custodiando Italia, Antonio y Octavio habían cruzado el Adriático con 19 legiones, que sobre el papel significaba que disponían de 95.000 hombres, aunque la cifra real estaría más cercana a la mitad, a los que se añadirían unos 13.000 hombres a caballo. Por su parte Bruto y Casio contaban con 17 legiones –en teoría unos 85.000 hombres, pero en este caso también serían aproximadamente la mitad–, y puede que unos 20.000 soldados a caballo. Incluso con una reducción de cifras más realista, se preparaba un enfrentamiento

impresionante entre legionarios, que juntos sumarían unos 90.000 hombres.

La contienda que acechaba sería la mayor de la época. Varios aliados orientales enviaron sus tropas a Bruto y a Casio, principalmente a caballo, aunque Deyótaro también mandó soldados a pie. El rey de Partia contribuyó con un destacamento de arqueros, como ofrenda a la diplomacia de Bruto y Casio. A finales del 43 a. C. habían enviado al hijo del antiguo amigo de César reconvertido en enemigo, Labieno, a esa región, para negociar su apoyo. En el verano del 42 a. C., a las afueras de la ciudad de Cardia en la península de Gallipoli, Bruto y Casio juntaron sus tropas, a las que debían alimentar, alojar, entrenar, motivar y, por encima de todo, pagar. Sus jefes no les defraudaron; durante más de un año habían estado recaudando dinero, por la diplomacia o por la fuerza, y disponían de fondos en monedas diversas, acuñadas por sus oficiales, posiblemente, en una o más de las cecas de Macedonia.

Bruto había aprendido la lección; a diferencia de lo que hizo tras los Idus de marzo, ahora no escatimaría en recursos para los soldados. Como afirma Apiano, tanto él como Casio habían acumulado una fortuna para pagarles. Su principal motivo de preocupación era evitar que la extensa facción de su ejército que había combatido con Julio César se pasase al bando de su hijo adoptivo, Octavio. Según Apiano, Casio se refirió a este punto en un discurso dirigido a las tropas reunidas, afirmando que, sin importar quién fuese su general, siempre estarían luchando por la misma causa, Roma. Pero ni él ni Bruto eran tan ingenuos como para confiar solo en las palabras; cada legionario recibió 1.500 denarios, cada centurión 7.500 y cada tribuno militar 15.000. Estas sumas, generosas, no alcanzaban a las que prometieron a los suyos Antonio y Octavio en caso de victoria –5.000 denarios (20.000 sestercios) a cada uno– ni a las que repartió César en su Triple Triunfo del 46 a. C., donde la escala comenzaba con 6.000 denarios para cada legionario. Bruto y Casio recompensaban a los suyos antes de la

batalla, y ya tenían el dinero, mientras que Antonio y Octavio solo habían prometido reunirlo, un asunto que, según Apiano, Casio enfatizó al dirigirse a sus soldados. Hasta César recurría al pago tras las batallas en la Galia y en la Guerra Civil. A pesar del riesgo de pagar por adelantado, sin duda Bruto y Casio asumieron que debían hacerlo para ganarse a los antiguos soldados del dictador, aunque otro motivo pudo ser el de compensar el error de no haber tenido en cuenta lo suficiente a los soldados tras los Idus. En cualquier caso, desde luego también señalarían una y otra vez cómo la victoria les supondría un botín aún mayor.

La espléndida serie de monedas aludía a una gran variedad de asuntos. Entre otros, los héroes del pasado romano, los dioses y las águilas. Una de ellas, acuñada por Bruto y Casca, lucía un Neptuno con tridente en una cara –simbolizando el poderío naval republicano–, y en la otra mostraba una victoria alada con una hoja de palma, una diadema y un cetro quebrados bajo los pies, como emblema del triunfo frente al pretendido monarquismo de César. La inscripción rezaba «BRUTUS IMP», *Brutus Imperator*.

Entre todas las monedas, sin embargo, destacaba una, acuñada también por Bruto. Este pequeño denario de plata es tal vez la moneda más famosa de Roma, aunque existe también una versión en oro, un *aureus*. El anverso muestra a Bruto de perfil y con barba, en señal de duelo por la República. La imagen es chocante, porque César recibió críticas al romper con la tradición y convertirse en el primer romano en retratarse en una moneda. Bruto, por su parte, al identificarse como *IMPERATOR*, adoptaba una pose muy antirrepublicana, pero había que ganar una guerra; las sutilezas constitucionales podían esperar.

El reverso de la moneda es aún más sorprendente, y muestra un *pileus*, o gorro de liberto, sobre la inscripción *EID MAR*, abreviatura de «IDUS DE MARZO». A cada lado del gorro aparece un puñal militar apuntando hacia abajo. La imagen es fascinante.

Con una gran batalla contra las tropas de Antonio y Octavio en el horizonte, la imaginería militar tenía su lógica pero, por supuesto, el significado primordial de los puñales en la moneda no era ese, al menos para los que las hicieron acuñar. Dion Casio, que escribió siglos después, ofrece una explicación de la presencia de esos dos elementos, en una de las pocas menciones a una moneda de un autor clásico:

«Además de estas actividades, Bruto hizo acuñar las monedas a su propia semejanza, con un gorro y dos puñales, indicando con esto y con la inscripción que él y Casio habían liberado a su patria».

En resumen, los dos puñales trataban de representar las armas que habían empleado los cabecillas del movimiento contra César los Idus de marzo. La imagen resultaba contundente hasta para una masa de soldados. Como se ha explicado antes, cada puñal lucía una empuñadura distinta. La cruciforme pudo ser de Bruto, y la de dos discos, de Casio; al contemplar lo que tienen en común surge una conclusión menos especulativa. Ambos son precisamente puñales militares –*pugiones*, singular *pugio*, en latín–, que los romanos distinguían de la *sica*, el puñal curvo de origen tracio poco habitual entre los soldados. La *sica*, para un romano, era un arma propia de degolladores; el término para un asesino u homicida era *sicarius*, literalmente «hombre de *sica*». Tras los Idus de marzo, los defensores de César acusaron a los asesinos de ser simples homicidas, pero la imagen que transmitía esta moneda abogaba por considerar los Idus de marzo como un acto honorable, ejecutado con una herramienta afín a los soldados romanos, tal y como mostraban los puñales. No fue un acto criminal, sino liberador, tal y como proclamaba el gorro de liberto.

Evidentemente, los soldados que recibieron la moneda de Bruto en el 42 a. C. sabían que los puñales de sus comandantes habían acabado con la vida de César, y entendieron el simbolismo de esa arma como herramienta tiranicida. La truculenta realidad del puñal

no les era ajena, y comprendieron que se les pagaba por utilizarlo, junto con la espada y la jabalina, para acabar lo que Bruto y Casio habían empezado.

*Después de Filipos*

La gran confrontación se produjo a las afueras de Filipos, ciudad situada al este de Macedonia, junto a la vía Egnatia, cerca de la costa del mar Egeo. El número de combatientes fue enorme, y el emplazamiento parecía escogido a medida de lo que estaba en juego. Un guerrero de gran fama, el rey Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, había fundado la ciudad y le había dado su nombre, por lo que hasta los espectros parecían en liza. Una noche, antes de lanzar a sus ejércitos a través del Helesponto, Bruto tuvo una visión de su *daemon* maligno, el que según los romanos acompañaba a cada cual para conducirle al mal o atraer la desgracia. En esta visión le advirtió: «Me verás en Filipos», y lo mismo ocurrió la noche anterior a la batalla final. Casio afirmó haber visto también, en medio del fragor de la batalla, al fantasma de César vestido con su toga púrpura de comandante.

Ya próximo el gran desenlace, Bruto escribió a Ático con valor y determinación. O bien liberaría al pueblo romano, afirmaba, o bien moriría y se vería él mismo libre de esclavitud. Todo estaba decidido, añadió, excepto el saber si moriría o viviría libre. Él y Casio lo tenían todo a favor: contaban con gran número de soldados y su posición en el terreno elevado sobre la vía romana era buena; las montañas les protegían por el flanco norte, y por el sur se extendía un pantano; Casio era un comandante muy destacado y Bruto era competente, y, además de todo esto, controlaban el mar. Su flota descansaba en una isla cercana, desde la que podían transportar suministros a un puerto no muy alejado de su campamento, permitiéndoles incluso sentarse a esperar mientras su enemigo se moría de hambre.

Contaban también con la ayuda de varios de los asesinos. Cimber –bebedor y pendenciero– había contribuido a la toma de esa posición, en manos de una avanzadilla enemiga. Publio Servilio Casca, el primero en atentar contra César en los Idus, comandaba parte de las tropas de Bruto, y un buen número de nobles romanos, entre ellos el hijo de Catón, les apoyaban.

Por su parte, Antonio era un general con recursos que contaba con una experiencia, de lejos, superior a la de los otros tres, y logró infiltrarse en la posición de Bruto y Casio, amenazando sus líneas de suministro. También comenzó a edificar fortificaciones para cortar el aprovisionamiento por mar, obligando al enemigo a construir otras a su vez para detenerle. El 3 de octubre, o en torno a esa fecha, llevó a cabo un ataque tan fructífero que ocupó no solo las defensas de Casio, sino también su campamento, poniendo en fuga masiva a sus hombres. Bruto, por su parte, tomó con sus soldados el campamento de Octavio en el norte, a pesar de la indisciplina de las tropas y la desobediencia a sus órdenes. El mismo Octavio, enfermo, estaba ausente, y su mayor contribución a la victoria fue sobrevivir. Más tarde se le achacó haber prestado excesiva atención a los signos divinos, luciendo una sortija de César como amuleto para contrarrestar una visión de alguien de su entorno. En otra ocasión también abandonó precipitadamente su tienda, a causa de otra visión, evitando caer herido.

Casio, obligado a resguardarse en un promontorio, creyó ver a las tropas de Bruto también en retirada, y prefirió suicidarse antes que ser capturado, pidiendo a un liberto que le decapitase. Ciertos autores clásicos afirman incluso que lo hizo sin esperar sus órdenes, en el mismo día en el que Casio cumplía años. Había sido un político de convicciones profundas, *optimate* hasta la médula, hostil a César y a todo aquel que quisiese imponer un dominio unipersonal. Si Plutarco está en lo cierto, fue el instigador del complot para asesinar al dictador; dado su pasado militar, es verosímil que jugase un papel muy activo en la preparación minuciosa de la conjura. Más tarde

abogó también por la línea más dura, negando a César un funeral público y defendiendo la ejecución de Antonio, pero Bruto se impuso sobre él. El asesinato de Antonio podría haber supuesto una provocación contra Lépido y sus legionarios, enfrentándoles a los asesinos del Capitolio, y la negativa a honrar póstumamente al dictador habría añadido motivos para los altercados públicos, por otra parte –casi con seguridad– inevitables. De regreso al Mediterráneo oriental que tan bien conocía, Casio había demostrado su perspicacia estratégica en los dos años posteriores a los Idus. En ocasiones empleó métodos brutales, pero su labor al reclutar un ejército para retar a Antonio y Octavio fue magistral.

Bruto hizo que le enterrasen en secreto, para no desmoralizar a las tropas, y le alabó como al «último de los romanos», cuya destreza no volvería a repetirse. Desde luego, no entre las tropas de Bruto; incluso aunque Casio hubiese sobrevivido, es improbable que Antonio hubiese acabado derrotado. Con Bruto al frente, las posibilidades casi desaparecieron, porque no era un general. Sí que lo fue Décimo, y, de haber seguido con vida, su ejército podría haber tenido más fortuna, en el caso de que llegase a comandarlo.

Bruto desconfiaba de la lealtad de los hombres del fallecido, y, al menos en un caso, con razón. El general de Deyótaro, sopesando el cambio de tornas, se pasó al bando de Antonio, y cabe sospechar si la orden de apostar por el ganador no partió del viejo gálata, cruel como era. Por otra parte, el enemigo seguía tratando de aislarle, por lo que, tres semanas después –el 23 de octubre–, atacó, pero tras una larga y despiadada lucha sus líneas se quebraron. Antonio fue el arquitecto de esta victoria en Filipos, total y decisiva, que acabó con la defensa de la República de Bruto y Casio. En aquel momento, si no antes, Bruto debió de reconsiderar si había sido acertado perdonarle la vida a Antonio en los Idus.

El líder de los conjurados consiguió escapar con vida del campo de batalla. Después de recorrer el ondulante terreno con unos pocos amigos, aquella noche citó a los poetas griegos bajo las estrellas y,

pasado un tiempo, decidió acabar con todo. Acusó al destino frente a los suyos, pero también reconoció que moriría feliz. A diferencia de los vencedores, afirmó, dejaría tras de sí una reputación virtuosa, mientras la de aquellos destacaba por su injusticia y crueldad. Así lo cuenta Plutarco, confiando en el testimonio presencial de Publio Volumnio, amigo y compañero de estudios de Bruto, y en esta ocasión su relato parece más creíble que el de otras fuentes.

Filipos diezmó a los asesinos y a sus partidarios; no se tuvo más noticia ni de Publio Servilio Casca ni de Cimber, por lo que, o bien sucumbieron a la batalla, o bien se suicidaron después. No fueron los únicos nobles en engrosar la lista de caídos, que incluía al hijo de Catón.

El poeta Horacio, tras combatir contra el nuevo régimen en Filipos, selló la paz, y criticó la pobre estrategia militar de Bruto, describiendo la batalla en la que «los más virtuosos mordieron el polvo». *Virtus*, en latín, conjuga la viril destreza con la excelencia moral, y Bruto, famoso en vida por estas cualidades que ostentó con orgullo, se veía ahora cuestionado. ¿Por qué no brilló más en Filipos como general? ¿Por qué eligió darse muerte en lugar de seguir luchando? Esas eran las preguntas que se hacían sus hombres. A largo plazo, sin embargo, una aureola gloriosa comenzó a rodear a Bruto, que dejó de ser recordado como el derrotado de Filipos, y comenzó a serlo como el hombre virtuoso, por ejemplo para Plutarco. Bruto gozó de buena prensa, en parte por sus relaciones y en parte por Servilia, pero la cuestión era más compleja. Su figura era atractiva para los romanos, tanto por su firmeza pasada en Italia central como por su capacidad de adaptación, heredera de la visión más amplia que le otorgaba su adhesión a la filosofía griega. No nos confundamos; si su actuación en los Idus de marzo horrorizó a los romanos, también les cautivó. Al empuñar la daga y emplearla contra César, Bruto demostró su valentía, y, tal y como afirma Plutarco, incluso los que le odiaron por hacerlo no pudieron dejar de reconocer cierta nobleza en este hecho.

Bruto no fue el atolondrado idealista que en ocasiones se ha descrito; a pesar de que la capacidad militar de Antonio le superó, no erró al perdonarle la vida en los Idus de marzo. Sin su moderación, tal vez los asesinos no habrían sido capaces de enfrentarse al ansía de venganza de Lépido y sus hombres. Tampoco se le puede achacar no haber sido capaz de predecir la efectividad de Octavio, ni el impulso que supondría esta para que Antonio lograse destrozar a Décimo. En cualquier caso, fue él quien aconsejó a Cicerón que desconfiase de Octavio; de haber seguido sus recomendaciones, tal vez Décimo se habría aliado con Antonio contra el heredero de César, y el mundo habría sido distinto. Tal vez Bruto hubiese conseguido salvar la República.

Los clásicos no se ahorraron las anécdotas, tan cómicas como denigrantes, sobre el destino de su cadáver. Por ejemplo, se dijo que, cuando Antonio lo encontró, mandó envolverlo en su toga púrpura más lujosa, tributo militar para los romanos, pero un ladrón robó la prenda, y Antonio hizo que le ejecutasen.

Tras ordenar la incineración del cuerpo, Antonio envió las cenizas de vuelta al hogar y, a finales del 42 a. C., un mensajero se presentó en casa de Servilia, bien en Roma o bien en una de sus residencias en Antium o cerca de Nápoles. En la urna descansaban los restos mortales de su único hijo. Todo, excepto la cabeza, de ser cierto lo que afirma una de las fuentes, que sostiene que, así como Décimo había sido decapitado, Octavio hizo decapitar a su rival. Según esta misma narración, a continuación mando colocar la cabeza a los pies de la estatua de César en Roma como venganza. Sin embargo, esta jamás llegó a su destino, porque durante una tormenta en la travesía marítima la tripulación del barco la arrojó por la borda para conjurar la mala fortuna, al modo del bíblico Jonás. ¿Qué pensaría Servilia al ver la urna con las cenizas de Bruto? ¿Se limitaría a sumarlo a la lista de cadáveres, en la que, además de su hijo y la esposa de este, Porcia, también aparecía su yerno, Casio? ¿O puede

que se sintiese confortada por la gloria de su hijo? Nada más se sabe de Servilia, y las fuentes no vuelven a mencionarla.

«Este fue el más noble de los romanos», hace decir Shakespeare a Antonio al contemplar el cadáver de Bruto, reflejando los sentimientos que le atribuyó Plutarco en un contexto previo. Fueron muchos los que le escucharon decir, según el historiador, que, de todos los conjurados contra César, Bruto fue el único que actuó por el esplendor y la nobleza del acto en sí; al resto les movía el odio y la envidia. En el fondo Antonio era a su vez un noble romano de la vieja escuela. Pertenecía a la generación de Bruto y, como en su caso, sus principios procedían de un mundo que ya se desmoronaba a su alrededor, a diferencia de su compañero de armas veinteañero en Filipos, Octavio, para el que el pasado romano no se merecía más que una hipócrita frivolidad.

Bruto había afirmado que Antonio pagaría cara la locura que le había llevado a comportarse como un ayudante de Octavio en lugar de incorporarse a las filas de Catón, Casio y el propio Bruto, sus iguales. También predijo, antes de la decisiva batalla de Filipos, que, en caso de que Antonio y Otavio no fuesen derrotados, no tardarían demasiado en enfrentarse entre ellos. Acertó.

*El último de los asesinos*

Filipos fue una victoria total en el haber de Antonio y Octavio, pero aún quedaba mucho camino por recorrer antes de tener a Roma a sus pies. La flota republicana, a las órdenes de Sexto Pompeyo en Sicilia, seguía dominando el mar, y en los años siguientes obligaría a los triunviros a sentarse en la mesa de negociaciones, para barrer más tarde en dos ocasiones a la flota de Octavio, antes de sufrir su derrota determinante en el 36 a. C., tras la que Pompeyo huyó a Anatolia, donde fue capturado y ejecutado.

Lépido padeció un declive progresivo; en el 40 a. C. hubo de intercambiar la Hispania Citerior y la Galia Narbonense por la menos

estratégica provincia del África Romana. Desde allí colaboró con Octavio en su lucha contra Sexto Pompeyo, que le derrotó. Cuando quiso añadir Sicilia a sus territorios, Octavio ostentaba suficiente poder como para dejarle de lado. Finalmente en el 36 a. C. fue obligado a exiliarse de forma permanente en Circeii, al sur de Roma, en un enclave hermoso pero apartado, célebre únicamente por sus ostras.

Antonio y Octavio se repartieron el Imperio Romano. El primero recibió el Este y el segundo, el Oeste, por lo que la impopular tarea de confiscar tierras para los veteranos en Italia recayó sobre Octavio. El resultado fue del agrado de los antiguos soldados, pero para muchos otros italianos supuso la ruina. La nueva prosperidad se vio jalonada por lápidas militares en toda Italia, mientras los poetas contemporáneos cantaban la miseria de los desposeídos. Fulvia, la extraordinaria esposa de Antonio, y Lucio, el hermano que le sobrevivió, fomentaron tal oposición a la expropiación de tierras que en la ciudad de Perusia (actual Perugia), en la zona central de Italia, acabó estallando la guerra. Si la narración de los hechos no es pura propaganda, tras la victoria de Octavio se ejecutó a numerosos senadores y caballeros enemigos en el altar de Julio Deificado durante los Idus de marzo, como un virtual sacrificio humano al fantasma de César. A Fulvia y Lucio les dejaron ir con vida.

En el este Antonio asumió la responsabilidad de la lucha emprendida por César contra los partos, que recibieron el sorprendente apoyo de Quinto Labieno, hijo del antiguo amigo del dictador convertido en su enemigo, Tito Labieno. Tras la batalla de Filipos, los partos habían conquistado una extensa parte del imperio en el este, pero los lugartenientes de Antonio les obligaron a retroceder, además de capturar y ejecutar a Labieno. En ese momento Antonio trató de ir demasiado lejos, invadiendo Partia a través de Armenia, para acabar derrotado sin paliativos. Pero la historia guarda de la estancia de Antonio en el este un recuerdo bien distinto: el de su relación con Cleopatra, que fue una alianza política

y militar, además de una aventura amorosa. No había sido su primera opción, ya que tras la muerte de Fulvia, en el 40 a. C., se había casado con la hermana de Octavio, Octavia, con la que había tenido dos hijas. Sin embargo, nada de esto le empujó a alejarse de Cleopatra. Si Octavio tenía el nombre de César, Antonio tendría a su amante; hay multitud de hechos fascinantes que contar acerca de la pareja más poderosa de la historia, pero no son materia de este libro. Cleopatra volvió a ser la pareja de uno de los dos hombres más poderosos de la esfera romana, como lo había sido en el caso de César; pero en el mundo no había espacio para dos Césares, y la guerra acabaría estallando, con Octavio en un bando y Antonio y Cleopatra en el otro. La flota de Octavio, que dominaba al fin el mar, alcanzó la victoria en Actium en el 31 a. C., en Grecia occidental. Fue un triunfo decisivo y, en menos de un año, tanto Antonio como Cleopatra se quitaron la vida en Alejandría. Finalmente, Octavio era el único César, el dueño absoluto del Imperio Romano. Sin embargo, aún quedaban asuntos sin resolver desde los Idus de marzo.

Suetonio escribe que tres años después del asesinato de César, todos los que habían participado en la conjura estaban muertos. No es cierto; al menos dos de ellos vivieron una década más. En ambos casos se trataba de personajes oscuros, y probablemente esta condición no fue una coincidencia. Los triunviros cortaron las cabezas que sobresalían en cuanto pudieron, y los que se quedaron por debajo lograron escapar a su venganza más tiempo. Décimo Turulio fue uno de ellos; después de Filipos escapó con su flota y una elevada suma de dinero a la Sicilia de Sexto Pompeyo, al que, años después, abandonaría tras su derrota para pasarse al bando de Antonio. A partir de entonces sirvió gustoso a su antiguo enemigo, proporcionándole una flota, acuñando moneda para él y combatiendo a su lado en Actium en el 31 a. C. Al año siguiente, Octavio dio alcance a Turulio en la isla griega de Cos y le hizo ejecutar, acusándole de haber talado árboles de una zona sagrada para construir barcos de guerra. ¿Por qué no de haber asesinado a

César? Porque tal vez, a esas alturas, prefería pasar de puntillas sobre el tema.

El siguiente en morir de los asesinos de César fue un amigo de Turulio, Casio de Parma. Poeta, y de altura, a juzgar por las palabras del romano Horacio, que alabó sus «pequeñas obras», probablemente elegías –formas breves, epigramáticas y cultas–, de las que no nos ha llegado ninguna. Casio de Parma ejerció de oficial en Filipos, compartiendo militancia en el ejército republicano con Horacio en aquella batalla, y tal vez intercambiando con él lecturas poéticas mientras esperaban su comienzo.

Después de Filipos, Casio de Parma reunió lo que restaba del ejército y se puso a las órdenes de Sexto Pompeyo, pero seis años después, en el 36 a. C., trasladó su lealtad a Antonio. Durante ese nuevo período dedicó sátiras a Octavio, ofendiendo a sus antepasados, y –junto a su nuevo señor– combatió en Actium en el 31 a. C. Una vez más escapó de la muerte, en esta ocasión huyendo a Atenas, hasta donde le persiguió su némesis. En la ciudad griega sufrió una pesadilla recurrente, en la que un hombre oscuro y de aspecto desastrado se le presentaba como su espíritu maligno. Poco después, en el 30 a. C., Casio de Parma murió ejecutado por orden de Octavio. Si las fuentes están en lo cierto, él fue el último en morir de los asesinos de César; aunque no se puede documentar la suerte que corrieron todos los conjurados, no se cita a ninguno de ellos a partir del año 30 a. C. Parece verosímil que, catorce años después de los Idus de marzo, todos hubiesen muerto. Octavio alcanzó su venganza, pero Roma, Italia y diversas partes del Imperio tuvieron que pagar un alto precio.

---

NOTAS

— *«villanía y locura»,* Cicerón, *Cartas a Ático,* 15.13.4.

— *«¡Me gustaría que vieras el miedo que le tengo!»,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.4a.3.

— *Porcia murió a causa de una enfermedad,* la versión de Plutarco, *Bruto*, 53.5-7 es preferible a la sensacionalista que habla de suicidio de Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 4.6.5 y Apiano, *Las guerras civiles*, 4.136.

— *«No solo tu ejército, sino todos los ciudadanos»,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.9.2.

— *si debían convocar a Bruto,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.18.1-2.

— *consumada su alianza con Antonio,* Cicerón, *Cartas a Bruto*, 1.13.1.

— «*Esta le nombrará cónsul si no lo hacéis vosotros»,* Suetonio, *Augusto*, 26.1; cfr. Dion Casio, *Historia romana*, 46.43.4.

— *había votado a favor de absolver a Bruto,* era Silicio Corona; Dion Casio, *Historia romana*, 46.49.5; Apiano, *Las guerras civiles*, 3.95.

— *encontró asilo junto al prudente Ático,* Cicerón, *Cartas a Ático*, 15.11.2; Cornelio Nepote, *Ático,* 11.

— *la esposa de Antonio le atravesó la lengua,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.8.4.

— *Censorino,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.14.3.

— *discrepan en el modo en que se produjo,* Apiano, *Las guerras civiles*, 3.98; Tito Livio, *Periochae*, 120; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.64.1; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 4.7.6, 9.13.3; Dion Casio, *Historia romana*, 46.53.3; cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 82.12.

— *«sistema nervioso de la guerra»,* Cicerón, *Filípicas,* 5.5; Apiano afirma que Casio repitió el comentario, Apiano, *Las guerras civiles*, 4.99.

— *decididos a luchar por la libertad,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.32.2.

— *El segundo era su pariente,* afirmó, Plutarco, *Bruto*, 28.1.

— *se avergonzó más por la causa,* Plutarco, *Bruto*, 28.2.

— *se centró en las ciudades suroccidentales de Licia.* La narración de Apiano, *Las guerras civiles*, 4.79-82, es más persuasiva

que la versión favorable a las relaciones públicas de Bruto de Plutarco, *Bruto*, 30-32.

— *enfrentamiento impresionante entre legionarios,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.88, 108; véase la controversia sobre el número en Adrian Goldsworthy, *Antony and Cleopatra,* Yale University Press, New Haven, EE. UU. 2010, 252.

— *Como afirma Apiano,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.98.

— *cada legionario recibió 1.500 denarios,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.100.

— *no alcanzaban a las que prometieron a los suyos Antonio y Octavio,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.42.5.

— *solo habían prometido reunirlo,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.99.

— *Casio enfatizó al dirigirse a sus soldados,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.99.

— *espléndida serie de monedas,* M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage,* Cambridge University Press, Londres y Nueva York 2001, vol. 1: 513-18, n. 498-508; cfr. 100; vol. 2: 741.

— *acuñada por Bruto y Casca,* Crawford, *Roman Republican Coinage*, vol. 1: 518, n. 507/2; cfr. 100; vol. 2: 741.

— *destacaba una, acuñada también por Bruto,* Crawford, *Roman Republican Coinage*, vol. 1: 518, n. 508/3; cfr.100; vol. 2: 741.

— *«Además de estas actividades»,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.25.3, traducción de Loeb.

— *los defensores de César,* Cicerón, *Filípicas*, 13.23; 2.31; sobre los sicarios, véase también Suetonio, *Julio César*, 72.

— *«Me verás en Filipos»,* Plutarco, *Bruto*, 36, y sobre la segunda aparición, 48.1. Shakespeare, *Julio César,* 4.2.325-36, hace a Bruto ver el fantasma de César la noche antes de la batalla, pero las fuentes ofrecen una versión distinta.

— *Casio afirmó haber visto,* Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* 1.8.8.

— *Bruto escribió a Ático con valor,* Plutarco, *Bruto*, 29.9.

— *lo tenían todo a favor,* Las fuentes sobre la batalla son Apiano, *Las guerras civiles*, 1.109-31; Dion Casio, *Historia romana*, 47.42.1-49.4; Plutarco, *Bruto*, 40-52.

— *un buen número de nobles romanos,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.71.1-2.

— *haber prestado excesiva atención a los signos divinos,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.41.3.

— *Ciertos autores clásicos afirman* (sobre la muerte de Casio), véase Plutarco, *Bruto,* 43; Apiano, *Las guerras civiles*, 4.113-14; Dion Casio, *Historia romana*, 47.46.2-5.

— *en el que Casio cumplía años,* aunque la fecha de la primera batalla de Filipos es discutible, las fuentes afirman que era su cumpleaños. Plutarco, *Bruto,* 40.4; Apiano, *Las guerras civiles*, 4.113.

— *«el último de los romanos»,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.114.

— *porque no era un general,* Plutarco, *Comparación entre Dion y Bruto*, 3.1-2; Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.72.2.

— *en esta ocasión su relato parece más creíble,* Plutarco, *Bruto*, 50-52; Apiano, *Las guerras civiles*, 4.131; Dion Casio, *Historia romana*, 47.49.1-2; véase Clarke, *The Noblest Roman*, 70-72.

— *engrosar la lista de caídos,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*, 2.71.1-2.

— *«los más virtuosos mordieron el polvo»,* Horacio, *Odas*, 7.2.11; sobre Horacio y la virtud en Bruto, más en general, véase John Moles, «Politics, Philosophy, and Friendship in Horace: Odes 2,7», en William S. Anderson, ed., *Why Horace? A Collection of Interpretations,* Bolchazy-Carducci, Wauconda, EE. UU. 1999, 130-42.

— *tal y como afirma Plutarco,* Plutarco, *Bruto,* 1.2-3.

— *cuando Antonio lo encontró,* Plutarco, *Bruto,* 53.4.

— *Todo, excepto la cabeza,* Apiano, *Las guerras civiles*, 4.135; Suetonio, *Julio César,* 13.1; Dion Casio, *Historia romana*, 47.49.2.

— *«Este fue el más noble de los romanos»,* Shakespeare, *Julio César,* 5.5.69.

— *le atribuyó Plutarco en un contexto previo,* Plutarco, *Bruto*, 29.7.

— *Bruto había afirmado que Antonio,* Plutarco, *Bruto*, 29.10-11.

— *lápidas militares… poetas contemporáneos,* véase Josiah Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 108-51.

— *ejecutó a numerosos senadores enemigos,* Suetonio, *Augusto*, 15.

— *tres años después del asesinato,* Suetonio, *Julio César,* 89.

— *Décimo Turulio,* Dion Casio, *Historia romana*, 51.8.2-3; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, 1.1.19.

— *«pequeñas obras»,* Horacio, *Cartas*, 1.4.3.

— *amigo de Turulio, Casio de Parma,* Suetonio, *Augusto*, 4.2; Kenneth Scott, «The Political Propaganda of 44-30 b.c.», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933): 13-16.

— *el último en morir de los asesinos de César,* Veleyo Patérculo, *Historia de Roma,* 2.87.3.

# Capítulo 13
# AUGUSTO

El verano del 29 a. C. fue una época festiva: después de 15 años de guerra civil, ya no había enemigos. Octavio regresó a Roma, triunfal tras sus éxitos en el extranjero, y en paz. Décimo no había resultado una preocupación demasiado prolongada. Bruto y Casio sí fueron enemigos más temibles, pero tres años después de los Idus habían desaparecido. Sexto Pompeyo resistió otros siete, pero también acabó sucumbiendo. Antonio fue el rival más duro, pero finalmente Octavio prevaleció.

Tras Actium y las muertes de Cleopatra y Antonio, se convirtió en el dueño del mundo romano; había vencido en la guerra civil, pero el público romano detestaba el recuerdo de los conciudadanos matándose mutuamente, por lo que Octavio rebautizó con astucia su éxito. La victoria, afirmó, se había obtenido contra un enemigo extranjero, e hizo decaer la derrota, más que sobre Antonio, sobre la reina egipcia. Horacio, poeta de gran astucia política, se mostró de acuerdo, y escribió un poema que denigraba a Cleopatra sin mencionar a Antonio. Octavio fue más allá y rubricó su victoria solicitando la bendición del hombre que encarnaba el éxito a ojos de los romanos: César.

El emperador celebró un triple triunfo –desfile en tres días consecutivos–: el primero, por los Balcanes; el segundo, por su victoria naval en Actium; y el tercero, por la conquista de Egipto, último estado griego independiente de importancia, y al fin una provincia romana. El reino de Cleopatra fue uno de los países más ricos del mundo clásico, y Octavio se enorgullecía de haberlo conquistado para Roma: en consecuencia, la celebración por este triunfo fue la más destacada. No se pudo obligar a la reina a desfilar,

pero lo hizo en efigie, y tras ella los dos hijos que tuvo con Antonio. Cesarión estaba ausente, porque Octavio le había asesinado siguiendo un principio que sostenía que «no es bueno que haya demasiados Césares». El hijo del dictador solo tenía 17 años, pero Octavio tal vez recordaba el peligro que había supuesto él mismo a esa edad. El nuevo señor cerraba el desfile montado en un carro, seguido por los senadores y otros magistrados.

La victoria en Actium suponía la paz, y Octavio desmovilizó a la mitad de las legiones: Egipto supuso riqueza, y Octavio pudo comprar tierras en Italia y en todo el imperio para entregar nuevas colonias a sus veteranos. No se produjeron confiscaciones como las del 46-45 y el 41 a. C., por lo que se logró resolver una de las principales disputas en Roma, la relativa a las propiedades inmobiliarias.

Las pompas continuaron el día 18 del mes *sextilis*, posterior al tercer triunfo, con la dedicación del templo de Julio Deificado, en un acontecimiento al que siguieron días de banquetes y espectaculares juegos públicos. La construcción del templo se había planeado en el 42 a. C., y había comenzado en el 36 a. C. Cabría pensar que el mes de julio, en el que nació César y al que anteriormente se denominaba *quintilis*, habría sido más adecuado, pero el objetivo no era tanto conmemorar al dictador como consagrar a Octavio, que quiso unir la dedicación a sus triunfos. En el 8 a. C. el mes de *sextilis* pasó a llamarse agosto en memoria de las tres victorias, y en reconocimiento del título que había tomado Octavio: Augusto, «venerado».

La arquitectura y la decoración del nuevo templo parecían otorgar la bendición de César al nuevo régimen. La estructura sostenida por columnas se alzaba sobre un podio, y dentro del recinto se colocó una estatua del dictador, ataviado con la toga de Sumo Pontífice. Octavio contribuyó a la decoración con el botín de la guerra en Egipto, que tal vez incluía una obra maestra del arte griego, en la que Venus –diosa protectora de César y su supuesta

antepasada– emergía del océano. El mármol de las paredes interiores también lucía símbolos del cometa que proclamó la divinidad del dictador.

Además del templo, la estructura incluía una plataforma rectangular adornada con los espolones de los navíos capturados en Actium, con los que se quería simbolizar que la amante del dictador, Cleopatra, y su antigua mano derecha, Antonio, eran ya enemigos públicos. Solo el hijo de César, Octavio, había sido fiel a su memoria, y solo él le había dedicado un templo.

En el centro del frontal de la plataforma, frente al templo, un nicho con un altar recordaba el lugar de la cremación de César. Esta plataforma servía también de tribuna de oradores, como la antigua del Foro. A partir de aquel momento, todos los funerales de los emperadores romanos se celebrarían en aquel lugar, frente al templo de César Deificado.

La ceremonia de apertura quiso mirar al pasado y al futuro. Como la dedicación del templo de la Madre Venus de César en el 46 a. C., incluyó los llamados «juegos troyanos», ejercicios ecuestres en los que jóvenes de la nobleza rememoraban la batalla de Troya, ciudad de la que el dictador aseguraba que procedía su familia antes de instalarse en Italia. También Egipto estuvo presente, con la primera aparición en Roma de hipopótamos y rinocerontes, todo ello acompañado de los habituales juegos gladiatorios y festejos públicos.

La nueva religión contaba con sus propios días sagrados: el cumpleaños de César se celebraba cada 12 de julio y, tras la muerte de Antonio –en el 30 a. C.–, el suyo también pasó a ser un día en el que estaba prohibido resolver asuntos públicos. Pero el recuerdo de este fallecimiento fue negativo. Los Idus de marzo pasaron a denominarse Día del Parricidio, del asesinato del padre, y se consideró una fecha poco propicia, en la que no se reunían los tribunales ni se aprobaban leyes. La Curia Pompeya no volvió a emplearse como lugar de reunión para el Senado, y en el 42 a. C.

esta misma asamblea ordenó tapiarla. Más tarde se construyeron a su alrededor aseos públicos, y puede que en su interior se erigiera un monumento para marcar el lugar exacto en el que cayó César. Los romanos ya habían glorificado antes a algunos héroes míticos, pero solo Rómulo, el semilegendario fundador de la ciudad, contaba con un templo propio; pero incluso él recibía culto bajo un nombre distinto, el de Quirino. El culto a César era algo totalmente nuevo.

El nombre del dictador se convirtió en categoría; después de Augusto, fue evidente que todo regente en Roma se llamaría César. Un «César» era un emperador, y así continuaría hasta los tiempos modernos. Tanto el «Kaiser» alemán como el «Zar» ruso proceden de esa palabra.

En resumen, César se convirtió en una suerte de santo; san Julio, patrón del Imperio Romano. Su asesinato no anunció la restauración de la libertad republicana, sino su sepelio. Los Idus de marzo, día del martirio del dictador, podían haber acabado siendo una festividad, pero César obtuvo un mes completo, y el templo en un extremo del Foro romano, lugar de su cremación, terminó convertido en su santuario. La sangre de César santificó el Imperio Romano. Cuando ascendió a los cielos, Octavio vino al mundo, y –aunque ahora reciba el nombre de Octavio– se proclamó a su vez César, emperador, general conquistador e Hijo del Divinizado. Octavio, o, con mayor precisión, el nuevo César, iba camino de convertirse en Augusto. Dos años después, en el 27 a. C., aceptó ese título del Senado, y aún regiría Roma durante otros 41, hasta el 14 d. C. Los historiadores se refieren a él como Augusto a partir del año 27 a. C., y fue el primer emperador de Roma. Este reinado, denominado en ocasiones Era Augusta, ha sido considerado como una de las cumbres de la literatura latina, período clásico en el que los poetas Virgilio y Horacio, Ovidio y el historiador Tito Livio escribieron parte de su obra.

Lo que César había esbozado, Augusto lo ejecutó, creando una dinastía. A su muerte le reemplazó su hijo adoptivo, Tiberio, y tras el

fallecimiento de este, en el 37 d. C., otros miembros de su familia fueron emperadores. Irónicamente, tres de ellos eran también descendientes de Antonio, por su matrimonio con Octavia, hermana de Augusto. Finalmente la familia fue apartada del poder y, en el 69 d. C., una nueva dinastía les reemplazó. Así fue ocurriendo sucesivamente durante siglos, en medio de guerras y revoluciones, invasiones y descubrimientos, plagas y cataclismos. En Italia gobernó un emperador hasta el 476, y en Constantinopla, Imperio de Oriente o Bizantino, la figura perduró otro milenio, hasta el 1453, mostrando la fuerza con la que cimentaron este sistema César y Augusto.

El propio Augusto negó ser un monarca, y sostuvo siempre que había restaurado la República, devolviendo oficialmente el control del estado al Senado. En realidad, acumuló el poder de un cónsul, un tribuno y el Sumo Sacerdote, anatema para Catón o Cicerón. Controló lo suficiente al ejército como para derrotar a cualquier posible rival y vivió en una enorme mansión en la colina Palatina, desde la que dominaba la ciudad a la que agraciaba con su presencia de cuando en cuando, si era preciso. Entre bastidores, manipuló el sistema, creando una monarquía de rostro amable.

Aún perviven las ruinas del templo de César y, hasta hoy, alguien deposita con regularidad flores en su altar, en recuerdo del último dictador de Roma. Lejos de condenarle como a un tirano, el pueblo lloró a César como a un mártir. Su talento y su empatía con los pobres sobreviven, mientras su guerra contra la República, en favor del gobierno de un solo hombre, y su saqueo criminal en la Galia, en la que asesinó o esclavizó a millones de personas, han caído en el olvido. Justo lo contrario de lo que expone Shakespeare:

> *El mal que hacen los hombres les sobrevive;*
> *El bien queda frecuentemente enterrado con sus huesos.*

¿A esto se redujo el asesinato más famoso de la historia, y la titánica guerra civil que le sucedió? ¿Fueron solo paradas en el

camino hacia la monarquía y la canonización de un dictador? ¿Empuñaron el cuchillo y arriesgaron su vida en vano aquellos hombres? En realidad, combatieron por una causa justa: la salvación de la República, que habría necesitado mayor violencia, pero que también se podría haber alcanzado. Esta es la lección de los años posteriores a los Idus de marzo. Si los asesinos hubiesen vencido en el campo de batalla, habrían podido restaurar la República, siempre y cuando hubiesen hecho concesiones. Para empezar, probablemente habrían tenido que purgar a sus oponentes, aceptando además un período de dictadura para reformar el régimen. A continuación, tendrían que haber adoptado algunos cambios más, para evitar la inestabilidad que asoló Roma en los años de Pompeyo y César. El imperio necesitaba un ejecutivo más poderoso para dar continuidad a la administración, una limitación estricta de mandatos para evitar que surgiese un nuevo César, compartir el poder con las provincias para acabar con las revueltas, elevar los impuestos a los ricos para pagar a los soldados y limitar la expansión militar para reducir los costes e impedir el nacimiento de hombres fuertes en el ejército. ¿El resultado podría seguir considerándose una república? Desde luego, porque, a diferencia de la Roma de Augusto, el gobierno no pertenecería a una única familia. Una República reformada contaría con un gobierno constitucional, elecciones libres, limitación de mandatos para el ejecutivo, libertad de expresión y la dirección de una élite al servicio público. Para sobrevivir, tendría que haber ido más allá de lo que les habría gustado a Catón, a Bruto o a Cicerón, pero la historia respeta la tradición, y no lo hace con las instituciones que no evolucionan con su tiempo. En palabras de la clásica novela italiana *El Gatopardo,* «es necesario que todo cambie para que todo siga igual».

La mayoría de los asesinos cayeron en el olvido. La memoria de Décimo no envejeció bien; no era un intelectual y, a diferencia de Bruto, no tenía amigos filósofos que le canonizasen tras su muerte,

ni un hijo famoso que alabase su memoria, como hizo Sexto con Pompeyo, su padre. Augusto describió a Décimo como a un supervillano, pero medio siglo después su destino no fue solo el olvido, sino también el ridículo. Estaba destinado a convertirse en el símbolo romano de la mala muerte; cuando Séneca el Joven escribió su obra (64 d. C.), la versión anti Décimo de ese final era la más común. Si Catón personifica la buena muerte, escribe el moralista Séneca, entonces la de Décimo resulta impropia y vergonzosa. Cuando se le ordenó descubrirse la garganta, dijo: «Lo haré, pero solo si vivo». Décimo quedó reducido a una caricatura, demasiado para un hombre de valor que encaró las mareas de Britania, el asedio de Mutina y las privaciones de la ruta terrestre a través de los Alpes.

El desgraciado Décimo se convirtió en una minucia, a pesar de la importancia que tuvo en los Idus de marzo. No ocurrió lo mismo con Bruto y Casio, que fracasaron como hombres de acción pero triunfaron como mártires, hasta un punto que jamás habrían soñado.

«Cuando la leyenda se convierte en hecho, imprime la leyenda». Este cínico comentario del editor de un periódico en la película *El hombre que mató a Liberty Balance* puede aplicarse a aquellos que apuñalaron a Julio César. Bruto, en particular, acabó mitificado. Al menos cuatro de sus amigos –filósofos, historiadores u otros militares– escribieron libros o pronunciaron discursos para honrar su memoria. Casio, su cuñado y compañero de armas, compartió algún destello de gloria con él, pero la estrella fue Bruto, que se convirtió, como César, en una figura de culto, santo patrón virtual de la nostalgia por la República perdida. No tuvo un templo, a diferencia del dictador, pero vivió en el corazón de los hombres, en palabras e imágenes. Senadores sometidos a la presión de la dinastía regente, filósofos que soñaban con la libertad, oradores que añoraban los días de elocuencia de la República y su libertad de expresión, todos recordaban a Bruto (y a veces también a Casio). Incluso Augusto consintió cierto revisionismo sobre su figura, y se dice que, cuando

vio una estatua suya en Mediolanum (Milán), no pidió que la destruyesen, sino que la preservasen.

Bruto, Casio y Décimo no lograron conservar ni sus puestos ni sus honores, y tampoco evitaron que Octavio gobernase Roma. De hecho, abrieron la senda que le conduciría al poder. Ni siquiera conservaron su propio pellejo, y precipitaron su final, violento y adelantado. Y, con todo, si no salvaron la República, sí que lograron que el republicanismo sobreviviese.

Los Idus de marzo cambiaron el mundo, aunque no en el sentido previsto por los que empuñaron las armas aquel día. Si César hubiese sobrevivido, habría obtenido un triunfo, por mínimo que fuese, sobre los partos, regresando luego triunfante a Roma, y todo habría sido distinto: al someterse a él, la nobleza romana habría proclamado estar preparada para la tiranía. Como antes hiciera Alejandro, César habría estudiado el ejemplo del despotismo oriental, y cuesta creer que lo que pudiera ver no acabase siendo de su agrado. Con su amante Cleopatra, reina de Egipto, a su lado, y decenas de clientes entre los nuevos nobles partos, que le reverenciarían –como habían hecho sus ancestros con Alejandro– regresaría a Roma como rey de Asia. En resumen, Roma habría terminado siendo una monarquía absoluta.

Por supuesto, Roma finalmente acabó siendo autocrática, pero no lo haría hasta 300 años después, con el reinado de Diocleciano (285-309 d. C.), y no con Augusto. Cuando Octavio derrotó a Antonio y se convirtió en el gobernante de Roma, no se proclamó dictador, y mucho menos rey, sino *Princeps,* el Primer Ciudadano. A diferencia de César, no vistió de púrpura y oro, e incluso proclamó la devolución del poder al Senado y la restauración de la República, aunque nadie le creyese. Augusto, si fue rey, lo fue de un modo limitado, justificando sus poderes en la forma romana tradicional de gobierno. Durante gran parte de su reinado permitió que los senadores ocuparan el consulado y, aunque controló las provincias más estratégicas y el grueso de las legiones, permitió que el Senado

rigiese en otras regiones y dispusiese de un pequeño número de tropas.

Augusto mostró un cierto recelo y un saludable respeto hacia la nobleza romana, recordando lo ocurrido en los Idus de marzo, y temiendo que pudiese suceder de nuevo. No fue la única persona en el poder que lo hizo. A principios del año 23 d. C., en un día invernal del reinado del emperador Tiberio César, se celebró un majestuoso funeral en el Foro Romano, que suscitó todo el esplendor que la antigua nobleza aún podía evocar. La oración fúnebre desde la tribuna recordó a la difunta –dama importante y adinerada viuda, con una fortuna considerable–, que había vivido más de 80 años. Durante el tradicional desfile de plañideras y músicos, 20 hombres marcharon con máscaras de cera de sus antepasados nobles, que podían presumir de nombres famosos, como Manlio o Quincio. Solo faltaron las representaciones de otros dos fallecidos, su esposo y su hermano, prohibidas por el emperador. Tiberio perdonó a la viuda que no le mencionase en su testamento, en el que aparecían numerosos nobles romanos, pero no permitió que su familia reviviese algunos recuerdos que era mejor olvidar.

La fallecida era Junia Tercia, hija de Servilia, nieta de Catón el Joven, hermanastra de Bruto y viuda de Casio. Tiempo atrás un rumor la había relacionado con Julio César, considerándola su amante. Su muerte, el 31 de diciembre del 22 d. C., cortó el último vínculo viviente de Roma con los hombres que acabaron con el dictador. Al omitir al emperador en su testamento, Tercia no solo ofendía a Tiberio, sino que –negando al César–, rendía un último homenaje a la generación que luchó hasta la muerte para no rendir la República al gobierno de un solo hombre.

El hecho de que se prohibiese la imagen de Bruto y Casio en el Foro, por la controversia que aún inspiraban, dice mucho de la pasión con la que se les seguía recordando 66 años después de los Idus de marzo. Ya eran leyenda; sus mezquinos motivos personales –la codicia, la brutalidad y la ambición–, su relación con un arribista

cuya traición empequeñecía a su vez la suya, y el maltrato criminal a los civiles de las provincias en las que gobernaron había caído en el olvido. Se habían transformado en un poderoso recordatorio de que, mientras los hombres y mujeres siguiesen guardando memoria de los nombres de aquellos que asesinaron a Julio César, ningún dictador podría dormir tranquilo.

---

NOTAS

— *El emperador celebró un triple triunfo,* Dion Casio, *Historia romana*, 51.21.

— *los dos hijos que tuvo con Antonio,* Cleopatra Selene y Alejandro Helio. El tercero, Ptolomeo Filadelfo, no se menciona, y posiblemente ya había muerto. Dion Casio, *Historia romana*, 51.21.8.

— *«no es bueno que haya demasiados Césares»,* Plutarco, *Antonio,* 81.2.

— *el día 18 del mes sextilis,* Dion Casio, *Historia romana*, 51.22; Augusto, *Res Gestae*, 19.

— *en el que nació César,* Dion Casio, *Historia romana*, 47.18.6. En realidad nació el 13 de julio, pero coincidía con la festividad anual de Apolo.

— *tras la muerte de Antonio,* Dion Casio, *Historia romana*, 51.19.3. Véase Jerzy Linderski, «The Augural Law», en Hildegarde Temporini, ed., *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2.16 (1986): 2187-88.

— *Día del Parricidio,* Suetonio, *Julio César,* 88; Dion Casio, *Historia romana*, 47.19.1.

— *Curia Pompeya,* Suetonio, *Julio César,* 88, *Augusto*, 31; Dion Casio, *Historia romana*, 47.19; Eva Margareta Steinby, ed., *Lexicon Topographicum Urbis Romae,* Edizioni Quasar, Roma 1993, vol. 1: 334-35.

— *«El mal que hacen los hombres»,* Shakespeare, *Julio César,* 3.2.75-76.

— *«es necesario que todo cambie para que todo siga igual»,* «Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi», Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *Il Gattopardo*, 1. ed. en «Le comete».

— *Augusto describió a Décimo como a un supervillano,* de lo que se puede deducir el protagonismo de Décimo en Nicolás de Damasco, influido por los recuerdos de Augusto.

— *«Lo haré, pero solo si vivo»,* Séneca, *Cartas a Lucilio,* 10.82.12.

— *Al menos cuatro de sus amigos,* Publio Volumni, Empilo, Asinio Polo, Lucio Sestio y Bíbulo. Véase Ramsay MacMullen, *Enemies of the Roman Order*, 18 y, sobre Bíbulo, Plutarco, *Bruto,* 13.

— *se dice que cuando vio una estatua suya,* Plutarco, *Comparación entre Dion y Bruto,* 5.

— *un majestuoso funeral,* Tácito, *Anales*, 3.76.

— *había vivido más de 80 años,* sobre esa edad véase L. Hayne, «M. Lepidus and His Wife», *Latomus* 33 (1974): 76 y n. 4.

# AGRADECIMIENTOS

La palabra gratitud no sirve ni para empezar a expresar mi actitud hacia las muchas personas a las que he rogado, molestado e incordiado para que me ayudasen. Gracias a ellos, este libro es infinitamente mejor. Los errores, por supuesto, son míos.

Tengo una inmensa deuda con los amigos, estudiantes y colegas que han leído todo o parte del manuscrito: David Blome, Judith Dupré, Michael Fontaine, Christopher Harper, Adrienne Mayor, J. Kimball McKnight, Adam Mogelonsky, Jacob Nabel, Iddo Netanyahu, Joel Rudin, Matthew Sears, Timothy Sorg y Jacob Vaughan. Sus consejos han sido impagables.

El teniente coronel (retirado) Timothy Wilson RA (Royal Artillery) me ofreció su experto conocimiento militar, que describe modestamente cómo «hacer de Watson para Holmes», pero que llega mucho más lejos.

De los muchos estudiosos que encontraron tiempo amablemente en medio de unos horarios muy ocupados para reunirse conmigo y debatir sobre esta obra en detalle, me gustaría agradecérselo particularmente a Annetta Alexandridis, Margaret Andrews, Elizabeth Bartman, Arthur Eckstein, Harriet Flower, Kathryn Gleason, Elizabeth Macaulay-Lewis, Sturt Manning, Josiah Ober, James Packer y Barry Weingast. El profesor Antonio Monterroso, de la Universidad de Córdoba, tuvo la amabilidad de recibirme en Roma y hablar sobre este libro en el mismo lugar en el que fue asesinado César. El doctor Carl Bazil, M.D., Ph.D., director del Área de Epilepsia y Sueño de la Universidad de Columbia tuvo la amabilidad de responder a mis preguntas sobre la epilepsia y las posibles circunstancias médicas de la vida de César. Brook Manville participó en muchas conversaciones,

y muy sugestivas, sobre el liderazgo, en la antigüedad y hoy. David Blome me proporcionó un asesoramiento experto sobre las armas de filo de combate. Estoy muy agradecido al profesor Mark Toher, del Union College, por compartir su material inédito.

Jacob Nabel y Serhan Güngör fueron mis valientes acompañantes en los campos de batalla de César en Francia –donde contamos también con la ayuda de André Bigotte– y en Turquía. Lorenzo Gasperoni, Giancarlo Brighi y la asociación Terre Centuriate de Cesena (Italia) tuvieron la amabilidad de organizar una visita a los tres posibles emplazamientos del paso del Rubicón (cuya identificación todavía hoy se discute), así como al terreno acotado a las afueras de Cesena que –¿quién sabe?– pudo ser el lugar en el que César se perdió la noche anterior a cruzar el Rubicón (Suetonio, *Julio César*, 31.2). Steven Ellis me acompañó en una visita a los sótanos del teatro Argentina de Roma y, gracias a su saber arqueológico, me ayudó a estudiar los cimientos del Pórtico de Pompeyo. John Guare, Daniel P. Jacobson y su esposa, Lou Jacobson, participaron en una memorable visita a las ruinas del lago Argentina, y Carol Warshawsky nos ofreció su generosa hospitalidad.

Tomando café, por teléfono, por correo electrónico e incluso por carta, muchos familiares, estudiantes y colegas han compartido conmigo su experiencia y su sabiduría, en particular Stephen Ashley, Patrick Baker, Sandra Bernstein, Emma Blake, Jeffrey Blanchard, Nikki Bonanni, Giovanni Brizzi, Michela De Benardin, Anna Celenza, Adele Chatfield-Taylor, Christopher Christoff, David DesRosiers, el rabino Mordechai Dinerman, Laurent Ferri, Giovanni Giorgini, Shawn Goldsmith, Stephen Greenblatt, Elizabeth Harper, Richard Hodges, Allegra Iafrate, Donald Kagan, Karl Kirchwey, Eric Kondratieff, Brenda Longfellow, Dwight McLemore, Kathryn Milne, Ian Morris, Claudia Moser, Waller and Jackie Newell, Jan Parker, Catherine Penner, Eric Rebillard, Andrew Roberts, Courtney Roby, Claudia Rosett, Robert Schon, Elizabeth and Jeff Shulte, Rabbi Eli Silberstein, Ramie Targoff,

David Teegarden, Rob Tempio, Christian Wendt, Lila Yawn, Bill Zeiser y M. Theodora Zemek.

Tengo la fortuna de trabajar con los maravillosos estudiantes, colegas y el personal del departamento de Historia y Clásicos de la Universidad de Cornell, y reconozco agradecido la ayuda prestada por la Biblioteca John M. Olin de Cornell.

Me encuentro en profunda deuda con la Academia Americana de Roma y, en particular, con sus directores pasados y actuales, Kimberly Bowes y Christopher Celenza, por acogerme como profesor residente y visitante en 2012 y 2013. La Academia fue la comunidad ideal para trabajar en este libro. Con su ayuda, y gracias a la Soprintendenza Speciale per i beni archeologici di Roma, los Museos Vaticanos y el Teatro Argentina de Roma, pude visitar lugares y estudiar objetos que, de otro modo, no habrían estado a mi alcance. También quiero agradecer al museo J. Paul Getty que me permitiese inspeccionar diversos objetos.

Suzane Lang ha colaborado con la logística y el apoyo bibliográfico. Sam Mogelonsky rediseñó mi página web, y Larry Mogelonsky la alojó en su servidor. De Simon&Schuster quiero dar las gracias a mi editor, Bob Bender, cuya sabiduría, capacidad de juicio y sentido común solo pueden compararse con su apoyo, generosidad y sentido del humor. También estoy en deuda con su ayudante, Johanna Li, por acompañar una vez más un proyecto hasta su finalización. Mi agente literaria, Cathy Hemming, ha estado presente a cada paso, con sus consejos sensatos, su experiencia y su amistad.

Como siempre, agradezco a mi familia su ayuda y aliento, y su paciencia a lo largo de los años, jalonados por sucesivos Idus de marzo.

Y, finalmente, agradezco a mi esposa Marcia, que ha compartido cada momento de este trayecto hasta el punto de que pienso que este libro es tan suyo como mío.

# NOTA SOBRE LAS FUENTES

Se incluyen solo las principales obras. Se puede encontrar bibliografía adicional en la página www.barrystrauss.com.

## INTRODUCCIÓN

Los estudiantes de la historia clásica y antigua deberían tener siempre a mano *The Oxford Classical Dictionary,* Oxford University Press, Oxford. En *The Barrington Atlas of the Ancient Greco-Roman World,* Princeton University Press, Princeton, NJ 2000, Richard J. A. Talbert, ed., se pueden encontrar excelentes mapas del mundo antiguo. Otra fuente de valor excepcional es *Brill's New Pauly: Encyclopaedia of the Ancient World*, Hubert Cancik y Helmut Schneider, eds., con la edición inglesa a cargo de Christine F. Salazar; y David E. Orton como editor asistente, Brill, Leyden y Boston, 2002-2010, que cuenta con una extraordinaria edición online.

Una historia de Roma asequible es la de Simon Baker, *Ancient Rome: The Rise and Fall of an Empire* (n.p.: BBC Books, 2007) [*Roma: auge y caída de un imperio,* Crítica, 2009]. Como introducción a los años turbulentos del fin de la República, Tom Holland, *Rubicon,* Doubleday, Nueva York 2003 [*Rubicón: Auge y caída de la República romana*, Planeta, 2005] o Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic,* Duckworth, Londres 2009. Para una narración más detallada, Christopher S. Mackay, *The Breakdown of the Roman Republic: From Oligarchy to Empire,* Cambridge University Press, Nueva York 2009 [*El declive de la República romana: de la oligarquía al Imperio,* Ariel, 2011] o J. A.

Crook, Andrew Lintott, y Elizabeth Rawson, eds., *The Last Age of the Roman Republic*, vol. 9 en *The Cambridge Ancient History*, 2ª ed., Cambridge University Press, Cambridge 1994. P. A. Brunt ofrece una introducción a las luchas sociales de la época en *Social Conflicts in the Roman Republic,* Norton, Nueva York 1971, especialmente en las páginas 1-41 y 112-147.

Para estudiar el ejército en Roma: Adrian Goldsworthy, *The Complete Roman Army,* Thames & Hudson, Nueva York 2003; Kate Gilliver, Adrian Goldsworthy y Michael Whitby, *Rome at War,* Osprey, Oxford 2005 [*En el nombre de Roma*, Planeta, 2012]; L. J. F. Keppie, *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire,* University of Oklahoma Press, Norman, EE. UU., 1984.

El libro más influyente, al menos en inglés, a la hora de estudiar la transición de la República al Imperio, es el de sir Ronald Syme, *The Roman Revolution*, Oxford University Press, Oxford 1939 [*La revolución romana,* Crítica, 2011]. Aunque se centra en Augusto, también cuenta con capítulos importantes acerca de los últimos años de César y la conspiración en su contra. Trata algunos temas como el uso de la política personal para alcanzar el poder, la irresponsabilidad de la nobleza en la República tardía, el papel de Octavio en el levantamiento de las tropas de César contra el Senado en el 44 y el 43 a. C. y la realidad monárquica tras la retórica de Augusto sobre la restauración de la República. Para Syme, el fin de la República fue inevitable. Erich Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic*, 2ª ed., University of California Press, Berkeley 1995, argumenta convincentemente lo contrario: que la República florecía y podría haber continuado.

## FUENTES CLÁSICAS

Lo que afirmamos de la conspiración que acabó con César depende en gran medida de lo que sabemos por las fuentes clásicas. Robert Etienne desentraña con claridad este punto, en su

interesante libro *Les Ides de Mars: la fin de César ou de la dictature?* (Los Idus de marzo: ¿Final de César o de la dictadura?), Gallimard/ Julliard, París 1973. En orden cronológico, estas son las cinco principales fuentes: Nicolás de Damasco, Suetonio, Plutarco, Apiano y Dion Casio. Concuerdan en la descripción general de los sucesos, pero discrepan tanto en algunos detalles como en las motivaciones y la significancia relativa de varios de los conspiradores. Plutarco, principal fuente de Shakespeare, enfatiza el papel de Bruto y su idealismo. Nicolás, al que Shakespeare no leyó, acentúa la sangre fría, e incluso el cinismo, de los conjurados, y convierte a Décimo en un actor fundamental. Los eruditos antiguos tendían a rechazar su versión, por trabajar para Augusto y encontrarse, por tanto, comprometido. Últimamente la obra de investigadores como Malitz y Toher le han rehabilitado como una fuente contemporánea fiable, aunque en ocasiones ofrezca la versión de Augusto de lo ocurrido. Como explica Toher, Nicolás era un estudioso de los escritos de Aristóteles y Tucídides, dos de las mentes más preclaras de la antigüedad en lo referente al análisis político. Estoy convencido de que la información que aporta Nicolás es esencial para comprender el sentido del asesi– nato.

Las cinco fuentes principales sobre la conspiración, el asesinato de Julio César y sus consecuencias están disponibles en traducción inglesa. Apiano, *The Civil Wars*, ha sido traducido con una introducción por J. M. Carter, Penguin Books, Londres y Nueva York 1996 [*Historia romana*, Gredos, 1994, edición de A. Sancho Royo]. Para la relevante obra de Dion Casio, *Historia de Roma*, he consultado la edición de la Loeb Classical Library, *Dio's Roman History*, traducción inglesa de Earnest Cary basada en la de Herbert Baldwin Foster, W. Heinemann, Harvard University Press, Cambridge, MA 1914-27 [*Historia romana*, Gredos, 2004 y ss.]. La *Vida de César Augusto* de Nicolás de Damasco se encontrará en breve disponible en una nueva edición con notas de investigación de Mark Toher, *ΒΙΟΣ ΚΑΙΣΑΡΟΣ* (Bios Kaisaros) Cambridge University Press, en

imprenta. Hasta entonces, la mejor versión en inglés es la de Jane Bellemore, con introducción, traducción y notas. *Nicolaus of Damascus, Life of Augustus,* Bristol Classical Press, Bristol, Inglaterra, 1984. Las *Vidas de Pompeyo y César,* de Plutarco, se pueden consultar en *Fall of the Roman Republic*, edición revisada y traducida, con introducción y notas, por Rex Warner, revisada y con la traducción de las *Comparaciones* y un prefacio por Robin Seager, con diversos prefacios, por Christopher Pelling, Harmondsworth, Penguin 2005; las *Vidas de Bruto y Marco Antonio* están en Plutarco, *Makers of Rome*, traducido con una introducción por Ian Scott-Kilvert, Harmondsworth, Penguin 1965. La *Vida de Catón el Joven*, en Bernadotte Perrin, trad., *Plutarch Lives VIII: Sertorius and Eumenes, Phocion and Cato the Younger,* Harvard University Press, Cambridge, EE. UU., 1919 [*Vidas paralelas,* Gredos, 2007 y ss.]. Las *Vidas de César y Augusto* de Suetonio se pueden leer en *Gaius Suetonius Tranquillus, The Twelve Caesars,* traducido por Robert Graves, y revisado y aumentado con una introducción por Michael Grant, Penguin, Londres y Nueva York 2003 [*Vida de los doce Césares*, traducción y edición de Alfonso Cuatrecasas, Espasa, 2003].

Existe una buena selección de traducciones de las fuentes clásicas, con comentarios académicos, sobre el auge y caída de César (60-42 a. C.) en Naphtali Lewis, *The Ides of March,* Samuel Stevens, Sanibel y Toronto, Canadá 1984. Una valiosa selección de las fuentes acerca de los Idus de marzo, con comentarios y bibliografía, es la de Matthew Dillon y Lynda Garland, eds., *Ancient Rome: From the Early Republic to the Assassination of Julius Caesar,* Routledge, Londres y Nueva York 2005. Me han sido de gran utilidad los comentarios académicos de textos clásicos. Mark Toher tuvo la amabilidad de compartir conmigo algunos pasajes importantes del manuscrito de Nicolás de Damasco, ΒΙΟΣ ΚΑΙΣΑΡΟΣ (Bios Kaisaros), Cambridge University Press (en preparación). He aprendido mucho de Bellemore, *Nicolaus of Damascus*, y de Jürgen Malitz, *Nikolaos von Damaskus, Leben des Kaisers Augustus*, editado, traducido y

comentado, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, Alemania, 2003. Christopher Pelling, *Plutarch Caesar*, traducido con una introducción y comentarios, Oxford University Press, Oxford 2011, es excelente, y de gran valor. De este mismo autor, me ha sido muy útil *Life of Antony/Plutarch,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1988, y también J. L. Moles, *The Life of Cicero/Plutarch,* Aris & Phillips, Warminster, Inglaterra 1988. Para el *Julio César* de Suetonio, H. E. Butler, y M. Cary, *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, editado con introducción y comentarios, Clarendon Press, Oxford 1927, es antiguo pero aún útil. Carlotta Scantamburlo, Suetonio, *Vita di Cesare, Introduzione, traduzione e commento,* Edizioni Plus, Pisa University Press, Pisa, Italia, 2011, es útil.

Sobre Asconio, ver B. A. Marshall, *A Historical Commentary on Asconius,* University of Missouri Press, Columbia, Estados Unidos, 1985. D. R. Shackleton Bailey, ed., *Cicero, Letters to Atticus*, 7 vols., Cambridge University Press, Cambridge 1965-1970, es fundamental, como *idem*, *Cicero, Epistulae ad Familiares* (Cartas a sus amigos), 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1977, e *idem*, *Cicero, Epistulae ad Quintum Fratrum et M. Brutum,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1980 [En castellano, las cartas de Cicerón han sido editadas por Gredos, 1996 y ss., con introducción, traducción y notas de M. Rodríguez-Pantoja Márquez, revisada por J. A. Correa Rodríguez, en 4 tomos]. Existen dos comentarios muy útiles a las *Filípicas* de Cicerón, la de W. K. Lacey, *Second Philippic Oration/Cicero,* Bristol, Avon: Bolchazy Carducci; Warminster, Inglaterra: Aris & Phillips; Atlantic Highlands, Nueva Jersey 1986, y la de John T. Ramsey, ed., *Philippics I-II/Cicero,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2003.

César no se prodigó demasiado en sus escritos, pero su vida ha inspirado muchos otros. Como breve resumen de su biografía, es difícil superar el excelente tomito de J. P. V. D. Balsdon*, Julius Caesar,* Atheneum, Nueva York 1967. Con respecto a las diversas materias de interés académico actual, se pueden consultar los excelentes ensayos de Miriam Griffin, ed., *A Companion to Julius Caesar,* Wiley-Blackwell, Oxford 2009. Es un clásico por su acertado juicio y su rigurosa investigación la obra de Matthias Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, traducida al ingles por Peter Needham, Blackwell, Oxford 1969. De Christian Meier, *Caesar*, traducido por David McLintock, Basic Books/HarperCollins, Nueva York, es un gran libro, académico y adictivo, aunque no siempre acertado. Una reseña que aboga por una concepción más negativa de las ambiciones dinásticas de César, en E. Badian, «Christian Meier: Caesar», *Gnomon* 62.1 (1990): 22-39. Una biografía destacada y reciente es la de Adrian Goldsworthy, *Caesar: Life of a Colossus,* Yale University Press, New Haven 2006 [*César: la biografía definitiva,* La Esfera de los Libros, 2011]. De Philip Freeman, *Julius Caesar,* Simon & Schuster, New York 2008 [*Julio César,* Planeta, 2009], sucinta e ingeniosa. W. Jeffrey Tatum, *Always I Am Caesar,* Blackwell, Malden 2008, sirve como introducción vivaz y perspicaz. En alemán, E. Baltrusch ofrece una comparación incisiva entre César y Pompeyo, *Caesar und Pompeius,* Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, Alemania, 2004. Dos importantes libros de Zvi Yavetz analizan el programa de César, su propaganda y su atractivo entre los romanos de a pie: *Plebs and Princeps,* Clarendon Press, Oxford 1969, y *Julius Caesar and His Public Image,* Cornell University Press, Ithaca, Nueva York 1983. Para saber más acerca del atractivo de César entre los pobres y los no ciudadanos, Luciano Canfora, *Julius Caesar: The Life and Times of the People's Dictator*, traducida al ingles por Marian Hill y Kevin Windle, University of California Press, Berkeley 2007 [*Julio César,* Ariel, 2000]. En un estilo similar, Michael Parenti, *The Assassination of Julius Caesar,* New Press, Nueva York

2003) [*El asesinato de Julio César: una historia del pueblo de la Antigua Roma*, Hiru, 2005].

Sobre César como comandante, puede leerse J. F. C. Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant,* Da Capo, New Brunswick, Nueva Jersey 1965; Kimberly Kagan, *The Eye of Command,* University of Michigan Press, Ann Arbor 2006. Para saber más acerca de César y su afición al riesgo, puede leerse mi obra *Masters of Command: Alexander, Hannibal, Caesar and the Genius of Leadership,* Simon & Schuster, Nueva York 2012), *passim*.

Sobre el duradero legado de César, véanse los tres valiosos libros de Maria Wyke: *Caesar: A Life in Western Culture,* University of Chicago Press, Chicago 2008; ídem, *Caesar in the USA,* University of California Press, Berkeley 2012; ídem, ed., *Julius Caesar in Western Culture,* Blackwell, Oxford y Malden, Massachussets 2006.

Para los primeros años de la carrera de César, Lilly Ross Taylor, «The Rise of Julius Caesar», *Greece and Rome* (Segunda Época) 4.1 (1957); R. T. Ridley, «The Dictator's Mistake: Caesar's Escape from Sila», *Historia* 49.2 (2000): 211-29.

Sobre César en la Galia, puede leerse K. Gilliver, *Caesar's Gallic Wars 58-50 BC,* Routledge, Londres 2003); T. R. Holmes, *Caesar's Conquest of Gaul,* Clarendon Press, Oxford 1911; Christophe Goudineau, *César et la Gaule,* Errance, París 1992; Kathryn Welch, «Caesar and His Officers in the Gallic War Commentaries», en Kathryn Welch y Anton Powell, eds., *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments,* Duckworth, Londres, Classical Press of Wales, Swansea 1998, 85-110.

Sobre la Guerra Civil, Adrian Goldsworthy, «Caesar's Civil War 49-44 BC», en Kate Gilliver, Adrian Goldsworthy y Michael Whitby, con prólogo de Steven Saylor, *Rome at War,* Osprey, Oxford y Nueva York 2005, 106-182. Ofrezco un análisis de las tácticas y estrategia de César en la Guerra Civil en *Masters of Command*, *passim*.

Sobre César como propagandista, véase J. H. Collins, «Caesar as a Political Propagandist», en H. Temporini, ed., *Aufstieg und*

*Niedergang der Römischen Welt*, vol. 1.1, DeGruyter, Berlín y Nueva York 1972, 922-966. Sobre el uso propagandístico de Venus, ver «Caesar's Divine Heritage and the Battle for Venus», consultado el 24-07-2013 –y 03-02-2016– en http://www.humanities.mq.edu.au/acan/caesar/Career_Venus.html.

Sobre el aspecto de César, ver P. Zanker, «The Irritating Statues and Contradictory Portraits of Julius Caesar», en Griffin, ed., *Companion to Caesar*, 288-313.

El mejor estudio de César como dictador es el de Martin Jehne, *Der Staat des Dictators Caesar* (El Estado del dictador César), Böhlau, Colonia, Alemania, 1987. En Gianpaolo Urso, ed., *L'ultimo Cesare: Scritti, Riforme, Progetti, Congiure: atti del Convegno Internazionale, Cividale del Friuli,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2000, hay algunos ensayos fundamentales sobre la última época de su carrera. También en John H. Collins, «Caesar and the Corruption of Power», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 4.4 (1955): 445-465; Marta Sordi, «Caesar's Powers in His Last Phase», en Francis Cairns y Elaine Fantham, eds., *Caesar Against Liberty? Perspectives on his Autocracy*, Papers of the Langford Latin Seminar 11, Francis Cairns, Cambridge 2003, 190-199; J. T. Ramsey, «Did Julius Caesar Temporarily Banish Mark Antony from His Inner Circle?», *Classical Quarterly* 54.1 (2004): 161-173. Sobre las Lupercales, ver A. K. Michels, «The Topography and Interpretation of the Lupercalia», *Transactions of the American Philological Association* 84 (1953): 35-59.

Una obra básica acerca de la deificación de César es la de Stefan Weinstock, *Divus Julius,* Clarendon Press, Oxford 1971. Véase también Ittai Gradel, *Emperor Worship and Roman Religion,* Clarendon Press, Oxford 2002.

Hay dos acertadas introducciones a la vida política romana en Lily Ross Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar,* University of California Press, Berkeley 1961 [1949]), y en Claude Nicolet, *The World of the Citizen in Republican Rome*, trad. inglesa de P. S. Falla, Batsford Academic and Educational, Londres 1980. Fergus Millar expone que la política romana fue más democrática de lo que se creía en ámbitos académicos, en *The Crowd in Rome in the Late Republic,* University of Michigan Press, Ann Arbor 1988. Una visión más escéptica de la democracia romana es la de Henrik Mouritsen, *Plebs and Politics in the Late Roman Republic,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2001. Robert Morstein-Marx ofrece un perspicaz análisis de la retórica política, con especial detenimiento en los Idus de marzo, en *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2004. F. Pina Polo expone una lista de las asambleas públicas *(contiones)* en *Las contiones civiles y militares en Roma,* Universidad de Zaragoza, Zaragoza 1989.

Sobre los *optimates* y los populistas, ver W. K. Lacey, «Boni atque Improbi», *Greece & Rome*, 2º ser. 17.1 (1970): 3-16.

## LOS RIVALES DE CÉSAR

Existen dos sucintas biografías de Pompeyo, la de Robin Seager, *Pompey the Great, A Political Biography*, 2ª ed., Blackwell, Malden, EE. UU., 2002, y la de Patricia Southern, *Pompey,* Tempus, Stroud, Inglaterra, 2002. Para más información, puede leerse P. A. L. Greenhalgh, *Pompey, the Roman Alexander,* University of Missouri Press, Columbia, EE. UU., 1981, e *idem*, *Pompey, the Republican Prince,* University of Missouri Press, Columbia, EE. UU., 1982.

Hay una buena introducción a la vida de Catón el Joven, la de Rob Goodman y Jimmy Soni, *Rome's Last Citizen: The Life and Legacy of Cato, Mortal Enemy of Caesar,* Thomas Dunne Books, Nueva York 2012.

Una buena introducción a la vida de Cicerón es la de Anthony Everitt, *Cicero: The Life and Times of Rome's Greatest Politician,* Random House, Nueva York 2002 [*Cicerón,* Edhasa, 2007]. Elizabeth Rawson, *Cicero: A Portrait*, ed. rev., Cornell University Press, Ithaca, EE. UU., 1983, obra de una experta en la esfera intelectual de la República tardía. Hay dos buenas introducciones a Cicerón y la política, la de R. E. Smith, *Cicero the Statesman,* Cambridge University Press, Cambridge 1966, y la de D. Stockton, *Cicero: A Political Biography,* Oxford University Press, Londres 1971.

Sobre Clodio, véase W. Jeffrey Tatum, *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, EE. UU., 1999.

## LOS HOMBRES DE CÉSAR

Son dos buenas biografías introductorias a la vida de Marco Antonio las de E. G. Huzar, *Mark Antony: A Biography,* University of Minnesota Press, Minneapolis, EE. UU., 1978, y la de P. Southern, *Mark Antony,* Tempus, Stroud, Inglaterra, 2006. Posee gran valor la de Adrian Goldsworthy, *Antony and Cleopatra,* Yale University Press, New Haven, EE. UU., 2010 [*Antonio y Cleopatra*, La Esfera de los Libros, 2011]. Una obra importante sobre la relación de César y Antonio es la de J. T. Ramsey, «Did Julius Caesar Temporarily Banish Mark Antony from His Inner Circle?», *Classical Quarterly* 54.1 (2004): 161-173. Una narración antigua, a veces fantasiosa y a veces sabia, es la de Arthur Weigall, *The Life and Times of Marc Antony,* Garden City, Nueva York, EE. UU., 1931.

Sobre Lépido, véase Richard D. Weigel, *Lepidus: The Tarnished Triumvir,* Routledge, Londres y Nueva York 1992; L. Hayne, «M. Lepidus and His Wife», *Latomus* 33 (1974): 76-79; L. Hayne, «M. Lepidus (cos. 78)-A Reappraisal», *Historia 21* (1972): 661-668.

Sobre Opio y Balbo, y el resentimiento que provocaron entre la nobleza romana, véase Kathryn E. Welch, «The Praefectura Urbis of

45 b.c. and the Ambitions of L. Cornelius Balbus», *Antichthon* 24 (1990): 53-69. También Ralph Masciantonio, «Balbus the Unique», *Classical World* 61.4 (December 1967): 134-138.

## LOS CONSPIRADORES

La obra de referencia, antigua pero aún fundamental, sobre las pruebas de la conspiración y los conspiradores, es la de W. Drumann, *Geschichte Roms* [Historia de Roma] *in seinem Übergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung; oder, Pompeius, Caesar, Cicero und ihre Zeitgenossen nach Geschlechtern und mit genealogischen Tabellen*, vol. 3: *Domitii-Julii*, 2ª ed., ed. P. Groebe, Gebrüder Borntraeger, Leipzig, Alemania, 1906, 624-628. Las anotaciones de Pelling en *Plutarch's Caesar* son esenciales para estudiar con seriedad a los conspiradores, el asesinato y sus consecuencias. La mejor introducción, y la más concisa, acerca de la conspiración y sus consecuencias es el capítulo en Greg Woolf, *Et Tu, Brute? The Murder of Caesar and Political Assassination,* Profile Books, Londres 2006, 1-51; Woolf, sin embargo, es excesivamente reticente a reconstruir los detalles del asesinato, argumentando que los conspiradores podrían haber salido indemnes del asesinato, a no ser por la insistencia de los veteranos de César en la venganza, ya que la nobleza romana probablemente lo habría asumido. Zvi Yavetz, «Existimatio, Fama and the Ides of March», *Harvard Studies in Classical Philology* 78 (1974): 35-65, sostiene que los conspiradores creyeron, erróneamente, que la opinión pública estaba de su parte. D. F. Epstein, «Caesar's Personal Enemies on the Ides of March», *Latomus* 46, Fasc. 3 (1987): 566-570, afirma que fueron motivos personales, y no ideológicos, los que motivaron a los conspiradores. Andrew Lintott, «The Assassination», en Griffin, ed., *Companion to Caesar*, 72-81, se toma más en serio la motivación ideológica. También resulta interesante R. E. Smith, «The Conspiracy and the Conspirators», *Greece & Rome*, 2ª Serie 4.1 (1957): 58-70, y R. H.

Storch, «Relative Deprivation and the Ides of March: Motive for Murder», *Ancient History Bulletin* 9 (1995): 45-52.

T. P. Wiseman, *Remembering the Roman People: Essays on Late Republican Politics and Literature,* Oxford University Press, Oxford 2009, afirma que los asesinos de César eran aristócratas arrogantes, mientras el dictador cumplía la ley y contaba con el respaldo del pueblo romano. Véase la valiosa reseña de Josiah Osgood, *Classical Journal* 105.2 (2009): 180-183.

M. H. Dettenhofer ofrece una perspectiva interesante acerca de la generación a la que pertenecían la mayoría de los conspiradores –y, por cierto, también sus oponentes, Antonio y Lépido–, todos ellos en la cuarentena en los Idus de marzo. Véase su *Perdita iuventus: zwischen den Generationen von Caesar und Augustus* [La juventud perdida: entre las generaciones de César y Augusto], Beck, Munich 1992.

El libro más accesible sobre Marco Bruto es el de M. L. Clarke, *The Noblest Roman: Marcus Brutus and His Reputation,* Cornell University Press, Ithaca, EE. UU., 1981, pero el análisis más agudo está en alemán: Hermann Bengston, *Zur Geschichte des Brutus, Verlag der Bayerischen Akademie der Wissenschaften,* Beck, Munich 1970. Erik Wistrand expone de modo persuasivo el talante moderado de Bruto en *The Policy of Brutus the Tyrannicide,* Kungl. Vetenskapsoch Vitterhetssamhället, Göteborg 1981. Véase la reseña de ese ensayo, de G. Dobesch, en «Review of the Noblest Roman. Marcus Brutus and His Reputation by M. L. Clarke; The Policy of Brutus the Tyrannicide by Erik Wistrand», *Gnomon* 56.8 (1984): 708-722.

Ramsay MacMullen ofrece un análisis muy intuitivo de la motivación de Bruto y su reputación posterior en *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in The Roman Empire,* Harvard University Press, Cambridge, MA 1966, 1-45. Sheldon Nodelman presenta un estudio perspicaz sobre las monedas y esculturas, en «The Portrait of Brutus the Tyrannicide», *Occasional*

*Papers on Antiquities* 4: *Ancient Portraits in the J. Paul Getty Museum 1* (1987): 41-86. T. W. Africa recuesta a Bruto en el diván en «The Mask of an Assassin: A Psychohistorical Study of M. Junius Brutus», *Journal of Interdisciplinary History* 8, 4 (1978): 599-626. Graham Wylie enfatiza el estatus de Bruto como icono, y su fracaso como líder en «The Ides of March and the Immovable Icon», en Carl Deroux, ed., *Studies in Latin literature and Roman history*, vol. 9, Latomus, Bruselas 1998, 167-185. M. Radin, *Marcus Brutus,* Oxford University Press, Nueva York y Londres 1939, es muy especulativo.

Sobre Bruto como orador, véase Andrea Balbo, «Marcus Junius Brutus the Orator: Between Philosophy and Rhetoric», en Catherine Steel and Henriette van Der Blom, eds., *Community and Communication: Oratory and Politics in Republican Rome,* Oxford University Press, Oxford 2013, 315-328.

Si se quiere leer un estudio incisivo sobre Casio y Bruto, véase Elizabeth Rawson, «Cassius and Brutus: The Memory of the Liberators», en I. S. Moxon, J. D. Smart, y A. J. Woodman, eds., *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing,* Papers Presented at a Conference in Leeds, 6-8 de abril de 1983, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 1986, 101-119.

Sobre Décimo Bruto el estudio fundamental, con una bibliografía muy completa, es el de Friedrich Münzer, *s.v. Iunius (Brutus)* (55a), en August Pauly y Georg Wissowa, eds., *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, Supplementband V, Agamemnon-Statilius* (Stuttgart 1931), cols. 369-385. También de gran importancia es el de Bernard Camillus Bondurant, *Decimus Brutus Albinus: A Historical Study,* University of Chicago Press, Chicago 1907. He aprovechado mucho el análisis breve pero agudo sobre Décimo de Dettenhofer, *Perdita Iuventus*, 258-262.

Syme expuso su tesis de que Décimo era hijo ilegítimo de César en «Bastards in the Roman Aristocracy», *Proceedings of the American Philosophical Society* 104, 3 (1960): 323-327, y en «No Son for Caesar?», *Historia* 29 (1980): 422-437, esp. 426-430. G. M.

Duval ofrece una tesis mucho más convincente en «D. Junius Brutus: mari ou fils de Sempronia?», *Latomus* 50.3 (1991): 608-615. Aparece un debate interesante sobre Décimo y el mar en R. Schulz, «Caesar und das Meer», *Historische Zeitschrift* 271.2 (2000): 281-309. Véase también John C. Rolfe, «Brutus and the Ships of the Veneti», *Classical Weekly* 11.14 (Jan. 28, 1918): 106-107.

Sobre la conducta de Décimo tras el funeral de César, véase S. Accame, «Decimo Bruto dopo i Funerali di Cesare», *Rivista di filologica e di istruzione classica* 62 (1934): 201-208. Es importante el estudio sobre el final de la vida de Décimo, de Denis van Berchem, «La Fuite de Decimus Brutus», *Les routes et l'histoire: études sur les Helvètes et leurs voisins dans l'Empire romain,* Librairie Droz, Ginebra 1982, 55-65.

A pesar de que algunos estudiosos atribuyen importancia a la participación de Décimo en la conspiración, afirman que es imposible conocer su motivación. Baltrusch, *Caesar und Pompeius*, 166-167, es un buen ejemplo. Syme apunta en esa dirección al señalar cuánto tiempo de su carrera transcurrió en la Galia, y qué poco en Roma (Syme, «No Son for Caesar?», 436). Siendo militar, y con una inspiración celta en su concepto del honor, puede que reaccionara mal a su exclusión de la guerra Parta y la sombra de Octavio.

## LOS IDUS DE MARZO

Además de Woolf, *Et tu Brute?,* 1-18, y Lintott, «The Assassination», también hay una introducción importante en J. V. P. D. Balsdon, «The Ides of March», *Historia* 7 (1958): 80-94, y en N. Horsfall, «The Ides of March: Some New Problems», *Greece and Rome* 21 (1974): 191-199. Etienne, *Ides de Mars*, expone una narración más detallada, al igual que Stephen Dando-Collins, *The Ides: Caesar's Murder and the War for Rome,* Wiley, Hoboken, EE. UU., 2010. Parenti, *Assassination of Julius Caesar*, 167-186, expone el debate. M. E. Deutsch cita un intento anterior –fracasado– de

asesinato, en «The Plot to Murder Caesar on the Bridge», *UCP* 2 (1908/16): 267-278.

Sobre lo que César dijo a Bruto, véase P. Arnaud, «Toi aussi, mons fils, tu mangeras ta part de notre pouvoir–Brutus le Tyran?», *Latomus* 57 (1998): 61-71; F. Brenk, «Caesar and the Evil Eye or What to Do with "και συ, τέκυου"», en Gareth Schmeling and Jon D. Mikalson, eds., *Qui miscuit utile dulci: Festschrift Essays for Paul Lachlan,* Bolchazy Carducci, Wauconda, EE. UU., 1998, 31-49; M. Dubuisson, «Toi Aussi, Mon Fils», *Latomus* 39 (1980): 881-890; J. Russell, «Julius Caesar's Last Words: A Reinterpretation», en Bruce Marshall, ed., *Vindex Humanitatis: Essays in Honor of John Huntly Bishop,* University of New England, Armidale, Nueva Gales del Sur 1980, 123-128.

Sobre Espurina y los augures, véase E. Rawson, «Caesar, Etruria and the Disciplina Etrusca», *Journal of Roman Studies* 68 (1978): 132-152; J. T. Ramsey, «Beware the Ides of March!: An Astrological Prediction?», *Classical Quarterly*, New Series, 50, 2 (2000): 440-454.

J. T. Ramsey exhibe un *tour de force* para reconsiderar la cronología matutina en «At What Hour Did the Murderers of Julius Caesar Gather on the Ides of March 44 b.c.?», en Stephan Heilen et al., *In Pursuit of Wissenschaft: Festschrift für William M. Calder III zum 75. Geburtstag,* Olms, Hildesheim y Zurich 2008, 351-363.

Sobre los puñales militares de la última época republicana en Roma, se puede comenzar con una historia cultural de las armas en Roma, amplia y excelente, Simon James, *Rome and the Sword: How Warriors and Weapons Shaped Roman History,* Thames & Hudson, Londres 2011, y leer luego las consideraciones más amplias de G. Walker, *Battle Blades: a Professional's Guide to Combat/Fighting Knives*, Paladin Press, Boulder, EE. UU., 1993.

Sobre el uso de los gladidadores como escoltas, véase A. W. Lintott, *Violence in Republican Rome*, 2ª ed., Oxford University Press, Oxford 1999, 83-85.

Acerca del pórtico de Pompeyo y su Curia, lugar del asesinato de César, véase K. L. Gleason, «The Garden Portico of Pompey the Great: An Ancient Public Park Preserved in the Layers of Rome», *Expedition* 32.2 (1990): 3-13, y «Porticus Pompeiana: A New Perspective on the First Public Park of Ancient Rome», *Journal of Garden History* 14.1 (January-March 1994): 13-27.

## DESDE LOS IDUS DE MARZO
## HASTA EL TRIUNFO DE OCTAVIO EN EL 29 A. C.

*The Roman Revolution*, de Syme, es un clásico sobre el período, al que se suma ahora el de Josiah Osgood, que ofrece un análisis y una narración extraordinarias, con especial énfasis en la experiencia de la gente común, en *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2006. Adrian Goldsworthy, *Antony and Cleopatra,* Yale University Press, New Haven, EE. UU., 2010, supone otra introducción valiosa, prudente en sus juicios y especialmente notable en lo referente a los acontecimientos militares.

Kathryn Welch destaca los factores, a menudo olvidados, ligados a Sexto Pompeyo y el poderío naval durante el conflicto de la década posterior a los Idus de marzo, en *Magnus Pius-Sextus Pompeius and the Transformation of the Roman Republic,* Classical Press of Wales, Swansea 2012. Sobre el papel de los soldados en los Idus de marzo y posteriormente, véase Helga Boterman, *Die Soldaten und die roemische Politik in der Zeit von Caesars Tod bis zur Begründung des zweiten Triumvirats,* Beck, Munich 1968. Me resultó muy valioso Don Sutton, «The Associates of Brutus: A Prosopographical Study» (1986), *Open Access Dissertations and Theses*, Paper 6910, http://digitalcommons.mcmaster.ca/opendissertations/6910.

Morstein-Marx, *Mass Oratory and Political Power*, 150-158, describe el estado de agitación de la opinión pública romana en los

días posteriores a los Idus; Wiseman, *Remembering the Roman People*, 216-228, no está de acuerdo.

Sobre el funeral de César, véase Weinstock, *Divus Julius*, 346-355; G. S. Sumi, *Ceremony and Power: Performing Politics in Rome between Republic and Empire,* University of Michigan Press, Ann Harbor, EE. UU., 2005; G. S. Sumi, «Impersonating the Dead: Mimes at Roman Funerals», *The American Journal of Philology* 123.4 (2002): 559-585; George Kennedy, «Antony's Speech at Caesar's Funeral», *Quarterly Journal of Speech* 54.2 (1968): 99-106; D. Noy, «Half-Burnt on an Emergency Pyre: Roman Creations Which Went Wrong», *Greece & Rome*, 2ª ser. 47. 2 (2000): 186-196; Wiseman, *Remembering the Roman People*, 228-233.

Posee gran valor para conocer los usos funerarios romanos, y las misteriosas máscaras de cera, H. I. Flower, *Ancestor Masks and Aristocratic Power in Roman Culture,* Oxford University Press, Oxford 2000.

Ulrich Gotter, *Der Diktator ist tot! Politik in Rom zwischen den Iden des März und der Begründung des Zweiten Triumvirats* [¡El dictador ha muerto! La política en Roma desde los Idus de marzo hasta el Segundo Triunvirato], Historia Einzelschrift 110, Franz Steiner, Stuttgart, Alemania, 1996, detallado y útil para conocer los sucesos ocurridos entre marzo del 44 a. C. y noviembre del 43 a. C. Otros estudios relevantes sobre los sucesos del 44 a. C. son: L. Hayne, «Lepidus's Role After the Ides of March», *Antiquité Classique* 14 (1971): 108-117; Mark Toher, «Octavian's Arrival in Rome, 44 b.c.», *Classical Quarterly*, New Series 54. 1 (2004): 174-184; J. T. Ramsey y A. Lewis Licht, *The Comet of 44 b.c. and Caesar's Funeral Games,* Scholars Press, Atlanta, EE. UU., 1997; J. T. Ramsey, «Did Mark Antony Contemplate an Alliance with His Political Enemies in July 44 b.c.e.?», *Classical Philology* 96. 3 (2001): 253-268; A. E. Raubitschek, «Brutus in Athens», *Phoenix* 11 (1957): 1-11.

Entre los estudios acertados acerca de las estrategias de Bruto y Casio en el 43-42 a. C., encontramos el de Martin Drum, «Cicero's

Tenth and Eleventh Philippics: The Republican Advance in the East», en Tom Stevenson y Marcus Wilson, eds., *Cicero's Philippics,* Polygraphia, Auckland, Nueva Zelanda, 2008, 82-94; Arthur Keaveney, «Cassius'Parthian Allies», *Hommages à Carl Deroux*, vol. 3, Latomus, Bruselas 2003, 232-234.

Anthony Everitt, *The Life of Rome's First Emperor,* Random House, Nueva York 2003 [*Augusto, el primer emperador*, Ariel, 2008], supone una buena introducción a la vida de Augusto –como se conoció finalmente a Octavio–. Dos ensayos interesantes de Walter Eder («Augustus and the Power of Tradition») y de Erich S. Gruen («Augustus and the Making of the Principate») explican cómo soslayó la brecha entre la República y el Imperio, en Karl Galinsky, ed., *The Cambridge Companion to the Age of Augustus,* Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York 2005, 13-32, 33-51.

## LAS MUJERES

Richard A. Bauman, *Women and Politics in Ancient Rome,* Routledge, Londres y Nueva York 1992, es una buena introducción. Véase también Judith Hallett, *Fathers and Daughters in Roman Society: Women and the Elite Family,* Princeton University Press, Princeton, EE. UU., 1984.

Sobre Cleopatra, véase Stacey Schiff, *Cleopatra: A Life,* Little, Brown, Nueva York 2010); Duane Roller, *Cleopatra: A Biography,* Oxford University Press, Oxford 2010); y Diana E. E. Kleiner, *Cleopatra and Rome,* Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, EE. UU., 2005.

## SHAKESPEARE

S. Wells, ed., *The Oxford Shakespeare Julius Caesar*, Oxford University Press, Oxford 1984, es una buena edición, con una introducción adecuada y notas. Ernest Schanzer, ed., *Shakespeare's*

*Appian: A Selection from the Tudor Translation of Appian's Civil Wars,* Liverpool University Press, Liverpool 1956, incluye un debate sensato sobre el uso de Shakespeare de las fuentes clásicas; Gary Wills, *Rome and Rhetoric: Shakespeare's Julius Caesar,* Yale University Press, New Haven, EE. UU., 2011, añade una introducción ágil a la materia [En castellano existen numerosas versiones, p. ej., *Julio César,* tr. Ángel Luis Pujante, Espasa, 1990, o la de José María Valverde, Planeta, 1996].

## LA CIUDAD CLÁSICA DE ROMA

Eva Margareta Steinby, ed., *Lexicon Topographicum Urbis Romae,* 6 vols., Edizioni Quasar, Roma 1993-2000, es una enciclopedia fundamental, que sustituye a la previa de Samuel Ball Platner, completada y revisada por Thomas Ashby, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome,* H. Milford, Oxford University Press, London 1929. Una obra excelente, más breve, es la de Lawrence Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, EE. UU., 1992. Filippo Coarelli, *Rome and Environs: An Archaeological Guide*, traducida por James J. Clauss y Daniel P. Harmon, University of California Press, Berkeley, EE. UU., 2007, resulta detallada y erudita. De Amanda Claridge, *Rome: An Oxford Archaeological Guide*, 2ª ed., revisada y aumentada, Oxford University Press, Oxford y Nueva York 2010, es muy útil, también como guía turística.

Existen varias páginas web útiles, entre ellas «Rome Reborn: A Digital Model of Ancient Rome», consultada el 15 de diciembre de 2011, http://www.romereborn.virginia.edu/; «Digital Augustan Rome», consultada el 15 de diciembre de 2011, http://digitalaugustanrome.org/; «The Theatre of Pompey», consultada el 15 de diciembre de 2011, http://www.pompey.cch.kcl.ac.uk/index.htm.

Sobre la antigua Roma como espacio urbano, véase S. L. Dyson, *Rome: A Living Portrait of an Ancient City,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, EE. UU. 2010; Jon Coulston y Hazel Dodge, *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City,* Oxford University School of Archaeology, Oxford 2000; Grant Heiken, Renato Funiciello y Donatella De Rita, *The Seven Hills of Rome: A Geological Tour of the Eternal City,* Princeton University Press, Princeton 2005.

Sobre la vida diaria en la Roma antigua, véase el clásico de Jérôme Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome: The People and the City at the Height of the Empire,* Yale University Press, New Heaven, EE. UU., 2003 [1940]. Véase también John E. Stambaugh, *The Ancient Roman City,* Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres 1988; F. Dupont, *Daily Life in Ancient Rome,* Blackwell, Oxford 1992; y la accesible obra de Alberto Angela, *A Day in the Life of Ancient Rome*, traducida por Gregory Conti, Europa Editions, Nueva York 2011 [*Un día en la Antigua Roma: vida cotidiana, secretos y curiosidades*, La Esfera de los Libros, 2009].

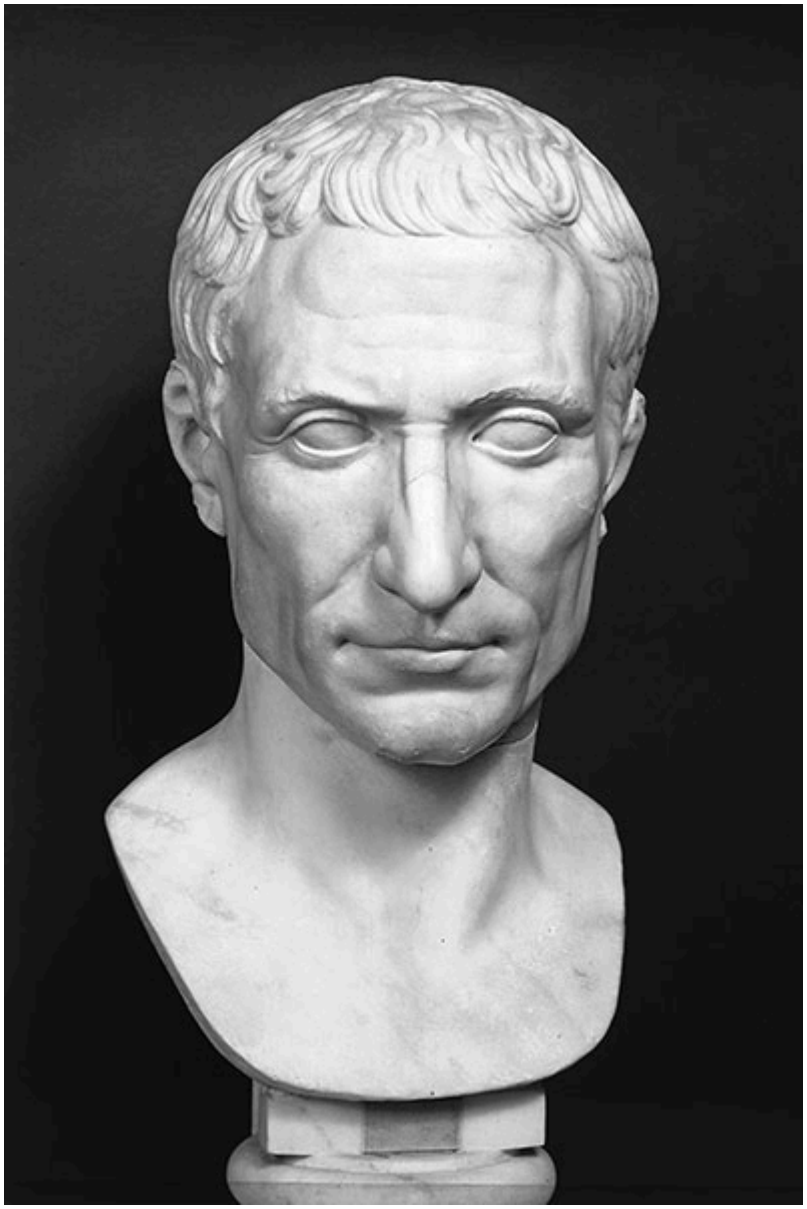
Sobre los parques y jardines romanos, véase Pierre Grimal, *Les jardins romains à la fin de la république et aux deux premiers siècles de l'empire; essai sur le naturalisme romain,* 3ª ed., Fayard, París 1984; Maddalena Cima y Emilia Talamo, *Gli Horti di Roma Antica,* Electa, Milán 2008; John D'Arms, «Between Public and Private: The epulum publicum and Caesar's horti trans Tiberim», en Maddalena Cima y Eugenio La Rocca, eds., *Horti romani: atti del convegno internazionale: Roma, 4-6 de mayo de 1995*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma 1998, 33-43.

Las citas sobre el templo de Julio Deificado y su dedicación están disponibles en traducción inglesa en «Rome Reborn: The Temple of Caesar», http://romereborn.frischerconsulting.com/ge/TS-020.html.

Sobre la vestimenta, véase L. M. Wilson, *The Roman Toga,* Johns Hopkins University Press, Baltimore 1924.

Existen numerosas novelas acerca de la materia de este libro. Allan Massie, *Caesar,* Hodder & Stoughton, Londres 1993 [*César*, Martínez Roca, 1999] sitúa a Décimo como narrador, desde la perspectiva de sus últimos días en una prisión de la Galia. Colleen McCullough, *The October Horse: A Novel of Caesar and Cleopatra,* Simon & Schuster, Nueva York 2007 [*El caballo de César,* Ediciones B, 2003] otorga a Décimo un papel fundamental en el asesinato. Steven Saylor, *The Judgment of Caesar: A Novel of Ancient Rome,* St. Martin's, Nueva York 2004 [*El veredicto de César,* Círculo de Lectores, 2008] e *idem*, *The Triumph of Caesar: A Novel of Ancient Rome,* St. Martin's, Nueva York 2008, son historias de detectives que evocan maravillosamente el ambiente de conspiración en Roma. *A Murder on the Appian Way: A Novel of Ancient Rome,* St. Martin's Press, Nueva York 1996) [*Asesinato en la Vía Apia*, Planeta, 1997], de Saylor, se ambienta en torno al asesinato de Clodio en el 52 a. C. Décimo es un personaje importante en el libro de Ben Kane *The Road to Rome,* St. Martin's Griffin, Nueva York 2012 [*Camino a Roma*, Ediciones B, 2011]. De Conn Iggulden *Emperor: The Gods of War,* Delacorte Press, Nueva York 2006) [*Emperador,* El Aleph, 2006], describe un conmovedor cuadro de la guerra civil y el asesinato de César. Leer de Thornton Wilder *The Ides of March,* Harper Perennial, Nueva York 2003 [1948] [*Los Idus de marzo,* Alianza, 1985], es un placer sutil. De Riccardo Bacchelli, *I tre Schiavi di Giulio Cesare* [Los tres esclavos de Julio César], Mondadori, Milán 1957, se basa en un detalle dado por Suetonio; tras el asesinato de César, solo quedaron tres esclavos para transportar desmañadamente su litera a casa. Margaret George, *The Memoirs of Cleopatra: A Novel,* St. Martin's Press, Nueva York 2004 [*Memorias de Cleopatra*, Ediciones B, 2010], narra con viveza la vida de Cleoapatra en una novela histórica con su voz en primera persona.

# ÁLBUM DE IMÁGENES



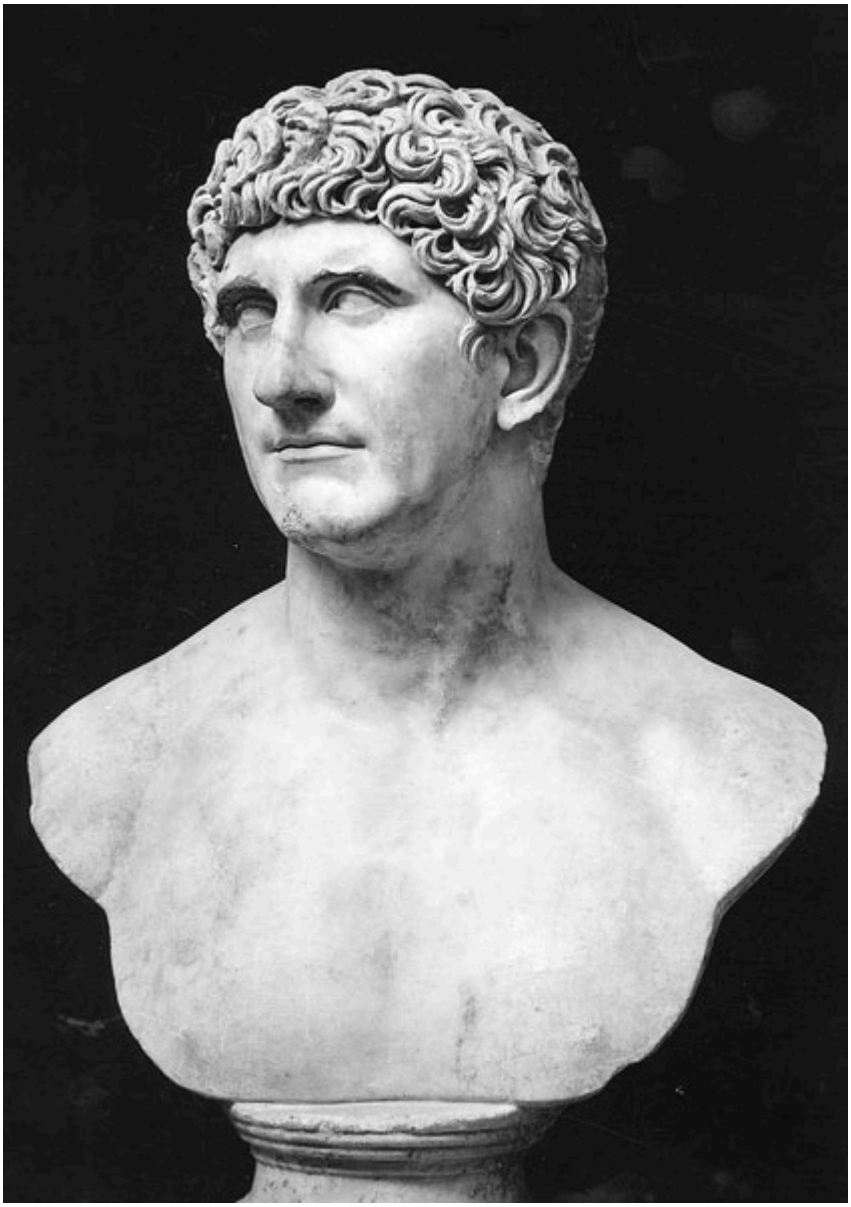
JULIUS CAESAR Este busto de mármol muestra algo de la fuerza e inteligencia del hombre, así como sus arrugas y mejillas hundidas. (Scala / Art Resource, NY)



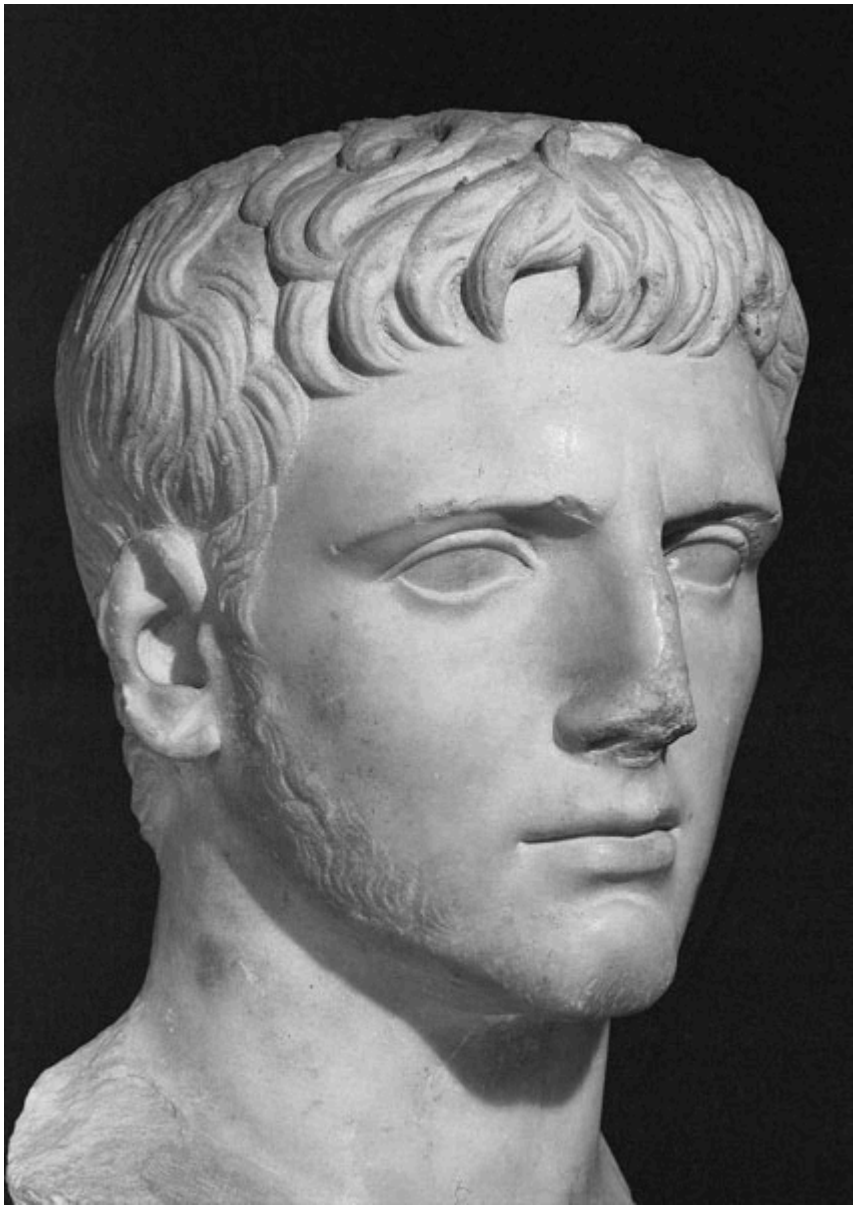

MONEDA DE JULIUS CAESAR, 44 a. C. El dictador está representado de perfil con la cabeza coronada con una guirnalda e identificado como CAESAR IMPERATOR, esto es, como general conquistador. *(© BnF, Dist. RMN-Grand Palais / Art Resource, NY)*



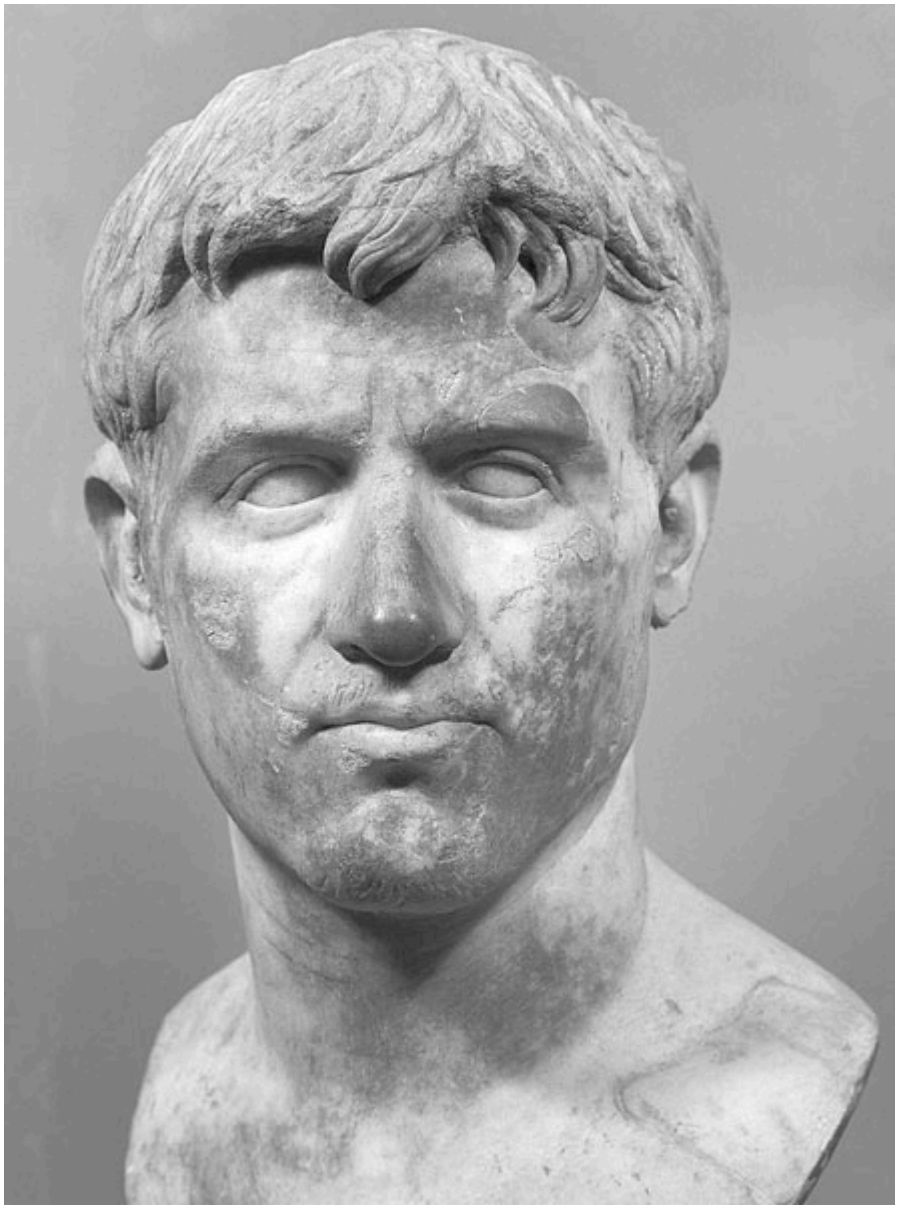
POMPEYO EL GRANDE. El gran rival de César. *(Alinari / Art Resource, NY)*



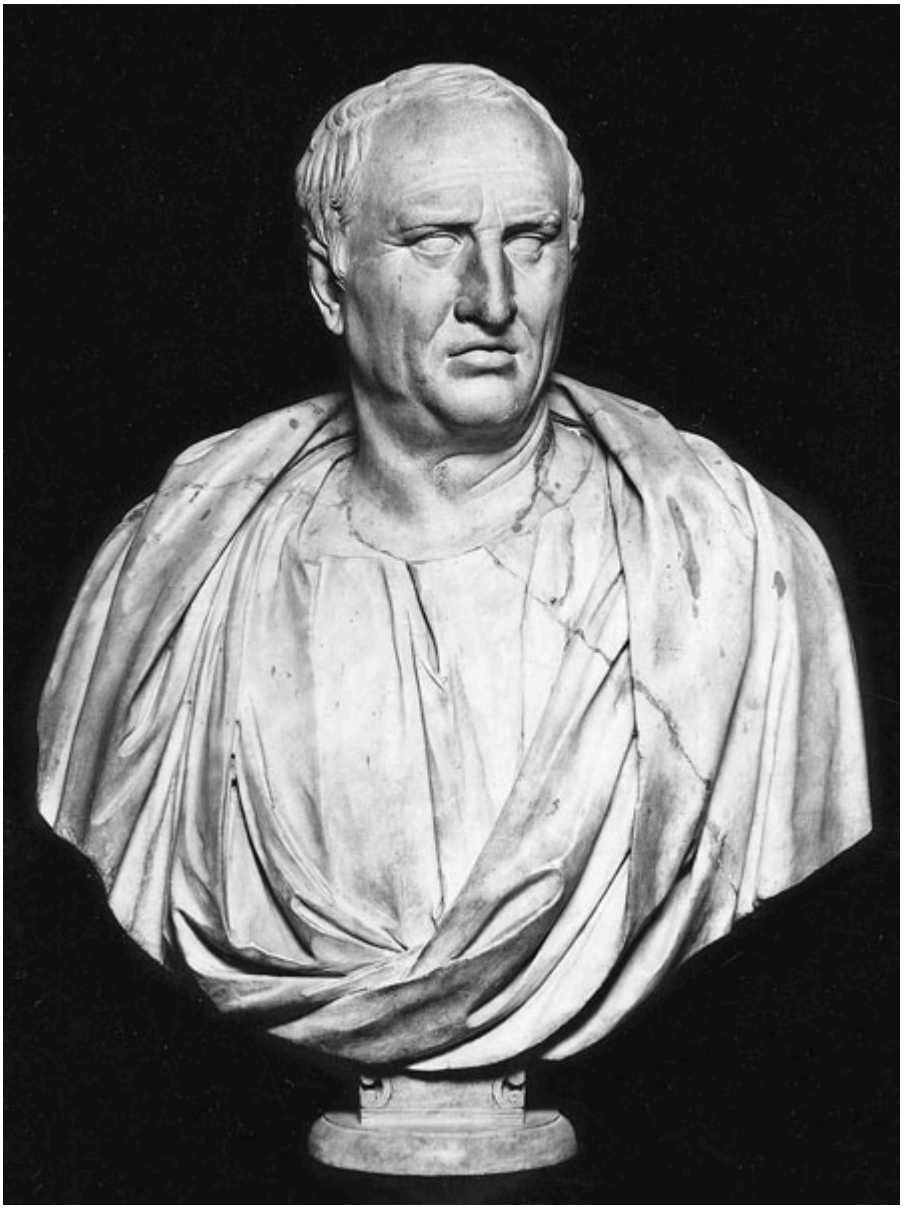
MARCO ANTONIO. Este busto de mármol refleja al soldado y hombre de estado que apoyó a César con toda su energía. *(Alinari / Art Resource, NY)*



OCTAVIO. El que llegaría a ser más tarde el emperador Augusto aparece con barba, signo del luto por Julio César. *(Erich Lessing / Art Resource, NY)*



BRUTUS. Algunos consideran a este busto de mármol como el retrato de Marcus Junius Brutus, el más conocido de los asesinos de César. *(Photo, 56.938, DAI-Rom)*



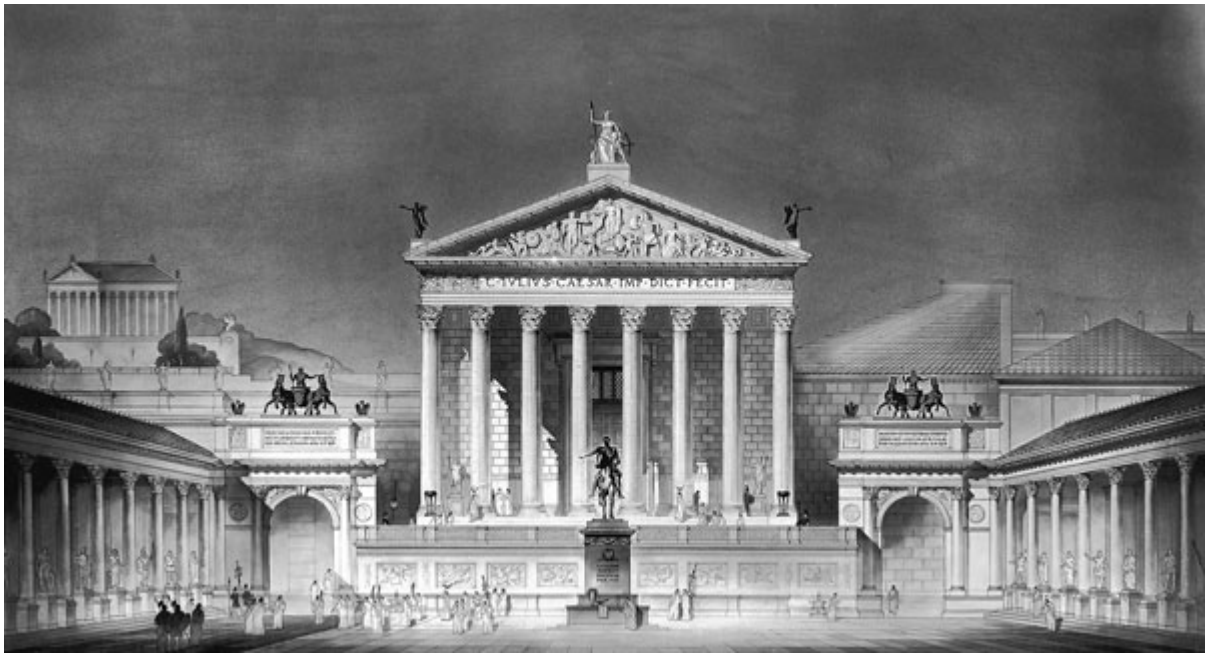
CICERÓN. El más grande orador de Roma era uno de los líderes que se oponían a César. *(Alinari / Art Resource, NY)*



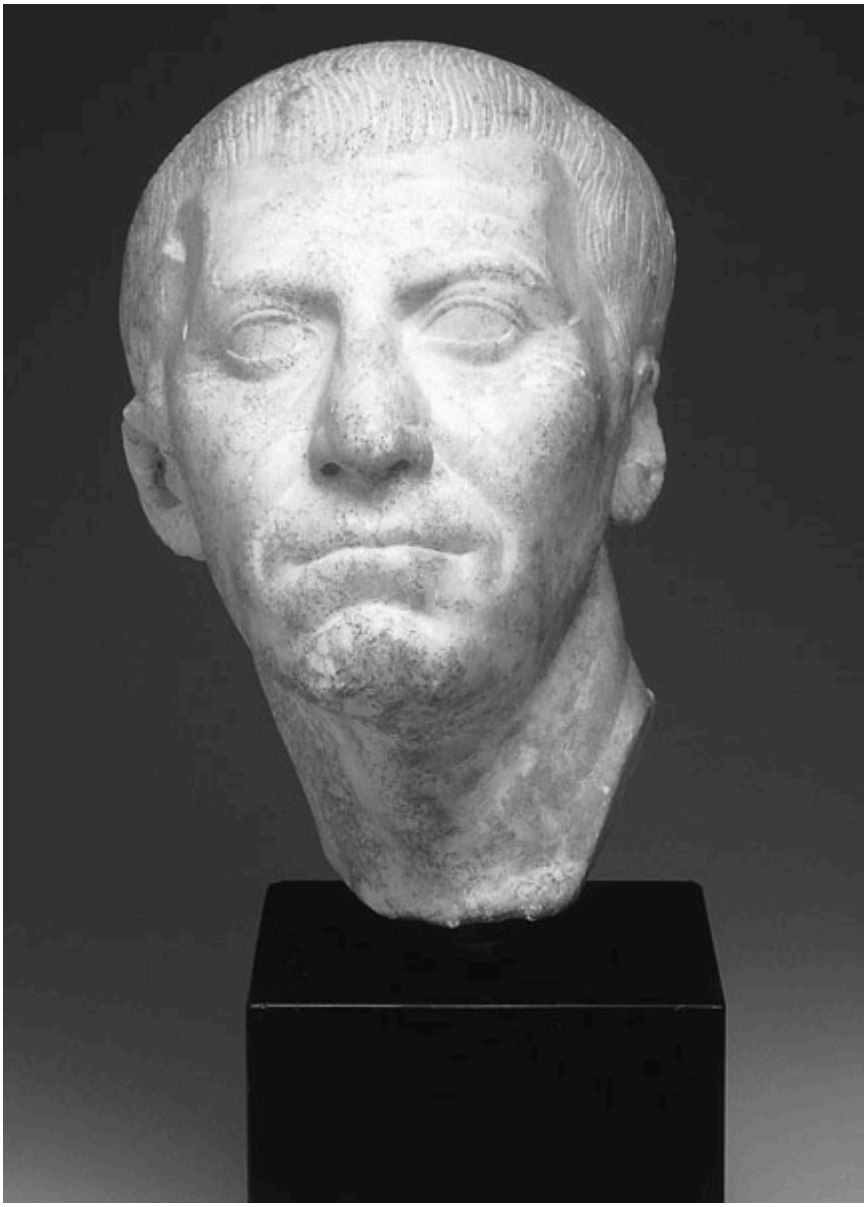
MUJER ROMANA DE CLASE ALTA. Son de notar sus vestidos elaboradamente doblados, el pelo peinado con esmero, y la expresión calmada. Estatua de bronce dorado de una persona no identificada, de finales del primer siglo a. C., procedente del Grupo de Cartoceto de Pérgola. *(Scala / Art Resource, NY)*



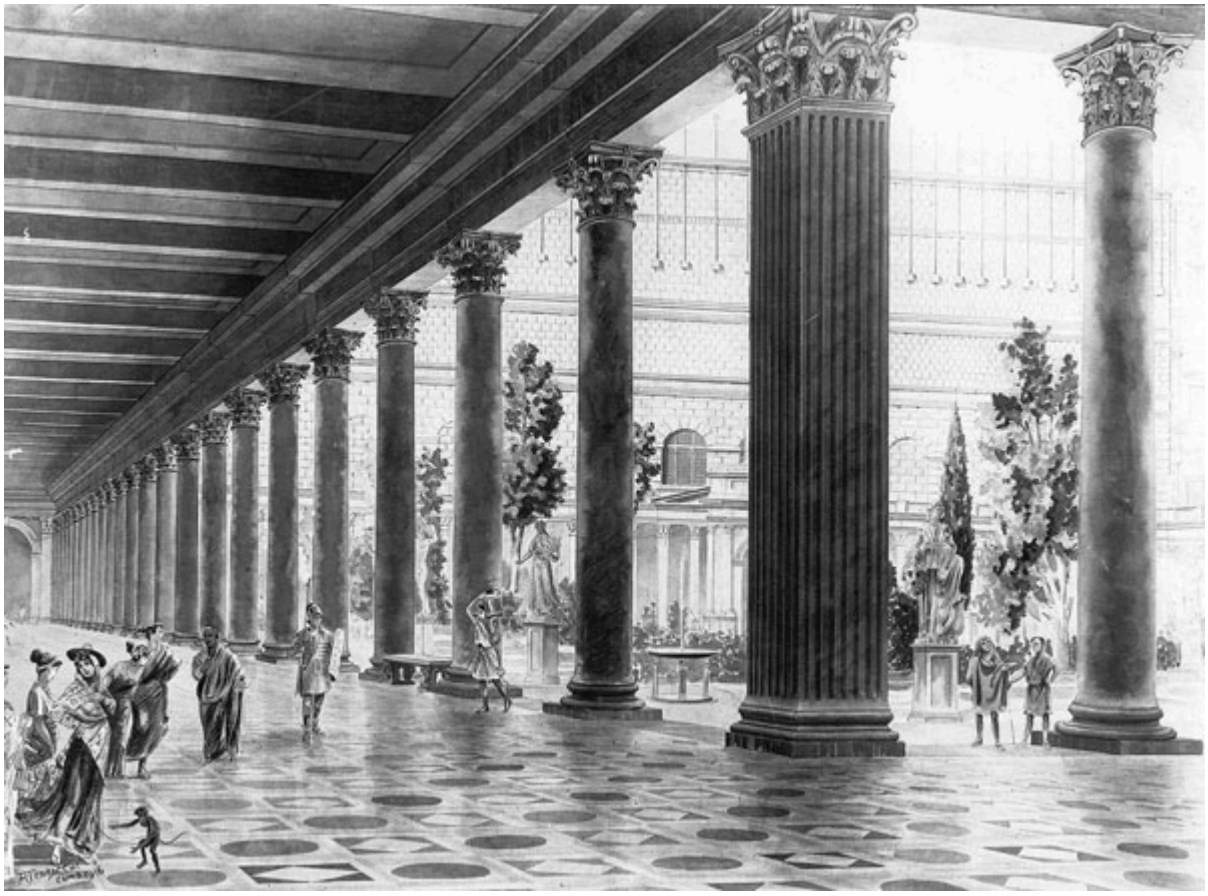
RELIEVE DE CLEOPATRA Y CESARIÓN. Templo de Hathor, Déndera, Egipto. En otros lugares Cleopatra está representada como una griega; pero, aquí, ella y su hijo –y de César– son mostrados como egipcios. *(HIP / Art Resource, NY)*



FORO DE CÉSAR. Templo de Venus Genetrix (Madre Venus) y estatua de César a caballo, según la idea del artista Olindo Grossi (1909-2002). *(© American Academy in Rome 2014)*



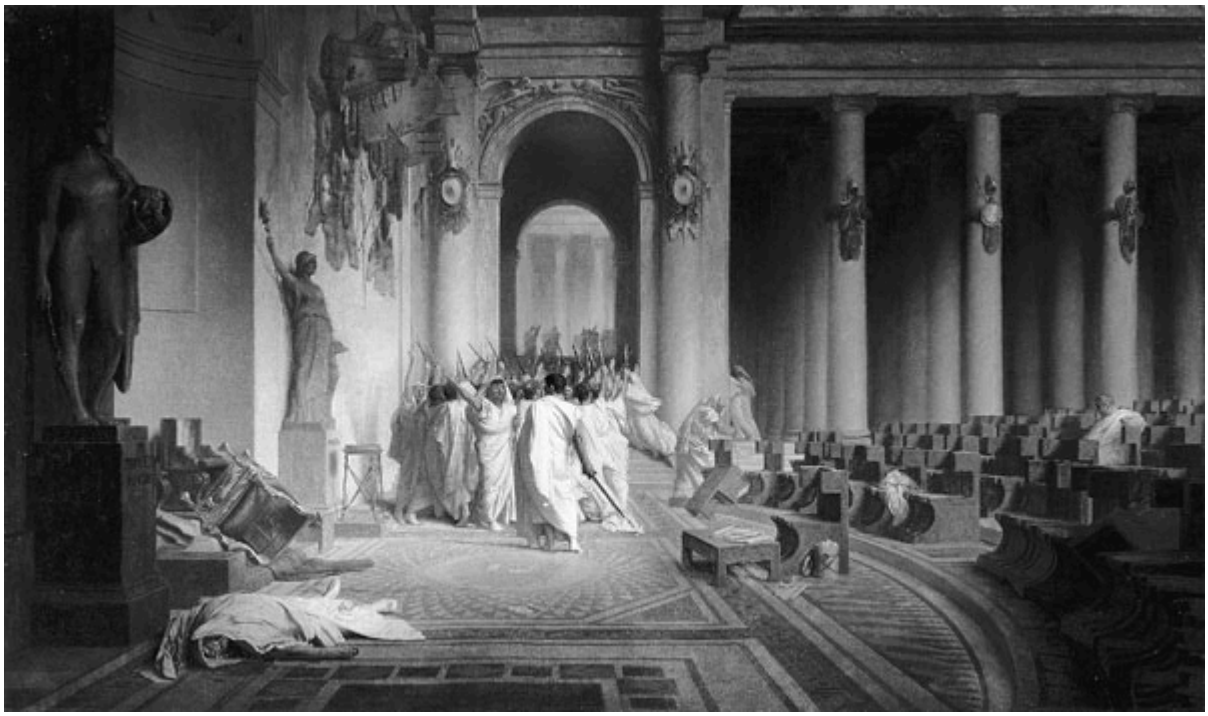
CASIO. Busto de mármol identificado, por algunos, como Gaius Cassius Longinus, uno de los líderes del asesinato de César, así como cuñado de Bruto. *(Montreal, Museum of Fine Arts)*



JARDINES Y PÓRTICO DE POMPEYO. Recreación del artista italiano Augusto Trabacchi en 1975. *(© American Academy in Rome 2014)*




EID MAR. Los Idus de Marzo en un denario de plata de Marcus Junius Brutus, que es representado de perfil en un lado, y con dos dagas y un «píleo de libertad» en el reverso. *(© The Trustees of the British Museum / Art Resource, NY)*



LA MUERTE DE CÉSAR. La leyenda, como fue representada en una pintura al óleo en 1867 por el artista francés Jean-Léon Gérôme. *(Walters Art Museum, Baltimore)*